

LA AUTOPISTA DE LA ETERNIDAD



Clifford D. Simak

Titulo original: Highway of Eternity

Traducción: Domingo Santos

© 1986 by Clifford D. Simak

© 1987 Ultramar Editores S.A.

Mallorca 49 - Barcelona

ISBN: 84-7386-499-9

Edición digital: D.Tissera

R6 11/05

1 - Nueva York

El cable alcanzó a Boone en Singapur: NECESITO A UN HOMBRE QUE PUEDA DOBLAR UNA ESQUINA. CORCORAN. Tomó el siguiente avión.

El chófer de Corcoran le aguardaba apenas cruzar la aduana del Kennedy. Tomó la maleta de Boone y le condujo hasta la limusina.

Había estado lloviendo, pero la lluvia había cesado. Boone se reclinó confortablemente en el mullido asiento y contempló el paisaje desfilando al otro lado de las ventanillas. ¿Cuánto tiempo había transcurrido, se preguntó, desde que había estado por última vez en Manhattan? Diez años, quizá más.

Cuando llegaron al edificio de apartamentos de Corcoran se había puesto de nuevo a llover. El chófer recogió el equipaje de Boone, abrió un paraguas para él, y le condujo hasta un ascensor privado que conducía directamente al ático. Corcoran aguardaba en la biblioteca. Se levantó de un sillón en un ángulo y avanzó por la gruesa moqueta con la mano extendida y una expresión de alivio en el rostro.

-Gracias por venir, Tom. ¿Has tenido un buen vuelo?

-Bastante bueno -respondió Boone-. Dormí casi todo el camino.

Corcoran asintió.

-Recuerdo que siempre has dormido en los aviones. ¿Qué es lo que bebes estos días?

-Escocés, con una salpicadura de soda. -Boone se dejó caer en el sillón indicado por el otro y aguardó a que le fuera servido su vaso. Dio un largo sorbo, contemplando la decoración de la estancia-. Parece que te van bien las cosas, Jay.

-Muy bien. Tengo clientes ricos que pagan por lo que obtienen. Y agentes por todo el mundo. Si un diplomático estornuda en Bogotá, me entero de ello al cabo de pocas horas. ¿Qué estabas haciendo en Singapur?

-Nada. Descansando un poco entre trabajos. Puedo permitirme ser selectivo con las historias de las que me ocupo estos días. No es como cuando nos veíamos más a menudo.

-¿Cuánto tiempo hace de ello? -preguntó Corcoran, Cuando nos vimos la primera vez, quiero decir.

-Debe hacer quince años o más. Ese asunto desagradable en el Este. Apareciste con los tanques.

-Sí, eso es. Llegamos demasiado tarde. Fue una masacre. Cuerpos amontonados por todas partes, y ninguna señal de nadie vivo.

-Corcoran hizo una mueca ante el recuerdo-. Y luego, de pronto, allí estabas tú, sin una arruga en las ropas, de pie entre los muertos. Llevabas esa chaqueta llena de bolsillos por todas partes para tus blocs de notas, tu grabadora, cintas, cámara y película. Llevabas tantos trastos encima que parecías un globo. Y me dijiste que simplemente habías doblado una esquina.

Boone asintió.

-Tuve la muerte a medio segundo de distancia. De modo que doblé una esquina. Cuando volví a doblarla, allí estabas tú. Pero no me pediste que te lo explicara. No hubiera podido hacerlo, y tampoco puedo ahora. La única respuesta es una que no me gusta..., que soy algún tipo de fenómeno.

-Digamos un mutante. ¿Lo has vuelto a intentar desde entonces?

-Nunca lo intenté. Pero ocurrió otras dos veces: una en China, y luego de nuevo en Sudáfrica. Cuando lo hice, pareció completamente natural..., el tipo de cosa que cualquier hombre puede hacer. ¿Y qué hay de ti?

-¿Supiste lo que me ocurrió?

-Algo -respondió Boone-. Eras espía..., la CIA y todo eso. Quedaste atrapado, pero pudiste comunicar, y un caza acudió a rescatarte. Un aterrizaje suicida propio de una película de serie B. El aparato quedó como un colador, pero consiguió despegar de nuevo...

-Cierto -dijo Corcoran, Luego se estrelló. Me hice papilla toda la parte de atrás de la cabeza, y estuve tan cerca de la muerte que eso ni siquiera pareció importar. Pero tenía una información que era vital, así que hicieron milagros para salvarme la vida... De cualquier modo, tuvieron que hacer algunas cosas extrañas para remendar mi cabeza. Al parecer algunos de los cables de mi cerebro se cruzaron o algo así. Ahora, a veces, veo las cosas de un modo distinto..., cosas que otros no ven o no pueden ver. Y pienso de una forma peculiar. Ato entre sí fragmentos de información en una especie de deducción serpenteante que desafía todo pensamiento en línea recta. Sé cosas sin que medie ninguna forma razonable de que se sepan. Y lo hago pagar, por supuesto.

-Espléndido. ¿Y tiene eso algo que ver con tu llamada a Singapur? -preguntó Boone.

Corcoran se reclinó y dio un meditabundo sorbo a la bebida que se había preparado para él. Finalmente asintió.

-Tiene que ver con uno de mis clientes. Acudió a mí hará unos seis años. Dijo que se llamaba Andrew Martin. Quizá fuera su auténtico nombre.

Martin se había presentado, reservado y frío, y ni siquiera estrechó su mano. Rechazó absolutamente responder a cualquier pregunta. Luego, cuando Corcoran se sintió inclinado a despedirlo educadamente, Martin rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta, extrajo un sobre, y lo empujó hacia él por encima del escritorio. Dentro había cien billetes de mil dólares.

-Esto es sólo un anticipo -afirmó-. Para cualquier trabajo que haga, le pagaré el doble de su tarifa habitual.

Lo que deseaba era rumores procedentes de todo el mundo. No las cosas políticas habituales, sino rumores sorprendentes o extravagantes..., del tipo que no parecían tener ningún sentido. No dijo cómo poder ponerse en contacto con él. Llamaría diariamente por teléfono y le diría a Corcoran dónde localizarle..., siempre en un lugar distinto.

No había muchos rumores del tipo que deseaba, pero pagaba bien por los que obtenía, normalmente más que el doble de la tarifa, y siempre en billetes de mil dólares. Durante años el asunto prosiguió del mismo modo.

Corcoran lo investigó, por supuesto. Pero no había mucho que averiguar. Martin no parecía tener pasado ni ocupación identificable. Poseía una oficina respetable con una recepcionista a tiempo parcial, pero ella no tenía la menor idea de lo que hacía su jefe. No parecía estar metido en ningún tipo de negocio.

También poseía una suite en una esquina del Everest, pero no vivía en ella. Al menos, cuando el agente de Corcoran entró allí, no había ropa en los armarios ni ningún otro signo de que la suite estuviera ocupada.

Ocasionalmente Martin era visto por la ciudad con una mujer llamada Stella, tan misteriosa como él.

Luego, hacía unos meses, Martin y Stella se esfumaron en el aire.

Boone se irguió bruscamente en su sillón.

-¿Qué?

-Así es..., o al menos así pareció. Después de la última vez que le informé, se marchó y fue visto llamando por teléfono. Un poco más tarde, mi agente en el Everest vio marcharse a Stella y la siguió. Ella y Martin entraron en unos viejos almacenes cerca de los muelles. Nunca salieron de allí. No han vuelto a ser vistos desde entonces.

Boone dio un sorbo de su vaso y aguardó. Finalmente urgió a Corcoran:

-Ese último rumor...

-Vino de Londres. Tenía algo que ver con alguien que buscaba frenéticamente un lugar llamado Hopkins Acre.

-Parece algo más bien inocente.

Corcoran asintió.

-Excepto por una cosa. En toda Gran Bretaña no hay ningún lugar llamado Hopkins Acre. Pero sí lo hubo, hará cuatrocientos o quinientos años. Localizado en Shropshire. Lo comprobé. En 1615 desapareció misteriosamente mientras la familia propietaria estaba de viaje por Europa. Hoy estaba ahí, mañana había desaparecido. Sin dejar ninguna huella de que hubiera existido nunca. Toda la propiedad, la tierra, incluso el paisaje..., todo desapareció, junto con la gente que trabajaba sus campos y los sirvientes de la casa.

Incluso la casa. Ni siquiera quedó un agujero en el suelo.

-Eso es imposible -dijo Boone-. Un cuento de hadas.

-Pero verídico -dijo Corcoran-. Establecimos más allá de toda duda que había estado allí, y que luego había desaparecido.

-¿Y ése es el final de la historia? -preguntó Boone. Agitó la cabeza-. Pero sigo sin ver por qué me mandaste llamar. No soy bueno en rastrear personas desaparecidas ni en localizar casas que desaparecieron hace cuatrocientos años.

-Estoy llegando a ello. Yo tenía otros asuntos entre manos, y Martin había desaparecido, así que intenté olvidarle. Pero, hace un par de semanas, leí que el Everest iba a ser dinamitado.

Corcoran alzó interrogativo las cejas. Boone asintió. Estaba familiarizado con la forma en que se colocaban estratégicamente las cargas en los edificios que iban a ser demolidos. Cuando el proceso era efectuado correctamente, la estructura se limitaba a derrumbarse sobre sí misma, convertida en cascotes para que las palas y los bulldozers se hicieran cargo de ellos.

Corcoran suspiró.

-Eso me hizo pensar de nuevo en Martin. Fui a echarle una última ojeada al edificio. Antes había dejado eso a mis agentes, lo cual fue un error. ¿Recuerdas que he dicho que ahora veía las cosas de modo distinto?

-¿Viste algo? -preguntó Boone-. ¿Algo que tus hombres no vieron?

-Algo que no podían ver. Sólo yo puedo verlo, y tengo que situarme justo en el lugar adecuado. Yo..., bueno, no puedo doblar una esquina, pero a veces creo que puedo ver lo que hay más allá de esa esquina. Quizás en un espectro más amplio, quizás un poco más allá en el tiempo. ¿Crees que es posible para un hombre adentrarse o ver un poco más allá en el tiempo, Tom?

-No lo sé. Nunca he pensado en ello.

-No. Bien, de todos modos, ahí estaba..., una especie de balcón cerrado como esos que ves en los lados de las casas de apartamentos, justo fuera de la suite que Martin había ocupado. Algo desincronizado con respecto a la percepción normal, medio dentro y medio fuera de nuestro mundo. Y puesto que Martin nunca vivió en la suite, estoy seguro de que tuvo que haber vivido en aquel balcón o garita.

Boone tomó su vaso y lo vació. Volvió a dejarlo cuidadosamente sobre la mesa.

-¿Y esperas que yo doble una esquina para entrar en esa garita?

Corcoran asintió.

-No estoy seguro de poder -le dijo Boone- Nunca he utilizado conscientemente ese truco. Siempre ha ocurrido cuando me hallaba en un peligro extremo..., como una especie de mecanismo de supervivencia. No sé si puedo hacerlo a voluntad. Puedo intentarlo, por supuesto, pero...

-Eso es todo lo que te pido -dijo Corcoran-. He agotado todas las demás posibilidades. El hotel está ahora vacío y vigilado, pero he arreglado las cosas para que podamos entrar. He pasado mucho tiempo allí, probando, golpeando, sondeando y taladrando, intentando hallar una forma de entrar en ese sitio. Nada. Puedo mirar fuera por la ventana a la que está pegado, y no hay el menor indicio de que exista nada entre la ventana y la calle. Pero cuando salgo fuera y miro hacia arriba, ahí está.

-Jay, ¿cuál es tu principal preocupación? ¿Qué esperas encontrar en ese llamado balcón? -preguntó Boone.

Corcoran agitó la cabeza.

-No lo sé. Quizá nada. Martin se había convertido en una especie de obsesión para mí. Probablemente pasé más tiempo intentando averiguar cosas sobre él que las cosas por las que me pagaba. Esto es peor. ¡Tom, tengo que entrar en esa garita!

Hizo una pausa, estudiando su vaso vacío. Luego suspiró y alzó de nuevo la vista.

-El problema es que no tenemos mucho tiempo. Estamos a viernes por la noche, y planean volarlo la madrugada del domingo, cuando todo el mundo esté fuera de las calles.

Boone silbó suavemente.

-Hilas fino.

-No he podido impedirlo. Resultaste difícil de localizar. Cuando supe que te encaminabas a Singapur, envié un cable a todos los hoteles en los que podías alojarte. Ahora, si vamos a hacer algo, tenemos que movernos rápido.

-Mañana..., sábado -aceptó Boone.

-Quedemos para mañana al anochecer. Durante el día van a hacer algún acto público sobre el último día del viejo hotel. El lugar estará copado por la prensa y la televisión. Iremos cuando todo esté tranquilo.

Se puso en pie y recogió los vasos, regresó al bien surtido bar.

-Te quedarás aquí, por supuesto -dijo.

-Eso imaginé -respondió Boone.

-Bien. Entonces podemos tomar otra copa y quizá recordar un poco los viejos tiempos. Después de eso, te mostraré tu habitación. Olvidaremos la garita hasta mañana al anochecer.

2 - Hopkins Acre: 1745

Davis había estado paseando por los campos desde primera hora de la tarde, acompañado por su setter favorito, disfrutando de la tranquila satisfacción de hallarse solo en un mundo hermoso y ordenado.

De entre los rastrojos a sus pies salió un urogallo, batiendo estrepitosamente las alas. Se llevó de forma automática la escopeta al hombro y apoyó la mejilla en la culata. El punto de mira se alineó con el ave, y desvió secamente el cañón hacia la izquierda. «¡Bang!», dijo, y supo que si hubiera habido un cartucho en la recámara y hubiera apretado el gatillo, el ave estaría en aquellos momentos cayendo dando tumbos al suelo.

El setter llegó de vuelta a la carrera después de haber asustado al ave y se sentó en el suelo frente a David, los ojos alzados y sonriendo a la manera de los perros, como diciendo: «¡Nos lo estamos pasando en grande!»

Les había costado mucho tiempo a los setters de Hopkins Acre adaptarse. Habían sido educados para levantar la caza y traer las aves muertas. No comprendían ese nuevo procedimiento. Pero ahora era distinto, después de muchas generaciones de setters. Ya no esperaban el estampido del arma o encontrar aves muertas.

Así que, se preguntó por milésima vez, ¿por qué tenía que llevar el arma? ¿Le gustaba sentir su peso y la forma como encajaba en su hombro? ¿O era para reafirmarse a sí mismo que era un ser auténticamente civilizado, aunque descendiera de un linaje con una larga historia de crueldad y brutalidad? Pero ésa era una pose injusta. Nunca mataría una oveja, pero comía cordero. Seguía siendo un carnívoro, y un carnívoro seguía siendo un asesino.

Había sido un buen día, incluso sin las aves, se recordó a sí mismo. Se había detenido arriba en la colina y contemplado las casas con techo de paja del poblado donde vivían los agricultores y granjeros y las ovejas y el resto del ganado. Había visto los animales en los pastos, a veces completamente solos y a veces con un muchacho y un perro

montando guardia. Se había encontrado con las gruñentes hordas de marranos en el denso bosque, salvajes como ciervos y hurgando el suelo en busca de bellotas. Pero no se había aventurado a acercarse. Ni siquiera ahora podía hallar ninguna camaradería con las felices -y simples gentes que trabajaban la tierra. Había visto el color de los bosques cambiar en otoño y había respirado el frío aire. Había bajado a los arroyos que fluían a través de los bosques y había bebido de ellos, observando las veloces formas de las truchas.

Hacia poco había visto a Spike jugando a alguno de sus juegos ridículos, dando calculados saltos en erráticos esquemas. David lo había estado observando, preguntándose una vez más qué tipo de criatura podía ser Spike.

Cansado de su juego, Spike se había alejado en dirección a un grupo de árboles, pero saltando ahora de una forma peculiar que tenía más gracia y espontaneidad que los calculados saltos del juego. El sol de la tarde de otoño había destellado sobre su cuerpo globular, con las afiladas puntas de sus púas alanceando los rayos del sol y desmenuzándolos en destellos. David había llamado a Spike, pero al parecer éste no le había oído, y finalmente desapareció entre los árboles.

El día había sido completo, se dijo David; ahora las sombras se alargaban y el frío se hacía más intenso. Ya era hora de regresar a casa.

Esta noche habría una pierna de cordero en la mesa. Emma, su hermana mayor, que estaba casada con Horace, se lo había dicho, y le había advertido que regresara a tiempo.

-No vuelvas tarde -le dijo-. Una vez hecho, el cordero no puede esperar. Tiene que comerse caliente. Y ve con cuidado con esa escopeta. No sé por qué te la llevas. Nunca traes nada a casa. ¿Por qué no traes una ristra de urogallos? Tienen que ser sabrosos.

-Porque yo no mato -dijo él-. Ninguno de nosotros mata, nunca. Así hemos sido educados.

Lo cual no era cierto, por supuesto.

-Horace mataría -dijo ella, ásperamente-. Si hubiera necesidad de comida, Horace mataría. Y cuando la trajera a casa, yo la prepararía y la cocinaría.

Tenía razón, pensó David. Horace, aquel hombre severo y práctico, mataría si hubiera necesidad, aunque no por simple diversión; Horace nunca hacía nada por simple diversión. Tenía que haber una razón dirigiendo todo lo que hacía.

David se había reído de las preocupaciones de Emma.

-La escopeta no puede hacerme ningún daño -dijo él-. Ni siquiera está cargada.

-La cargarás cuando la devuelvas al armero -dijo ella-. Timothy insistirá en que la cargues. Si me lo preguntas, tu hermano Timothy está un poco ido.

Todos estaban un poco idos. Él y Timothy y quizá, de una forma distinta, Horace y Emma. Pero no su hermana pequeña, Enid. Ella, de todos, era el espíritu libre y la pensadora. Tenía pensamientos más largos y profundos, estaba seguro, que cualquiera de ellos.

Así, recordando el cordero que no podía esperar y tenía que ser comida caliente, se encaminó hacia la casa, con el perro, ahora ahito de diversión, trotando satisfecho tras él.

Tras coronar una loma, vio el edificio a lo lejos, asentado en un verde rectángulo de césped entre los tostados campos. Un grupo de densos árboles, muchos de ellos resplandecientes en su follaje otoñal, rodeaba todo el perímetro del parque en cuyo centro se alzaba la casa. Un polvoriento sendero, que ahora no era más que unas dobles roderas de carro, avanzaba por la parte frontal del parque, una carretera que iba de ninguna parte a ninguna parte. Desde la carretera, el camino de acceso ascendía hasta la casa, flanqueado por hileras de altos álamos que a lo largo de los años estaban empezando a secarse y que dentro de poco morirían y caerían.

Seguido por el fiel perro, David descendió la loma y cruzó el marrón de los campos otoñales, hasta llegar finalmente a la carretera de entrada. Delante de él se alzaba la

casa, una achaparrada estructura de piedra de dos pisos, con sus ventanas maineladas convertidas en un suave fuego por la luz del sol poniente.

Subió las anchas escaleras de piedra y luchó momentáneamente con la pesada y reluctante aldaba de la enorme doble puerta antes de que uno de los batientes girara con suavidad sobre sus bien engrasadas bisagras. Más allá del vestíbulo se abría el enorme salón, iluminado solamente por un puñado de velas colocadas sobre una mesa en su extremo más alejado, y más allá el intenso resplandor del comedor. De esta segunda estancia le llegó un sordo rumor de voces, y supo que la familia se estaba reuniendo ya para la cena.

Entró en el salón y giró a la derecha para dirigirse a la armería, llena de sombras arrastradas a la vida por el oscilar de una sola vela colocada sobre un soporte. Fue al armero, abrió el cargador del arma y sacó de un bolsillo de su chaqueta de caza los dos cartuchos que se había llevado; los metió en su sitio, y cerró la escopeta con un solo movimiento. Hecho esto, colocó el arma en su sitio y se volvió. De pie en el centro de la armería estaba su hermana, Enid.

-¿Tuviste un buen día, David?

-No te oí entrar -dijo él-. Caminas como un vilano.

¿Hay algo que necesite saber antes de entrar en la madriguera del león?

Ella negó con la cabeza.

-No hay león esta noche. Horace es casi humano, más cerca de lo humano de lo que nunca haya llegado a ser. Hoy hemos recibido una noticia: Gahan viene de Atenas.

-No me gusta Gahan -dijo David-. Es tan intensamente erudito. Me domina; hace que me sienta inútil.

-A mí también -dijo Enid-. Quizá los dos seamos inútiles. No lo sé. Si tú y yo somos inútiles, me gustaría ser útil.

-A mí también -dijo David.

-Sin embargo, a Horace le gusta Gahan, y si su llegada hace que Horace resulte soportable, eso ganaremos con la visita. Timothy está sumido en el éxtasis. Gahan le dijo a Horace que iba a traerle a Timothy un libro, probablemente un pergamino, escrito por Hecateo.

-Hec..., bueno, sea el nombre que sea. Nunca he oído hablar de él. Si es él y no ella.

-Es él, y es griego -dijo Enid-. Recateo de Mileto. Siglo V o VI. Los eruditos son de la opinión que Recateo fue el primer hombre en escribir prosa histórica seria, utilizando un método crítico para separar el mito de la historia. Gahan cree que el manuscrito que posee es un libro desconocido, uno de los que se habían perdido.

-Si es así -dijo David-, eso es lo último que veremos de Timothy por algún tiempo. Se encerrará en la biblioteca, y hará que le traigan allí la comida. Le tomará un año abrirse camino a través de él. Dejaremos de tenerle siempre estorbando.

-Creo dijo ella- que está empezando a extraviarse, enredado en su historia y su filosofía. Está buscando los errores básicos que cometimos los humanos, y cree que hallará las raíces de ellos en los primeros miles de años de la historia humana. Ha encontrado unos cuantos, por supuesto, pero no se necesita estudiar historia para saberlos: el problema de los excedentes, la motivación del beneficio, y la motivación bélica que surge de un hombre o tribu que tiene más de lo que otro hombre o tribu puede tener; o la necesidad de agruparse..., la necesidad de hombres y mujeres de agruparse en tribus, naciones e imperios, reflejando esa terrible sensación de inseguridad que forma parte de la psique humana. Puedes seguir y seguir, por supuesto, pero creo que Timothy se está engañando a sí mismo. El significado que busca es un significado muy profundo y tiene que hallarse en algún lugar distinto a la historia.

-Enid, ¿tienes alguna idea? -preguntó él, completamente serio-. ¿Aunque sea una idea muy remota?

-Todavía no dijo ella-. Quizá nunca llegue a tenerla. Todo lo que sé es que Timothy está mirando en todos los lugares equivocados.

-Quizá debiéramos ir a cenar -sugirió él.

-Sí, creo que deberíamos. No podemos hacer esperar a los demás. Emma estaba temiendo que llegaras tarde. Timothy ha estado afilando el cuchillo de trinchar. Nora, en la cocina, estaba excitada. El cordero está casi listo.

Él le ofreció su brazo y cruzaron el salón, recorriendo cuidadosamente su sinuoso camino por entre los muebles apenas entrevistados en las sombras.

-¡Oh, estáis aquí! -exclamó Horace cuando entraron en el comedor-. Me estaba preguntando dónde os habíais metido. El cordero no puede esperar, ¿sabéis? Tomad, bebed cada uno un vaso de oporto. Es con mucho el mejor que he probado en años. Es excelente.

Sirvió los vasos y rodeó la mesa, tendiéndoles un vaso a cada uno. Era un hombre cuadrado, bajo y recio, con la apariencia de ser excesivamente velludo. Su pelo y su barba eran tan negros que su negror parecía tener tonalidades azules.

-Pareces estar de excelente humor -le dijo David.

-Lo estoy -respondió Horace-. Gahan estará aquí mañana. Supongo que Enid ya te lo habrá dicho.

-Sí, lo hizo. ¿Vendrá solo, o lo acompañará alguien?

-No lo dijo. Había problemas de recepción. Interferencias de algún tipo. Es algo que aún no está perfeccionado. Teddy, allá en el pleistoceno, cree que tiene algo que ver con tensiones en la alineación de duración. Quizá tenga algo que ver con anomalías direccionales.

Horace no sabía nada acerca del problema, se dijo David. Puede que tuviera algún ligero conocimiento de las técnicas temporales, pero evidentemente ninguna idea de la teoría. De todos modos, cuando se planteaba algún tema, se convertía en un experto instantáneo y podía hablar sobre él de forma convincente y autoritaria.

Horace parecía a punto de extenderse en el tema, pero fue interrumpido cuando Nora salió de la cocina, llevando en triunfo la bandeja con el cordero. La colocó delante de Timothy y regresó apresuradamente a la cocina. Los demás ocuparon sus lugares en la mesa y Timothy empezó a trinchar la pierna, convirtiendo la operación en todo un espectáculo, haciendo floreos con cuchillo y tenedor.

David probó el oporto. Era excelente. A veces, en algunos asuntos menores, como la selección de una buena botella de oporto, la ley de los promedios, sin ninguna ayuda por su parte, podía hacer que Horace acertara.

Comieron en silencio durante algún tiempo. Luego Horace se secó juiciosamente la boca con su servilleta, volvió a colocarla sobre sus rodillas y dijo:

-Durante algún tiempo he estado preocupado acerca de nuestro puesto de avanzada del siglo XX en Nueva York. No confío en ese tipo, Martin. He estado intentando contactarle durante los últimos meses, y el maldito no responde.

-Quizá se haya marchado por un tiempo -sugirió Emma.

-Si actuara como nuestro hombre de seguridad -dijo Horace-, nos hubiera mantenido informados. Tiene a esa mujer, Stella, con él. Si él no estuviera allí, al menos ella podría contestar.

-Quizá se marchó con él -dijo Emma.

-No hubiera debido hacerlo. El puesto debe estar atendido constantemente.

-Creo -dijo David- que es una mala política que intentemos demasiado persistentemente entrar en contacto con él. Como medida de seguridad, deberíamos mantener nuestras comunicaciones al mínimo.

-Somos los únicos en este segmento del tiempo -dijo Horace- que poseemos capacidad temporal. No hay nadie monitorizando.

-No apostaré sobre ello -señaló David.

-¿Y qué importa eso? preguntó Emma, siempre la tímida mantenedora de la paz-. No hay ninguna razón para que estemos aquí discutiendo sobre el asunto.

-Ese Martin casi nunca habla con nosotros -se quejó Horace-. Nunca nos cuenta nada.

Timothy dejó el cuchillo y el tenedor sobre su plato, haciendo más ruido del necesario.

-Pese al hecho -dijo- de que no sabemos nada de ese hombre y no confiamos enteramente en él, puede que siga sabiendo lo que hace. Estás haciendo una montaña de nada, Horace.

-Conocí al hombre y a Stella -dijo David- cuando fui hace algunos años al Nueva York del siglo XX para traerle a Timothy algunos libros que necesitaba. Fue la vez -le dijo a Timothy- que traje la metralleta y el rifle para tu colección.

-Espléndidas piezas las dos -dijo Timothy.

-Lo que no puedo comprender -dijo Emma secamente- es por qué tienes que mantenerlas cargadas. No sólo esas dos, sino todas las demás. Un arma cargada es peligrosa.

-Sentido de la totalidad -dijo Timothy-. Seguro que incluso tú puedes comprender el sentido de la totalidad. La munición es parte integrante de un arma de fuego. Sin ella, es incompleta.

-Ese razonamiento se me escapa -dijo Horace-. Siempre se me ha escapado.

-No estaba hablando de las armas -dijo David-. Lamento haberlas mencionado. Sólo estaba intentando decir que conocí a Martin y Stella. Estuve en su casa durante varias noches.

-¿Cómo eran? -preguntó Enid.

-Martín era un tipo aburrido. Un tipo muy aburrido. Hablaba muy poco, y cuando lo hacía no decía nada. Sólo le vi unas cuantas veces, de una forma muy breve. Tuve la sensación de que no le gustaba que yo estuviera allí.

-¿Y Stella?

-Aburrida también. Pero de una forma distinta. Hoscamente fría. Te miraba todo el tiempo, fingiendo que no lo hacía.

-¿Alguno de ellos parecía peligroso? Peligroso para nosotros, quiero decir.

-No, no peligrosos. Simplemente incómodos.

-Puede que seamos demasiado complacientes -dijo Emma con su tímida voz-. Las cosas nos han ido demasiado bien durante un buen número de años, y puede que hayamos caído en la noción de que seguirán yéndonos bien siempre. Horace es el único de nosotros que permanece alerta. Está ocupado todo el tiempo. Me parece que los demás, en vez de criticarle, deberíamos hacer algo también. -Timothy permanece tan ocupado como Horace -dijo Enid-. Pasa todo su tiempo revisando los libros y los pergaminos que son reunidos para él. ¿Y quién se los ha reunido? Ha sido David, yendo a Londres y a París y a Nueva York, corriendo el riesgo de dejar Hopkins Acre para buscárselos.

-Puede que todo esto sea cierto, querida -dijo Emma-, pero dime, ¿qué has estado haciendo tú?

-Queridos -protestó Timothy-, no deberíamos atacarnos de este modo. Y Enid, a su manera, hace tanto como el resto de nosotros, o más.

David miró a su hermano Timothy al otro lado de la mesa, siempre con sus modales suaves y su voz baja, y se preguntó cómo se las arreglaba con Emma y el patán de su esposo. Ni siquiera ante las más ultrajantes provocaciones alzaba la voz. Con su rostro de santo enmarcado por su barba blanca y rizada, era la tranquila voz de la razón antes de las tempestades que a veces agitaban el círculo de la familia.

-En vez de discutir -dijo David- acerca de quién de nosotros está haciendo más para resolver el dilema con que nos enfrentamos, me parece que sería mejor que reconociéramos que ninguno de nosotros está haciendo realmente mucho al respecto. ¿Por qué no admitimos, simple y honestamente, que somos refugiados, varados aquí,

escondiéndonos y esperando que nadie nos descubra? Me atrevería a sugerir que ninguno de nosotros, aunque nuestra vida de-, pendiera de ello, podría definir el problema.

-Creo que algunos de nosotros podemos estar en el sendero correcto -dijo Horace-; y aunque no fuera así, hay otros buscando las respuestas. La gente de Atenas y la del pleistoceno...

-Eso es exactamente -dijo David-. Nosotros, Atenas, el pleistoceno y Nueva York, si Martín y Stella siguen aún allí. ¿Cuántos somos en total?

-El asunto -dijo Horace- es que tiene que haber muchos otros grupos. Nuestros tres grupos, nuestros cuatro grupos en realidad, se conocen entre sí. Tiene que haber muchos otros, unidos entre sí como lo estamos nuestros cuatro grupos, y que no saben de nosotros ni de los demás grupos. Eso tiene sentido. Los revolucionarios, y nosotros, en un cierto sentido, somos revolucionarios, se hallan segregados en células, con sólo un conocimiento mínimo las unas de las otras.

-Por mi parte -dijo David testarudamente-, sigo creyendo que somos pura y simplemente refugiados..., los únicos que consiguieron escapar.

Por aquel entonces habían terminado con el cordero, y Nora entró para llevarse la bandeja y regresó con un humeante pudín de ciruela, que colocó en el centro de la mesa. Emma tendió una mano y lo acercó a ella.

-Ya está cortado -dijo-. Pasadme vuestros platos de postre. Hay salsa para aquellos que quieran.

-Hoy vi a Spike -dijo David- cuando estaba en los campos. Estaba jugando a ese estúpido juego suyo de los saltos.

-Pobre Spike -dijo Timothy-. Fue absorbido con nosotros. Había venido a visitarnos. No era uno de la familia, pero estaba allí cuando llegó el momento de irse. No podíamos dejarlo atrás. Espero que sea feliz con nosotros.

-Parece bastante feliz -dijo Enid.

-No sabemos si lo es o no dijo Horace-. No puede hablarnos.

-Comprende más de lo que creemos que comprende dijo David-. No cometáis nunca el error de creer que es estúpido.

-Es un alienígena -dijo Timothy-. Era algo así como un animal de compañía..., no, eso no es completamente cierto..., tenía algún tipo de asociación con una familia vecina. En esos días había algunas extrañas asociaciones con los alienígenas, no todas ellas comprensibles. Al menos, para mi no lo eran.

-Con Henry es diferente -dijo Enid-. Es uno de la familia. Puede que su conexión sea un tanto distante, pero es uno de nosotros. Y vino con nosotros voluntariamente.

-A veces me preocupa Henry -dijo Timothy-. No le vemos mucho.

-Está ocupado -dijo David-. Pasádoselo bien. Vagando más allá de Hopkins Acre, asustando a todos los pueblerinos y a la gente del campo y quizá a algunos nobles que aún son lo bastante ignorantes como para creer en fantasmas. Nos trae un montón de información local. Gracias a él, y sólo gracias a él, conocemos mucho de lo que está ocurriendo más allá del Acre.

-Henry no es un fantasma -dijo Emma, severa-. No deberías hablar así de él.

-Por supuesto que no es un fantasma -admitió David-, pero se parece lo suficiente a uno de ellos como para engañar a cualquiera que no le conozca.

De común acuerdo, dejaron de hablar y se dedicaron al pudín, que era denso pero muy bueno.

Os oí hablar de mí, dijo un pensamiento que no era una voz, pero un pensamiento tan fuerte y claro que todos en la mesa lo oyeron.

-Es Henry chilló Emma, turbada.

-Por supuesto que lo es -dijo Horace, con una voz gutural que parecía casi un croar-. Le encanta sorprendernos en los momentos más impensados. Puede permanecer durante días sin que nadie lo vea y luego estar junto a tu codo, gritándote al oído.

-Recomposte, Henry -dijo Timothy-, y siéntate tranquilo en una silla. Es incómodo conversar con alguien invisible.

Henry se recompuso, o la mayor parte de él, lo suficiente como para que pudieran verle, aunque débilmente, y se sentó en una silla al extremo de la mesa, frente a Timothy. Era una cosa brumosa, parecida a un hombre, aunque descuidadamente modelada. Pero lo que recompuso no se mantuvo demasiado bien unido; derivaba hacia delante y hacia atrás, de modo que la forma de la silla que podía seguirse viendo a través de su tenue sustancia oscilaba con su derivar.

Habéis disfrutado de una comida asquerosamente pesada, dijo Henry. Todo pesado. El cordero pesado. El pudín pesado. Es esta comida pesada lo que os hace tan pesados.

-Yo no soy pesado -dijo Timothy-. Soy tan delgado y fibroso que me agito al viento.

Nunca camináis al viento, dijo Henry. Nunca abandonáis la casa. Desde hace años no habéis sentido el calor de la honesta luz del sol.

-Tú casi nunca estás en la casa -dijo Horace-. Tienes más luz del sol de la que te corresponde.

Vivo de la luz del sol, dijo Henry. Seguro que eres consciente de ello. La energía que tomo del sol es lo que me mantiene. Pero no sólo es el sol; son otras cosas también. El dulce aroma de los pastos, el canto de los pájaros, la sensación del suelo desnudo, el susurro o el aullido del viento, la enorme bóveda del cielo, la sólida majestad de los árboles.

-Tu catálogo es más bien impresionante -dijo David con voz seca.

También es vuestro.

-Tengo algo de él -dijo David-. Sé de lo que hablas.

-¿Has visto a Spike? -preguntó Horace.

Lo veo de tanto en tanto. Está confinado en la burbuja que rodea Hopkins Acre. Yo soy el único de vosotros que puede cruzar la burbuja sin la ayuda del tiempo. Vagabundeo un poco.

-El vagabundear está bien, si es eso lo que quieres hacer -admitió Horace-. Pero desearía que dejaras de importunar a los nativos. Te consideran un fantasma. Tienes al vecindario en una alarma constante.

A ellos les gusta, dijo Henry. Sus vidas son marchitas y tristes. Disfrutan siendo asustados. Se acurrucan en los rincones junto a sus chimeneas y se cuentan historias unos a otros. Si no fuera por mí, no tendrían esas historias que contar. Pero no es por eso por lo que estoy aquí.

-¿Para qué estás aquí entonces?

Hay algunos que sienten curiosidad acerca de la burbuja, respondió Henry. No saben lo que es, no están seguros de su localización exacta, pero la sienten y muestran curiosidad. Estan husmeando por ahí.

-No los nativos, por supuesto. No hay forma de que sean conscientes de su existencia. Lleva aquí casi siglo y medio y...

No los nativos, dijo Henry. Algo distinto. Algo de Fuera.

Un profundo y sólido silencio se adueñó de la estancia. Todos permanecieron sentados, pegados a sus sillas, mirándose unos a otros. Un antiguo miedo brotó de la oscuridad de la casa, centrándose en aquella habitación, la única bien iluminada.

Finalmente, Horace se agitó. Carraspeó y dijo:

-Así que finalmente ha ocurrido. Creo que desde siempre supe que este día acabaría por llegar. Hubiéramos debido esperarlo. Nos han rastreado hasta aquí.

Persistía algo parecido a un error, una sensación de aberración, algún factor no completamente correcto, la sensación de una esquina. Pero Boone no podía localizarla; parecía no existir ninguna forma de alcanzarla.

Corcoran estaba recorriendo la pared de la habitación exterior de la suite, con su linterna a sólo unos centímetros de ella, inclinado hacia adelante en su esfuerzo por detectar algún tipo de indicio de una grieta en la lisura de la pared. Se detuvo y apartó la linterna, y se dio la vuelta para mirar a Boone. La luz procedente de la calle atenuaba la oscuridad de la habitación, pero la penumbra seguía siendo demasiado intensa para que Boone pudiera ver el rostro de Corcoran.

-Es inútil -dijo Corcoran-. Aquí no hay nada. Sin embargo, sé que fuera de esas ventanas hay pegada una estructura de algún tipo que sobresale del edificio. No puedo equivocarme. La vi.

-Te creo, Jay -dijo Boone-. Hay algo erróneo aquí. Puedo captarlo.

-¿No puedes meterle mano?

-Todavía no -dijo Boone.

Se dirigió a una de las ventanas y miró a la calle. Con un sobresalto, vio que estaba desierta. Ningún taxi cruzando lentamente la calle, nadie en las aceras. Miró más atentamente, y vio movimiento en un oscuro portal del edificio al otro lado de la calle, luego otro bulto más oscuro; y, por un breve momento, un destello de luz se reflejó en uno de los bultos.

-Jay -preguntó-, ¿cuándo has dicho que iban a volar este edificio?

-El domingo a primera hora. En la madrugada del domingo.

-Ahora es la madrugada del domingo. Hay policías al otro lado de la calle. Vi la luz de una linterna reflejarse en una placa.

-A las cuatro o las cinco de la madrugada. Cuando empieza a amanecer. He comprobado otras operaciones como ésta. Siempre con la primera luz, antes de que la gente tenga la oportunidad de congregarse. Ahora apenas es pasada la medianoche. Todavía tenemos varias horas.

-No estoy seguro de eso -dijo Boone- Puede que hayan engañado a la gente, que lo hagan antes de lo que todo el mundo piensa que van a hacerlo. Éste es un lugar antiguo, socialmente histórico. El fin del Everest puede congregarse una gran multitud. Pero si lo vuelan antes de lo previsto, antes de lo que todo el mundo espera...

-No harían eso -dijo Corcoran, acercándose a él- Simplemente no pueden...

Un sordo retumbar les golpeó, haciéndoles caer de rodillas, y el yeso de la suite empezó a cuartearse, abriéndose en grietas que empezaban en las esquinas del techo y avanzaban oblicuamente por él. El suelo empezó a ceder.

Boone aferró desesperadamente a Corcoran, rodeando con fuerza el cuerpo de su amigo con sus brazos.

Y estaban en otro lugar, en otra suite, una suite donde el yeso no se cuarteaba, donde el suelo no cedía.

Corcoran se apartó furioso de Boone.

-¿Qué demonios fue eso? -gritó-. ¿Por qué me has...?

-El Everest se está derrumbando -dijo Boone- Mira por la ventana. Observa el polvo.

-No es posible. Todavía estamos en el Everest.

-Ya no -dijo Boone-. Estamos en esa caja que viste. Doblamos una esquina.

-¡Qué demonios! -exclamó Corcoran-. ¿Quieres decir..?

-Es necesaria una crisis, Jay. Hubiera debido darme cuenta de ello. Puedo hacerlo sólo en el último momento, en el punto culminante de la crisis, cuando ya no hay esperanzas.

Corcoran miró acusadoramente a Boone.

-Me jugaste una mala pasada. No me avisaste.

-Ni yo mismo lo sabía. Este fenómeno mío es un rasgo de supervivencia. No funciona hasta que se produce una amenaza. Así es como ha ocurrido siempre. Es una respuesta instintiva.

-Pero siempre, antes, has estado fuera solamente por un corto tiempo. Siempre has vuelto. ¿Vamos a volver...?

Boone agitó la cabeza.

-No lo creo. Sólo vuelvo cuando el lugar de donde partí es seguro de nuevo. Aquí estaríamos colgando en el aire, con un edificio derrumbado a nuestros pies. Y antes, cada vez, no tenía ningún lugar real donde ir. Entraba en una especie de limbo..., un mundo gris y llano hecho de alguna especie de bruma, sin rasgos reales. Pero esta vez hemos entrado en un lugar real..., esta garita. No puedo estar completamente seguro, pero creo que no me equivoco.

-Así que esto -dijo Corcoran-. Nos hallamos en el escondrijo de Martin. ¿Qué vamos a hacer ahora?

-Eso es cosa tuya -respondió Boone-. Querías que yo doblara una esquina. Lo hice, y te he llevado conmigo. Tú eres el que tiene todas las preguntas. Así que empieza a buscar las respuestas.

Miró la habitación donde se hallaban. Los muebles eran extraños..., familiares en forma y función, pero estructurados de una manera distinta. Contra la pared del fondo había lo que podía ser una chimenea, pero que, se dijo, probablemente no lo fuera. Sobre ella colgaba una forma rectangular de apariencia pesada que podía ser un cuadro. Pero era algo tan alejado incluso de las obras más locas y retorcidas de los artistas de supervanguardia que había conocido que luchó contra el pensamiento de que podía ser una obra de arte.

La habitación parecía estar bien asentada; no vacilaba ni se hundía. ¿Cómo era posible? De alguna forma, había permanecido pegada al edificio que ahora estaba en proceso de hundirse en un informe montón de cascotes. Sin embargo, parecía mantenerse firmemente en su lugar. Sin el apoyo del edificio volado, seguía firme en su lugar, a unos treinta metros o más por encima del nivel de la calle.

Boone se dirigió rápidamente a una ventana y miró fuera. A la débil luz de la calle, una nube ascendente de yeso y mortero giraba por encima del pavimento, mientras los ladrillos rotos, las astillas de madera y el mármol hecho pedazos se esparcían por las aceras. No había la menor duda de que el viejo hotel había caído o estaba cayendo.

La habitación donde estaban se inclinó repentinamente, cayendo hacia un lado, luego recuperó su horizontalidad con un estremecimiento que la recorrió de parte a parte. Boone se apartó de la ventana y contuvo el aliento.

El brusco balanceo había soltado de un lado el cuadro o lo que fuera que había encima de la pseudochimenea, y ahora colgaba torcido, revelando tras él un panel negro en la pared. La superficie del panel estaba llena de brillantes instrumentos luminosos. En su centro parpadeaba una luz roja, encendiéndose y apagándose.

Corcoran, de pie con las piernas separadas para mantener el equilibrio, contempló el panel. La luz roja siguió parpadeando.

Una voz brotó del panel, farfullando algo incomprensible. Siguió farfullando. Hablaba de una forma rápida y furiosa.

-¡Hable en inglés! -rugió Corcoran-. Hable en inglés. ¿Acaso no sabe el idioma?

La luz roja dejó de parpadear y la voz dijo en inglés, un inglés con un acento extraño:

-Por supuesto que conocemos el idioma. ¿Pero por qué hablar en inglés? Es usted Martin, ¿no? ¿Dónde ha estado? ¿Por qué no nos ha contestado antes?

-No soy Martin -dijo Corcoran-. Martin no está aquí.

-Si no usted Martin, ¿quién es entonces? ¿Cómo demonios está respondiendo? ¿Cómo ha conseguido entrar en el lugar de Martin?

-Amigo, sea usted quien sea -dijo Corcoran-, la historia es larga y no hay tiempo para contársela. El hotel ha sido demolido, y estamos ahí colgando en el lugar de Martin, como usted dice, suspendidos del aire y a punto de estrellarnos contra el suelo en cualquier momento.

El altavoz del panel reprodujo una profunda inspiración. Luego la voz dijo:

-No se excite. Podemos arreglarlo.

-No estoy excitado -dijo Corcoran-, pero pienso que tal vez necesitemos un poco de ayuda.

-Le ayudaremos. Escuche atentamente.

-Estoy escuchando atentamente.

-Supongo que ve usted un panel. Tiene que verlo. Se activa cuando es retirada la pantalla. Ahora debe estar retirada.

-Maldita sea, está descolgada. Déjese de estas tonterías de escuela de párvulos y dígame qué tengo que hacer. El panel está aquí. ¿Qué es lo que hace? ¿Cómo se maneja?

-En la esquina inferior izquierda hay unas hileras de..., supongo que usted lo llamaría botones. En la hilera del fondo, empezando por la derecha, cuente tres y apriete el tercer botón.

-Ya está apretado.

-Ahora cuente dos hacia arriba desde ese tercer botón y pulse el segundo botón.

-Pulsado -dijo Corcoran.

-Ahora..., pero no haga esto hasta que yo se lo diga. Cuente hacia arriba en ángulo hacia su derecha el espacio de tres botones. ¿Comprende?

-Comprendo. Tengo el dedo apoyado en el botón correspondiente.

-No lo apriete todavía. Tengo que saber el momento exacto en que va a apretarlo. Cuando lo haga, me entregará el control a mí y yo le sacaré de ahí.

-¿Quiere decir que tomará el control de este lugar donde estamos y lo trasladará a algún otro sitio?

-Eso es lo que quiero decir. ¿Tiene alguna objeción que hacer?

-No me gusta -dijo Corcoran-. Pero supongo que no nos hallamos en posición de discutir.

-Está diciendo usted «nosotros todo el rato». ¿Hay alguien más con usted?

-Somos dos.

-¿Están armados? ¿Llevan armas con ustedes?

-No, por supuesto que no. ¿Por qué tendríamos que llevar armas?

-No lo sé. Quizá...

-Está malgastando usted el tiempo -exclamó Corcoran-. Podemos estrellarnos en cualquier momento.

-¿Tiene usted el botón indicado?

-Lo tengo.

-Entonces apriételo.

Lo apretó. La oscuridad cayó sobre ellos, una oscuridad que trajo consigo una instantánea desorientación..., como si se hubieran visto divorciados de toda realidad. No hubo ninguna sensación de movimiento..., ninguna sensación en absoluto.

Luego se produjo algo parecido a un ligero golpe. La oscuridad desapareció, y la luz entró por las ventanas y por las rendijas cada vez mayores de una puerta, o compuerta, que se estaba abriendo hacia abajo, girando sobre su borde inferior.

-Supongo -dijo Boone- que aquí es donde tenemos que salir.

Avanzó hacia la puerta. Más allá de la rampa descendente en que se había convertido vio césped. Al fondo del césped había una casa..., una vieja casa de considerable extensión, construida de vieja piedra que mostraba, aquí y allá, manchas de musgo.

Un hombre con chaqueta de caza avanzaba por el césped hacia ellos. Sobre el doblado brazo llevaba una escopeta. Iba flanqueado a su derecha por un perro feliz, un hermoso setter dorado, y a su izquierda por una monstruosidad globular que era casi tan alta como él. La monstruosidad rodaba relajadamente a su lado, manteniendo su velocidad al paso del hombre. Toda su superficie estaba llena de púas extremadamente afiladas que resplandecían y destellaban al sol. Pero las púas, pese a lo puntiagudas que eran, no se clavaban en el suelo. Por un instante, Boone tuvo la extraña sensación de que caminaba de puntillas, lo cual fue reemplazado casi inmediatamente por la realización de que estaba flotando, y girando lentamente sobre sí misma a la vez.

Boone descendió la rampa hasta su final y pisó el césped. Tras él, Corcoran se había detenido y contemplaba la escena, girando la cabeza primero a un lado, luego al otro, para abarcar todo el panorama.

En la parte alta del césped, otras varias personas habían salido de la casa y estaban de pie sobre los amplios escalones de piedra, observando lo que ocurría.

El hombre con la escopeta, flanqueado aún por el contento perro y la monstruosidad, se detuvo a una docena de pasos de distancia y dijo:

-Bienvenido a Hopkins Acre.

-¿Así que esto es Hopkins Acre?

-¿Ha oído hablar de él?

-Hace poco -dijo Boone, El otro día.

-¿Y qué le dijeron?

Boone se encogió de hombros.

-No mucho. En realidad, nada. Simplemente que alguien había mostrado un repentino interés por él.

-Me llamo David -dijo el hombre-. Este alienígena grotesco es Spike. Me alegra que lo hayan conseguido. Horace no es la clase de técnico en cuyas manos me gustaría depositar mi vida. Suele ser más bien torpe con sus dedos.

-¿Horace es con quien hablé?

David asintió.

-Lleva meses intentando ponerse en contacto con Martín. Cuando nuestro panel nos alertó esta mañana, pensó que Martín estaba intentando comunicarse.

Corcoran bajó la rampa para situarse al lado de Boone.

-Me llamo Corcoran. Mi compañero se llama Boone. Los dos sentimos una enorme curiosidad acerca de lo que nos ocurrió. Me pregunto si usted podría explicárnoslo.

-No sienten ustedes menos curiosidad que nosotros -dijo David-. Vayamos a la casa y hablaremos. Creo que Nora servirá pronto la comida. Quizá un par de copas antes de eso nos entonará.

-Me parece excelente -dijo Boone.

4 - Shropshire: 1745

-Lo más importante que tienen que comprender -dijo Horace- es que no podrán abandonar ustedes nunca este lugar. Si hubiera alguna posibilidad de que lo abandonaran, nos veríamos obligados a matarles.

-Horace es tan torpe -dijo Enid-. No tiene sentido de la gracia. Es como un martillo. Lo martillea todo. Podría haber dicho que lamentaba que ustedes no pudieran abandonar jamás este lugar, pero que se alegraba de que estuvieran aquí.

-No estoy seguro de alegrarme de ello -dijo Horace-. No es más que otra señal de que la situación se nos está escapando de las manos. Martín y Stella desaparecen en el aire sin dejar ningún rastro, y la historia que Fantasma...

-¡Henry! -dijo Enid-. Henry, no Fantasma.

-...la historia que nos contó Henry la otra noche acerca de algo merodeando en torno al Acre, de que había captado una sensación extraña e intentaba averiguar qué era exactamente. Os lo digo, se nos están acercando. Y ahora aparecen esos dos de Nueva York, con una explicación no del todo satisfactoria de cómo lograron entrar en el viajero de Martin, y sabiendo de la existencia de Hopkins Acre.

-Llevamos demasiado tiempo aquí -se quejó Emma-. Tendríamos que haber roto el rastro yendo a algún otro lugar. Nadie puede permanecer en un mismo lugar durante siglo y medio.

-Trasladarnos a otro lugar hubiera implicado en sí mismo un peligro -dijo Horace- Hubiéramos tenido que hacer arreglos para que un equipo de técnicos hubiera manejado una operación de esa envergadura. En primer lugar, además, hubiéramos debido encontrar otro lugar donde ir. Hubiéramos podido buscarlo nosotros mismos, pero no hubiéramos conseguido hacer el traslado a otro lugar sin ayuda. No tenemos la habilidad suficiente.

-Tenía la impresión -dijo David, un poco sarcásticamente- de que tú podías manejar cualquier tipo de trabajo sin ninguna ayuda.

Horace hundió los hombros como un toro furioso.

-Dejadlo -dijo Timothy, con su voz y sus modales suaves-. Dejadlo los dos. En vez de discutir entre nosotros, lo que deberíamos hacer sería intentar explicar la situación, de la mejor manera que podamos, a esos visitantes que se han convertido por azar en nuestros huéspedes.

-Sinceramente, me encantaría que lo hicieran -dijo Corcoran-. Nos han dicho que nosotros no podremos abandonar nunca este lugar, y sin embargo David... Es David, ¿verdad?

-Sí -dijo David-. Soy David, y ocasionalmente abandono este lugar. Principalmente a Londres y París. Una vez a Nueva York.

-Y han mencionado que iba a venir alguien de Atenas. Así que hay entradas y salidas.

-Las entradas y salidas, como usted las llama -dijo Timothy-, se efectúan mediante vehículos que nosotros llamamos viajeros. El viajero en el que vivía Martin es el que los trajo hasta aquí desde Nueva York. Pero ésa no es toda la historia.

-Apreté botones -dijo Corcoran.

-Hubiera podido seguir apretando botones todo el resto de su vida, y sin embargo el viajero ni siquiera se hubiera estremecido. Lo que hizo usted fue pulsar algunos botones que sintonizaron el viajero con el panel de control de esta casa. Una vez hecho esto, Horace pudo manejar el viajero de Martin.

-¿Quiere decir que sólo algunas personas pueden manejar los viajeros?

-El asunto -dijo Horace- es que se hallan ustedes ahora dentro de una burbuja temporal, se trata de un término simplista, por supuesto, a través de la cual no puede pasar nadie, ni siquiera nosotros. La única forma de atravesarla es mediante un viajero.

Permanecieron sentados en silencio por unos instantes.

-Lo olvidé -dijo Horace-. El Fantasma es el único que puede atravesarla sin ayuda, y es un caso especial.

-Henry -le recordó Enid-. Henry. No el Fantasma.

-Me parece -dijo Boone- que debemos aceptar con toda nuestra buena voluntad lo que acaban de decirnos. Estamos aquí, afirman, y no vamos a poder abandonar el lugar. No entiendo mucho de lo que he oído. Hay un montón de preguntas, pero supongo que habrá tiempo más tarde para expresarlas todas.

-Me complace que lo vea de este modo -dijo Timothy-. Nosotros mismos estamos ligados por ciertas restricciones que no podemos ignorar. Esperamos que sean ustedes capaces de vivir una vida agradable con nosotros.

-Hay una pregunta más, que me parece demasiado importante para no formularla ahora. ¿Quiénes son ustedes? -preguntó Boone.

-Somos refugiados -dijo David-. Refugiados ocultándonos en las profundidades del tiempo.

-No es así -gritó Horace-. No dejas de decir las mismas insensateces acerca de que somos refugiados. Somos revolucionarios, se lo aseguro. Algún día volveremos.

-No preste atención a esos dos -dijo Enid a Boone-. Siempre se están arrojando el uno a la garganta del otro. Estoy segura de que lo que quiere saber usted es de dónde venimos. Somos gente que vivimos en una época un millón de años después de ahora. Somos de su futuro muy lejano.

-La comida está lista -dijo Nora desde la puerta que conducía al comedor.

La comida fue civilizada y agradable, sin disputas. David habló de los pocos días que había pasado en el Nueva York del siglo XX, y les pidió a Corcoran y Boone que le hablaran de la ciudad. Timothy habló de algunas de las lecturas en que se hallaba enfrascado. Enid dijo poca cosa. Emma guardó un agradable silencio. Horace permaneció sentado, con los hombros hundidos, ocupado en sus propios pensamientos. Finalmente se sintió impulsado a hablar.

-Me pregunto qué le habrá ocurrido a Gahan. Ya debería estar aquí.

-Gahan es de Atenas -explicó Emma-. Trae un nuevo libro a Timothy.

-Siempre decimos Atenas -aclaró Timothy-, pese a que en realidad no están en Atenas, aunque si muy cerca.

-También tenemos un pequeño grupo en el pleistoceno -dijo David-. En el sur de Francia. Los primeros días de la última glaciación.

-Neanderthales -dijo Boone.

-Si, unos cuantos. Primitivos neanderthales.

-Lo que no puedo comprender -dijo Horace, sumido aún en sus preocupaciones-, es por qué Martin se marcharía tan precipitadamente. Y Stella también. Al parecer tenía un pequeño viajero oculto en un almacén, y lo utilizó para desaparecer, avisando a Stella para que pudiera reunirse con él. Hubiera debido utilizar su viajero residencia para marcharse, pero no lo hizo. Le entró pánico. El maldito estúpido fue presa del pánico. Se asustó y echó a correr.

-Temía verse atrapado en el hotel -dijo Enid-. Eso me resulta muy claro. Quizá no confiaba enteramente en el señor Corcoran.

-No hay ninguna razón para que confiara -dijo David-. Según ha admitido el propio señor Corcoran, tenía a algunos hombres vigilando a Martin y Stella. Todos sus movimientos eran observados.

-Él compró mi confianza y pagó espléndidamente por ella -dijo Corcoran-. Trabajaré con todo mi corazón por alguien si me paga lo suficiente. Nunca, en toda mi vida, he traicionado a un cliente.

-Pero usted no confió en su cliente en este caso -dijo David.

-No puedo decir que lo hiciera. No me dio ninguna razón para ello. Lo vigilé no para hacerle ningún daño, sino para asegurarme de que él no pudiera hacerme ningún daño a mí. Era un hombre curiosamente reservado. Era un personaje más bien escurridizo.

-Debió saber que el hotel iba a ser demolido dijo Horace-. Seguro que los clientes fueron notificados con la suficiente antelación. Abandonar el viajero residencia, sabiendo eso, enfrentándose a la posibilidad de que su presencia hubiera podido quedar revelada, es inexcusable.

-Quizá no sabía nada de lo del hotel -dijo Corcoran-. Los clientes no fueron notificados hasta el último momento legal posible. E incluso entonces, no hubo ningún anuncio público. Fue una de esas cosas llevadas de forma muy discreta. Yo no supe de ello hasta bastante después de que Martin hubiera desaparecido. Y hay muy pocos rumores que se me escapan.

-Entonces -dijo David-, quizá se fue a una misión urgente, creyendo que estaría de vuelta pronto. Ése puede ser el motivo de que abandonara el viajero residencia.

Horace miró ceñudamente a Boone.

-Lo que usted todavía no ha acabado de explicar es cómo ustedes dos consiguieron entrar en el viajero. No cómo lo detectaron, eso puedo comprenderlo, sino cómo lograron penetrar en él.

-Ya le dije lo que podía hacer -dijo Boone-. Doblé una esquina. No puedo explicárselo mejor. Ni yo mismo comprendo cómo lo hago. Todo lo que sé es que puedo realizarlo tan sólo bajo tensión.

-Eso no es ninguna explicación -dijo Horace-. Seguro que un hombre sabe todo lo que hace.

-Lo siento -dijo Boone-. No puedo ayudarle más al respecto.

-Y puesto que estamos entrando en los detalles -dijo Corcoran, un poco malhumorado-, dígame qué significaba todo aquel farfalleo que oí cuando entramos en contacto con usted.

-Yo puedo responderle a esto -dijo Timothy-. Como sin duda se habrá dado cuenta, somos una gente muy furtiva. Quizás a veces demasiado inclinada a ocultarnos y disimular. Creemos que nuestro sistema de comunicaciones no puede ser intervenido. Pero alineadas contra nosotros hay fuerzas muy poderosas y terriblemente inteligentes. No podemos estar seguros de nuestra inviolabilidad aquí; nunca podremos estar seguros de ello. Así que cuando hablamos entre nosotros a través del sistema de comunicaciones, empleamos una lengua muy antigua, el idioma de un pequeño y oscuro grupo de humanos. Con este método esperamos que, aunque nuestras comunicaciones puedan ser detectadas, haya pocas posibilidades de que el oyente consiga descifrar lo que estamos diciendo.

-Esto -dijo Boone- es la locura más grande que jamás haya oído.

-Usted no sabe ni la mitad de ella -dijo Timothy-. Usted no conoce a los Infinitos. Si conociera a los Infinitos...

En la cocina sonó un chillido. Timothy y Emma saltaron en pie. Nora, aún chillando, apareció en la puerta de la cocina. Llevaba el gorro torcido sobre su cabeza, y sus manos retorcián nerviosamente el delantal atado a su cintura.

-¡Visitantes! -gritó-. Tenemos visitantes. Y hay algo que no va bien. El viajero se posó en el macizo de flores, boca abajo.

Las sillas chirriaron contra el suelo cuando todo el mundo echó a correr hacia la cocina, en dirección a la puerta que daba a la parte de atrás de la casa.

Corcoran miró a Boone.

-¿Puede ser ese tipo de Atenas?

-Supongo que sí -dijo Boone- Será mejor que vayamos a echar un vistazo.

Se detuvieron en la puerta de la cocina que daba fuera y contemplaron lo que estaba ocurriendo en el macizo de flores. Un objeto rectangular, de unos cuatro metros de largo y la mitad de ancho, había abierto un amplio surco en el macizo, y ahora yacía boca abajo y medio enterrado en el suelo, en un extraño ángulo. David, Horace, Enid y Timothy estaban intentando darle la vuelta. Emma permanecía a un lado, lamentándose en voz alta.

-Quizá debiéramos echarles una mano -dijo Corcoran.

Boone y él cruzaron el césped.

-¿Qué quieren hacer con él? -preguntó Boone a un jadeante Horace.

-Liberarlo -resolló Horace-. Y ponerlo boca arriba.

Con la ayuda muscular extra, el aparato fue apartado de entre las flores y puesto en la posición correcta.

Horace y David se atarearon en lo que parecía ser un panel encajado en uno de los lados. El panel cedió lentamente a sus hurgantes dedos, luego se abrió con un pop. David se metió por la abertura y volvió a salir al cabo de un momento.

-Echadme una mano -exclamó. Tengo a Gahan.

Horace se metió junto a David, pareció agarrar algo, luego los dos hombres empezaron a retroceder, arrastrando una flácida figura humana. La transportaron a un lado del macizo de flores y la depositaron sobre el césped.

Gahan quedó tendido de espaldas. Sangraba por la boca. Un brazo colgaba inerte; su pecho estaba empapado de sangre. Horace se arrodilló a su lado, alzando su cabeza y sujetándola entre sus brazos. Los ojos de Gahan se abrieron y su ensangrentada boca se movió, pero sólo brotó un gorgoteo.

Enid se apresuró a arrodillarse a su lado.

-Tranquilo, Gahan. Estás a salvo. Estás en el Acre.

-¿Qué ocurrió? -chilló Emma.

Palabras y sangre brotaron de su boca.

-Ha desaparecido -dijo, luego se atragantó con la sangre.

-¿Qué ha desaparecido, Gahan? ¿Qué ha desaparecido?

Se esforzó en hablar, y finalmente dijo:

-Atenas. -Eso fue todo.

-Será mejor que lo llevemos a la casa -dijo Timothy-. Está muy malherido.

-¿Cómo puede haber ocurrido? -exclamó Emma.

-Se estrelló, maldita sea -dijo David-. Estaba herido y perdió el control.

El hombre herido se agitó, intentando hablar. Horace alzó un poco más su cabeza. Enid quiso limpiar la sangre de su boca con un fino pañuelo; lo único que consiguió fue ensuciar más su rostro.

-Atenas -les llegó el murmullo ahogado en sangres. La base de Atenas ha desaparecido. Destruída.

Se relajó en brazos de Horace.

Boone se acercó a Horace y apoyó los dedos en la garganta de Gahan, buscando el pulso. Retiró la mano.

-Este hombre está muerto -dijo.

Reverentemente, Horace retiró los brazos y dejó a Gahan descansar en el césped. Se puso lentamente en pie, y el silencio del grupo fue absoluto. Se miraron entre sí, como si no comprendieran nada.

-No deberíamos dejarlo aquí fuera -dijo Timothy a Boone-. ¿Me ayudará a llevarlo?

-Tendremos que enterrarlo -dijo Emma-. Deberemos cavar una tumba.

-Tenemos que hablar -dijo Horace-. Primero, antes que ninguna otra cosa, tenemos que hablar.

-¿Dónde quieres que lo pongamos? -preguntó Timothy a Emma.

-En un dormitorio -dijo Emma-. Arriba. El dormitorio de atrás, a la derecha. No podemos ponerlo en el salón. Toda esa sangre manchará los muebles.

-¿Y la armería? Eso sería más fácil. No tendremos que subirlo por las escaleras. Allí hay un sofá de piel. Podemos limpiar la piel luego.

-De acuerdo. La armería.

Boone y Timothy alzaron el cuerpo, Boone por los hombros, Timothy por los pies. Cruzaron la cocina y el comedor, con David apartando las sillas para dejarles sitio. Llegaron a la armería al fondo del salón.

-Aquí -dijo Timothy-. Aquí, contra la pared.

Dejaron al hombre muerto en el sofá, y Timothy se lo quedó mirando.

-No sé -dijo-. No sé cómo manejar esto. No ha habido ninguna muerte en esta casa desde que llegamos. Es una experiencia nueva, y no estamos preparados. Nos hallamos muy cerca de la inmortalidad, ¿sabe? El mecanismo del tiempo hace que sea así.

-No, no lo sabía -dijo Boone.

-Dentro de la burbuja no envejecemos. Sólo envejecemos cuando salimos de ella.

Boone no respondió nada.

-Esto es malo -dijo Timothy-. Es uno de esos puntos críticos con los que te encuentras a lo largo de la historia. Tenemos que decidir qué hacer. Tomar decisiones y no cometer errores. Eso es importante..., nada de errores. Venga conmigo. Los demás ya deben estar hablando.

Los demás no estaban hablando. Reunidos en el comedor, se gritaban los unos a los otros.

-Lo sabía -chillaba Emma-. Lo sabía. Simplemente lo sabía. Estábamos yendo demasiado bien. Creíamos que podríamos seguir siempre así. Hubiéramos debido prever, hacer planes...

-¿Hacer planes para qué? -chilló David, ahogando la voz de la mujer-. ¿Cómo podíamos saber sobre qué teníamos que hacer planes? ¿Cómo podíamos saber lo que podía ocurrir?

-¡No le grites a mi esposa! -rugió Horace-. No vuelvas a emplear ese tono de voz con tu hermana. Ella tiene razón. Hubiéramos debido imaginar todo tipo de contingencias y elaborar modelos para reaccionar frente a ellas. No deberíamos estar aquí de pie, como estamos ahora, tomados por sorpresa e intentando imaginar la mejor forma de actuar.

-Creo -dijo Timothy, añadiendo su voz a la de los demás- que lo mejor que podemos hacer es sentarnos, tranquilizarnos y pensar detenidamente en ello.

-No tenemos tiempo de pensar detenidamente en ello -gritó Horace-. No la forma tranquila de pensar a la que te refieres. Te conozco, Timothy. Te limitas a echar las cosas a un lado. No te enfrentas a nada. Eres incapaz de enfrentarte a nada. Recuerdo la vez...

-Admito que habría que hacer algo chilló David-. Creo que el enfoque de Timothy está equivocado. No es el momento de sentarnos y esperar a que ocurra algo. De acuerdo, podemos tomar medidas. Pero no podemos limitarnos a gritar lo que pensamos y...

-Tenemos que irnos -exclamó Emma-. Tenemos que salir de aquí.

-No nos servirá de nada huir chilló David-. De acuerdo, huiremos si tenemos que hacerlo, pero debemos elaborar un plan.

-Yo no huiré -gritó Horace-. No estoy dispuesto a huir. Huir es cosa de cobardes, y no voy a permitir...

-Pero tenemos que huir -chilló Emma-. Tenemos que escapar de aquí. No podemos aguardar a lo que ocurra. Debemos hallar un lugar seguro.

-No vas a encontrar ningún lugar seguro huyendo -rugió Horace-. Debemos utilizar nuestras cabezas.

-Sigo pensando que actuamos con demasiada precipitación -señaló Timothy-. Unos cuantos días más o menos no representarán ninguna diferencia.

-En unos cuantos días puedes estar muerto -gritó Horace.

-Al menos tenemos que darle a Gahan una sepultura decente -protestó Timothy.

-Gahan no cuenta -gritó Horace-. Gahan está muerto. No puede ocurrirle nada más. Nosotros aún seguimos con vida, y lo que ocurra debe importarnos a nosotros y...

Boone se subió a una silla y de la silla a la mesa, apartando vajilla y vasos con el pie.

-¡Cállense todos! -tronó-. ¡Callen y siéntense!

Todos dejaron de gritar y se volvieron para mirarle.

-Usted no entra en esto -dijo Emma agriamente-. Usted no es uno de nosotros.

-Ustedes nos hicieron a Corcoran y a mí parte de su grupo -dijo Boone- cuando nos dijeron que nunca podríamos abandonar este lugar. Ambos tenemos derecho a hablar. Estamos en el mismo barco que ustedes. Así que callen, todos, y siéntense.

Sorprendidos, buscaron sillas y se sentaron.

-Jay -dijo Boone a Corcoran, que permanecía de pie junto a una pared-, si alguien empieza a gritar, si alguien se pone en pie, ¿te encargarás de tranquilizarle?

-De mil amores -dijo Corcoran.

-Comprendo -dijo Boone- que esto no es más que una saludable discusión familiar, y que ninguno de ustedes siente realmente ni la mitad de lo que han dicho. Pero siguiendo

así no van a llegar a ninguna parte, y creo que tienen que hacer algunos planes. Les guste o no, actuaré de árbitro.

Horace se puso en pie. Corcoran se apartó de la pared y avanzó hacia él. Horace volvió a sentarse.

-¿Deseaba decir algo? -preguntó Boone a Horace.

-Lo que iba a decir es que usted no comprende nada de lo que está ocurriendo. No tiene las referencias necesarias para actuar como árbitro.

-En ese caso -dijo Boone-, quizá quiera usted ilustrarme.

-Horace no lo hará -dijo Enid-. Dirá las cosas tal como las ve. Enmascarará el significado...

Horace se puso en pie. Corcoran volvió a apartarse de la pared. Horace se sentó de nuevo.

-De acuerdo, señorita Enid -dijo Boone-. Quizá pueda proporcionarme usted su visión imparcial. Usted -le dijo a Horace- tendrá su oportunidad más tarde. Pero las reglas son una detrás de otra, y nada de gritos ni histerismos.

-Somos un grupo de refugiados -dijo Enid-. Somos...

-¡No somos refugiados! -gritó Horace.

-Cállese -dijo Boone-. Enid, por favor, prosiga.

-Como le dije antes -siguió Enid-, procedemos de un millón de años en su futuro. En ese millón de años, la raza humana ha cambiado.

-Fue animada al cambio -dijo Horace, interrumpiendo otra vez-. Por si misma, la raza no hubiera cambiado.

-No puedes estar seguro de eso -dijo David-. Por ejemplo, ahí está Henry.

-Puedo estar seguro -dijo Horace-. Los Infinitos...

Boone alzó una mano para detenerle. Horace calló.

-Usted utilizó esa palabra -dijo Boone a Timothy-. Iba a preguntarle más al respecto cuando llegó el viajero de Atenas. Cuénteme: ¿Qué son esos Infinitos?

-Los Infinitos son otra inteligencia -dijo Timothy-. Proceden de algún lugar del centro de la galaxia. No son biológicos. Quizá lo fueron en algún momento, y luego cambiaron a su forma actual.

-De hecho -dijo David-, sabemos muy poco sobre ellos.

-Yo no diría eso -objetó Horace-. Sabemos, al menos aproximadamente, qué son.

-Un momento -dijo Boone-. Nos hemos alejado del tema. Enid estaba a punto de decirnos cómo había cambiado la raza humana en un millón de años.

-Cambió -dijo Enid- de seres corpóreos, de seres biológicos, a seres incorpóreos, inmateriales, inteligencias puras. Ahora se agrupan en enormes comunidades sobre entramados de cristal. Son...

-¡Una obscenidad! -estalló Horace-. La inmortalidad...

-¡Cállese! -rugió Boone.

Se volvió a Enid.

-Pero ustedes son seres humanos. La gente en el puesto de avanzada cerca de Atenas eran seres humanos. Biológicos y...

-Hubo algunos que se rebelaron -dijo Enid-. Algunos que huyeron para escapar a la incorporeidad.

-La incorporeidad fue, para gran parte de la raza humana, algo parecido a una nueva y excitante religión -dijo Timothy-. Sin embargo, hubo algunos que protestaron muy violentamente contra ello. Nosotros podemos alinearnos entre esos protestantes. Hay otros protestantes ocultos en diversos periodos del tiempo. Mantienen grupos pequeños, muy separados entre sí. De esta forma resulta más difícil hallarnos. Los protestantes huyeron, y ahora los Infinitos o sus agentes nos persiguen. Pienso que la creencia de que el proceso de incorporeidad era una religión fue una idea enteramente humana. Para los infinitos, estoy convencido, no era una religión, sino un plan, un plan universal. Los

Infinitos están convencidos de que sólo hay una cosa, únicamente una cosa, que puede sobrevivir a la muerte del universo. Y esa cosa es la inteligencia. Así que los Infinitos están trabajando intensamente en la creación de un cuerpo de inteligencia. Por supuesto, no sólo la raza humana, sino incluyendo muchas otras inteligencias de la galaxia, quizá de todo el universo. Los Infinitos en esta galaxia puede que no sean más que una misión primitiva de las muchas misiones esparcidas por todo el universo, trabajando diligentemente con las poblaciones idólatras sumidas en la ignorancia.

-¡Está loco! -gritó Horace-. ¡Se lo digo, todo esto es una locura!

-¿Sabe? -dijo Emma-, nosotros no hemos visto nunca a los Infinitos. Pero supongo que algunos sí los han visto.

-Lo que Emma quiere decir -señaló Horace- es que ninguno de nosotros, los que estamos aquí en esta habitación, los ha visto. Otros humanos sí lo hicieron, y se convencieron de que toda la raza humana debía permitir ser convertida en entidades puramente mentales. Esta creencia suya se convirtió en un loco artículo de fe. Aquellos que se rebelaron contra ello se convirtieron en fuera de la ley.

-Lo que tiene que comprender usted -dijo Timothy, hablando con voz suave- es que nuestra raza estaba madura para ese desarrollo. Incluso antes de que los Infinitos hicieran su aparición, la raza humana había cambiado. Pero en el período del que huimos, los puntos de vista y los conceptos filosóficos se habían visto enormemente alterados. La raza estaba cansada, hastiada. Había hecho demasiados progresos, había conseguido demasiado. El progreso ya no significaba un desafío. La norma, en general, era el diletantismo.

-¿Pero ustedes? -preguntó Boone.

-No nosotros -dijo Timothy-. Y tampoco algunos otros. No caímos en la trampa. Éramos los marginales, los fronterizos, los que residíamos mucho más allá de los flecos de la resplandeciente sociedad en que la humanidad se había convertido. Deseábamos seguir siendo humanos. Desconfiábamos de los nuevos caminos. Por eso fuimos declarados fuera de la ley.

-¿Pero los viajeros temporales?

-Robamos el concepto de tiempo a los Infinitos -dijo Horace-. Seguíamos siendo lo suficientemente humanos como para hacer todo lo que fuera necesario para protegernos. Los Infinitos no mienten ni roban. Son grandes y nobles.

-Y estúpidos -dijo David.

-Sí, eso es cierto -dijo Horace- Y estúpidos. Pero ahora nos han encontrado, y tenemos que marcharnos de nuevo.

-Yo no puedo irme -dijo Timothy-. He decidido que no me iré. No abandonaré mis libros ni mis notas, todo el trabajo que he hecho.

-Lo que Timothy intenta hacer explicó Enid a Boone- es conseguir un indicio de dónde, y cómo, la raza humana se equivocó, de cómo se metió en la situación que convenció a la gente de un millón de años en el futuro de que debía seguir el esquema de los Infinitos. Timothy cree que aquí atrás, cerca de las raíces de nuestra civilización, puede encontrar una pista examinando detenidamente su historia y su filosofía.

-Estoy cerca de ello -dijo Timothy-. Estoy convencido. Pero no puedo proseguir mi trabajo sin mis libros y mis notas.

-No hay sitio -dijo Horace- para llevarnos con nosotros todas tus notas, y no hablemos de tus libros. La capacidad de nuestros viajeros es limitada. Tenemos el viajero residencia de Martin, y me alegra que lo tengamos. Tenemos nuestro propio viajero más pequeño y el viajero de Gahan, si aún funciona...

-Dudo que esté muy estropeado, si lo está -dijo David-. Gahan perdió el control de él, eso es todo. Y su aterrizaje sobre el macizo de flores fue más bien suave.

-Tendremos que comprobarlo -dijo Horace.

-Ahora estamos empezando a hacer algunos progresos -dijo Boone-. Pero hay que tomar algunas decisiones. Si están convencidos de que tenemos que irnos, ¿tiene alguien alguna idea de dónde?

-Podemos unirnos al grupo en el pleistoceno dijo Emma.

Horace negó con la cabeza.

-Ése no. Atenas ha sido destruida, y Henry dice que alguien está husmeándonos. Hay muchas posibilidades de que la gente del pleistoceno haya sido localizada también. Si no lo han sido, nuestra llegada allí puede conducir a quien nos esté rastreando hasta ellos. Mi sugerencia es que nos sumerjamos más en el tiempo, hasta más allá del pleistoceno.

-Tengo la impresión de que deberíamos ir hacia el futuro -dijo David-, e intentar averiguar lo que está ocurriendo.

-Meterse de cabeza en el avispero -dijo Emma.

-Exacto -admitió David-. Probablemente todavía gente haya como nosotros allí, gente que no se fue, que sigue emboscada, resistiendo, haciendo todo lo que puede.

-Tal vez Martin supiera algo de lo que está ocurriendo -dijo Horace-. ¿Pero dónde demonios está Martin?

-Necesitamos un poco de tiempo para pensar -dijo David-. No podemos tomar decisiones precipitadas.

-Dos días entonces -dijo Horace-. Dos días, y nos iremos.

-Espero que entendáis -dijo Timothy, hablando lenta y firmemente- que yo no tengo intención de ir a ningún lado. Me quedo aquí.

5 - El monstruo

Boone se sentó en un murito bajo de piedra que separaba unos pastos y un campo. En el campo, dos setters corrían jugueteando alegremente, persiguiéndose, persiguiendo a los pájaros que sus correrías levantaban de entre los rastrojos. El sol de última hora de la tarde era cálido, y el cielo sin nubes se arqueaba sobre su cabeza como un gran domo azul.

Durante un par de horas, Boone había vagabundado por el Acre, acompañado por los alegres perros. Primero había salido con la firme determinación de hallar la burbuja del tiempo, localizar la pared de tiempo diferenciador que en algún lugar tenía que entrar en contacto con el suelo. Había intentado caminar en línea recta, deteniéndose de tanto en tanto para realinear los puntos de referencia que había tomado para asegurarse de que no se desviaba. Pero, después de una hora o más de andar en aquella línea recta, había descubierto, no sin sorpresa, que había vuelto aproximadamente al mismo punto de donde había partido.

La caminata, sin embargo, no había sido enteramente inútil ni un fracaso. Durante toda aquella hora o más, el paisaje por el que había paseado se había infiltrado dentro de él. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que había salido a pasear por el campo, y este paseo le había traído recuerdos de otros paseos en otros años y otros lugares. Había topado con un rebaño de plácidas ovejas que le miraron con suaves interrogaciones en sus ojos, luego se apartaron, pero se detuvieron a unos pocos metros para mirarle de nuevo mientras pasaba junto a ellas. Había cruzado pequeños y rápidos arroyos cuya agua parecía cristal; había atravesado pequeños y cuidados bosquecillos; había observado con profunda satisfacción las flores silvestres otoñales que crecían a lo largo de los arroyos, asintiendo suavemente sobre el espejo del agua y a lo largo de los setos.

Y ahora estaba sentado sobre el bajo murito de piedra, no muy lejos de donde lo había saltado para iniciar su paseo. A sus espaldas estaba la carretera que conducía hacia arriba, entre las hileras de moribundos álamos, hasta alcanzar la casa; la extensión del campo lleno de rastrojos se abría ante él. Y, sentado, pensó con muda maravilla lo que él

y Corcoran habían escuchado de la gente de la casa. Era tan fantástico y tan más allá de toda imaginación que le había resultado muy difícil aferrarlo. No podía hallar ningún punto de partida desde donde iniciar una consideración lógica de todo aquello. Muy lejos en el campo, en el lindero de un bosquecillo, captó un atisbo de algo que se movía. Lo observó, finalmente llegó a la conclusión de que se trataba de un hombre, y un poco más tarde reconoció a Corcoran. Mientras miraba, Corcoran avanzó a grandes zancadas ladera arriba hacia él.

Aguardó sentado hasta que Corcoran llegó finalmente a su lado.

Boone palmeó el murito a su lado.

-Siéntate, Jay -dijo-. Cuéntame que has hallado.

Porque sabía que Corcoran no había salido a pasear sin una finalidad; había estado buscando algo.

-Hallé el borde de la burbuja -dijo Corcoran- Estoy seguro de ello, aunque era muy brumoso y no podría jurarlo.

-Yo también lo busqué -dijo Boone-. Caminé en línea recta y fui a parar al mismo lugar de donde había salido. No encontré la pared, pero tú tienes ojos distintos.

-Supongo que es eso. Tengo ojos distintos. Pero también tengo un testigo. Henry, adelante; díselo.

-¿Henry? Jay, supongo que estás bromeando. No hay nadie contigo. Subiste solo la ladera.

-Encontré a un amigo por el camino. Olvidé que tú no puedes verle a la luz del sol. Henry, muévete hasta la sombra de ese árbol para que mi amigo pueda verte.

Señaló con el pulgar hacia un pequeño árbol que crecía al lado del murito.

-Puedes verle a la sombra.

Boone miró hacia el árbol. No había nadie allí..., y entonces vio un brumoso parpadeo, agitándose en el aire como motas de polvo danzando en un estrecho rayo de sol que atravesara las rendijas de una persiana medio cerrada.

Una voz sin sonido se dirigió a él desde la sombra del árbol, y las palabras no pronunciadas se clavaron en su cerebro.

Me alegra conocerte. Soy Henry, aunque a veces Horace me llama el Fantasma, con mucha intranquilidad y furia de los demás miembros de la familia. A mí no me importa. Fantasma quizá sea el nombre más apropiado para aquellos que son como yo. Porque, después de todo, ¿quién puede decir qué es y qué no es un fantasma? De todos modos, si soy un fantasma, no soy un fantasma surgido del pasado, como sospecho deben serlo la mayoría de los demás fantasmas, sino un fantasma del futuro.

-Bien, que me condene -dijo Boone-. Y sin embargo, a la luz de otras cosas, casi eres algo normal. Hace poco la familia te mencionó. Por cierto, soy Boone. Tom Boone. Jay y yo somos amigos desde hace mucho.

Lo que te ha dicho tu amigo de ver la pared del tiempo es cierto, dijo Henry en la mente de Boone. Sé que la vio, aunque de forma imperfecta. Tu amigo es un tanto extraordinario. Por todo lo que sé, ningún otro ser humano puede verla, aunque hay formas de detectar el tiempo. Intenté mostrarle un husmeador. Hay algunos husmeadores por ahí, intentando husmear la burbuja. Saben que hay algo extraño, pero no saben lo que es.

-¿Viste al husmeador? -preguntó Boone a Corcoran.

-Vi algo. Una cosa más bien pequeña. No mayor que un perro normal. Pero no lo vi bien. Todo lo que supe fue que allí había algo.

No sé qué son los husmeadores, dijo Henry. Pero en nuestra situación debemos preocuparnos aunque sólo sea marginalmente por cualquier cosa que transpire más allá de lo ordinario.

-¿Cómo están yendo las cosas en la casa? -preguntó Corcoran a Boone.

-Cuando me fui estaban hablando. No se gritaban. Horace y Enid estaban a un lado, discutiendo acerca de dónde tenían que enterrar a Gahan. Pero los demás estaban hablando, argumentando cosas.

-Creo que fue una buena cosa que nos marcháramos -dijo Corcoran-. Que les diéramos la posibilidad de hablar entre ellos sin extraños presentes.

Boone asintió.

-Ésta es su función. Deben ser ellos quienes tomen sus propias decisiones.

-Allí, cuando saltaste sobre la mesa, la función se volvió más bien tuya.

-No fue eso -dijo Boone-. No pretendía entrometerme. Pero no estaban llegando a ningún lado. Estaban gritándose los unos a los otros, eso era todo. Hubieran podido seguir así todo el día. Necesitaban a alguien que les metiera algo de sentido común en la cabeza.

Pensáis mal de ellos porque se comportan de esa forma tan espantosa, dijo Henry. Admito que sus modales son horribles, pero tenéis que comprender el apuro en el que se encuentran con todo esto. Huyeron del futuro hará un siglo y medio o así de sus años. Huyeron para salvar sus vidas, por supuesto, pero también huyeron para que hombres y mujeres no tuvieran que vivir como abstracciones incorpóreas, para que la raza pudiera ser algo más que procesos de pensamiento teóricos o hipotéticos. Miradme a mí. Yo estaba a medio camino de convertirme en la nada en que iban a convertirse todos los humanos si los Infinitos seguían con sus planes. Conmigo no funcionó. El proceso se atascó y fui escupido, y me vi libre; en mi forma actual, no puedo volver a ser atrapado. Estoy más allá de todo excepto, quizás, algún daño extraordinario del que todavía no soy consciente. Y, habiendo escapado, volví a la familia, y huí con ellos. Debido a mi forma no ortodoxa, pude serles de alguna ayuda. Y además de reconocerme como miembro de la familia, todos me apoyan cuando Horace, cuya única asociación con la familia es que galanteó y persuadió a mi hermana Emma de que se casara con él, me trata con menos respeto del debido a un miembro.

-Tu relato es fascinante -dijo Corcoran-, y nos proporciona una mayor comprensión de la situación que hemos encontrado aquí. Tienes que darte cuenta de lo difícil que nos resulta captar todos los matices de lo que ha ocurrido un millón de años más allá de nuestra época.

Por supuesto que me doy cuenta, dijo Henry, y debo admitir que me sorprende lo bien y firmemente que habéis aceptado lo que habéis sabido de nosotros en estas últimas horas. No os habéis sentido aturridos por nuestras revelaciones.

-Eso se debe a que estamos demasiado alucinados para que nada nos aturda -dijo Boone.

Creo que no es eso en absoluto. No habéis exhibido ningún tipo de alucinación. Vuestras reacciones me han conducido a creer que básicamente nuestra raza es mucho más racional de lo que podíamos esperar encontrar buceando profundamente en nuestras raíces ancestrales.

-Siento curiosidad -dijo Corcoran- por saber cómo puedes haber prestado algún servicio significativo a tu familia en su huida.

Actué como explorador, dijo Henry. Estoy admirablemente dotado para actuar así. ¿Quién sospecharía nunca de un vacilante rayo de luna o de un ligero rielar a la luz del sol? Incluso viendo eso, cualquier hombre razonable lo achacaría a una momentánea aberración de su facultad visual. Así que fui al pasado por mis propios medios. Al contrario que los demás, no necesito la ayuda de un viajero; espacio y tiempo son caminos abiertos para mí. Fui como una avanzadilla, un agente explorador. Los otros hicieron todos los arreglos necesarios y aguardaron mis informes. Pero antes de que yo pudiera volver, se vieron obligados a huir precipitadamente, sin ninguna dirección ni plan. Finalmente los hallé en las profundidades de la denominada Edad Media, donde enormes

extensiones de Europa eran desiertas, lúgubres y desoladas. Un lugar perfecto para esconderse, quizá, pero de lo más desagradable.

-Fuiste tú, entonces, quien encontró este lugar, Hopkins Acre.

Correcto. Había otros lugares que hubieran servido tan bien o mejor, lugares que a mí personalmente me gustaban mucho más. Pero éste era idóneo para que lo tomáramos. El propietario y toda su familia estaban ausentes, de viaje al Continente. Antes de ir a buscar a los otros, traje a técnicos de mi propio tiempo para que aseguraran este lugar para nosotros. De modo que aquí estaba, así como lo veis ahora, aguardando a mi familia una vez la encontré en aquel asqueroso lugar que era la Europa de la Edad Media.

-No puedo dejar de preguntarme acerca de la familia Hopkins -dijo Corcoran-. Volvieron de sus vacaciones, y su casa había desaparecido, como si nunca hubiera estado ahí. Y el resto de los habitantes del lugar..., una casa, una granja, una propiedad con toda la gente que vivía en ella, barridos de la noche a la mañana. ¿Cuál fue su reacción?

No lo sé, dijo Henry. Ninguno de nosotros llegó a saberlo nunca, ni siquiera pensamos en ello. No era cosa nuestra. Todo lo que hicimos fue tomar una propiedad que necesitábamos. La propiedad no es algo sagrado.

La voz de David sonó a sus espaldas:

-Les vi sentados aquí, y vine a decirlos que el funeral será a la puesta del sol.

-¿Podemos hacer algo? -preguntó Boone-. ¿Ayudarles a cavar la tumba, quizá?

David negó con la cabeza.

-No, gracias. Horace es un hombre robusto y puede remover toda la tierra necesaria. Un poco de ejercicio no le hará ningún mal a Timothy, por mucho que lo odie. Unas cuantas ampollas en sus suaves manos sin callos serán muy educativas para nuestro buen hermano Timothy. Emma también está ayudando.

David se subió al murito y se sentó al lado de ellos.

-Henry está aquí con nosotros -dijo Corcoran-. Hemos estado hablando con él. Una conversación agradable e instructiva.

-Supongo que sí dijo David-. Capté algo de lo que decían. Henry, me alegro que estés aquí. Toda la familia debería estar a mano para el funeral. Todos nosotros estaremos allí, excepto Spike. ¿Tienes alguna idea de dónde se encuentra? ¿Puedes encontrarle?

No tengo la menor idea, David. Nadie puede seguirle el rastro. Puede estar en cualquier lugar. Después de todo, importa poco. No es exactamente familia.

-Ahora sí lo es -dijo David.

-Una cosa que me gustaría saber -dijo Corcoran-. ¿Se ha averiguado algo acerca de cómo murió Gahan?

-Horace le echó un vistazo. Tenía el pecho desgarrado, como si una gran garra afilada se lo hubiera abierto de arriba a abajo. No comprendo cómo vivió lo suficiente para avisarnos. Estaba agonizando cuando el viajero se estrelló.

-¿Cuánto tiempo significa eso? Quiero decir, el viaje desde Atenas hasta aquí.

-Tuvo que ser algo casi instantáneo.

-Sí, eso parece. En nuestro viaje desde Nueva York, hubo una momentánea oscuridad, luego, casi inmediatamente, notamos la sacudida del aterrizaje.

-Supongo -dijo David- que Horace es el único de nosotros que pensó en examinar a Gahan. Horace se estruja la sesera para intentar llegar al fondo de las cosas, planearlo todo por anticipado. Pero no tiene capacidad para pensar a largo plazo. En estos momentos tiene todos los tres viajeros alineados en el césped. El viajero de Gahan funciona. El aterrizaje en el macizo de flores no lo dañó en absoluto. Así que Horace los ha atiborrado todos con provisiones y algunas de las armas de Timothy.

-Eso me hace suponer que han decidido marcharse.

-Bueno, sí, supongo que sí, aunque no exactamente cuándo o a dónde. Horace nos ha asignado a cada uno un viajero específico.

-Y cuando se vayan, ¿iremos con ustedes?

-Oh, por supuesto. Nuestro número no es grande. Además, posiblemente les necesitemos.

-Supongo que tenemos que sentirnos agradecidos.

-Agradecidos o no, vendrán con nosotros. Los dos.

-No creo que me gustara quedarme aquí -erijo Corcoran-, atrapado en unas cuantas hectáreas de terreno dentro de un segmento desplazado de tiempo.

-Es extraño cómo ha podido funcionar hasta ahora -dijo pensativamente David, como si estuviera hablando para sí mismo-. Con la familia, quiero decir. Horace, el obstinado, el práctico, el organizador, el que lo planea todo. Emma, la que siempre está gimiendo, la mantenedora de nuestras consciencias. Timothy, el estudiante. Enid, la pensadora. Y yo, el holgazán, el mal ejemplo, el que hace que los demás parezcan virtuosos.

-Ha dicho una cosa... -murmuró Boone-. Enid es la pensadora. Me ha parecido que ponía un énfasis especial en la palabra, como si quisiera darle un significado particular...

-En la época de la que vinimos -dijo David-, había al fin tiempo para pensar. No era necesario que uno se deslomara para ganarse la vida o prosperar. Habíamos conseguido nuestros progresos y teníamos que pensar mucho en ellos. Así que, disponiendo del tiempo para ello, muchos se dedicaban a pensar.

-¿Filosofía?

-No, sólo pensar por pensar. Una forma de matar el tiempo. Era una actividad que estaba muy bien considerada. Se planteaban muchas grandes ideas, que eran discutidas de la forma más educada y erudita, pero nunca puestas en práctica. Estábamos cansados de poner en práctica cosas. Lo bueno de pensar era que nunca había un final. Podías pasar toda la vida pensando, y mucha gente lo hacía. Quizás esa fuera la razón por la que muchos de nosotros podían comprender y aceptar la idea de los Infinitos de convertirse en unidades de inteligencia incorpórea, entidades pensantes no lastradas por la tosquedad de un cuerpo biológico.

-Casi parece como si aprobara usted el programa planteado por los Infinitos.

-En absoluto -dijo David-. Sólo estoy intentando explicarles la situación tal como fue planteada a buena parte de la raza.

-Pero Enid...

-Con ella es ligeramente distinto. Mírenlo de esta forma. Timothy es un estudioso, estudia el pasado de la humanidad en un intento de hallar los fallos básicos y primeros en la cultura humana, con la esperanza de que el remanente futuro de la raza biológica pueda establecer una forma de vida que ofrezca mayores posibilidades de supervivencia razonable. Enid está intentando, a través del ejercicio del pensamiento deductivo, alcanzar escenarios independientes que puedan servir de guía para la nueva cultura que deberá establecerse si parte de nuestra raza sobrevive como seres biológicos. Tanto Timothy como Enid están intentando abrir nuevos senderos para nosotros. Denles tiempo, y puede que lleguen a un nuevo esquema humano.

Aquí llega Enid, dijo Henry.

Los tres hombres sentados en el murito de piedra bajaron de él y permanecieron de pie, aguardando su llegada.

-Estamos a punto de empezar -dijo Enid.

-Henry está aquí con nosotros -señaló David.

-Bien -dijo ella-. Entonces estaremos todos. Incluso Spike está allí. Vino rodando hace un momento.

Echaron a andar ladera arriba hacia la casa, Corcoran y David delante, Boone retrasándose un poco al lado de Enid. Ella tomó su brazo y habló con voz confidencial.

-No hay ataúd -dijo-. No ha habido tiempo de hacer uno. Lo hemos envuelto bien con una sábana nueva de muselina blanca, y Timothy encontró un trozo de lona que Emma y yo cosimos formando un sudario. Es lo mejor que pudimos hacer. Horace está muy excitado. Cree que tenemos que marcharnos inmediatamente.

-¿Y qué piensa usted?

-Supongo que tiene razón. Probablemente tengamos que irnos. Pero odio abandonar esta casa. Ha sido nuestro hogar durante mucho, mucho tiempo. Vamos a enterrar a Gahan al pie de un viejo roble en la parte de atrás de la casa.

-¿Le gustan a usted los árboles?

-Sí. No es un amor tan extraño. A mucha gente le gustan. ¿Le sorprenderá si le digo que los árboles sucederán a los hombres? Los árboles nos sobrevivirán; ellos ocuparán nuestro lugar.

Boone se echó a reír.

-Esto es lo más extravagante que he oído en mi vida.

Ella no respondió, y siguieron subiendo la ladera en silencio. Cuando llegaron a la altura de la casa, Enid hizo un gesto hacia la derecha.

-Ahí están los viajeros -dijo-. Alineados, esperando.

Y allí estaban, delante de la casa..., los dos pequeños más cerca y el más grande que había servido como residencia de Martin un poco separado de ellos.

-Usted y su amigo vendrán con nosotros -dijo Enid-. ¿Se lo ha dicho ya alguien? Espero que no les importe. Lamento que se hayan visto mezclados en esto.

-No me lo hubiera perdido por nada del mundo -dijo él con tono lúgubre, no del todo bromeando.

-¿Lo dice realmente en serio? -preguntó ella.

-No estoy del todo seguro -respondió él-. Pero sí sé una cosa. Cuando se marchen, prefiero ir con ustedes, vayan donde vayan, que quedarme aquí en este lugar, incapaz de salir de él.

Corcoran y David habían girado a la izquierda para rodear la casa.

-Inmediatamente después del funeral -dijo Enid-, nos reuniremos y tomaremos una decisión definitiva respecto a lo que tenemos que hacer.

Un chillido agudo y roto llegó de alguna parte detrás de la casa. Se cortó por unos instantes y luego se repitió, un maullido de terror que se mantuvo y se mantuvo, ascendiendo y descendiendo de tono.

Boone echó a correr hacia el sonido, sollozando mientras lo hacía, porque repentinamente el terror que rezumaba el chillido se cerró a su alrededor y pareció aferrar su garganta.

Cuando estaba a punto de rodear la esquina de la casa, algo rápido y duro le golpeó a media zancada y le derribó, pasando por encima de él mientras rodaba por la hierba hasta que fue a dar contra un macizo de rosas, medio dentro, medio fuera de los espinosos troncos. Cayó boca abajo en la blanda tierra que se extendía más allá del macizo, y su nariz se hundió en el suelo.

Se palmeó el rostro para librarse de los pegajosos terrones, tirando con la otra mano para librarse de los arbustos, lo cual no resultó tan fácil, porque las afiladas y sólidas espinas se habían clavado en sus ropas y se resistían a todos sus intentos de soltarse.

Con la tierra parcialmente fuera de su rostro, vio a Emma correr hacia el viajero de Martin, con algunos, quizá todos los demás muy cerca detrás de ella..., todos corriendo como si el mismo diablo fuera pisándoles los talones. Fue Emma, pensó, la que chocó conmigo.

Tiró desesperadamente para librarse de los arbustos, pero una rama tenaz se había aferrado con fuerza a una de las perneras de sus pantalones, manteniéndole sólidamente sentado en el suelo, de espaldas al lado izquierdo de la casa.

Algo estaba viniendo por aquel lado de la casa, una especie de cosa que nunca antes había visto y que jamás hubiera creído que fuera posible. Era como una telaraña viviente, de unos buenos cuatro metros de diámetro. Se agitaba col pulsos de energía, o lo que pensó que era energía, que la recorrían totalmente, parpadeando y chisporroteando y destellando a lo largo y a través de los delgados hilos que formaban la tela. En la parte de

atrás de la tela había un espejo, o un disco de algún tipo que muy bien podía ser un ojo. A través de la destellante energía, Boone pudo ver débilmente lo que podían ser unos apéndices mecánicos que empezaban a tenderse hacia delante y hacia abajo en dirección a él. Había otras cosas inmersas dentro de la telaraña, pero no pudo llegar a imaginar lo que podían ser.

Una voz chilló:

-¡Boone, estúpido! ¡Corra! ¡Le espero!

Saltó en pie, liberando con un fuerte tirón sus pantalones del arbusto, y giró en redondo y echó a correr.

En el césped sólo quedaba uno de los viajeros pequeños, con la puerta abierta de par en par y Enid aguardando a su lado.

-¡Corra! -gritó-. ¡Corra!

Corrió como nunca había corrido antes. Enid subió al viajero. Le hizo señas desesperadas desde la entrada.

Alcanzó el viajero y saltó al interior, golpeándose los dedos de un pie contra el reborde y cayendo encima de Enid.

-¡Suélteme, estúpido! -gritó ella, y lo empujó hacia un lado. La puerta se cerró de golpe. Mientras lo hacía, tuvo un atisbo de la telaraña, casi encima de ellos. Enid estaba lanzándose frenéticamente hacia un resplandeciente panel de instrumentos en la parte frontal del viajero.

Boone fue a arrastrarse tras ella, pero hubo una repentina convulsión que lo arrojó al suelo, y con la convulsión llegó la oscuridad, la absoluta y desconcertante oscuridad que había experimentado cuando el viajero de Martin había abandonado Nueva York.

6 - Enid y Boone

La luz volvió..., luces cegadoras en el panel y un débil resplandor solar en una pequeña pantalla de observación.

Boone luchó por ponerse de rodillas, luego levantarse. Se dio un doloroso golpe en la cabeza contra el techo.

-Estos vehículos son más bien pequeños -dijo Enid, con voz clara y tranquila-. Hay que arrastrarse sobre manos y rodillas.

-¿Dónde estamos?

-No estoy segura. No tuve ocasión de elegir una localización o un tiempo. Simplemente le dije: «¡Adelante!»

-Eso fue correr un riesgo, ¿no?

-Por supuesto. ¿Pero hubiera preferido que me quedara y dejara que el monstruo hiciera pedazos el viajero?

-No, por supuesto que no. Esto no era ninguna crítica.

-Tengo una lectura -dijo Enid, inclinada sobre el panel-. Una lectura temporal, quiero decir. Sigo sin saber dónde estamos.

-¿Y esa lectura?

-Medida desde el punto de donde partimos, más de 50.000 años en el pasado..., 54.100, para ser exactos.

-¿50.000 a.C.?

-Exacto -dijo-. Un campo abierto. Una llanura. Colinas en la distancia. Unas colinas con un aspecto más bien curioso.

Se arrastró hacia delante, se apretó detrás de ella y miró a través de la placa visora.

Una hierba rala avanzaba hacia unas desnudas colinas achaparradas. En la distancia se veían unos puntos que parecían como una manada de animales pastando.

-América, supongo -dijo Boone-. Las llanuras del oeste. Algún lugar en el sudoeste de los Estados Unidos muy probablemente. No puedo decirle cómo lo sé. Simplemente tengo

esa sensación. En mi época es un desierto, pero 50.000 años antes debió ser una buena tierra de pastos.

-¿Habitada?

-No es probable. La hipótesis más extendida es que los primeros hombres llegaron al continente 40.000 años antes de mi época. No más pronto. Claro que los científicos pueden equivocarse. En cualquier caso, la América de la Era Glacial. Tiene que haber glaciares al norte.

-Entonces es bastante seguro. Nada de tribus sedientas de sangre. Nada de carnívoros depredadores.

-Hay carnívoros, pero hay comida abundante para ellos. No deberían preocuparnos. ¿Alguna idea de dónde están los demás?

Ella se encogió de hombros.

-Cada cual se ocupó de sí mismo.

-¿Timothy? Dijo que él no se iría.

-Creo que se fue con los otros. Su amigo, Corcoran, volvió atrás, discutiendo, para ver qué le había ocurrido a usted. David lo agarró y lo metió en el otro viajero pequeño. Todos partieron sin esperarnos.

-Usted me esperó a mí.

-No podía dejarle a merced de ese monstruo.

-¿Cree que es el que destruyó la base de Atenas?

-Probablemente. No hay forma de saberlo. ¿Conoce este lugar donde estamos?

-Si es el sudoeste de los Estados Unidos, he estado ahí. Pasé un par de vacaciones en la región. Me da la impresión de que es ese lugar, a menos que haya algunos otros lugares que tengan también ese tipo de otros. Nunca vi nada que se pareciera a ellos en ninguna otra parte del mundo.

-La comida y todo lo demás que Horace metió en los viajeros tiene que estar en alguna parte ahí atrás. Puso algunas provisiones en cada uno de los aparatos, pero lo hizo apresuradamente y es probable que prestara menos atención de la debida a lo que incluía. Creo que en éste puso el rifle que David le trajo a Timothy de Nueva York.

-¿Quiere salir ahora?

-Creo que deberíamos. Aquí dentro estamos terriblemente estrechos. Salir y estirar las piernas, echar una ojeada, tomarnos un poco de tiempo para decidir lo que debemos hacer.

-¿Tiene alguna idea de lo que debemos hacer?

-Ninguna. Pero debería tomarles un cierto tiempo seguir nuestro rastro hasta este tipo de lugar, si es que pueden hacerlo.

Boone se arrastró a lo largo del viajero y encontró el rifle, una mochila, un rollo de mantas y unos cuantos paquetes más, atados un poco desordenadamente. Los reunió mientras Enid abría la puerta.

Inclinado en el umbral, Boone examinó el rifle. Había un cartucho en la recámara, y tenía un cargador de cinco. Esperó que hubiera más munición en los paquetes.

-Quédese aquí un momento -le dijo a Enid-. Déjeme comprobar lo que hay ahí fuera.

Saltó fuera del aparato y se irguió rápidamente apenas sus pies entraron en contacto con el suelo, el rifle preparado entre sus manos. Todo aquello era una maldita locura, se dijo a sí mismo. No había nada allí. Si era el sudoeste de la Norteamérica de hacía 50.000 años, sólo habría manadas de herbívoros y los predadores que los acechaban; esos últimos no iban a estar esperando a unos humanos extraviados que pudieran presentarse en cualquier momento y que, en cualquier caso, significarían probablemente una pobre presa para sus paladares.

Tenía razón. No había nada. El paisaje estaba desierto excepto los puntos negros que había divisado antes y que había reconocido como manadas de herbívoros.

El viajero se hallaba al pie de uno de los oteros que se alzaban aquí y allá por la llanura. Un poco más abajo de medio camino de la ladera había un bosquecillo pequeño de descarnados árboles, probablemente enebros. Excepto el grupo de árboles y algunas manchas de hierba, el otero estaba desnudo. Estratos ocasionales de arenisca surgían aquí y allá de aquella desnudez, formando rebordes.

Enid se situó a su lado, sin decir nada.

-Es todo nuestro -dijo Boone-. El viajero sabía lo que estaba haciendo. Excepto una zona desértica, eligió el lugar más alejado del camino que pude encontrar.

-El viajero no tuvo nada que ver con ello -dijo Enid-. Fue simple casualidad.

El sol estaba a medio camino hacia su ocaso..., suponiendo, pensó Boone, que aquella parte del cielo fuera la occidental. No supo por qué pensó aquello.

Un ave solitaria planeaba encima de ellos, sin agitar sus alas, aprovechando el impulso de una corriente térmica; un carroñero en busca de algo de comida. Había pequeños peñascos aquí y allá. Algo serpenteante surgió de detrás de uno de ellos. Culebreó por entre la arena y se alejó.

-De esto es de lo que tenemos que ir con cuidado -dijo Boone.

-¿Una serpiente? ¿De qué tipo?

-Una serpiente de cascabel.

-Nunca he oído hablar de esa clase de serpientes. Mis conocimientos de esos animales son más bien limitados. No creo que haya visto más de una o dos en toda mi vida.

-Algunas pueden ser peligrosas. No necesariamente mortales, pero sí peligrosas.

-¿La serpiente de cascabel?

-Es peligrosa. A veces mortal. Pero le avisa a uno, zumbando con esa especie de cascabel que tiene en la cola. No siempre, pero sí normalmente.

-Me preguntó usted qué debíamos hacer. Le dije que no tenía ninguna idea. ¿Y usted?

-Todavía es pronto -dijo Boone- Apenas acabamos de llegar aquí. Nos hemos concedido algo de tiempo. Utilicémoslo.

-¿Quiere decir quedarnos aquí?

-No por mucho. No hay nada aquí que nos retenga, nada en absoluto. Pero podemos sentarnos tranquilamente durante un rato, ordenar nuestros pensamientos y ver como están las cosas. Mientras tanto, echemos una mirada al lugar.

Empezó a andar, siguiendo la base del otero. Enid trotó para mantenerse a su altura.

-¿Qué es lo que está buscando?

-En realidad nada. Sólo las características del terreno, para tener alguna idea de dónde estamos y qué podemos encontrar aquí. Es posible que haya algún manantial que mane de este otero. Esa arenisca de la ladera. El agua se filtra a través de la arenisca. A veces, cuando encuentra un estrato menos poroso, fluye fuera.

-Sabe usted unas cosas muy extrañas.

-Sólo algunos aspectos de cómo funciona la naturaleza.

-Es usted un bárbaro, Boone.

Rió suavemente.

-Sí, claro que lo soy. ¿Qué esperaba?

-Nosotros también éramos bárbaros, allá en el tiempo en el que nacimos. Pero no como usted. Habíamos perdido el contacto con lo que usted llama naturaleza. Allá en nuestro tiempo queda ya muy poca naturaleza. Naturaleza salvaje, quiero decir.

Un dentado espolón de piedra caliza brotaba de uno de los lados del otero. Mientras lo rodeaban, un animal gris saltó de detrás de la prominencia rocosa, corrió unos quince metros o así, luego se volvió en redondo para mirarles.

Boone se echó a reír.

-Un lobo -dijo-. Uno de los grandes lobos de las praderas. Está desconcertado acerca de qué somos.

El lobo parecía realmente desconcertado. Se alejó furtivamente de ellos, como dando unos extraños pasos de baile, luego, al parecer satisfecho de comprobar que no representaban ningún peligro, se sentó con toda deliberación, enrollando confortablemente la cola en torno a sus patas. Les estudió atentamente, alzó el labio superior en el inicio de un gruñido, luego lo relajó y volvió a cubrir los colmillos que había descubierto.

-Debe haber otros por los alrededores -dijo Boone-. Generalmente los lobos no viajan solos.

-¿Son peligrosos?

-Cuando están hambrientos, supongo que sí. Éste parece bien alimentado.

-Lobos y serpientes de cascabel -dijo Enid-. No estoy segura de que me guste este lugar.

Mientras rodeaban el saliente de piedra caliza, Boone se detuvo tan bruscamente que Enid, que le seguía muy cerca, chocó contra él.

EL espolón de piedra caliza se curvaba hacia dentro, penetrando en el otero, luego volvía a curvarse hacia fuera, formando como una cavidad de roca. En la curva interior de la cavidad había un enorme animal.

Una enorme, negra, lanuda cabeza con un par de gruesos y largos cuernos, dos metros o más de punta a punta, les hacía frente. Su cabeza colgaba baja. Una gruesa barba pendía de su mandíbula inferior hasta barrer el suelo.

-Tranquila -advirtió Boone-. Nada de movimientos bruscos. Puede cargar contra nosotros. Los lobos han estado importunándole. Es viejo y está desesperado.

Se detuvo unos momentos en la punta del espolón que habían rebasado para meterse en la cavidad de roca. Se soltó del brazo de Enid y, usando ambas manos, alzó el rifle en posición de disparar.

-Un búfalo -dijo-. Un bisonte. Los americanos los llamaban búfalos.

-¡Es tan grande!

-Un viejo macho. Debe pesar una tonelada o más. No es el bisonte del siglo XX. Es un tipo anterior. Latifrons, quizá. No lo sé.

-Pero los lobos, ha dicho. Los lobos no son contrincantes para él.

-Es viejo y probablemente esté enfermo. Terminarán abatiéndolo. Los lobos tienen paciencia para esperar. Ahora está acorralado, manteniendo sus últimas defensas.

-Hay un par de lobos ahí arriba. Y otros más en la ladera.

-Se lo dije -indicó Boone-. Cazan en manada..

-Ese pobre macho -dijo ella-. ¿No podemos hacer nada por ayudarlo?

-Lo más compasivo sería pegarle un tiro, pero no puedo hacerlo ahora. Puede que todavía tenga alguna posibilidad de salirse de esto, aunque lo dudo. ¿Ve ese pájaro de ahí arriba?

-Lo vi hace un rato, planeando en círculos.

-Está aguardando. Sabe cuál va a ser el final. Cuando hayan terminado los lobos, siempre quedará algo para él. Vámonos, buscaremos agua en algún otro lugar.

Un poco después encontraron agua, un hilillo que goteaba de un saliente de arenisca. No seguía por ninguna parte, sino que era engullido por el sediento suelo, formando una pequeña mancha de humedad antes de desaparecer bajo tierra. Boone rascó un pequeño cuenco en el suelo para poder recogerla. Regresaron al viajero en busca de algo que pudiera servirles como cubo. Todo lo que encontraron fue una cacerola pequeña. Cuando regresaron al pequeño charco que había cavado Boone, se había acumulado agua suficiente para llenar la cacerola.

Boone vio que había acertado con el sol. Estaba en el cielo occidental. Ahora se hallaba apreciablemente más cerca del horizonte.

-Supongo que habrá madera en ese bosquecillo de enebros -dijo-. Necesitaremos un fuego.

-Me hubiera gustado tener un hacha -dijo Enid-. Revisé las cosas que Horace metió en el viajero. Comida, mantas, esta cacerola, una sartén, gelatina combustible, pero ningún hacha.

-Nos las arreglaremos -dijo Boone.

Hicieron dos viajes a los enebros, trayendo más leña de la que iban a necesitar para aquella noche. Por entonces el sol ya se había puesto. Boone encendió un fuego mientras Enid rebuscaba la comida en la mochila.

-Creo que lo mejor es el jamón -dijo-. También hay una barra de pan. ¿Cómo le suena?

-Me parece excelente -dijo Boone.

Sentados junto al fuego, comieron bocadillos mientras la noche se cerraba a su alrededor. En algún lugar cerca un lobo empezó a lamentarse, y desde mucho más lejos llegaron otros sonidos que Boone no pudo identificar. Cuando la oscuridad se hizo más profunda aparecieron las estrellas, y Boone las miró, intentando descubrir si había algún cambio en las constelaciones. En un par de ocasiones creyó descubrir alguno, pero no estaba lo bastante familiarizado con las constelaciones de su propia época como para determinar si había cambios apreciables o no. A alguna distancia más allá del fuego brillaron dos puntos de luz, uno al lado del otro.

-¿Son lobos? -preguntó Enid.

-Es lo más seguro. Posiblemente nunca antes han visto un fuego. Y nunca han visto ni oído a un ser humano. Sienten curiosidad, y seguro que también miedo. Al menos aprensión. Se acercarán furtivamente y nos observarán. Eso es todo lo que harán.

-¿Está seguro?

-Completamente seguro -la tranquilizó-. Tienen atrapado al bisonte. Cuando se sientan lo bastante hambrientos, lo atacarán. Quizá mueran uno o dos, pero el resto comerá. Están aguardando a que se debilite un poco más antes de lanzarse.

-Es horrible -murmuró ella-. Devorarse los unos a los otros.

-Igual que nosotros. Este jamón...

-Lo sé. Lo sé. Pero el jamón es algo distinto. El cerdo fue criado para ser sacrificado.

-Pero cuando piensas en ello, siempre llegas a la conclusión de que una cosa muere para que otra pueda seguir viviendo.

-Cuando piensas realmente en ello -admitió Enid-, ninguno de nosotros somos muy civilizados. Hay otra cosa sobre la que me he interrogado. Cuando logró liberarse usted del macizo de rosas y corrió hacia el viajero, con el monstruo lanzándole el aliento a la nuca, esperé que desapareciera.

-¿Desaparecer? ¿Por qué hubiera debido desaparecer?

-Usted nos habló de ello, ¿recuerda? De la forma en que podía doblar una esquina...

-Oh, eso. Supongo que el monstruo no representaba ningún auténtico peligro. Usted me aguardaba y la puerta del viajero estaba abierta. El doblar una esquina parece que es únicamente un mecanismo de último recurso.

-Y algo más. En Nueva York usted dobló una esquina arrastrando a Corcoran consigo, y se encontró en el viajero de Martin. ¿Dónde fue las otras veces?

-Es extraño -dijo él-. En realidad no lo recuerdo. Probablemente, fuera donde fuese, sólo estuve allí un tiempo muy corto. Un momento o así, y luego estaba de vuelta. A mi propio mundo.

-Tuvo que ser más que un momento o dos. Tuvo que permanecer allí hasta que desapareciera el peligro.

-Sí, tiene razón, pero nunca intenté pensar mucho en ello. Supongo que no quería enfrentarme al hecho. Era algo tan malditamente desconcertante, tan increíble. Recuerdo haberme dicho a mí mismo una vez que tenía que tratarse de algún factor de disparidad temporal, pero no seguí adelante con aquella línea de pensamiento. Me asustaba demasiado.

-¿Pero dónde estuvo? Tiene que haberle quedado alguna impresión.

-Cada vez fue algo terriblemente impreciso, como si estuviera de pie en medio de una densa niebla. Había objetos ahí fuera en la niebla, pero nunca llegué a verlos realmente. Sólo tenía la sensación de que había algo allí, y eso me asustaba. ¿Por qué está usted tan interesada?

-En lo que estoy interesada es en el tiempo. Pensé que probablemente se hubiera trasladado usted en el tiempo.

-No puedo estar seguro de haberme trasladado en el tiempo. Sólo pienso que pudo ser así. Es algo que proporciona una explicación sencilla para un hecho imposible. Uno siempre busca respuestas, normalmente respuestas fáciles y sencillas. Aunque esas respuestas no sean comprensibles.

-Nosotros disponemos del viaje por el tiempo -dijo ella-, y estoy segura de que ninguno de nosotros lo comprende. Se lo robamos a los Infinitos. Robar el viaje por el tiempo era la única forma que teníamos de luchar, la única forma en que podíamos huir. La raza humana dominaba el viaje espacial hasta puntos muy lejanos antes de que aparecieran los Infinitos. Creo que fue nuestra capacidad de llegar muy lejos en el espacio lo que despertó el interés de los Infinitos hacia nosotros. A menudo me he preguntado si algunos de los principios primarios del tiempo no podrían hacer posible el viaje más rápido que la luz. El tiempo está ligado de alguna forma al espacio, pero nunca he acabado de comprender cómo.

-Ustedes robaron el viaje por el tiempo del que ahora disponen de los Infinitos. Y sin embargo se llaman a sí mismos bárbaros. Demonios, ustedes no son bárbaros. Cualquiera que puede robar factores temporales y hacer que funcionen...

-Había otros ahí en el futuro, estoy segura, que hubieran podido utilizar mucho mejor el viaje por el tiempo. Pero no estaban interesados. Los mecanismos, incluso el sofisticado mecanismo del viaje por el tiempo, ya no les preocupaban. Habían alcanzado un plano superior.

-Eran decadentes -dijo Boone-. Habían perdido su humanidad.

-¿Qué es la humanidad? -preguntó ella.

-Usted no puede creer eso. Usted está aquí, no dentro de un millón de años.

-Lo sé. Y sin embargo, ¿cómo puede alguien estar completamente seguro? Horace está siempre seguro de que tiene razón, por supuesto, pero Horace es un fanático. Emma está segura de que Horace tiene razón. Es una fe ciega y estúpida por su parte. No estoy segura acerca de David. Es un irresponsable. No creo que le importe realmente nada.

-Creo que sí le importa -dijo Boone-. Cuando se encuentra metido en algo, le importa.

-Había tantas otras cosas que la raza humana hubiera podido hacer -dijo ella-. Tantas cosas que aún podían hacerse. Y luego, si la historia está en lo cierto, la humanidad perdió repentinamente el interés en hacer cosas. ¿Es posible que hubiera algún sistema de freno inherente conectado a su inteligencia, algo que le advirtiera de que tenían que frenar? He pensado y pensado en ello. No hago más que dar vueltas. He sido maldecida con el tipo de mente que se ve obligada a ver y considerar todos los ángulos de una cuestión, todos los enfoques que puedo desentrañar.

-Será mejor que usted frene un poco también -dijo Boone-. No va a resolverlo todo esta noche. Será mejor que vaya a dormir un poco en el viajero. Yo me quedaré aquí fuera y cuidaré del fuego.

-Los lobos avanzarán furtivamente sobre usted.

-Tengo el sueño ligero. Me despertaré a intervalos regulares para mantener el fuego; mientras haya fuego, los lobos guardarán las distancias.

-Será mejor que me quede aquí fuera con usted. Me sentiré más tranquila.

-Es su decisión. Pero estará más segura en el viajero.

-Me asfixiaré ahí dentro. Iré a buscar unas mantas. Quiere una manta, ¿verdad?

Asintió.

-A medida que avanza la noche hace frío aquí fuera.

La luna había salido, una luna grande, amarilla, hinchada, que parecía nadar por encima de los desnudos y cenicientos otros. La tierra parecía vacía. Nada se movía, nada emitía ningún sonido. Incluso los lobos habían desaparecido; no había ojos brillantes observando desde más allá del fuego. Luego vio el suave movimiento de una forma bajo la luz lunar. Aún estaban ahí fuera, como escurridizas sombras. Tuvo la sensación de que algo del vacío y la soledad se alejaban del lugar.

Enid volvió y le tendió una manta.

-¿Bastará una? -le preguntó.

-Bastará. Me la echaré por encima de los hombros.

-¿Quiere decir que va a dormir sentado?

-No será la primera vez. Mantiene a un hombre alerta. Puedes adormecerte, pero si lo haces, te caes y te despiertas.

-Nunca había oído tamaña estupidez -dijo ella-. Es usted un auténtico bárbaro.

Él le dirigió una sonrisa.

Media hora más tarde, cuando se puso en pie para poner más troncos en el fuego, estaba dormida, enrollada en su manta.

Reavivado el fuego, se sentó de nuevo, apretó la manta en torno a sus hombros y colocó el rifle sobre sus rodillas.

Más tarde, cuando despertó, la luna estaba muy arriba en el cielo. El fuego se había consumido un poco, pero aún tenía bastante combustible que quemar. Dejó caer la cabeza, y estaba de nuevo medio dormido cuando, despertado por un instante, vio a alguien sentado al otro lado del fuego frente a él. Estaba envuelto en una especie de cubierta de algún tipo y llevaba lo que parecía ser un sombrero cónico caído sobre su cabeza. Boone permaneció sentado inmóvil, sin moverse, sumido aún en las brumas del sueño. Observó a través de las rendijas de los ojos a la figura al otro lado del fuego, preguntándose vagamente si había en realidad alguien sentado allí o no era más que una alucinación provocada por el sueño. El otro no se agitó. Un lobo tan distorsionado por las brumas del sueño que parecía un hombre sentado..., ¿un lobo amistoso sentado al otro lado del fuego? No era un lobo, se aseguró a sí mismo Boone. Se obligó a salir de su letargo y se puso trabajosamente en pie. Ante este primer movimiento, la cosa al otro lado del fuego desapareció. No había habido nada allí, se dijo a sí mismo; había soñado despierto.

Utilizó un palo para amontonar las brasas esparcidas y reunir la leña medio quemada, y puso más encima. Luego, apretándose la manta en torno a los hombros, volvió a dormirse de nuevo.

Despertó gradualmente, como normalmente despierta un hombre, pero con una advertencia creciendo lentamente de algún lugar dentro de él. Tenso contra la advertencia, entreabrió ligeramente los ojos, y allí estaba un lobo, sentado sobre sus patas traseras delante de él, casi tocándose nariz con nariz. Abrió los ojos un poco más, y se halló contemplando unos ferales ojos amarillos que le devolvieron la mirada sin parpadear.

Su sobresaltada mente gritó pidiendo acción, pero mantuvo su cuerpo firme. Sabía que si hacía algún movimiento repentino aquellas recias fauces le arrancarían el rostro de una dentellada.

El lobo alzó el labio superior en el inicio de un gruñido, luego volvió a dejarlo caer. Aparte esto, no hizo ningún movimiento.

Inexplicablemente, Boone sintió que una loca risa crecía en su interior ante aquella grotesca situación en medio de la nada primordial..., un lobo y un hombre sentados nariz contra nariz. Habló lentamente, sin mover apenas los labios.

-Hey, perrito. -Ante el sonido, el lobo retrocedió un poco en su posición sentada, aumentando un palmo o dos la distancia entre ellos.

Boone vio que el fuego estaba casi apagado. El reloj despertador dentro de su cerebro le había fallado, y había dormido más de la cuenta.

El labio del lobo se crispó como para iniciar otro gruñido, pero no hubo ningún gruñido. Sus orejas, aplastadas hacia atrás, se echaron de pronto hacia adelante, como las de un perro inquisitivo. Boone sintió la tentación de adelantar una mano y palmear aquella cabeza de apariencia amistosa. El buen sentido contuvo su impulso. El lobo retrocedió un poco más, deslizándose sobre sus ancas.

A una cierta distancia más allá del fuego había varios otros lobos, las orejas apuntando hacia delante, mirando intensamente para ver lo que iba a ocurrir a continuación.

Con un suave movimiento, el lobo se levantó sobre sus cuatro patas y retrocedió. Boone siguió sentado, con los dedos crispadamente apretados sobre el rifle, aunque, se dijo a sí mismo, no había ninguna necesidad de aquello. El incidente había terminado. Tanto él como el lobo habían mantenido la serenidad, y ahora no había ningún peligro, si es que lo había habido en algún instante. Lo más probable era que el lobo no hubiera pretendido en ningún momento hacerle el menor daño. El fuego se había apagado, y el lobo se había acercado más, intrigado y desconcertado por aquel nuevo tipo de animal que había aparecido repentinamente en su terreno de caza, impulsado por la canina curiosidad de ver qué tipo de cosa era.

El lobo se retiraba ahora, alejándose lenta y deliberadamente, con un movimiento ligeramente de costado. Luego, con una espléndida indiferencia, le volvió la espalda y se alejó al trote corto para reunirse con los demás lobos.

Boone apartó la manta y se puso en pie. El fuego todavía no se había apagado del todo. Removió las cenizas superiores, puso al descubierto el pequeño y brillante núcleo de fuego, lo alimentó con ramitas de enebro seco. Ardió alegremente, y le puso más ramas encima, éstas más gruesas. Cuando se alzó de las llamas, los lobos se habían ido.

Rebuscó en la mochilla y encontró un paquete de gachas de avena. Todavía quedaba agua en la cacerola, y la echó en la sartén. Puso las gachas en la cacerola, volvió a añadirle agua de la sartén, encontró una cuchara, y removió la mezcla. Cuando Enid se despertó y se sentó en su manta, estaba acuciado junto al fuego, cocinando el desayuno. El cielo oriental empezaba a iluminarse, y el aire era frío.

Enid se acercó al fuego y se acució a su lado, adelantando las manos para calentarlas.

-¿Qué es eso?

-Gachas de avena. Espero que le gusten las gachas de avena.

-Normalmente me gustan. Pero supongo que no debe haber ni azúcar ni leche. Horace no debe haber pensado en esas cosas.

-Todavía queda un poco de jamón. Y quizá haya otras cosas. Cuando encontré las gachas, ya no miré nada más.

-Puedo comerlas -admitió ella-. al menos serán algo caliente.

Cuando estuvieron hechas, las comieron en silencio. Ella había tenido razón; no había ni azúcar ni leche.

Terminado el desayuno, Boone dijo:

-Iré a la fuente a lavar los cacharros, luego traeré más agua.

-Mientras usted hace eso; yo volveré a meterlo todo en el viajero. No conviene dejarlo todo esparcido por ahí.

-¿Quiere que le deje el rifle?

Ella hizo una mueca.

-No tengo ni idea de cómo utilizarlo. Además, dudo que haya ningún peligro.

Él dudó, luego dijo:

-No supongo que lo haya. En caso de que ocurra algo, métase en el viajero y cierre la puerta.

En la fuente encontró dos lobos, que estaban lamiendo el agua del agujero que él había hecho. Se retiraron educadamente y le dejaron lavar los cacharros y llenar la cacerola de agua. Al irse miró hacia atrás. Los dos animales habían vuelto a la fuente y estaban lamiendo de nuevo enérgicamente agua.

Allá en el campamento, Enid estaba acucillada al lado del fuego. Le saludó con una mano cuando le vio acercarse. Al llegar a su lado, Boone preguntó:

-¿Tiene ya alguna idea de lo que debemos hacer?

Ella negó con la cabeza.

-Ni siquiera he pensado en ello. Si tuviera algún indicio de dónde pueden haber ido los demás, podríamos reunirnos con ellos. Pero probablemente hicieron lo mismo que nosotros..., marcharse de allí tan rápido como les fue posible, sin preocuparse de dónde.

-Vamos a perder un tiempo espantoso yendo de un lado para otro si no tenemos ninguna idea de dónde debemos ir -murmuró-. De modo que me parece que no tiene mucho sentido marcharnos de aquí si no sabemos dónde ir.

-Finalmente Henry nos encontrará. Supongo que debe estar en uno de los otros dos viajeros.

-Finalmente puede ser mucho tiempo -observó Boone-. No tengo intención de pasar el resto de mis días en un continente vacío de gente. Estoy seguro de que usted debe sentir lo mismo. Podemos ir a algún otro lugar que sea un poco más de nuestro agrado.

-Sí, podemos hacer eso -admitió ella-. Pero no por el momento. Si hemos dejado un rastro que pueda ser seguido de algún modo, no debemos romperlo. Tenemos que quedarnos aquí y esperar a que Henry nos encuentre.

Él se acucilló junto al fuego, al otro lado de ella.

-Hay lugares peores -admitió-. Aquí no corremos peligro. Pero sospecho que después de un cierto tiempo puede hacerse algo aburrido. Sólo llanuras y oteros, buitres en el cielo, lobos, y un bisonte acorralado. Sin que nunca acabe de ocurrir nada.

-La comida se nos acabará -observó ella.

-Hay mucha comida aquí. Carne de bisonte y de otros animales. -Dio una palmada al rifle-. Sobreviviremos mientras éste responda. Después del último cartucho podemos fabricar lanzas, quizás arcos y flechas.

-No pienso llegar a esto -dijo ella-. Antes de que ocurra, nos iremos.

Él tendió una mano al montón de ramas y echó unas cuantas más al fuego.

-Tendremos que ir a buscar leña. Nuestras reservas están menguando.

-Consigamos un buen montón esta vez -dijo ella-. No me gusta tener que subir cada día a ese bosquecillo para traer madera.

Un leve rumor, procedente de algún lugar no muy lejano, hizo que los dos se pusieran en pie. El rumor cesó, luego empezó de nuevo, y se convirtió en un bramido.

-Es el bisonte -dijo Boone-. Parece que está teniendo problemas.

Enid se estremeció.

-Los lobos lo están atacando.

-Iré a ver -dijo Boone. Echó a andar, y ella trotó a su lado-. No -indicó-. Usted quédese aquí. No sé lo que voy a encontrar.

Avanzó aprisa hasta el espolón de piedra caliza, lo rodeó, y se metió en la cavidad de roca donde habían encontrado al bisonte. Éste estaba acorralado contra la inclinada pared del fondo, sus cuartos traseros fuertemente apretados contra la roca. Frente a él había media docena de lobos, que atacaban en breves acometidas, girando luego para escapar de las embestidas de sus cuernos. El bisonte bramaba furiosamente, pero más de desesperación que de rabia. Mantenía baja la cabeza; sus bramidos brotaban en cortos y secos jadeos. Movía incesantemente la cabeza de lado a lado para mantener sus cuernos como defensa contra la amenaza de los lobos. Su barba barría el suelo a cada giro de su cabeza. Sus flancos se estremecían, y era evidente que no podría seguir resistiendo mucho tiempo en aquella lucha contra sus enemigos.

Boone alzó el rifle, luego hizo una momentánea pausa antes de apoyarlo contra su hombro. El bisonte volvió la cabeza para mirarle, sus enrojecidos ojos apenas asomando entre el enmarañado pelaje. Boone bajó el rifle.

-No ahora, viejo -dijo-. Todavía no. Cuando se te acerquen más podrás cargarte a uno o dos de ellos, y esto te lo debo.

La mirada del bisonte no parpadeaba. Sus bramidos descendieron a un murmullo. Los lobos, desconcertados por la intrusión de Boone, retrocedieron.

Boone retrocedió lentamente también, con lobos y bisonte contemplándole con intensidad. Yo soy el intruso aquí, pensó. Soy un factor desconocido e inesperado introducido en este entorno. Y no tengo nada que hacer aquí, no tengo derecho a interferir. Durante incontables siglos los viejos bisontes machos, privados de sus fuerzas, lentos por los años, han alimentado a los lobos. Aquí los lobos son los predadores certificados, los viejos bisontes las víctimas certificadas. Así es el esquema de la vida, la forma en que ocurren las cosas, y no se necesita ningún juez para dictar sentencia.

-¡Boone!

Ante el grito, Boone se volvió en redondo y corrió más allá del espolón. Enid estaba de pie junto al fuego, y señalaba colina arriba. Descendiendo con rapidez por la ladera, avanzando directamente hacia el campamento, pudo ver al increíble monstruo que los había arrojado de Hopkins Acre. La telaraña relucía al sol matutino. Mirando por encima de ella estaba el enorme y brillante ojo, y alguna especie de oscuro mecanismo estaba emergiendo de entre la tela.

Boone supo que no tenía ninguna posibilidad de cubrir la distancia que lo separaba del fuego, ninguna posibilidad de hacer absolutamente nada para detener al monstruo.

-¡Corra! -gritó-. ¡Al viajero! ¡Márchese!

-Pero, Boone...

-¡Salve el viajero! -aulló-. ¡Salve el viajero!

Ella corrió hacia el aparato, saltó a su interior. El monstruo estaba ya casi encima, a no más de cien metros de distancia.

Sollozando, Boone alzó el rifle. El ojo, pensó, ese grande, enorme, brillante ojo. Probablemente no era aquélla la forma de hacerlo, pero era la mejor en que podía pensar.

Su dedo se engarfió en el gatillo pero, cuando ya empezaba a apretarlo, el viajero desapareció..., el espacio que había ocupado estaba ahora vacío.

Boone relajó el dedo y bajó el rifle. El monstruo pasó de largo por el lugar donde había estado el viajero, frenó, luego giró rápidamente para enfrentarse a Boone. El gran ojo, ahora alzado por encima de la telaraña, le miró fijamente, con la telaraña reluciendo a la luz del sol. El mecanismo se hundía de nuevo entre el amasijo de la red.

-De acuerdo -dijo Boone-. Vamos a vernos las caras.

Tenía seis cartuchos. Al menos podía disparar cuatro antes de que aquella cosa pudiera alcanzarle. Primero al ojo, luego a la red...

Pero el monstruo no avanzó hacia él. No se movió en absoluto. Boone sabía que era consciente de su presencia; podía sentir su mirada.

Aguardó sin hacer ningún movimiento. La cosa sabía quién era él y lo valoraba por lo que era. ¿Pero podía saber, se preguntó, que él no era uno de aquellos a los que estaba persiguiendo? Si el monstruo era lo que parecía, un robot cazador, entonces era enteramente posible que estuviera programado muy delimitadamente respecto a sus objetivos. Pero eso no parecía demasiado probable. La suposición lógica era que incluyera entre sus objetivos cualquier ser humano asociado con la gente del futuro.

Boone avanzó lentamente un paso, luego aguardó. El monstruo no se movió. ¿Estaba, se preguntó, jugando al juego del gato y el ratón, aguardando hasta que él estuviera lo bastante cerca como para atraparlo en una embestida antes de que tuviera oportunidad de utilizar algún mecanismo defensivo?

No tenía por qué volver al campamento, se recordó. No había nada allí excepto la cacerola y la sartén. Mientras él había ido a la fuente, Enid había guardado todo el resto de las provisiones en el viajero..., la comida, las mantas, la mochila, todo lo que tenían. Lo único que le quedaba era el rifle y los cartuchos que llevaba.

Al darse cuenta de aquello se sintió terriblemente desnudo. Estaba abandonado a sus propios medios. Enid haría todo lo posible para volver y recogerle. Pero, ¿sería capaz de conseguirlo? No sabía nada acerca de las capacidades operativas de un viajero o de lo eficiente que podía llegar a ser Enid manejándolo.

El monstruo se movió, pero no hacia él. Avanzó lentamente, tentativamente, hacia la llanura, como si estuviera inseguro de lo que debía hacer. Quizá, se dijo Boone, estaba preocupado. Había fallado en su trabajo, eso era seguro. Había fracasado en Hopkins Acre, y ahora de nuevo aquí.

El monstruo se alejó más allá del fuego y avanzó por la llanura, un objeto centelleante de ardiente gloria contra la monotonía de la llana tierra y los polvorientos oteros.

Manteniendo un ojo cauteloso sobre él, Boone se dirigió al fuego y le echó más leña. A no tardar mucho iba a tener que subir al otero y traer más madera del bosquecillo de enebros. En cualquier otro lugar podría encontrar un campamento más conveniente, pero no podía alejarse demasiado. Cuando regresara Enid -si regresaba-, acudiría aquí. Cuando reapareciera el viajero, él tenía que estar aquí, aguardándolo.

Se arrodilló junto al fuego, dejó el rifle en el suelo y rebuscó en sus bolsillos, haciendo inventario. Sacó un pañuelo del bolsillo de su cadera y lo extendió, y depositó en él todo lo que halló en los demás bolsillos. Un encendedor, una pipa, un paquete de tabaco medio vacío, una navajita que llevaba desde hacía años por razones sentimentales, un bloc de notas pequeño, un bolígrafo, un trozo de lápiz, un par de clips sujetapapeles, un puñado de monedas, su cartera con unos cuantos billetes, sus tarjetas de crédito, su permiso de conducir..., y eso era todo. Había viajado ligero cuando había ido al Everest con Corcoran, dejando el resto de cosas que normalmente llevaba encima en el cajón de su mesilla de noche. Pero tenía dos cosas esenciales: un encendedor, que debía utilizar juiciosamente, y un cuchillo..., un cuchillo pobre y barato pero un cuchillo pese a todo, con un filo cortante.

Volvió a meterse las cosas en los bolsillos y se levantó, sacudiéndose los pantalones.

Vio que el monstruo había cambiado de dirección. Había trazado un círculo y ahora estaba volviendo hacia él. Boone tomó el rifle, esperando no tener que usarlo. Sólo disponía de seis cartuchos, y no podía malgastar ninguno de ellos. ¿Pero bastaría un disparo para detener a un robot?

Desde el otro lado del espolón de piedra caliza que se extendía más allá de la cavidad donde se hallaba a raya el bisonte le llegaban ocasionales bramidos. Los lobos debían estar de nuevo al ataque.

Era irreal, pensó Boone.... todo aquello era irreal. Aunque sabía que estaba ocurriendo, seguía teniendo una dificultad intelectual para creerlo. En cualquier momento todo aquello desaparecería, y se encontraría de nuevo en un mundo que conocía, con amigos y sin ningún pensamiento acerca de un robot asesino, un bisonte acorralado o un lobo nariz contra nariz junto a él al lado de un fuego casi apagado.

El monstruo estaba mucho más cerca ahora, y avanzaba directamente hacia él. Era mucho más grande de lo que había creído que era, y sin embargo seguía siendo increíble. El monstruo parecía no tener prisa. Los berridos al otro lado del espolón de piedra caliza se hacían horriblos, llenos de rabia y creciente desesperación.

Boone agitó los pies, los plantó sólidamente en el suelo. Alzó el rifle, pero no lo apoyó contra su hombro. Ahora estaba dispuesto, se dijo, preparado a enfrentarse a cualquier cosa que ocurriera. Primero el gran ojo, y luego, si parecía necesario, el centro de la telaraña.

El bisonte apareció de pronto ante su vista, corriendo en un loco galope más allá del espolón rocoso. Ya no berreaba. Tenía la cabeza muy alta, y el sol destellaba en los dos metros de sus cuernos. Tras él corrían a grandes saltos los lobos, sin intentar acercarse, tomándose su tiempo. Sabían que era suyo; ahora en campo abierto podían atacarlo desde todos lados y derribarlo.

De pronto el bisonte cambió de dirección y bajó la cabeza. El monstruo intentó apartarse, pero su movimiento llegó demasiado tarde. El impacto de la carga del bisonte atrapó de lleno al monstruo desde abajo y lo lanzó por los aires. Un giro malintencionado de la cabeza del bisonte lo ensartó en mitad del aire con un agitante cuerno. Giró sobre sí mismo en el aire y la cabeza del bisonte se volvió del otro lado. Un cuerno quedó libre y el otro lo atrapó en su caída. El resplandeciente ojo estalló en pedazos, la telaraña colgó flácida y retorcida. El monstruo cayó al suelo, y el bisonte lo pisoteó al pasar por encima, acabando de destrozarlo con sus golpeantes cascos.

El bisonte tropezó y cayó sobre sus rodillas. Consiguió volver a ponerse en pie con un gran esfuerzo y giró sobre sí mismo, berreando con ciego terror. Tras él yacía el monstruo, un montón de restos retorcidos. El bisonte se detuvo, agitando su enorme cabeza a uno y otro lado, en un esfuerzo por localizar a sus torturadores. Los lobos, que habían retrocedido cuando el bisonte golpeó al monstruo, habían detenido momentáneamente su lucha y parecían estar aguardando, con las lenguas colgando a un lado de sus bocas. Danzaban en pura anticipación. El bisonte se estremecía alocado, todo su cuerpo temblaba, débil, a punto del colapso. Una de sus patas traseras le falló y estuvo a punto de caer, pero la envaró y consiguió mantenerse en pie.

Boone alzó el rifle, alineó el punto de mira para un disparo al corazón, y apretó el gatillo. El bisonte cayó tan pesadamente que Boone se sobresaltó. Metió otro cartucho en la recámara y le dijo al caído animal:

-Te debía este cartucho. Ahora no te devorarán vivo.

Los lobos estaban huyendo, asustados por el sonido del disparo. Dentro de poco volverían cautelosamente; aquella noche celebrarían su festín más allá del campamento y el fuego.

Boone avanzó lentamente hacia el monstruo, pateando a un lado los fragmentos rotos que hallaba en su camino. Era una enmarañada masa. Lo miró, y fue incapaz de reconstruir mentalmente la forma que había tenido. El golpe de la carga del búfalo y las desgarrantes cornadas habían despedazado al robot. El resplandeciente ojo había desaparecido; la telaraña estaba retorcida más allá de toda posibilidad de identificación. Por entre ella se apreciaban distorsionados trozos de metal que en otro tiempo debían haber sido apéndices operativos.

El monstruo habló dentro de su mente.

Piedad, dijo.

-Al infierno contigo -murmuró Boone, hablando antes de que la sorpresa pudiera secar su voz.

No me dejes aquí, suplicó el monstruo. No en esta aridez. No hice más que cumplir con mi trabajo. Sólo soy un robot. No hay maldad básica en mí.

Boone se volvió y regresó con paso lento al campamento. De pronto se sentía vacío. La tensión había cedido, y ahora sólo había flaccidez. El monstruo estaba muerto, y sin embargo le hablaba de entre las brumas de su muerte. Se detuvo delante del fuego, indeciso por unos momentos, y luego subió la ladera hacia el bosquecillo de enebros. Hizo tres viajes, cargado con una buena provisión de madera. La partió a un largo adecuado y la apiló en un preciso montón. Entonces, y sólo entonces, se acuclilló junto al fuego y dejó que su mente se ocupara de su situación.

Era un naufragio en una Norteamérica primitiva, sin ningún ser humano en sus inmediaciones más acá de Asia, cruzando un puente de tierra que, muchos años más tarde, se convertiría en el estrecho de Bering. Si finalmente se veía condenado a

permanecer dentro de aquel marco temporal, podía recorrer aquellos miles de kilómetros para ir en busca de otros seres humanos..., ¿y con qué fin, se preguntó a sí mismo? Las mejores posibilidades eran que lo mataran o le hicieran prisionero.

Había una esperanza mejor..., aguardar a que alguien de Hopkins Acre acudiera en su busca. Enid, estaba seguro, regresaría si le era posible. Jay, estaba seguro también, removería cielos y tierra para rescatarle, pero Jay necesitaría la ayuda de los demás.

Admitió que, en el mejor de los casos, sus circunstancias no eran demasiado esperanzadoras. Examinándolo fríamente, su importancia debía ser nula para la gente del futuro. Al fin y al cabo, él no era más que un intruso, quizá un intruso indeseado, que había aparecido en el peor de los momentos.

El monstruo volvió a hablarle, una voz débil y distante.

¡Boone! ¡Boone, por favor, ten piedad de mí!

-Oh, piérdete -dijo Boone, murmurando más para sí mismo que para el monstruo, porque no tenía fe en aquella voz. Probablemente no había ninguna voz; las palabras no eran más que el resultado de su propia perversa imaginación.

Los lobos habían vuelto junto al bisonte -ahora eran siete, donde nunca antes había visto más de seis-, y estaban empezando a darle dentelladas al cadáver.

-Buen provecho -les dijo. Tanto el pellejo como la carne del viejo animal debían ser duros y correosos. Iba a resultarles difícil desgarrar la piel para llegar a la carne, que tampoco debía ser el más selecto de los manjares. Pero, para un lobo, había suficiente para comer hasta hartarse.

Antes de que terminara el día, Boone iba a necesitar un poco de aquella carne; no tenía nada más que comer.

Podía ser peligroso acercarse al cadáver y apartar a los lobos para cortar unas cuantas lonchas de carne. La única herramienta de que disponía era una navajita de no muy buena calidad, montada de tal modo que podía desarmarse apenas la sometiera a algún esfuerzo excesivo. tendría que aguardar hasta que los lobos se mostraran menos hambrientos y en consecuencia menos posesivos. Por aquel entonces, quizá, hubieran desgarrado de tal modo el pellejo que hubieran dejado al descubierto algunas zonas de carne de la que pudiera cortar un trozo para su propio consumo. Decidió que iba a convertirse en el carroñero de los lobos.

Se alzó de su postura acuclillada ante el fuego y echó a andar, marcando un camino desde el fuego al espolón de piedra caliza y viceversa. Mientras caminaba de uno a otro lado, intentó formular un plan para su supervivencia. Su habilidad de doblar una esquina funcionaba solamente bajo una tensión extrema. Y lo más probable era que, tras un tiempo indeterminado, lo trajera de vuelta exactamente al mismo lugar donde estaba ahora. Había sido solamente por casualidad que aquella extraña habilidad lo había llevado a él y a Jay doblando una esquina hasta el viajero de Martin. No podía contar con que volviera a ocurrir lo mismo en otra ocasión.

Todavía le quedaban cinco cartuchos en el rifle, y con cada uno de ellos podía abatir una provisión de carne más que adecuada. Una vez abatida, sin embargo, tendría que defenderla u ocultarla de los carroñeros, y pronto se deterioraría más allá de toda posible utilización. Podía ahumarla, por supuesto, pero no estaba al corriente del proceso de ahumar la carne; podía salarla, pero no tenía sal. Ignoraba todas las técnicas adecuadas para mantenerse con vida en un lugar como aquél. Quizá pudiera encontrar frutas o raíces que le ayudaran a sobrevivir, pero, ¿cómo iba a saber cuáles de ellas eran comestibles y cuáles podían envenenarle? Así que el problema se reducía a cómo iba a poder, día tras día, cazar y recolectar las proteínas suficientes para mantener en funcionamiento su cuerpo.

Eso significaba armas que podía diseñar. Y si ése tenía que ser el plan, mejor que empezara de inmediato, consiguiendo alguna habilidad en su manufactura y uso antes de disparar el último cartucho. El primer paso tenía que ser hallar una piedra susceptible de

ser tallada. Los salientes de piedra arenisca que emergían del otero no contenían nada que pudiera utilizar. Pero había otros lugares donde quizá pudiera hallar las piedras que necesitaba.

Finalmente dejó de pasear de uno a otro lado y se acuclilló junto al fuego. Los lobos estaban dándose un festín, con los hocicos enterrados en la cavidad que habían abierto en el costado del bisonte. De tanto en tanto alzaban sus cabezas con la boca chorreando sangre para mirarle, y luego seguían comiendo. Dentro de otro par de horas quizá fuera seguro para él dirigirse al cuerpo tendido y reclamar su parte de la caza. El sol señalaba un poco después del mediodía. Los buitres estaban congregándose. Una docena o más de ellos trazaban ya círculos muy arriba en el cielo, descendiendo un poco a cada vuelta.

El monstruo habló de nuevo. Boone, sé razonable, dijo. Escúchame.

-Estoy escuchando -dijo Boone.

He sido privado de todos mis sentidos. No puedo ver y no puedo oír. Todo lo que puedo percibir es lo que me dices, y hasta ahora todo lo que me has dicho ha sido de lo más desagradable. No soy nada. Soy una nada envuelta en una nada. Y sin embargo soy consciente de mí. Podría seguir así durante incontables milenios, sabiendo que no soy nada, incapaz de salir al exterior. Tú eres mi única esperanza. Si no tienes piedad de mí, existiré así para siempre, y acabaré siendo enterrado por la arena y el polvo sin que ningún otro ser consciente sepa que estoy aquí. Me convertiré en un muerto viviente.

-Tu elocuencia es grande -dijo Boone.

¿Es eso todo lo que tienes que decir?

-No puedo pensar en nada más.

Desentiérrame, suplicó el monstruo. Sácame de entre estos restos donde estoy aprisionado y llévame contigo. Llévame contigo cuando te marches de aquí. A cualquier lado, sólo para no quedarme solo.

-¿Quieres que te rescate?

Sí, por favor, rescátame.

-Puede que eso sólo sea una solución temporal a tu problema -le dijo Boone al monstruo-. A causa de tu propia acción, es posible que yo esté sentenciado a permanecer aquí en esta soledad, como tú la denominas. Puedo morir aquí y tú volverás a quedarte solo, frente al mismo destino al que te enfrentas ahora.

Aun así, por un tiempo estaremos juntos. No estaremos solos ninguno de los dos.

-Creo -dijo Boone- que prefiero estar solo.

Pero siempre hay esperanza. Puede ocurrir algo que nos salve a los dos.

Boone no respondió.

No has dicho nada, señaló el monstruo.

-No hay nada más que decir. No pienso hacer nada por ti. ¿Entiendes eso? No pienso hacer nada por ti.

Tener piedad de un enemigo ordinario..., sí, eso era noble y humano. Pero aquél no era un enemigo ordinario. Intentó imaginar, en bien de su propia paz mental, qué tipo de enemigo era, y no pudo hallarle ningún nombre.

Todo aquello podía ser una trampa, se dijo, y se sintió mejor cuando hubo pensado en ello. Ahí delante, en aquella enmarañada masa de restos que había sido el monstruo en su totalidad, se hallaba un pequeño componente que debía ser el cerebro del monstruo o un computador fantásticamente complejo que era la esencia del monstruo. Si empezaba a rebuscar entre los restos para hallar y recuperar aquella esencia, podía convertirse en una víctima del monstruo, atrapado por el componente aún operativo que podía terminar con él.

No, muchas gracias, se dijo; tengo razón, no debo hacer nada por él.

Los lobos habían terminado con su voraz comida. Varios de ellos se habían tendido en el suelo, con aspecto desusadamente satisfecho, mientras otros aún hurgaban en la

carne, aunque ya sin mucha ansia. Los buitres estaban mucho más bajos en el cielo. El sol había avanzado una considerable distancia hacia el oeste.

Boone tomó su rifle y caminó hacia el bison. Los lobos contemplaron su avance con interés; cuando se acercó ellos se retiraron un poco, luego se detuvieron, gruñéndole sin excesivo entusiasmo. Agitó suavemente el rifle hacia ellos, y se apartaron un poco más. Algunos se sentaron sobre sus patas traseras para observar.

Llegó junto al cuerpo del bison, apoyó el rifle contra él y abrió su navajita. Parecía una herramienta muy débil. La piel del vientre había sido abierta de arriba a abajo, y parte de la piel de una de las patas traseras había sido desgarrada también. La carne de la pierna, sabía Boone, iba a ser dura. Pero había pocas posibilidades de que la hoja de la navajita pudiera cortar el resistente pellejo del bison para alcanzar las partes mejores. Tendría que conformarse con lo que hubiera.

Agarró la desgarrada piel con ambas manos y tiró con todas sus fuerzas. El pellejo se separó reluciente de la carne. Clavó sus pies en el suelo y tiró de nuevo. Esta vez se separó un trozo más. Para su sorpresa, la navajita cortó mucho mejor de lo que había esperado. Desprendió un trozo grande de carne, lo dejó a un lado, y luego cortó otro..., mucho más de lo que iba a poder comer de una sola sentada, pero probablemente ésta iba a ser su única oportunidad de aprovisionarse. Aparecerían otros lobos, atraídos por el olor de la sangre, y los buitres no tardarían en posarse. Por la mañana iba a quedar muy poca cosa.

Un gran lobo, mayor que todos los demás, avanzó hacia el cuerpo del bison, gruñendo mientras se acercaba. Los otros se pusieron en pie para seguirle. Boone tomó el rifle, lo agitó hacia ellos, rugiendo a su vez con una entonación que quiso que fuese feroz. El lobo grande se detuvo, y lo mismo hicieron los otros. Boone volvió a dejar el rifle y cortó otra gran loncha de carne.

Sin apartar ni un momento sus ojos de los lobos, Boone recogió la carne y empezó a retroceder. Se movía lentamente. Si lo hacía demasiado rápido, se dijo, los lobos podían lanzarse contra él.

Los lobos le observaron sin moverse, interesados en lo que iba a hacer a continuación. Siguió retrocediendo. Cuando estuvo a más de la mitad de la distancia que lo separaba del fuego, avanzaron en tropel, rodeando el cadáver del bison, gruñéndose y lanzándose dentelladas. No le prestaron más atención.

De vuelta junto al fuego, encontró una zona limpia cubierta de hierba y depositó en ella la carne. Diez veces más de la que podía comer en una sola comida, se dijo. Se la quedó mirando, pensando en qué podía hacer con ella.

No se mantendría mucho tiempo. Al cabo de un par de días empezaría a ponerse mala. Lo mejor, pensó, era asarla toda. Asarla, comer la que necesitara, envolver el resto en su ropa interior, enterrarla en el suelo, luego sentarse encima del agujero donde la había enterrado. Si no la protegía sería desenterrada por los lobos, una vez hubieran terminado con el bison. Con él sentado encima estaría a salvo. O eso al menos esperaba.

Se puso a trabajar. Seleccionó algunas ramas resistentes del montón de madera de enebro que había apilado para leña, las cortó a la longitud adecuada, afiló sus extremos. Cortó la carne en trozos más pequeños, los ensartó en los palos de afiladas puntas que había preparado, empalando varios trozos de carne en cada uno de ellos. El fuego se había ido consumiendo hasta quedar sólo un lecho de brasas. Apartó a un lado los trozos de madera que aún producían llama y los utilizó para encender otro fuego. Clavó una de las aisladas puntas de los palos que había preparado en el suelo, manteniéndolos inclinados de tal modo que los trozos de carne quedaran encima de las brasas.

Se sentó y observó el desarrollo de la operación, dando la vuelta a los palos de tanto en tanto. La boca se le hizo agua ante el olor de la carne asándose. Pero por mucha agua que se le hiciera en la boca, iba a ser insípida. No tenía sal para sazonarla.

Los lobos seguían peleándose sobre la carcasa del bisonte. Algunos buitres se habían atrevido a bajar, pero habían sido echados por los lobos. Ahora permanecían sentados, con las alas dobladas y las cabezas tendidas hacia delante, a respetuosa distancia, aguardando su turno para comer. El sol estaba casi rozando el horizonte. Pronto se haría de noche.

Ahí delante en la llanura estaba el cadáver de un bisonte que en tiempos de Boone era conocido sólo como un fósil. Más lejos debía haber otros fósiles vivientes: mastodontes, mamuts, caballos primitivos, y quizá camellos. Incluso los lobos que se estaban dando el festín con el bisonte podían ser fósiles.

Acuciado delante del lecho de brasas, Boone observaba atentamente el proceso de cocción de la carne. Lo asaltaban retortijones de hambre. Desde las casi incomibles gachas de la mañana no había probado bocado. Se presentaban tiempos difíciles.

Cuando había saltado al viajero con Enid, recordó, había cruzado por su mente el pensamiento de que iban a ir al futuro, en vez de a aquel mundo de animales extintos y fósiles vivientes. Luego la urgencia de aquellos últimos segundos en el Hopkins Acre había apartado el pensamiento de su mente.

Puede que hubiera algo de interés para él en el futuro, pero había muy poco allí. Pensó en el futuro del que había oído hablar en Hopkins Acre..., un mundo casi vacío de humanidad visible, pese a que la humanidad aún estaba allí como seres incorpóreos, inteligencias puras, con el factor de supervivencia que había hecho a los hombres los dueños del planeta refinado finalmente a pequeñas cualidades cuantitativas que no eran más que motas de polvo, si llegaban a ser eso.

El cambio, pensó. La Tierra se había visto sometida al cambio durante los casi cinco mil millones de años de su existencia. Lo que al principio habían parecido pequeños factores se habían convertido con el devenir del tiempo en un proceso que ninguna inteligencia podía aprehender antes de que fuera demasiado tarde para tomar medidas y contraatacar.

Aunque se les hubiera dado la inteligencia, los grandes reptiles no hubieran podido sospechar que lo que estaba ocurriendo iba a conducirles a la extinción hacía sesenta y cinco millones de años. Otras formas de vida habían sufrido también una extinción que no podía ser prevista. Había leído que la primera gran extinción se había producido hacía dos mil millones de años, cuando las primeras plantas verdes convirtieron el anhídrido carbónico en oxígeno, cambiando la atmósfera de la Tierra de un medio reductor a un medio oxidante, lo cual trajo consigo la muerte de las formas más antiguas y primitivas, para las que el oxígeno era un veneno.

Se habían producido muchas épocas de muerte; las especies que habían muerto en el pasado eran un centenar de veces más numerosas que las que habían sobrevivido y poblaban ahora el planeta. Finalmente, allá en el futuro, parecía que la raza humana se estaba muriendo. Quizá todavía seguiría existiendo, pero en una forma que podía anularla como un factor en el desarrollo futuro de la Tierra.

Enid le habla dicho que los árboles sucederían a la humanidad, ocupando el lugar del hombre, una vez el hombre hubiera desaparecido al fin. La idea era ridícula, por supuesto. ¿A través de qué proceso o capacidad podían los árboles ocupar el lugar de la humanidad? Sin embargo, si algo tenía que reemplazar a la humanidad, quizá resultara adecuado que fueran los árboles. A lo largo de toda la historia, los árboles habían sido los amigos del hombre..., y el hombre había sido a la vez el amigo y el enemigo de los árboles. Los hombres habían destruido salvajemente los grandes bosques; sin embargo, otros hombres habían apreciado o, a veces, incluso adorado a los árboles.

Uno de los palos que mantenían los trozos de carne encima del fuego se inclinó, su base se soltó del suelo y cayó sobre las brasas. Maldiciendo, Boone la apartó. Sujetando el palo con una mano, sacudió con la otra la carne para librarla de las cenizas que habían quedado adheridas a ella. Ya debía estar lo bastante hecha como para poder comerla.

Deslizó uno de los pedazos fuera del palo, haciéndolo saltar sobre su mano. Cuando se hubo enfriado lo suficiente le dio un mordisco. La falta de sal la hacía insípida, pero estaba caliente y llenó su boca. Masticó. Tuvo que masticar mucho rato, pero su estómago pareció alegrarse de ello. Una vez hubo comido toda la que pudo, depositó el palo sobre la hierba y se quitó la chaqueta, la camisa y la camiseta. Extendió la camisa en el suelo, tomó los otros palos y sacó los trozos de carne, que depositó en un montón sobre la camiseta. Ensartó el resto de la carne no asada en los palos, volvió a colocarlos encima de las brasas, se puso la camisa y chaqueta, y se sentó de nuevo para aguardar a que terminara de hacerse el resto de la carne.

La oscuridad se estaba arrastrando a su alrededor. Apenas podía ver los lobos que seguían reunidos en torno al bisonte. Al este, el cielo empezaba a iluminarse débilmente con la salida de la luna.

Vigiló la carne encima de las brasas hasta que estuvo hecha, colocó los trozos encima de su camiseta, envolvió apretadamente la carne con ella, utilizó la navajita para cavar un agujero, metió el paquete con la carne en él, llenó el agujero de tierra, la pateó para apretarla, y luego se sentó sobre el agujero. Cualquier cosa que quiera esta carne, se dijo a sí mismo, tendrá que pasar a través de mí para conseguirla.

Sintió un cierto orgullo hacia sí mismo. Ocurriera lo que ocurriese en los próximos días, hasta ahora se las había arreglado bastante bien. Tenía comida para varios días. Quizá no hubiera debido malgastar el cartucho, pero no podía lamentarse de ello. Le había dado al bisonte una muerte rápida y decente. Si no lo hubiera hecho, los lobos hubieran derribado al viejo macho y hubieran empezado a devorarlo mientras aún estaba vivo.

Y quizá tampoco importara el haber malgastado el cartucho. En cualquier momento aparecería de vuelta Enid para recogerle. Pensó en ello durante un rato, intentando convencerse de que debía creerlo, pero no lo consiguió. Había muchas posibilidades de que ella regresara, pero casi las mismas posibilidades de que no lo hiciera.

Alzó el cuello de su chaqueta contra el frío de la noche. La otra noche había dispuesto de una manta, pero ahora no tenía ninguna. Sólo tenía las ropas que llevaba encima. Asintió con la cabeza, medio adormecido, y despertó con un sobresalto. No había ninguna razón para despertarse; no faltaba nada. Volvió a dormirse, con el rifle sujeto sobre sus rodillas.

Se agitó de nuevo, a medio camino entre el sueño y el despertar, y no estaba solo. Al otro lado del fuego se sentaba, o parecía estar sentado, un hombre envuelto en algo que lo cubría completamente y que podía ser una capa, y que llevaba sobre su cabeza un sombrero cónico encasquetado de tal modo que ocultaba su rostro. A su lado se sentaba el lobo... el lobo, porque Boone estaba seguro de que era el mismo lobo que había encontrado sentado nariz contra nariz delante de él cuando había despertado la noche antes. El lobo le estaba sonriendo, y él nunca había sabido lo que podía significar una sonrisa lobuna.

Miró al sombrero. ¿Quién eres? ¿Qué es todo esto?

Habló mentalmente, como si lo hiciera para sí mismo, no en realidad para el sombrero. No había hablado en voz alta por temor a sobresaltar al lobo.

El Sombrero respondió. Es acerca de la hermandad de la vida, dijo. Quién soy yo no tiene importancia. Sólo estoy aquí para actuar de intérprete.

¿Intérprete de quién?

Entre el lobo y tú.

Pero el lobo no habla.

No, no habla. Pero piensa. Se siente muy complacido y desconcertado.

Puedo entender el desconcierto. ¿Pero complacido?

Siente una semejanza contigo. Nota en ti algo que le recuerda a sí mismo. Le desconcierta lo que eres.

En el futuro, dijo Boone, estará muy unido a nosotros. Se convertirá en un perro.

Si él supiera eso, dijo El Sombrero, no se sentiría impresionado. Cree ser uno contigo. Un igual. Un perro no es tu igual.

A veces los perros se aproximan mucho a nosotros.

Pero no son uno con vosotros. Había que dar otro paso, pero no llegó a darse nunca. Hace mucho tiempo, el hombre hubiera debido darlo. Ahora ya es demasiado tarde.

Mira, dijo Boone, él no es uno conmigo. El lobo no es lo mismo que yo.

La diferencia, Boone, no es tan grande como puedes pensar.

Me gusta, dijo Boone. Siento admiración hacia él, y algo de comprensión.

Lo mismo siente él hacia ti. Permaneció sentado nariz contra nariz contigo cuando hubiera podido desgarrarte la garganta. Eso fue antes de que mataras al bison. Entonces tenía hambre. Tu carne hubiera podido llenar su estómago.

Entonces, por favor, puedes decirle que le agradezco que no me desgarrara la garganta.

Creo que ya lo sabe. Fue su manera de decir que quiere ser amigo tuyo.

Entonces dile que acepto su amistad, que yo también deseo ser amigo suyo.

Pero Boone estaba hablándole al vacío. El Sombrero ya no estaba allí. El lugar donde había permanecido sentado se veía ahora vacío.

Ya no estaba allí, se dijo Boone, porque nunca había estado allí. Todo había sido una ilusión. No había nadie excepto el lobo.

Cuando miró, el lobo también había desaparecido.

Boone se puso en pie. Se sentía aterido de frío. Echó más leña al fuego y se acercó a él, empapándose en su calor mientras nuevas y más vigorosas lenguas de llama se alzaban y recorrían la madera.

Había dormido largo rato. La luna estaba muy baja hacia el oeste. Su luz se reflejaba en el destrozado esqueleto del monstruo. Había pasado largo rato desde que el monstruo le había hablado..., sí, de hecho, le había hablado alguna vez. Como El Sombrero, podía tratarse de una fantasía.

Se había producido un cambio en él, pensó. Hasta hacía pocas horas había sido un periodista tenaz que sólo se enfrentaba a los hechos. Pero ahora fantaseaba. Hablaba con un sombrero, charlaba con un monstruo muerto, y veía un amigo en un lobo. La soledad, supuso, podía conducir a un hombre a realizar cosas extrañas, pero, ¿tan pronto? Aquí, sin embargo, la soledad podía ser algo distinto de la soledad habitual, alterada por la consideración de que con toda probabilidad era el único ser humano dentro del radio de dos grandes continentes. Muchos científicos creían en su tiempo que los primeros seres humanos no habían puesto el pie en el hemisferio occidental hasta al menos 10.000 años después de este período. En algún lugar de las vastedades asiáticas, tribus bárbaras recorrían la Tierra, y más hacia el oeste había otros hombres que, en unos 20.000 años o así, empezarían a pintar los primeros toscos dibujos de la fauna de sus días en las cuevas de la Europa del este. Allí él era un ser humano desplazado, solo entre animales salvajes.

Más caliente ahora, retrocedió y empezó a dar vueltas y vueltas en torno al fuego. Intentó pensar, pero no había ningún principio a sus pensamientos, como tampoco había ningún final. Como su caminar en torno al fuego, sus pensamientos daban vueltas y vueltas.

Los lobos se estaban peleando sobre el bison, aunque la pelea no era muy estrepitosa; no estaban poniendo en ella todo su corazón. Más lejos algún animal estaba aullando, una queja monótona y sostenida. Ladera arriba, en el bosquecillo de enebros, un pájaro pió tristemente. La luna colgaba justo encima del horizonte occidental, el este empezaba a iluminarse, estaba amaneciendo otro día.

Cuando llegó la luz, cavó hasta desenterrar la camiseta y sacó un poco de carne. Acucillado junto al fuego, masticó y masticó para quebrar lo suficiente la fibrosidad de la

carne y tragarla sin problemas. Cuando terminó, fue a la fuente para llenar una cacerola de agua, luego subió a la colina para recoger más leña para el fuego.

Empezó a germinar en él la realización de que podía resultar muy difícil llenar los días. Intentó pensar en tareas que podía inventar para mantenerse ocupado. No pudo pensar en ninguna que tuviera sentido suficiente como para emprenderla. Más tarde podría partir a explorar el lugar, pero ahora tenía poca utilidad. Más tarde quizá se viera obligado a hacerlo, pero ahora tenía que estar aquí cuando regresara Enid o apareciera alguien.

Fue al espolón de piedra caliza tras el que el bisonte había sido mantenido a raya y recogió y trasladó al campamento losas de piedra caídas del espolón, tan pesadas como pudo transportarlas, y las apiló encima del agujero donde estaba enterrada la carne. Era muy probable que algunos merodeantes carroñeros, tras oler la carne, pudieran mover las piedras para llegar a ella. Pero estos lobos estaban demasiado bien alimentados para preocuparse tanto.

Se decidió a subir al otero; la pendiente no era fácil. Finalmente llegó arriba y miró el paisaje a su alrededor. No había mucho que ver. A algunos kilómetros de distancia pastaba una manada de herbívoros, probablemente bisontes. Grupos de otros animales recorrían a grandes saltos el terreno, como sombras. Los identificó tentativamente como antílopes. Algo que parecía ser un oso grande avanzaba pesadamente a través del lecho seco de un antiguo canal. Aparte esto, todo lo que vio fue una extensión de tierra desierta, interrumpida aquí y allá por secos cursos de agua y con los perennes oteros alzándose diseminados. Por entre los cursos de agua había pequeños bosquecillos de chopos, y algunos de los oteros mostraban manchas que podían ser maleza o grupos de árboles.

Cuando regresó el campamento los lobos habían abandonado la carcasa del bisonte, ahora poco más que huesos y trozos de piel agitándose a la brisa. Una docena de buitres o más avanzaron cojeando, dándose picotazos los unos a los otros para defender el territorio que cada uno se había adjudicado, arrancando el último alimento que quedaba sobre el esqueleto.

Boone se acomodó lo mejor que pudo para esperar. Transcurrieron cuatro días sin que hubiera el menor indicio del viajero. Boone hizo sus tareas. Inspeccionó varias veces el destrozado monstruo, rodeándolo, manteniéndose a una distancia segura. Intentó reconstruirlo mentalmente, conectar una a otra las partes rotas. Hubiera podido hacer un mejor trabajo si se hubiera permitido acercarse más, tomar algunas de las partes rotas e inspeccionarlas. Pero desistió de ello. El monstruo no le habló, y finalmente llegó a convencerse de que nunca le había hablado, que sus recuerdos eran una aberración mental.

Al final del cuarto día aún quedaban varios trozos de la carne que había asado, pero estaban empezando a corromperse. Aún seguía siendo demasiado civilizado como para que su sistema tolerara la carne corrompida.

Por la mañana del quinto día, arrancó una página del bloc de notas que llevaba en el bolsillo de su pecho y, utilizando la punta del lápiz, escribió una nota:

He ido a cazar. Volveré en seguida.

Colocó la nota encima del montón de piedras que habían protegido la carne enterrada, y la aseguró con otra piedra.

Tomó el rifle, sintiendo que su espíritu se animaba. Al menos tenía algo que hacer, una tarea que era necesario que hiciera, que no era simplemente un trabajo inútil para llenar el tiempo.

Al cabo de un kilómetro o así se dejó ver el lobo, trotando desde el otero para reunirse con él. Se colocó a su derecha, a un centenar de metros de distancia y ligeramente detrás; parecía amistoso y alegre de estar de nuevo con él. Le habló, pero el lobo pareció ignorar sus palabras y siguió andando a su ritmo, manteniéndose a su altura.

Al cabo de una hora o así divisó un pequeño grupo de antílopes pastando a una cierta distancia. A su izquierda había el lecho seco de un riachuelo. Se deslizó en él, avanzando

tan silenciosamente como pudo. El lecho se curvaba ligeramente hacia la derecha, la dirección que le llevaría más cerca de su presa. El lobo había descendido al lecho seco con él y estaba avanzando detrás. Boone se detuvo en dos ocasiones y trepó cuidadosamente por la pared del lecho para observar a los antílopes. Seguían en el mismo lugar donde los había visto la primera vez, comiendo artemisa y ocasionales briznas de hierba. Parecían tranquilos, pero estaban demasiado lejos; tenía que acercarse más. Se deslizó de vuelta al lecho seco y siguió su camino, cautelosamente, poniendo mucho cuidado en donde colocaba sus pies. El clic de un guijarro podía hacer huir a los antílopes. Como si captara el acecho, el lobo avanzaba silencioso tras él. Diez minutos más tarde Boone trepó de nuevo por la inclinada pared del antiguo lecho. Los antílopes estaban ahora mucho más cerca de lo que había calculado. Situó el rifle en posición, seleccionó el animal que deseaba, alineó el punto de mira y disparó. El antílope dio un gran brinco en el aire y cayó pesadamente. El resto del grupo huyó despavorido, para detenerse a unos centenares de metros y volverse a mirar. Cuando Boone trepó para salir del lecho seco y se dejó ver, huyeron de nuevo.

Con el lobo sentado a su lado, Boone cargó su presa a la espalda y echó a andar hacia el campamento. El lobo trotó a su lado, con la complacida expresión del trabajo bien hecho.

En el campamento, Boone despellejó laboriosamente el antílope y extendió la piel sobre la que pensaba ir dejando los trozos de carne que cortara. Abrió en canal al animal, separó el hígado, luego arrastró el resto de las entrañas y órganos internos al esqueleto del bison y las dejó allí. El lobo fue a ocuparse de la ofrenda. Boone cortó el hígado, lo empaló en uno de los palos del otro día y lo clavó en el suelo, inclinado sobre un lecho de brasas. Luego se dedicó a desmembrar su presa. Guardó el lomo y una pata trasera; arrastró el resto más allá del campamento y lo abandonó allí. El lobo desertó de las entrañas y se trasladó al más sustancioso festín.

Boone comió carne fresca al lado del fuego y empezó a asar lo que había quedado para guardarlo para los días siguientes. Aquello no podía proseguir así, se dijo. Estaba viviendo al día, y su habilidad para proseguir incluso aquel tipo de existencia estaba limitada a los cuatro cartuchos que quedaban en el cargador del rifle. Antes de agotarlos tenía que buscar alguna otra forma de alimentarse. Necesitaba madera para hacer un arco, tendones para la cuerda, palos rectos para flechas, piedras para hacer las puntas de las flechas y para tallarse un cuchillo, porque la navajita barata no iba a durarle mucho para el uso que le estaba dando.

Sus conocimientos acerca de cómo hacer un arco eran casi inexistentes. De todos modos, conocía la teoría básica y podía apañárselas. Podía conseguir un burdo arco que le sirviera hasta que, por el método del tanteo, lograra fabricar otro mejor.

Mañana, decidió, se dedicaría a buscar madera y piedra. Consideró brevemente proveerse de la madera para el arco en el bosque de enebros del que obtenía la leña. Casi instantáneamente desechó la idea. La madera de enebro no era la más adecuada, y dudaba que en todo el bosquecillo pudiera hallar una pieza que pudiera ser utilizada para fabricarse un arco.

Otros dos lobos se habían dejado ver. Mientras los observaba, Boone intentó identificar su lobo, y fue incapaz de decidir cuál de los tres era. Cuando se hubo puesto el sol, toda la carne que había dejado para los lobos había desaparecido, y los lobos también.

Pero a primera hora de la mañana, poco después de amanecer, el lobo volvió y se sentó al otro lado del fuego, frente a él.

Boone le habló.

-Mañana -dijo- voy a ir a buscar madera y piedra. Me gustaría que vinieras conmigo. Puede que sea un viaje duro. No tengo ninguna forma de llevar agua conmigo, pero llevaré carne y la compartiré contigo.

Era ridículo, pensó. El lobo no podía comprender ni una palabra de lo que estaba diciendo, pero el hablar con él le hacía sentirse más seguro. Era bueno tener a alguien con quien hablar; un lobo era mejor que nada. Era alguien que podía compartir con él el fuego.

Despertó por la noche, y el lobo aún seguía con él. Le observó de cerca, amistosamente, mientras alimentaba el fuego. Volvió a dormirse con el lobo aún observándole.

Por la mañana escribió otra nota, esta vez más larga:

Me marcho a un viaje que quizá me lleve varios días, pero volveré. Por favor, espérenme. Puede que vaya un lobo conmigo. Si es así, no le hagan ningún daño. Es amigo mío.

Colocó la nota en el montón de piedras, y él y el lobo emprendieron la marcha. Se dirigieron hacia el oeste, en dirección al otero en el que Boone había detectado manchas oscuras que pensó que podían ser pequeños árboles. No parecía estar a más de un día de camino.

Estaba mucho más lejos. A última hora de la tarde, Boone se dio cuenta de que no iban a llegar a él antes de anoecer. Estaba cansado y sediento. No habían cruzado ningún curso de agua. Quizá, se dijo a sí mismo, encontrarán agua en el otero. Podía pasar la noche sin ella. Descendió a un lecho seco, lo recorrió hasta llegar a un lugar donde se curvaba bruscamente, formando una especie de recodo de altas paredes.

Recogió madera caída de los chopos y encendió un fuego. Seleccionó tres trozos de carne y los arrojó al lobo. Mientras el lobo los engullía, se acucilló junto al fuego y comió. La carne era tierna y no tuvo ningún problema para masticarla. El lobo terminó y aguardó más, expectante. Le arrojó otro trozo.

-Y esto es todo lo que vas a conseguir -afirmó-. Dije que compartiríamos, y te he dado más de lo que me he comido yo.

Cansado hasta los huesos, se quedó dormido poco después de oscurecer, con el lobo tendido al otro lado del fuego. Estaba a punto de amanecer cuando despertó. El fuego se había apagado, y no se molestó en encenderlo de nuevo. Le dio un poco de carne al lobo y comió él otro poco. El sol aún no se había asomado cuando reemprendieron la marcha.

Alcanzaron el otero bastante después del mediodía, y empezaron a subir. Aquel otero era mucho más amplio que el otro donde él y Enid habían acampado; la ascensión fue dura y difícil. El lobo encontró agua a media subida. Volvió con el hocico chorreante.

-Agua -dijo Boone-. Muéstrame.

El lobo se detuvo, desconcertado.

-¡Agua! -dijo Boone. Sacó la lengua e intentó imitar el movimiento de lamer líquido.

El lobo trotó hacia la derecha, deteniéndose de tanto en tanto para mirar atrás. ¿Era posible, se preguntó Boone, que hubiera comprendido? Era una locura pensarlo, y sin embargo él había compartido la carne..., ¿querría el lobo compartir el agua?

Llevaba horas sediento; hasta entonces había intentado apartar aquel pensamiento de su cabeza, pero ahora que sabía que tenía que haber agua cerca, la sed volvió furiosa. Su boca y su garganta estaban resacas, y le costaba tragar la saliva.

Frente a él, un gran afloramiento rocoso formaba una gibosidad en medio de la ladera. Intentó apresurarse, pero el camino era empinado y la hierba, reseca por el sol, resbaladiza. Se apoyó sobre manos y pies, casi arrastrándose, sollozando con su necesidad de agua.

La piedra, vio, era caliza, no arenisca. La piedra caliza, pensó, tenía que hallarse encima del estrato de arenisca que emergía del otro otero. La piedra caliza no servía para hacer herramientas, pero entre sus capas podían haber vetas de cuarzo.

Encima de él se alzaba una pared de roca. Retorcidos cedros se asomaban aquí y allá sobre su cara. Se arrastró por la inclinada pendiente que llegaba hasta la base de la

pared. Piedras sueltas rodaron a sus pies. Había perdido todo rastro del lobo, pero creyó oír el rumor de agua.

Resbaló, cayó, resbaló de nuevo, rodó, y de pronto se detuvo. Algo se aferró a su pierna derecha, y un dolor agónico atravesó todo su cuerpo, un dolor tan terrible que le dejó mareado y jadeante, el vientre crispado, la garganta en fuego vivo, y sin nada a lo que sujetarse para levantarse.

Permaneció tendido durante un largo momento, mientras el dolor recedía lentamente, luego intentó sentarse. No pudo; lo que fuera que sujetaba su pierna lo mantenía clavado contra el suelo, tendido en ángulo a lo largo de la ladera. Intentó volverse sobre sí mismo para ver qué le ocurría a su pierna y, cuando se movió, la pierna le lanzó un chillido. Debilitado por el dolor, se dejó caer de nuevo al suelo. Cuando acumuló otra vez algo de fuerzas lo intentó de nuevo, muy cuidadosamente. Consiguió girar la cabeza en ángulo para mirar a lo largo de su cuerpo. La pierna había quedado atrapada en una angosta hendidura. La piedra caliza del fondo estaba cerca de la superficie, apenas cubierta por los fragmentos de roca que habían caído de la cara del risco. Su pierna derecha se había metido en una angosta hendidura y estaba atrapado, clavado en ella casi hasta la rodilla.

Qué cosa más estúpida de ocurrirme, pensó. Sintió que el pánico se arrastraba por todo su cuerpo, y lo rechazó. Todo lo que tenía que hacer, se dijo, era sacar la pierna tan suavemente como le fuera posible de la fisura de roca que la retenía.

Intentó liberar la pierna. Los músculos respondieron. Pudo moverla, aunque el miembro protestó. Quizá una dislocadura; no parecía que se la hubiera roto. Probablemente se había hecho alguna herida.

El lobo regresó bajando la empinada pendiente y se detuvo con los pies plantados en el suelo, mirándole y gimoteando quedamente.

-Estoy bien -le dijo Boone con voz ronca-. Sacaré la pierna de aquí en un momento. Déjame pensar cómo.

Pero no consiguió liberarla a sus primeros intentos. No importaba lo que hiciera, la pierna seguía encajada en la fisura. La forma en que estaba tendido en la pendiente hacía más difícil el trabajo. Cuando intentó maniobrar su cuerpo para situarse en una posición más ventajosa, la agonía de la pierna le dejó débil y sudoroso. Finalmente desistió, demasiado débil, demasiado dolorido para seguir intentándolo. Descansaré un poco, se dijo.

Una vez descansado, lo intentó de nuevo. Pero ahora ya casi era oscuro. El lobo se había ido a alguna parte y estaba solo. Intentó una vez más liberar torpemente la pierna; cuando eso no funcionó, tiró de ella en un esfuerzo desesperado por soltarla. El fuego del dolor lo azotó de pies a cabeza. Encajó los dientes y tiró de nuevo. La pierna seguía retenida. No lo intentó una tercera vez. Permaneció tendido, agotado. Oyó, ahora claramente, el sonido del agua. El dolor de la pierna le chillaba; la profunda sequedad de su garganta le asfixiaba.

Intentó razonar consigo mismo. Elaboró un plan, pero el plan no fue muy lejos. Buscó el hatillo de carne que llevaba colgado al hombro. El hatillo no estaba allí. Tampoco estaba el rifle.

Boone encajó lúgubrementemente la mandíbula. Había estado en situaciones difíciles antes, y había sobrevivido a todas ellas. Entre otras cosas, podía doblar la esquina. Cerró fuertemente los ojos, se tensó, e intentó conducir su cerebro.

-¡La esquina! -gritó-. ¡La esquina! ¿Dónde está esa maldita esquina?

Pero no había ninguna esquina. Seguía estando donde antes. Dejó que la tensión se aflojara y se derrumbó en el suelo.

Despertó mucho más tarde. Las estrellas brillaban en el cielo. Un frío viento soplaba ladera arriba, y estaba medio helado. Por un momento no supo dónde estaba, luego todo volvió a él. Estaba atrapado en aquel otero. Nunca podría liberarse. Moriría allí. Siguió

tendido, helado y dolorido, con la garganta constreñida por una ardiente sed. Quizá un poco más tarde hiciera algo acerca de sí mismo, pero no ahora.

Una sombra gris se movió a la luz de las estrellas. Era el lobo. Le miró y gimoteó.

-Prométeme una cosa -dijo Boone-. Es lo único que te pido. Asegúrate de que estoy muerto antes de empezar a devorarme.

7 - Enid

Todo había ido mal, pensó Enid. Nunca hubiera debido intentar manejar el viajero. Hubiera debido saber que no era competente. Y sin embargo, ¿qué podía haber hecho? Allá en Hopkins Acre, había sido dejada sola para esperar a Boone, y no había habido tiempo de trazar un rumbo. Simplemente le había dicho al viajero que partiera..., era lo único que podía hacer. Luego, más tarde, se había presentado el mismo tipo de situación. Boone le había gritado que salvara el viajero, y ella había huido. Ahora estaba allí, a casi un millón de años en el futuro de la era donde estaba extraviado Boone..., y no tenía la menor idea de cómo regresar y recogerle.

Todo era culpa de Horace, se dijo. Horace, que era tan grande haciendo planes y que lo había planeado todo tan mal. Cada viajero hubiera debido tener una persona que fuera un piloto entrenado..., aunque, ahora que pensaba en ello, nunca había habido tres miembros de la familia que estuvieran lo suficientemente entrenados. David era bastante hábil. Y Horace, aunque en sus mejores momentos era simplemente torpe. Emma y Timothy no sabían absolutamente nada. Ahora que pensaba en ello, sólo dos de ellos podían manejar con una cierta seguridad un viajero.

Si el monstruo no hubiera interferido y hubieran tenido la oportunidad de planear decentemente las cosas, todo hubiera podido ir muy bien. Hubieran decidido dónde ir cuando se fueran de allí, y probablemente David hubiera programado cada uno de los viajeros para que se trasladaran al mismo lugar y tiempo seguros. Hubieran sabido dónde y cuándo iban, y todos hubieran realizado el viaje juntos. Si su viajero hubiera estado programado, no hubiera habido ningún problema. Había sido aquel repetido correr en la oscuridad lo que había traído su ruina.

Miró de nuevo el panel, y la designación del tiempo era lo suficientemente clara. Pero la designación espacial era como griego para ella. Sabía cuándo estaba, pero evidentemente no dónde. Aquella primera vez, había sido Boone quien había supuesto dónde estaban, aunque sólo la zona en general. La designación espacial había estado en el panel, por supuesto, pero ella no podía descifrarla. Lo que hubiera debido hacer, se dio cuenta ahora que ya era demasiado tarde, hubiera sido anotar las lecturas.

La designación espacial de aquel lugar donde ella y Boone habían aterrizado tenía que estar grabada en alguna parte dentro del registro del panel. Todo lo que tenía que hacer era llamarla, pero no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo.

Se derrumbó hacia atrás en la silla, mirando todavía el panel. ¿Por qué, en todo el tiempo que habían pasado en Hopkins Acre, nunca le había pedido a David que la enseñara a manejar un viajero? Él se hubiera sentido contento de mostrárselo, estaba segura de ello, pero nunca se lo había pedido porque nunca se le había ocurrido, ni siquiera una vez, que podía llegar un día en que necesitara utilizar uno.

Contempló la placa visora, pero la visión era restringida y no había mucho que ver. Parecía hallarse situada en algún punto elevado, porque contemplaba un paisaje de escarpadas colinas, con el brillo de un río entre ellas.

Así que se había ido y lo había hecho, pensó. A veces, Horace y Emma la habían llamado inútil, y quizá tuvieran razón.

Había abandonado a un hombre decente en un pasado muy distante, y no había forma en que pudiera regresar para rescatarlo. Incluso tenía miedo de intentarlo. Había hecho dos saltos a ciegas, uno al profundo pasado, el otro al mucho más profundo futuro. Henry

los había rastreado hasta la Europa de la Edad Media, pero aquello, comparado con esto, había sido una tarea más bien sencilla. Era posible que ella hubiera dejado un rastro que él pudiera seguir, con un poco de suerte. Un rastro sí, pero dos..., ¿qué podía hacer él con los dos? Sabía sin necesidad de preguntarse nada que tenía que quedarse aquí donde estaba ahora. Si efectuaba otro salto, lo más probable era que estuviera perdida para siempre. Incluso ahora, pensó, sin más que dos saltos, puede que estuviera perdida para siempre.

Se levantó del asiento del piloto y se dirigió a la puerta. Cuando la abrió, oyó un sonido extraño, un poco como el zumbido de un enjambre de abejas. Cuando se apartó del aparato vio de qué se trataba.

El viajero estaba posado en una ladera, a poca distancia debajo de un alto risco. Por la parte alta de la ladera avanzaba una hilera de gente, y era de allá de donde procedía el sonido..., un agudo charlotear de muchas voces, todas hablando a la vez.

A su izquierda y a su derecha, hasta tan lejos como podía ver en ambas direcciones, la hilera de gente avanzaba a lo largo de la cresta. La hilera era desigual. En algunos lugares la gente se apelotonaba, luego se distanciaba formando pequeños grupos o incluso algunos caminando en solitario. Todos avanzaban en la misma dirección, de derecha a izquierda, pero moviéndose lentamente.

Avanzando, no con ellos, pero sí al lado de ellos, como si fueran los guías de la procesión, había extrañas y variadas figuras. Algunas de ellas tenían la apariencia de seres humanos; otras no parecían humanas en absoluto; pero todas ellas estaban vivas y se movían..., arrastrándose, saltando, rodando, arrastrándose frenéticamente, dando largas zancadas, flotando. Unas pocas volaban.

Contuvo secamente el aliento cuando reconoció quiénes eran aquellos guías. Algunos de los que tenían apariencia humana eran robots, e indudablemente los otros que no parecían humanos eran robots también. El resto de ellos eran alienígenas. En la época que había sido su hogar, había habido muchos alienígenas que habían establecido extrañas y no siempre comprensibles relaciones con seres humanos, pero los suyos, los como ella, habían intentado mantener tan poco contacto con ellos como había sido posible.

Enid se apartó a corta distancia del viajero y ascendió unos pocos pasos por la ladera que avanzaba hasta el risco donde la procesión caminaba a su manera lenta y desmañada. El lugar era alto y seco. Tenía una sensación de grandeza, y parecía como si estuviera de puntillas para alcanzar el propio cielo, que era profundo y azul..., el cielo más azul que jamás hubiera visto, sin una nube que empañara su superficie. Soplaban un viento fuerte y firme que agitaba la capa que llevaba. Había un aliento helado en él, como si soplara desde una larga distancia a través de una tierra fría y desierta, pero el sol que se alzaba a la altura del mediodía era cálido. Una suave alfombra de hierba crecía bajo sus pies, una hierba corta y bien cuidada que no tenía nada de silvestre en ella. Aquí y allá, a lo largo de la cresta, crecían ocasionales árboles, cada uno de ellos modelado y esculpido por el viento que debía haber estado soplando allí desde hacía siglos hasta inclinarlos a su voluntad.

Nadie dio señales de percatarse de ella. Su presencia no interfirió ni por un momento lo que estaba teniendo lugar.

¿Un rito, se preguntó, una peregrinación religiosa, una celebración, quizá, de alguna antigua mitología? Pero aquello, pensó, no eran más que débiles suposiciones. Cabía suponer que existiera algún peligro si se entrometía, aunque, desde donde estaba ella ahora, la procesión parecía inmune a toda intrusión. A todo su alrededor había una sólida sensación de finalidad.

Una voz dijo a su lado:

-¿Ha venido a unirse a nosotros, señora?

Se volvió, sobresaltada. El robot estaba de pie a su lado, muy cerca. Cualquier ruido de su aproximación había sido cubierto por el viento. Tenía forma humana y era extremadamente civilizado. No había crudeza en él. Era una máquina, por supuesto; eso podía verse a la primera ojeada. Pero, de alguna extraña forma, era noblemente humano. Su rostro y cuerpo eran humanos en el significado clásico del término, y estaba decorado con gusto, con el metal grabado con discretos y pequeños dibujos que hacían pensar en el exquisito tallado de los cañones de las escopetas más caras de la colección de Timothy. Llevaba al hombro un cerdo despellejado, abierto en canal y limpio, y bajo un brazo un enorme y abultado saco de grano.

-Le pido disculpas, señora -dijo el robot-. No tenía intención de asustarla. Cuando me acerqué desde atrás procuré hacer algún ruido para anunciarme, pero el viento, ¿sabe? No oyó usted nada con este viento.

-Te doy las gracias por tu consideración -dijo Enid-. Me sobresaltaste, pero no demasiado violentamente, y sólo por un momento. Y no, no vine para unirme a vosotros. No tengo la menor idea de lo que significa esto.

-Es todo asunto de alucinación -dijo el robot, hablando francamente-. Lo que ve usted es la marcha del Flautista de Hamelin. ¿Está usted por casualidad familiarizada con la antigua historia del Flautista de Hamelin?

-Oh, sí, lo estoy -dijo Enid-. La leí en uno de los libros que trajo mi hermano. Es un cuento acerca de un flautista cuya melodía atrajo a todos los niños de un pueblo.

-Esto es lo mismo -dijo el robot-. La marcha del Flautista de Hamelin, excepto que no hay ningún flautista. La culpa es de todos esos alienígenas.

-Si no hay ningún flautista, ¿a quién están siguiendo?

-En sus alucinaciones, que estoy convencido son provocadas por los alienígenas, siguen sueños. Cada uno sigue un sueño que es únicamente suyo. Se lo he dicho y se lo he dicho, y lo mismo han hecho todos los demás robots, pero no nos prestan ninguna atención. No nos hacen caso y siguen a los sucios alienígenas.

-Entonces, ¿por qué estás aquí? No estas solo; hay otros robots contigo.

-Alguien tiene que cuidar de los humanos. Alguien debe protegerlos contra ellos mismos. Se marcharon sin provisiones para alimentarse, sin comida ni agua, sin ropas suficientes para protegerse contra el frío y la humedad. ¿Ve este cerdo en mi hombro, este saco de trigo bajo mi brazo? Registro todos los lugares por donde pasamos y recojo lo que puedo. No es un trabajo, se lo aseguro, que un robot de mi integridad y sensibilidad pueda hacer fácilmente. Y sin embargo debo hacerlo, porque esos estúpidos humanos míos están atrapados en sus tontos sueños y no prestan ninguna atención a sus necesidades. Tiene que haber alguien que cuide de ellos.

-¿Y dónde terminará todo esto? -preguntó Enid-. ¿Qué les ocurrirá? ¿Cómo terminará todo?

-No lo sé -dijo el robot-. Sólo puedo esperar que termine bien. Puede que, en otras ocasiones, haya ocurrido lo mismo en otros lugares, pero ésta es la primera vez que ocurre aquí. Por mucho que amo a los humanos, y le pido disculpas, hay veces en que pueden ser las formas de vida más irreflexivas, más irrazonables de todas las existentes. Mi edad abarca varios siglos, señora, y he leído las historias que cubren incontables otros siglos. La raza humana, según los antiguos historiadores, siempre ha sido irreflexiva e irrazonable; pero tengo la impresión de que ahora son alegremente irrazonables, mientras que antes eran estúpida y perversamente irrazonables. Ser alegremente irrazonable, tomar la alegría por sinrazón, me parece que es la peor forma que pueda asumir la perversidad.

-Tengo que pensar sobre eso -dijo Enid-. Supongo que puede que tengas razón.

Perversidad, pensó. ¿Podía ser eso lo que le había ocurrido a la raza humana..., una perversidad voluntaria que había anulado todos los valores humanos que tan duramente habían sido conseguidos y estructurados a la luz de la razón durante un lapso de tiempo

de más de un millón de años? ¿Era posible que la raza humana, completamente fuera de control y sin razón suficiente, se hubiera vuelto de espaldas a todo lo que había construido la humanidad? ¿O se trataba simplemente, quizá, de una segunda infancia, de quitarse el peso de encima de los hombros y volver al egoísmo del niño que saltaba y jugaba sin pensar en las consecuencias o la responsabilidad?

-Estoy seguro de que puede subir usted a la cresta y mirarlos de cerca, si quiere -dijo el robot-. No hay ningún peligro. No son gente peligrosa, sólo estúpidos.

-Me gustaría hacerlo.

-O mejor aún, si tiene usted tiempo, puede que le guste unirse a nosotros, con mis humanos y quizá unos cuantos desagradables alienígenas al azar, cuando nos detengamos esta noche. Habrá cerdo asado y pan recién horneado y probablemente otros comestibles que mis compañeros traen con ellos. No tiene que temer el entrometerse; estará sólo con la familia. Cuando llega la noche todas las distintas familias se reúnen y comen la comida que les traen sus robots. Puede que le guste conocer a mi familia. Aparte esta estúpida exhibición, son muy agradables. Tengo esperanzas de que esta locura termine pronto.

-Me gustaría hacerlo -dijo Enid-. Me alegra que me lo hayas propuesto.

-Entonces venga conmigo y los buscaremos. Tienen que estar en alguna parte de la fila, no demasiado lejos de nosotros. Luego encontraremos un lugar donde acampar y nos prepararemos para cenar..., quizás en algún lugar un poco hacia delante de modo que no estén demasiado alejados cuando esta locura se suspenda a la caída de la noche.

-¿No siguen caminando por la noche?

-No, por supuesto que no. No han perdido enteramente sus sentidos.

-Iré contigo -dijo Enid-. Pero no quiero unirme a la marcha. Estaría fuera de lugar aquí. Si voy contigo, podré ayudarte a establecer el campamento.

-Eso no será necesario -dijo el robot-. Hay más de nosotros, y todos somos buenos trabajadores. Pero me alegrará tenerla conmigo. Puesto que vamos a estar juntos por un tiempo, puede llamarme Jones.

-Me alegra saber tu nombre -dijo ella-. Puedes llamarme Enid.

-La llamaré señorita Enid. Las mujeres jóvenes tienen el título de «señorita».

-Te lo agradezco, Jones -dijo ella.

Durante todo aquel tiempo habían estado subiendo la colina uno al lado de otro, y ahora estaban cerca de la línea de marcha. La procesión, vio Enid, estaba siguiendo un débil sendero que corría a lo largo de la cresta, el tipo de sendero que normalmente puede apreciarse pero es muy poco utilizado, porque es seguido solamente de tanto en tanto por solitarios vagabundos que se apresuran por él con la esperanza de hallar refugio a la caída de la noche.

La procesión se extendía en ambas direcciones hasta tan lejos como podía ver. Había huecos ocasionales en ella, pero en ningún caso esos huecos eran lo suficientemente grandes como para borrar la sensación de que aquella era, de hecho, una enorme procesión.

Cada persona caminaba como si lo hiciera a solas, no prestando más que una cortés atención a aquellos que caminaban junto a ella. Avanzaban con la cabeza alta y confiada, mirando hacia delante antes que hacia arriba, como si hubiera algo que iban a ver en cualquier momento y estuvieran enteramente confiadas de que no iban a sentirse decepcionadas. Su expresión era serenamente expectante y había en ellas como un difuso éxtasis..., aunque, se dijo a sí misma, no era en absoluto un éxtasis religioso. No se trataba, como al principio había creído que podía serlo, de una procesión religiosa.

No había niños. Había jóvenes y gente de edad mediana, viejos y muy viejos que se apoyaban en bastones o avanzaban con muletas.

Con ellos corrían, se deslizaban, saltaban y se bamboleaban una gran variedad de alienígenas, no tantos como humanos, pero los suficientes para proporcionar al

observador una sensación de continuidad. Había una criatura de apariencia fantasmal que flotaba, oscilando levemente en el aire, ahora al mismo nivel que los humanos, ahora por encima de ellos, cambiando constantemente de forma. Había una criatura trípoda que avanzaba como si caminara sobre zancos, con un cuerpo carente de rasgos, parecido a una vulgar caja. Había otra que era a la vez algo culebreante y una bola..., deslizándose primero como una serpiente por entre las piernas de los humanos que avanzaban, luego rodando a intervalos, convertida en una bola que avanzaba suave y serenamente. Había una cabeza, una cabeza sola que era en su mayor parte un ojo y una boca, yendo de un lado para otro, como si se dirigiera apresuradamente hacia algún sitio pero no supiera dónde. Y había muchas otras.

Los humanos no prestaban ninguna atención a los alienígenas..., era como si, para ellos, no fueran más que otros humanos. Los alienígenas, a su vez, no prestaban ninguna atención a los humanos, como si los conocieran muy bien, como si no tuvieran nada de qué asombrarse.

Enid tuvo la impresión de que todos ellos, humanos y alienígenas, estaban buscando algo, pero no había el menor signo de lo que buscaban, como si cada uno de ellos aguardara una revelación personal.

Buscó a su alrededor a Jones, el robot, y no pudo localizarlo. Había otros robots, pero pocos de ellos se mezclaban con los humanos y los alienígenas en la línea de marcha. La mayor parte permanecían a un lado de la procesión. Siguió buscando a Jones, pero no había ningún rastro de él. Quizá, se dijo, debiera avanzar a lo largo de la línea de caminantes, con la esperanza de alcanzarlo. Estaba hambrienta, y el cerdo caliente y el pan recién horneado sonaban terriblemente bien. Había sido una estupidez por su parte el perder el contacto con él. Empezó a trotar a lo largo del lado de la hilera, pero al cabo de unos pocos pasos se detuvo. No había observado la dirección que había tomado Jones; puede que se estuviera alejando de él en vez de acercarse.

Una voz casi en su oído, una voz gangosa y no humana que utilizaba palabras humanas, dijo:

-Amable humana, ¿harías una pequeña tarea por mí?

Se volvió en redondo, sobresaltada, echándose involuntariamente a un lado mientras lo hacía.

Era un alienígena, como había sabido que sería, pero ligeramente más humanoide que la mayoría de los otros. Su cabeza, inclinada hacia delante sobre un largo y delgado cuello, era un cruce entre la de un caballo enflaquecido por un duro invierno y la de un melancólico perro de caza. Se erguía sobre dos piernas muy arqueadas, y su torso era una verrugosa hinchazón. Sus dos brazos eran largos y flexibles, y se retorcían como un par de serpientes inquietas. Las orejas surgían como el pabellón de una trompeta. Tenía dos grupos de ojos montados sobre su frente; cada uno de ellos con varios iris. La boca era ancha y los labios babosos. Un par de branquias, una a cada lado de la delgada garganta, se hinchaban y deshinchaban con su respiración.

-Para ti -dijo el alienígena- soy sin duda una visión desagradable. Como lo eran los humanos para mí antes de que me acostumbrara a ellos. Pero mi corazón es amable, y mi honor es de los mejores.

-No dudo eso -murmuró Enid.

-Me he acercado a ti -dijo la cosa- porque, de todos los humanos aquí, eres la única que no pareces preocupada por lo que está ocurriendo, lo cual me impulsa a creer que estarás dispuesta a perder un poco de tu tiempo conmigo.

-No puedo imaginar nada que pueda hacer por ti -dijo Enid.

-Pero te aseguro que puedes -insistió el alienígena-. Una tarea muy simple que, debido a su perplejidad, no puedo hacer por mí mismo. No poseo suficientes... -La famélica cara de caballo dudó, como si buscara la palabra adecuada-. Digamos que alguien está atando un paquete con un trozo de cuerda, y tiene dificultades cuando llega el momento de hacer

el nudo debido a la falta de manos. Y esa persona te dice: ¿Tendrías la amabilidad de poner tu dedo en el cruce de la cuerda para que yo pueda hacer el nudo? De una forma un poco distinta, eso es lo que querría pedirte.

-¿Debido a la falta de manos?

-No debido a la falta de manos, sino a la falta de otra facilidad para la que no encuentro una palabra que tú puedas comprender. Es culpa mía, no tuya.

Enid miró al alienígena, desconcertada.

-¿Sigues sin comprender?

-Me temo que sí. Tendrás que decirme más.

-Mira a todos esos humanos de ahí, avanzando seriamente en procesión, todos ellos esforzándose, todos ellos buscando, pero buscando cosas diferentes. Un cuadro maravilloso quizá, que uno pueda plasmar en una tela. O una pieza musical que pueda ser escuchada por otros muchos amantes de la música. O un modelo arquitectónico que alguien ahí fuera ha estado intentando diseñar desde hace años.

-Así que es eso -dijo Enid, Eso es lo que están buscando.

-Sí, por supuesto. Creí que lo sabías.

-Sabía que estaban buscando algo. No sabía qué.

-No son sólo los humanos los que están buscando.

-¿Quieres decir que tú también buscas algo? ¿Y necesitas alguna ayuda? La verdad, no puedo comprender de qué manera puedo ayudarte.

-He estado buscando una idea, intentando una y otra vez atraparla, y fallando por muy poco cada vez. Así que cuando supe de esta procesión y su búsqueda, me dije, si funciona con los humanos, seguro que tiene que haber un poco de esperanza de que funcione también conmigo.

-¿Y ha funcionado?

-Creo que sí. Creo que lo tengo todo en mi mente, pero no puedo decirlo a menos que encuentre a alguien que ponga el dedo en el lugar donde se cruza la cuerda.

-Excepto que no es ningún dedo. Y no hay ninguna cuerda.

-Correcto, querida señorita. Has captado rápido y has escuchado atentamente. ¿Quieres escuchar más?

Enid miró rápidamente a su alrededor. Seguía sin haber señales de Jones, el robot.

-Escucharé más, atentamente.

-En primer lugar -dijo Caradecaballo- tengo que ser sincero contigo. Debo hablarte con pesar de mi fraudulencia. Todos los demás alienígenas que asisten a esta procesión forman un grupo de especial selección. Han sido elegidos porque tienen el poder de elevar la sensibilidad humana a altos niveles alucinatorios. Dadas tales alucinaciones, los humanos participantes pueden captar el esquema del gran arte hacia el cual se tienden. Además, hay entre esos variados alienígenas algunos que poseen el poder de guiar a los humanos en una materialización de sus visiones, crear un cuadro a partir de la mente sin plasmar ningún cuadro, un atajo podríamos decir, entre concepción y ejecución. O el poder de crear música, el propio sonido realista, sin la ayuda de partitura o instrumento.

-Pero eso es imposible exclamó Enid, con la repentina visión de una lluvia de telas pintadas cayendo del cielo al sonido de una música brotada de ninguna parte.

-No imposible en cada uno de los casos -dijo Caradecaballo.

-Esto es muy honesto por tu parte -dijo Enid-. Pero me has dicho que eres fraudulento. ¿Por qué?

-Porque me he unido a esta procesión, no para trabajar para los humanos, sino más bien para mí mismo. Pensé que quizás el fervor de esta asamblea hiciera brotar y suplementara mi habilidad.

-Lo que estás intentando decir es que te has unido por ti mismo a esta procesión, con la esperanza de que te proporcione el estímulo que necesitas para desarrollar la idea que

tienes. Y que aunque al parecer te ha dado ese estímulo, sigues siendo incapaz de conseguirlo por la falta de alguien que ponga su dedo sobre la cuerda.

-Has delineado admirablemente la situación en su más exacto detalle. Puesto que has comprendido, ¿estás dispuesta a ayudarme?

-Primero dime qué es este objeto que tienes necesidad de desarrollar.

-Eso, lamentablemente, es algo que no puedo hacer, puesto que implica conceptos no comprensibles para un humano que no haya recibido antes mucha instrucción.

-¿No se tratará de algo perjudicial? ¿No causará daño a alguien?

-Mírame -dijo Caradecaballo-. ¿Parezo alguien capaz de hacer daño?

-Mirándote, no puedo decirlo.

-Entonces, por favor, acepta mi palabra. El objeto no puede causarle daño a nadie.

-Y si soy capaz de ayudarte, ¿qué ganaré yo con ello?

-Seremos copartícipes de la cosa. Poseerás su mitad, tendrás iguales derechos que yo sobre ella.

-Eso es generoso por tu parte.

-En absoluto -dijo Caradecaballo-. Sin tu ayuda, nunca llegará a existir. Así que ahora, si me lo permites, ¿puedo explicarte qué es lo que debes hacer para ayudarme?

-Sí, supongo que sí.

-Entonces cierra los ojos y piensa en mí.

-¿Pensar en ti?

-Sí, piensa en mí. Yo pensaré en ti.

-Nunca en mi vida he pensado en nadie.

-No es difícil -dijo Caradecaballo-. Cierra los ojos y concéntrate en pensar en mí.

-Suena terriblemente estúpido -dijo Enid-, pero supongo que vale la pena intentarlo.

Cerró los ojos y se concentró en pensaren él, pero muy en el fondo de su mente tenía la sensación de que estaba haciendo un mal trabajo, puesto que no sabía cómo pensar en alguien.

Pero lo sintió a él pensando en ella. Era un poco aterrador, aunque de alguna forma parecido a oír a Henry en su mente; se mantuvo firme y no intentó rechazarlo. No había nada que pudiera perder, aunque dudaba mucho que tuviera nada que ganar. Todo aquello era un ejercicio de absoluta futilidad.

Pero dentro de su mente se formó una imagen que no podía haber pensado por sí misma. Era una imagen de una complicada estructura formada por muchas líneas coloreadas, unidas. Las líneas coloreadas eran todas delgadas y tenían una apariencia delicada, pero la estructura, que no podía ver demasiado bien debido a que era excesivamente compleja, daba la sensación de ser muy sustancial. Ella parecía hallarse en su mismo centro y se extendía a ambos lados hasta que no podía ver su final.

-Ahora, exactamente aquí -dijo el invisible Caradecaballo, hablando en su mente-, es donde debes poner tu dedo.

-¿Dónde? -preguntó.

-Exactamente aquí -dijo él, y cuando lo dijo ella vio exactamente dónde debía poner su dedo y lo puso, apretando fuertemente hacia abajo como aprieta alguien fuertemente el punto de cruce de la cuerda para hacer el nudo que atará el paquete.

No ocurrió nada, nada que pudiera apreciar de momento. De alguna forma, sin embargo, la estructura a todo su alrededor pareció hacerse más sólida, y el viento dejó de soplar. Durante todo aquel tiempo había mantenido los ojos fijos en su dedo para asegurarse de que estaba apretando fuerte contra la cuerda que no estaba allí.

Caradecaballo le dijo, ahora no hablando en su mente sino en voz alta:

-Ya está. El trabajo está hecho. Ya no es necesario que sigas apretando con el dedo.

Ella alzó la vista, y allí estaba él, a una cierta distancia de ella, trepando por el desnudo cuerpo de la estructura como si fuese una escalera. Oyó un grito a sus pies y miró hacia

abajo. La procesión se extendía debajo de ella, y toda la gente alzaba la vista, gritando, agitando los brazos, lanzando exclamaciones de sorpresa.

Asustada, tendió una mano y se sujetó a una de las barras coloreadas que formaban la estructura. La barra a la que se asió era lavanda, y estaba unida a otras dos barras, una de ellas amarillo limón y la otra de resplandeciente ciruela oscuro. Era sólida bajo sus dedos. Preguntándose dónde estaban sus pies, volvió a mirar hacia abajo y vio que estaban firmemente plantados en otra barra, ésta roja, y tan sustancial como la lavanda a la que se sujetaba su mano. A todo su alrededor, mirara donde mirase, había otras barras; la estructura la rodeaba por completo. Miró a través de ella a las colinas y valles y vio que la cresta del risco, con su serpenteante procesión, era solamente una pequeña parte del paisaje que se extendía a sus pies.

La estructura se inclinó suavemente hacia un lado y se encontró tendida sobre el paisaje, mirando directamente hacia abajo. Jadeó y sintió que la dominaba el pánico, pero el pánico desapareció cuando se dio cuenta de que estaba tan cómoda en aquella posición como lo había estado en la otra. Se dio cuenta de que su orientación estaba sintonizada a la estructura, no al paisaje que había abandonado. Miró rápidamente a su alrededor para intentar localizar el viajero, pero no pudo descubrirlo.

La estructura volvió a inclinarse para recuperar la posición que había tenido antes. Había empezado a desarrollar pequeños adornos y colgantes por todas partes, sin ningún esquema específico. Caradecaballo estaba bajando hacia ella, como una araña torpe descendiendo por su tela. Alcanzó su nivel y se detuvo, mirándola.

-¿Qué te parece? -preguntó-. ¿No es hermosa?

Enid tragó saliva.

-¿Era esto lo que intentabas hacer?

-Por supuesto -dijo el alienígena-. Creí que lo sabías.

-¿Qué es? -preguntó ella-. Por favor, dime qué es.

-Es una red -dijo Caradecaballo-, que puede utilizarse para pescar el universo.

Enid alzó su rostro hacia arriba, mirando lo que el alienígena llamaba una red. Era una cosa de aspecto quebradizo y no tenía forma concreta.

-Realmente -dijo-, no vas a poder pescar el universo con una cosa tan sutil como ésta.

-El tiempo no significa nada para ella -dijo Caradecaballo-, como tampoco significa nada el espacio. Es independiente de ambas cosas, excepto en el sentido que los utiliza.

-¿Cómo sabes tanto sobre ello? -preguntó Enid. No parecía el tipo de criatura que supiera demasiado de nada ¿Lo estudiaste en alguna parte? No en esta Tierra, por su puesto, sino...

-Lo estudié en el regazo tribal -dijo Caradecaballo-. Hay viejas historias y leyendas muy antiguas.

-No puedes depender de leyendas en una cosa como ésta. Tienes que poseer el conocimiento, saber la teoría y los hechos básicos.

-La hice, ¿no? Te dije dónde tenías que colocar tu dedo para sujetar la cuerda.

-Sí, lo hiciste -admitió Enid, débilmente.

La cosa estaba cambiando mientras la observaba, perdiendo algo de su fragilidad, ganando fuerza y forma, aunque no todavía una fuerza y una forma impresionantes. Los ornamentos que habían estado destellando cambiaron de algo parecido a lentejuelas para crecer y convertirse en objetos, no ya simples ornamentos brillantes, sino objetos que tenían alguna relación con la larga y delgada estructura que Caradecaballo llamaba una red, aunque ella no podía imaginar de ninguna manera cuál podía ser la relación. Lo que más la preocupaba era que él la llamara una red, cuando realmente no tenía ningún parecido con una red. Intentó pensar en algo que pudiera tener algún parecido y no encontró nada.

-Viajaremos en ella de un planeta a otro -dijo Caradecaballo- sin que transcurran un segundo de tiempo, sin, tener que tocar el espacio.

-No podemos cruzar el espacio en ella -dijo Enid-.

No hay nada que nos proteja. Moriremos en el frío y el vacío. Y aunque pudiéramos, llegaríamos a algún planeta desconocido y nos hundiríamos en una atmósfera que nos asfixiaría o nos asaría o...

-Sabremos dónde iremos. No habrá nada desconocido para nosotros. Hay mapas que seguir.

-¿De dónde proceden esos mapas?

-De hace mucho y muy lejos.

-¿Los has visto alguna vez? ¿Los tienes ahora?

-No hay necesidad de poseerlos físicamente o verlos. Forman parte de mi mente, una parte genética de mí, transmitida a mí por mis antepasados.

-Estás hablando de memoria ancestral.

-Sí, por supuesto. Creí que lo habrías adivinado. La memoria ancestral, la inteligencia y el conocimiento ancestrales, el saber lo que forma la red o debe formar la red.

-¿Y afirmas que esta red tuya puede hacer muchas cosas maravillosas?

-Ni yo puedo saber lo maravillosas que son. El tiempo no significa nada para ella, como tampoco...

-El tiempo -dijo Enid-. Ahí es donde quería llegar. Perdí a un amigo en el tiempo. Conozco el factor tiempo, pero no el factor espacio.

-No tiene importancia -dijo Caradecaballo-. Es un asunto muy sencillo.

-Pero te dije que no sé...

-Crees que no sabes. Pero las posibilidades son de que sí lo sepas. Todo lo que necesitas hacer es indicárselo a la red. Deja que ella bucee en ti. Puede encontrar todas las cosas olvidadas.

-¿Pero cómo puedo hablar con ella?

-No puedes hablar con ella. Ella puede hablar contigo.

-¿Cómo le haré saber que deseo que hable conmigo? ¿Cómo puedo estar segura de que podemos comunicarnos, la red y yo?

-Pensaste en mí cuando dijiste que no podías, y pensaste en el nudo...

-Ahora que todo eso está hecho, ahora que tienes tu preciosa red, ¿puedes decirme qué es lo que hice realmente? No había ningún nudo, y tampoco hubo ningún dedo.

-Querida -dijo el alienígena-, no hay ninguna forma en que pueda decírtelo. No es que no quiera hacerlo, sino que no hay ninguna forma de hacerlo. Puede que hayas puesto en juego alguna habilidad que no eres consciente de tener y que yo no estaba seguro de que tuvieras. Incluso cuando te hablé de apoyar el dedo, no estaba completamente seguro de que fuese a funcionar. Sólo esperaba que lo hiciera.

-Bien, olvidemos todo este farfullar. No hay forma de extraer ningún sentido de lo que dices. Deseo intensamente volver junto a mi amigo, y para hacerlo tú dices que hable con esta estúpida red. Por favor, dime cómo empezar.

-Por supuesto que lo haré -dijo Caradecaballo- Todo a su debido tiempo. Pero primero hay que hacer otra cosa, y cuando hayamos hecho eso...

Tendió una mano y sujetó uno de los ornamentos diseminados por toda la red.

-Inclina la cabeza y agárrate fuerte -dijo.

No ocurrió nada, y ella alzó la cabeza y abrió los ojos. El planeta era rosa y púrpura y el cielo verde dorado.

-¿Lo ves? dijo Caradecaballo, triunfante-. Aquí estamos, y no nos ha ocurrido nada.

Enid inspiró cautelosamente, primero poco y luego con mayor profundidad. El aire parecía correcto. No se asfixió en él; no la estranguló, y no tenía mal olor.

-¿Qué te ocurre? -preguntó el alienígena-. ¿Estás indisputada?

-En absoluto -dijo Enid-, pero el cielo no puede ser de ese color. No existe un cielo verde oscuro. La tierra ya es bastante mala, aunque puede ser rosa y púrpura, supongo, pero el cielo no puede ser verde.

Y sin embargo, se dijo, el cielo era verde. Estaba viva, y todo estaba bien quizá, porque no sabía nada en absoluto de lo que estaba ocurriendo.

Caradecaballo empezó a bajar por la red, cuya esquina inferior colgaba justo a nivel del suelo.

-No tardaré mucho -dijo-. Volveré en seguida. Espérame aquí. No te alejes mucho. Permanece cerca de la red.

El suelo era rosa y púrpura. Había hierba púrpura y árboles rosa y, pese a su coloración, el paisaje era más llano y monótono y poco interesante que cualquier otro que hubiera visto nunca. Se extendía por todos lados hasta un brumoso horizonte que era una deprimente mezcla de rosa y verde y dorado y púrpura. Excepto algunos árboles ocasionales y un cierto número de montículos dispersos, el paisaje estaba vacío. Nada se movía en él, ni siquiera el aleteo de un pájaro o de una mariposa. Estaba absolutamente vacío.

-¿Qué es este lugar? -le preguntó a Caradecaballo. -Su sola designación -dijo el alienígena- es un símbolo en un mapa. No tengo la menor idea de cómo pronunciar ese símbolo. Quizá sea una designación no pensada para que alguien la pronuncie.

-¿Y cómo hemos llegado aquí en tan corto tiempo y sin ningún...?

-Fuimos trasladados aquí -dijo el alienígena; y, habiendo alcanzado el suelo, se volvió de espaldas a ella y no dijo más, alejándose con un curioso paso saltarín, con su grotesca sombra saltando y bamboleándose tras él, difuminada en los bordes. El hinchado sol rojo en la calina verde del cielo arrojaba demasiada poca luz para crear una sombra como correspondía. Todo el planeta, pensó Enid, era una mota demasiado extravagante y en absoluto de su agrado.

Descendió un corto trecho, luego se detuvo para contemplar un poco más atentamente el lugar. Caradecaballo había desaparecido en la distante bruma, y estaba sola. Allá abajo no había ningún signo de vida que pudiera detectar excepto la hierba y los árboles. Sólo había la llana extensión de la tierra y los dispersos montículos.

Se deslizó hasta el suelo, sorprendida de descubrirlo sólido bajo sus pies. Por su apariencia, había esperado hallarlo esponjoso. Se apartó de la red y echó a andar hacia el montículo más cercano. Era pequeño, con el aspecto de un montón de rocas. Había visto aquellos montículos en la Tierra cuando los campesinos desenterraban las piedras de un campo y las apilaban para limpiar más terreno para plantar. Pero esas pilas estaban formadas por piedras de diversos colores apagados y todos los tamaños, desde guijarros a rocas de enorme peso. Aquí, las piedras parecían ser todas pequeñas, y muchas resplandecían al sol.

Cuando alcanzó el montículo, se arrodilló a su lado y tomó un puñado de los guijarros. Alzó la mano y la abrió, separando los dedos para poner plana la palma, con los guijarros delante de sus ojos. Las piedras atraparon la luz del sol y brillaron ante ella.

Contuvo el aliento y su cuerpo se tensó, luego se relajó lentamente. No sabía nada acerca de gemas, se dijo; no era capaz de distinguir un trozo de cuarzo de un diamante. Y sin embargo era increíble que todo el brillo y el fuego de las piedras pudiera proceder de guijarros comunes. Una de color rojizo, un poco más pequeña que un huevo de gallina, resplandeció con un rojo brillante en una esquina, donde había saltado una esquirla. Junto a ella, un guijarro partido en dos parecía estremecerse con un tembloroso azul. Otras resplandecían con una luz interior verde, rosa, amatista y amarilla.

Inclinó la mano y las dejó caer, brillando mientras caían. Si eran auténticas gemas, podían valer una fortuna en determinados períodos del desarrollo de la humanidad. Pero no en la época de la que había huido su familia. En aquella época, todas las cosas preciosas, todas las rarezas, todas las antigüedades, habían perdido su valor. No había dinero, y tampoco joyas.

Se preguntó si Caradecaballo sabía de aquellos montones de gemas, apiladas tan descuidadamente y en tan gran cantidad por una gente desconocida. Pero no, se dijo... Caradecaballo estaba buscando algo allí, pero no era aquellas piedras.

Echó a andar hacia una segunda pila de guijarros, pero no se detuvo cuando la alcanzó. Había otros montones semejantes, todos iguales excepto algunas variaciones en tamaño. Ahora sabía lo que eran y qué iba a encontrar en ellos. Quizá fuera tiempo de ir un poco más lejos para ver lo que había más allá.

Aunque no fue consciente de ello al principio, debió haber subido una ligera cuesta, porque de pronto llegó a un punto donde el suelo se cortaba y descendía en una maraña de grotescas formaciones, farallones de tierra desnuda, profundamente erosionados lechos secos de antiguos ríos, y un grupo de pirámides, todas ellas líneas rectas terminadas en puntas.

Se detuvo en el borde allá donde se interrumpía la pendiente y contempló fijamente las pirámides, recordando algo que había leído en una ocasión..., que la línea recta no existía en la naturaleza; aquellas líneas sugerían algo artificial. Las pirámides tenían apariencia de arquitectura. Los bordes que señalaban los ángulos eran definidos, y los lados que ascendían hasta el vértice superior eran lisos.

Mientras miraba, vio el destello en ellas. Pero aquello era imposible; edificar tales pirámides de una forma tan exacta con guijarros o gemas era ridículo, aunque pudiera hacerse.

Avanzó por la ladera. A medida que se acercaba todas sus dudas se disiparon..., las pirámides estaban formadas por gemas, o por lo que suponía que eran gemas. Desde más cerca, toda la estructura que tenía delante rieló con una miríada de destellos multicolores.

Avanzó hasta la pirámide, parpadeando ante el relumbrar rojo y verde y púrpura a la luz del sol. No le importaba el púrpura..., había visto suficiente púrpura, rosa y macilento verde en aquel planeta. Pero estaba el amarillo -un amarillo prímula limpio y brillante-, que pareció detener su corazón y le hizo contener el aliento. Procedía de una piedra más grande que un huevo y lisa, quizá pulida por algún antiguo río que había fluido sobre ella.

Antes de que pudiera pensar en detenerse, su mano se tendió y sus dedos se cerraron en torno a la piedra. Cuando la retiró, toda la ladera de la pirámide se desmoronó como si fuera líquida. Se echó precipitadamente a un lado para escapar del aluvión de guijarros que caían.

Algo chilló cerca de ella. Cuando miró para ver qué era lo que había producido el ruido, los vio en la desmoronante esquina de la pirámide, observándola con sus saltones ojos. Sus redondas, suaves y velludas orejas de ratón se estremecieron, y se pusieron de puntillas, horrorizados ante lo que le había ocurrido a la pirámide.

Tenían ojos saltones, orejas de ratón y una blandura en sus rostros triangulares, pero sus cuerpos eran angulares y duros, con un vago asomo de arañas talladas en madera. Talladas, pensó Enid, en la carcomida madera que podía encontrarse a lo largo de las orillas de los antiguos ríos: gris, nudosa y retorcida, con todas las protuberancias alisadas y resplandecientes como si alguien hubiera pasado muchas horas pulimentándola.

Les habló con una voz amable, asustada y sintiendo repulsión hacia aquellos cuerpos de carcomida madera, pero atraída hacia ellos por la vellosidad de sus rostros, por los grandes y líquidos ojos y por los estremecimientos de sus orejas.

Retrocedieron apresuradamente, agitando sus piernas de carcomida madera, luego se dieron de nuevo la vuelta para mirarla. Habría una docena de ellos. Eran del tamaño de ovejas.

Les habló de nuevo, tan suavemente como antes, y tendió una mano hacia ellos. El movimiento de su mano fue definitivo..., se dieron la vuelta y echaron a correr, precipitadamente esta vez, sin hacer ningún nuevo alto para mirarla. Huyeron bajando la

torturada ladera y desaparecieron en una de las profundas grietas de erosión, y los perdió definitivamente de vista.

Se quedó allí de pie, junto a la pirámide que había perdido su forma de pirámide. El verde cielo colgaba bajo sobre ella, y aferró en su mano el gran guijarro con su resplandor amarillo prímula.

Lo he estropeado, pensó, como estropeé todo lo demás en los últimos días. Rodeó la esquina de la desmoronada pirámide y se detuvo asombrada.

Diseminados sobre la hierba púrpura había rectángulos de tela blanca, y agrupados entre los rectángulos extendidos había coloreados cestos hechos, quizá, de metal. Y se le ocurrió que aquellos pobres seres debían estar celebrando un picnic cuando ella los había interrumpido de una forma tan brusca.

Avanzó y tocó uno de los trozos de tela con la punta del pie. Lo alzó del suelo y volvió a caer, doblado. Como había pensado, era tela. Mantel para ser extendidos encima de la hierba, formando una superficie limpia sobre la cual colocar la comida.

Era extraño, pensó, que el concepto de picnic se hubiera desarrollado en aquel planeta como lo había hecho sobre la Tierra. Aunque aquí, por supuesto, todo aquello podía significar algo completamente distinto..., tal vez ni siquiera tuviese nada que ver con el salir a comer al aire libre.

Se metió la piedra amarilla en un bolsillo y se inclinó para examinar el contenido de los cestos. No había la menor duda de que aquel picnic, si podía llamarlo así, tenía que ver con el comer. Evidentemente, aquello que veía allí era comida. Había frutas, aparentemente recién cogidas de los árboles o arbustos. Había evidencias de cosas cocinadas -bloques y tacos y hogazas-, y en uno de los cestos había un gran bol con algo que probablemente era una ensalada, una revuelta masa de hojas y trocitos de una materia gelatinosa. Un efluvio fétido se alzó del bol.

Casi dominando la arcada producida por el olor, se irguió y retrocedió, inspirando profundamente varias veces para limpiar su nariz. Luego, mientras miraba de nuevo a su alrededor, vio la caja.

Era una pequeña caja negra, quizá de treinta centímetros de largo y quince de profundidad, depositada en el suelo justo más allá de lo que ella había decidido que eran mantel. Parecía estar hecha en su mayor parte de metal, pero el lado que miraba hacia ella era de lo que parecía ser vidrio o cristal gris y opaco. No podía ver ninguna forma de abrirla. Y no tenía tiempo de experimentar con ella. Caradecaballo regresaría pronto, y no quería que descubriera que se había marchado.

Estaba contemplando aún la caja cuando de repente la cara que era como de cristal se iluminó, para mostrar una imagen de Caradecaballo avanzando por entre la hierba, casi doblado por el peso de un enorme cofre que cargaba sobre su espalda.

Televisión básica, pensó, y otro paralelo con la Tierra. Un picnic y un receptor de televisión. En la placa, Caradecaballo había dejado que el cofre se deslizara de su espalda y apoyado uno de sus extremos en el suelo mientras se secaba el sudoroso rostro. El cofre era, al parecer, una pesada carga.

¿Acaso las criaturas arañescas de madera carcomida habían estado observándole durante todo el tiempo, del mismo modo que habían sabido también de la presencia de ella? Habían parecido genuinamente sorprendidos cuando miraron por la esquina de la pirámide y la vieron.

Mientras pensaba en ellos, los vio en la placa. La imagen de Caradecaballo desapareció, y allí estaban ellos, agitándose en el estrecho fondo de un seco cañón. Parecía haber un propósito lúgubremente definido en su ir y venir.

Será mejor que salgamos de aquí, se dijo a sí misma. De algún modo, tenía la sensación de que cuanto antes se fueran mejor. Volvería a la red y esperaría a Caradecaballo. Tan pronto como pensó en él, estaba de nuevo en la pantalla, avanzando de nuevo bajo el peso del cofre.

Extraño: tan pronto como pensaba en alguien, aparecía en la pantalla. ¿Sintonización mental? No podía saberlo. Pero aquella caja era más que una simple televisión. Era, quizás, un aparato de espionaje que podía penetrar hasta lugares insospechados y reflejar situaciones desconocidas.

Alzó la caja, que no era pesada, y echo a andar rápidamente por la ladera, dándose cuenta de pronto de que tal vez había traicionado la confianza del alienígena abandonando la red sin vigilancia. Cuando finalmente vio que aún seguía allí, una oleada de alivio la invadió y echó a correr.

Miró hacia su derecha y vio a Caradecaballo avanzando todavía hacia la red, pesadamente, con el cofre a la espalda. Sintió una inexplicable urgencia de abandonar rápidamente aquel planeta, y supuso que Caradecaballo debía -compartir sus mismos sentimientos, quizá con justificadas razones. Podía ser que el cofre no fuera suyo. Que lo estuviera robando.

Alcanzó el borde de la red y arrojó la televisión hacia ella. La caja era lo bastante grande como para encajar firmemente en la estructura. Ahora Caradecaballo estaba corriendo pesadamente hacia ella, resollando y jadeando, con el cofre agitándose a su espalda.

Saltó hacia la red, balanceándose con ella, y tendió las manos para sujetar el cofre y estabilizarlo mientras el alienígena lo retiraba de su espalda y lo arrojaba hacia la estructura. Vio un asa de piel en uno de sus extremos y la sujetó, tirando de ella para asegurarse de que el cofre quedaba firmemente sujeto a la red y no iba a deslizarse.

El cofre golpeó la red y rebotó, empezando a resbalar hacia el borde. Enid clavó sus talones en el suelo y tiró de él, haciéndolo girar de lado para detener el deslizamiento.

Con el rabillo del ojo vio algo púrpura oscuro agitarse entre la hierba púrpura, y unos tentáculos se tendieron hacia delante. Caradecaballo berreó aterrorizado y se echó hacia atrás, saltando hacia la red. Sus manos aferraron el borde y se izó hacia arriba, con las piernas colgando en el aire. Enid agarró uno de los brazos de la red y tiró. La cosa púrpura se tendió hacia ellos. Enid miró, impresionada, a la boca abierta de par en par, los afilados y resplandecientes dientes, el agitar de los tentáculos, y el malicioso destello de lo que podía ser un ojo. La red se agitó violentamente a sus pies cuando un tentáculo aferró su colgante borde.

Afirmados los pies, Enid se izó tras Caradecaballo y se metió dentro de la red, subiéndolo por los barrotes. La red se estaba alzando, con la cosa púrpura colgando de ella, separada ahora del suelo, pero casi indistinguible contra el púrpura de la hierba. El tentáculo seguía aferrando uno de sus travesaños. La mano de Enid tanteó ciegamente en su bolsillo en busca de la gema amarilla. La alzó y la arrojó violentamente hacia abajo, contra el tentáculo. La cosa púrpura chilló de dolor, y el tentáculo se soltó. Miró pero no vio la cosa púrpura golpear contra el suelo. Era púrpura contra púrpura, y no había nada que ver.

Caradecaballo estaba trepando rápidamente por la red. Había sujetado una de las asas de cuero del cofre y lo estaba arrastrando tras él.

La red se estaba alzando en el aire, y Enid empezó a trepar también por ella, alejándose del borde. El televisor se deslizaba hacia ella y tendió la mano para sujetarlo. La placa parpadeó; cuando la miró, Boone estaba en ella. Se hallaba en un lugar de gris y él mismo parecía ser gris, y había un lobo gris con él.

-¡Boone! -gritó-. ¡Boone, quédese ahí! ¡Vengo en su busca!

8 - Corcoran

Jay Corcoran salió del viajero a una maravillosa primavera de finales de abril. El viajero estaba posado en un pequeño prado de montaña. Allí abajo había un estrecho valle con un plateado curso de agua. Sobre él se alzaban las agrestes y recortadas montañas.

Hojas nuevas con el suave verde de recién brotadas poblaban todos los árboles, y el prado tenía una alfombra de recién abiertas flores silvestres.

David se situó a su lado.

-Hemos viajado un poco más lejos de lo que había calculado -dijo-. No tuve tiempo de establecer un rumbo. Simplemente salí de allí.

-¿Cuán lejos? -preguntó Corcoran-. No es que importe mucho.

-En realidad, supongo que no -dijo David-. Aunque estamos más cerca de lo que me gustaría de la era de donde vinimos. Nos hallamos ahora, en cifras redondas, más o menos unos cuantos cientos de años, a 975.000 años más allá del inicio de su modo de contar el tiempo. En cuanto a dónde, probablemente en algún lugar de lo que usted llamaría la colonia de Pensilvania. Quizás haya oído hablar de ella.

-En mi tiempo -dijo Corcoran- ya no era una colonia.

-Déme un poco de tiempo para calcularlo, y podré señalarle dónde estamos con uno o dos kilómetros máximo de error, y el tiempo con un año o menos, si está usted interesado.

Corcoran negó con la cabeza. Señaló hacia la cresta en la parte alta de la ladera donde se hallaban.

-Hay algo extraño ahí arriba. Una cierta irregularidad. ¿Puede que se trate de unas ruinas?

-Podría ser -dijo David-. En esta época toda la Tierra está sembrada de lugares antiguos y olvidados. Ciudades derruidas, carreteras que sobrevivieron a su utilidad, y templos y otros lugares de adoración abandonados cuando cambiaron las religiones. ¿Quiere subir y echar una mirada?

-Podríamos hacerlo -dijo Corcoran- Desde ahí arriba tendremos una mejor vista de los contornos.

Que la cima de la colina estaba coronada por unas ruinas se hizo evidente cuando aún no habían llegado a mitad de camino de su ascensión.

-No queda mucho de ellas -dijo David-. Unos cuantos siglos más y no serán más que un montón de piedras. Hay muchas así, esparcidas por todas partes. Nadie será capaz de descubrir nunca lo que fueron. Aquí no hay arqueólogos. La raza ha perdido todo interés en el pasado. La historia pesa demasiado. Supongo que en algún lugar debe haber archivado algún escrito que nos diga lo que fueron esas ruinas y nos cuente toda su historia. Pero nadie lo leerá, nunca. Ya no hay historiadores.

Casi en la cima, llegaron junto a un muro, o lo que quedaba de él. Estaba derruido, sin que se alzara en ningún lugar más allá de los tres metros. Para llegar a él tuvieron que abrirse cuidadosamente camino a través de caídos bloques de piedra, algunos de ellos medio enterrados en el suelo.

-Tiene que haber una puerta en alguna parte -dijo Corcoran.

-Es más grande de lo que parecía visto desde el prado -señaló David.

Siguieron el muro y llegaron hasta la puerta. Había un viejo medio sentado en el suelo a su lado, reclinado contra el muro. Sus gastadas ropas se agitaban débilmente a la brisa que soplaba a través de la cresta. No llevaba zapatos. Su blanca barba descendía hasta su pecho, y su pelo, tan blanco como la barba, llegaba hasta sus hombros. Todo lo que se veía de su rostro era frente, nariz y ojos.

Se detuvieron en seco al verle. Les devolvió la mirada sin excesiva sorpresa. No hizo ningún movimiento; sólo agitó los desnudos dedos de sus pies hacia ellos.

Luego dijo:

-Os oí llegar desde lejos. Sois unas criaturas muy torpes.

-Lamento haberte molestado -dijo Corcoran-. No teníamos idea de que estuvieras aquí.

-No me molestáis. No permito que nada me moleste. Durante años no ha habido nada que me molestara. Hubo un tiempo en que fui prospector. Vagaba por estas colinas con pala y saco, buscando cualquier tesoro que pudiera encontrar. Encontré algunos, pero no muchos, y finalmente se me ocurrió que ningún tesoro vale nada. Ahora hablo con los

árboles y con las piedras, los mejores amigos que puede tener un hombre. Hay demasiada gente en el mundo, muchos tipos de gente que no valen nada. Todo lo que hacen ahora es hablar entre sí, con muy poca finalidad aparte su amor hacia el sonido de sus propias voces. Los robots se lo hacen todo. Yo no tengo ningún robot; vivo sin el beneficio de un robot. Lo poco que hablo es con los árboles y las piedras. Y no hablo mucho. No me gusta el sonido de mi voz, no al menos tanto como los otros. Antes que hablar, escucho a los árboles y las rocas.

Mientras hablaba, su cuerpo se había ido deslizando lentamente hacia abajo en el muro donde se reclinaba. Ahora se izó de nuevo hacia arriba en una posición más erguida y cambió de tema.

-Hubo un tiempo -dijo- en que recorrí las estrellas y hablé con alienígenas, y la conversación de los alienígenas, puedo decirlo, es un galimatías. Mi equipo y yo evaluábamos nuevos planetas y escribíamos ponderados informes, todos llenos de datos difícilmente conseguidos, para ser entregados a nuestro regreso al planeta de origen. Pero cuando regresamos a la Tierra quedaban muy pocos interesados en lo que habíamos encontrado. La gente nos había vuelto la espalda. Así que yo les volví la espalda a todos ellos. Allá fuera en el espacio conocí a muchos alienígenas. Demasiados alienígenas. Hay gente que te dice que los alienígenas, en el fondo, son nuestros hermanos. Pero os diré que en realidad la mayoría de los alienígenas son gente muy desagradable...

-En todo el tiempo que estuviste en el espacio -preguntó David, interrumpiéndole-, o aquí en la Tierra, ¿oíste hablar alguna vez de unos alienígenas llamados los Infinitos?

-No, no puedo decir que lo haya oído alguna vez, aunque llevo años sin hablar con nadie. No soy lo que llamaríais una persona muy sociable...

-¿Hay alguna otra persona, no demasiado lejos de aquí, que pueda haber oído hablar de los Infinitos?

-En cuanto a eso -dijo el viejo-, no puedo decirlo, pero si lo que quieres dar a entender es si hay alguien más bien dispuesto que yo a hablar con vosotros, encontraréis un grupo de viejos chismosos a un kilómetro o así valle abajo. Preguntadles, y ellos os responderán. Hablan sin parar. Una vez oyen una pregunta o pueden hincarle el diente a algún tema, no lo sueltan nunca.

-Tú tampoco lo haces tan mal -dijo Corcoran. Se volvió hacia David-. Puesto que estamos aquí, quizá debiéramos dar un paseo entre las ruinas antes de ir en busca de la gente del valle.

-No hay nada que ver -dijo el viejo-. Sólo un montón de piedras y viejos pavimentos. Id si queréis, pero no hay nada que valga la pena de echarle una ojeada. Yo me quedaré aquí al sol. Los árboles y las piedras son amigos tufos, y también lo es el sol. Aunque no hay forma de hablar con el sol. Pero me proporciona calor y alegría y no me pide nada a cambio, y eso significa amistad.

-Entonces te damos las gracias -dijo David- por el tiempo que nos has dedicado.

Dicho lo cual, se dio la vuelta y cruzó la puerta. No había camino ni senda, pero sí lugares despejados entre el amasijo de piedras caídas. El viejo había tenido razón: no había mucho que ver. Aquí y allá aún se alzaban viejas paredes, y los esqueletos de antiguas estructuras seguían mostrando todavía algo de sus antiguas formas, pero en ninguna parte había el menor asomo de lo que podían haber sido aquellas ruinas.

-Estamos malgastando nuestro tiempo -dijo David-. Aquí no hay nada para nosotros.

-Si no malgastáramos nuestro tiempo -preguntó Corcoran ásperamente-, ¿qué haríamos con él?

-Tiene razón, por supuesto -dijo David.

-Hay una cosa que me preocupa -dijo Corcoran-. Aquí estamos, casi a un millón de años de mi época. Hay un millón de años entre usted y yo. Para usted, yo debo parecer un torpe y tosco primitivo; para mí, usted tendría que ser un abismo de sofisticación. Pero

ninguno de los dos encuentra al otro extraño. ¿Qué ocurre? ¿Acaso la raza humana no se ha desarrollado en ese millón de años?

-Tiene que tener usted en cuenta que mi familia era gente que se había mantenido apartada de la civilización -dijo David-. Éramos los montañeses de nuestra época.

Nos aferrábamos desesperadamente a los antiguos valores y a las viejas formas de vida. Quizá nos pasáranos, porque lo hacíamos como protesta y en consecuencia buscábamos los extremismos. Pero había sofisticación en nuestra época. Edificamos una gran civilización técnica y exploramos el espacio. Llegamos a un acuerdo en política. Nada de nacionalismos feudales. Conseguimos una conciencia social completa. A nadie en nuestro mundo le faltaba un lugar donde dormir, comida o ayuda médica, aunque esta última apenas era necesaria. Las enfermedades que nos habían matado a millones habían sido eliminadas. Las expectativas humanas de vida se habían más que doblado desde su época. Si uno le echara una buena mirada a esa sociedad, se sentiría tentado a llamarla una utopía.

Corcoran bufó.

-Sí, una utopía malditamente buena. Su época consiguió la utopía, y ustedes se echaron a perder. Me pregunto si tal vez no será la utopía lo que no funciona en ustedes.

-Quizá sí -dijo David, con voz muy suave-. Aunque quizás, antes que el hecho de la utopía en sí, su aceptación. -Quiere decir la sensación de que ustedes mismos la construyeron y luego no pudieron escapar de ella.

-Quizá. No estoy seguro.

Siguieron hablando durante un rato, luego Corcoran preguntó:

-¿Qué hay de los demás? ¿Puede establecer contacto con ellos?

-No hay mucho que usted o yo podamos hacer, pero Horace tiene el aparato de Martin, y posee un sistema de comunicaciones. Puede efectuar algunas comprobaciones. Tiene que ir con cuidado, de todos modos. Indudablemente hay un cierto número de grupos como el nuestro, dispersos por todo el tiempo. Quizá ninguno de ellos esté mejor que nosotros. Quienquiera que enviara al monstruo asesino contra nosotros puede haber enviado también otros monstruos parecidos contra ellos. Si alguno de ellos ha sobrevivido, puede que se lo piense mucho antes de responder a ninguna llamada.

-¿Cree que fueron los Infinitos quienes enviaron a los asesinos?

-Sospecho que sí. No puedo pensar en nadie más que haya podido hacerlo.

-¿Pero por qué? Los Infinitos les arrojaron atropelladamente hacia atrás en el tiempo. No pueden significar ustedes ningún peligro grande para ellos.

-Es posible -dijo David-, o los Infinitos pueden creer que es posible, que consigamos reagruparnos y en una fecha posterior regresar y establecer una nueva sociedad. Tal vez no podamos hacerlo hasta después de que los Infinitos se hayan marchado, y en esa posibilidad quizá vean una amenaza aún más grande. Si dejan atrás a alguno de nosotros, siempre puede haber la posibilidad, en sus mentes al menos, de que una vez se hayan ido podamos destruir su obra.

-Pero su obra ya está hecha.

-No hasta que el último humano esté muerto o haya asumido el status incorpóreo.

Mientras hablaban habían estado subiendo la ladera hasta la parte superior de la cresta. Allí también había poco que ver. Las piedras caídas yacían por todos lados a su alrededor, y entre ellas crecían la maleza y los arbustos. En ocasionales trozos de tierra no cubiertos por las piedras crecían flores, muchas de ellas silvestres, pero algunas supervivientes de los jardines de la derruida ciudad..., un macizo de pensamientos, tulipanes en un ángulo formado por dos paredes que aún se mantenían en pie, y una guirnalda de olorosas lilas llenas aún de gotas de rocío.

Corcoran se detuvo junto a las lilas. Alzó una mano, tiró de una rama y olió el fuerte aroma de las pequeñas flores arracimadas.

Todo era lo mismo, pensó. Había pocos cambios en aquel mundo de un millón de años en el futuro. El suelo era el mismo. Seguía habiendo flores y árboles, todos ellos familiares. La gente había cambiado muy poco, si es que había cambiado. Por largo que pareciera, un millón de años era un tiempo demasiado corto para que se produjera una evolución física apreciable. Pero tendría que haber un cambio intelectual. Quizá lo hubiera. Había visto a poca gente de aquel lejano futuro..., sólo el viejo junto a la puerta y David y su familia.

Se apartó de las lilas y prosiguió a lo largo de un corto trecho de pared sólo parcialmente caída. Al llegar a su final, vio que la cima de la cresta estaba a poca distancia. Había algo extraño en aquella cima..., una débil brumosa que colgaba encima de la aserrada línea de ruinas que se erguían en silueta contra el cielo. Refrenó su marcha, se detuvo, y se quedó contemplando la brumosa que estaba empezando a asumir la forma de una gigantesca, circular, flotante escalera que se retorció hacia el cielo.

Luego se dio cuenta que estaba equivocado. La escalera no flotaba; se enroscaba en torno al enorme tronco de un árbol. Y el árbol... ¡buen Dios, el árbol! La brumosa estaba desapareciendo, y ahora pudo verlo todo más claramente. El árbol se alzaba desde la cima misma del risco, erguido hacia el cielo, sin copa apreciable sino continuando hacia arriba hasta tan lejos como podía ver, con la escalera enrollándose a su alrededor, ascendiendo y ascendiendo hasta que tronco y escalera se convertían en una delgada línea a lápiz, luego se desvanecían en el azul.

-¿Hay algo ahí arriba? -preguntó David.

Corcoran volvió a la realidad, retrocedió ante las palabras. Había olvidado a David.

-¿Qué? -murmuró-. Lo siento; no le oí bien.

-Pregunté si había algo ahí arriba en la cresta. Estaba mirando usted hacia el cielo.

-Nada importante -dijo Corcoran-. Creí ver un halcón. Lo perdí en el sol.

Volvió a mirar hacia la cresta. El árbol seguía allí, con la escalera a su alrededor.

-Será mejor que regresemos -dijo David-. No hay nada que ver aquí.

-Creo que tiene razón -dijo Corcoran-. Ha sido una pérdida de tiempo venir.

Aunque había mirado a la cima del risco, David no había visto el árbol con la escalera. Y yo, pensó Corcoran, no le he dicho nada. ¿Por qué demonios no debería decírselo? ¿Quizá por temor de que él no me crea? ¿O porque él no tiene ninguna necesidad de saberlo? El viejo, viejo juego..., nunca cedas nada, mantén tu conocimiento para ti mismo para el día en que tengas oportunidad de utilizarlo.

Aqué era otro ejemplo de aquella rara habilidad que había hecho posible que viera el viajero de Martin cuando nadie más podía. El viajero había estado allí, y él sabía que el árbol estaba allí también; pero era algo privado, un conocimiento privilegiado que debía guardar para sí mismo.

David empezaba a bajar la ladera y, tras una última mirada para asegurarse de que el árbol estaba allí, Corcoran le siguió. El viejo se había ido cuando llegaron junto a la puerta, y siguieron bajando la colina hasta el prado donde les aguardaba el viajero.

-¿Qué hacemos? -preguntó David-. ¿Seguimos hasta ese pueblo que nos dijo el viejo?

-Creo que sí -dijo Corcoran-. Deberíamos hacer algo para descubrir cuál es la situación local. Por ahora, estamos actuando en el vacío.

-Lo que me interesa particularmente -dijo David- es saber si los Infinitos han hecho ya su aparición. Ésta es más o menos la época en que se mostraron por primera vez, pero carezco de las fechas precisas.

-¿Cree que la gente del pueblo lo sabrá? Esta zona tiene aspecto de estar un tanto fuera de contacto con las cosas.

-Habrán rumores. Todo lo que necesitamos saber es si los Infinitos han hecho acto de presencia. Los rumores más inconcretos nos lo dirán.

Al extremo del prado hallaron un sendero que descendía hasta el valle, atravesado por un río cantarín. David, que iba a la cabeza, se encaminó hacia él siguiendo la corriente. La marcha era fácil. El valle era abierto, y el sendero, de apariencia bastante transitada, avanzaba junto al río.

-¿Puede darme alguna idea de cómo son las cosas aquí? -preguntó Corcoran- Por ejemplo, ¿cuáles son las condiciones económicas?

David rió quedamente.

-Eso va a impresionarle hasta las uñas de los dedos de sus pies. Básicamente no hay economía. Los robots hacen todo el trabajo, y no existe el dinero. Supongo que podría decirse que la pequeña economía que subsiste está en manos de los robots. Se han hecho cargo de todo, se ocupan de todo. Ningún ser humano tiene que preocuparse por la subsistencia.

-Bajo un sistema así -murmuró Corcoran-, ¿qué es lo que hacen los humanos?

-Piensan -dijo David-. Piensan larga y profundamente, y cuando se trata de hablar, hablan con la mayor elocuencia.

-Allá en mi época dijo Corcoran-, los granjeros iban a la ciudad y se dejaban caer por el bar a tomar una taza de café. Allá había también algunos pequeños hombres de negocios, y todos ellos se sentaban y decidían el destino del mundo, cada uno de ellos convencido de saber de lo que estaba hablando. Por supuesto no sabía nada, pero eso no constituía ninguna diferencia.

-En su propio nicho, cada cual puede ser su propio filósofo.

-Pero no su gente, no todo el mundo...

-Nosotros éramos la minoría -dijo David-. Los locos estúpidos que no podían comprender y no querían seguir a los demás. Éramos los buscadores de problemas, la espina en el costado de la gente decente, los bocazas...

-Pero, tal como yo lo entiendo, ustedes no buscaban realmente problemas.

-No -dijo David-. Simplemente exhibíamos un mal ejemplo.

Estaban subiendo ahora una baja colina. Cuando llegaron arriba, David se detuvo. Corcoran llegó junto a él, y David señaló con la cabeza el pie de la colina.

-Ahí está el pueblo -dijo.

Era un pueblecito pequeño y de aspecto limpio. Unas pocas casas eran de respetable tamaño, pero la mayoría eran más bien pequeñas. No había muchas, quizá más de una docena, pero no más de veinte. Una estrecha carretera formaba la calle del pueblo. Un puente cruzaba el río, y la carretera al otro lado serpenteaba por el plano fondo del valle entre una cuadrícula de campos y huertos. Más allá se alzaban de nuevo las colinas.

-Una comunidad autosuficiente -dijo Corcoran-. Aislada. Los robots, imagino, cultivan los campos y cuidan del ganado.

-Exacto. Y sin embargo, los humanos de aquí, con sus escasas necesidades, tienen todo lo que desean.

Descendieron la colina y llegaron a la carretera que formaba la calle del pueblo. Un viejo caminaba por ella, con un paso lento y cuidadoso. No se veía a nadie más.

Un robot salió de un pequeño edificio al extremo del pueblo. Se encaminó directamente hacia ellos, avanzando con deliberadas zancadas. Cuando estuvo cerca se detuvo y les miró fijamente. Era un robot sencillo, funcional, sin fantasías en él.

-Bienvenidos a nuestro pueblo -dijo, sin ningún preámbulo para cubrir las fórmulas sociales-. Nos alegramos de que hayan venido. ¿Quieren entrar conmigo y disfrutar de un tazón de sopa? Es todo lo que tenemos hoy, eso y un poco de buen pan, pero de ambas cosas tenemos en cantidad. Hace tiempo que se nos ha acabado el café, pero podemos ofrecerles una jarra de nuestra más selecta ale.

-Aceptamos vuestra hospitalidad con profunda gratitud -dijo David rígidamente-. Ansiamos un poco de compañía. Estamos realizando un largo viaje a pie y hemos

encontrado a muy poca gente. Cuando oímos de la existencia de vuestro pueblo, nos apresuramos a desviarnos de nuestro camino para visitarlos.

-Hay caballeros aquí a quienes les encantará hablar con ustedes -dijo el robot-. Somos un lugar tranquilo y aislado, lo cual nos permite tener mucho tiempo para profundas cogitaciones. Tenemos pensadores aquí que pueden alinearse entre los mejores de la región.

Se dio la vuelta y les condujo hacia el pequeño edificio del que había salido. Sostuvo la puerta para que entraran.

Una larga barra recorría una de las paredes, con taburetes cuidadosamente colocados frente a ella. En el centro de la estancia se alzaba una mesa grande y redonda, sobre la que brillaban varias velas encendidas. Media docena de hombres estaban sentados en torno a la mesa. Grandes tazones de sopa habían sido echados a un lado y reemplazados por jarras de cerveza. Pese a las velas, la estancia era oscura y sofocante. En todo el edificio sólo había dos pequeñas ventanas para dejar entrar la luz.

-Caballeros -dijo el robot, con una voz sombríamente declamatoria-, tenemos visitantes. Por favor, hagan sitio para ellos.

Los hombres sentados en torno a la mesa juntaron sus sillas para dejar sitio a los visitantes.

Durante algún tiempo después de que los dos se sentaran hubo silencio, mientras los demás les examinaban atentamente y quizá con una cierta suspicacia. A su vez, Corcoran estudió los rostros que tenía delante. La mayor parte de ellos eran hombres viejos, y casi todos llevaban barba. Pero eran hombres de apariencia pulcra y respetable. Creyó poder oler el aroma de jabón de baño; sus ropas eran sencillas y limpias, aunque remendadas aquí y allá.

Un hombre viejo con una melena blanca y una barba de alarmante rigidez dijo finalmente:

-Estábamos discutiendo la escapatoria de la humanidad del molino triturador al que se ha visto abocada por nuestras anteriores circunstancias económicas y sociales. Todos estamos convencidos de que apenas vamos a poder escapar a tiempo. Parece haber una cosa en la que todos estamos de acuerdo, aunque cada uno de nosotros ha desarrollado puntos de vista divergentes respecto a cómo y cuándo ha sucedido todo. El mundo, hemos aceptado como punto de partida, se ha vuelto tan artificial, tan de aire acondicionado, tan esterilizado y cómodo, que un ser humano ya no es un ser humano, sino una especie de animalillo de compañía, cuidado por los ordenadores. ¿Por casualidad alguno de ustedes tiene una opinión al respecto?

Bingo, pensó Corcoran. Justo en la diana. Sin presentaciones, sin preguntas acerca de quiénes son ustedes y qué están haciendo aquí, nada acerca de lo contentos que nos sentimos de que se hayan dejado caer por este lugar, nada de frases corteses ni preliminares. Esos hombres son fanáticos, se dijo, y sin embargo no había en ellos ningún signo de fanatismo..., ninguna expresión salvaje en sus ojos, ninguna tensión en sus cuerpos. De hecho, parecían unos hombres tranquilos y reposados.

-Hemos pensado en ello, por supuesto, de tanto en tanto -dijo David, hablando tan suavemente como el hombre de la barba rígida-. Pero nuestros pensamientos se han dirigido más bien hacia por qué la humanidad, para empezar, se ha dejado atrapar de este modo. Hemos buscado las causas, pero hay tantos factores, y todos ellos están tan entremezclados, que es muy difícil hacer afirmaciones concretas. En los últimos meses hemos estado oyendo algunos rumores acerca de una nueva escuela de pensamiento que anima a la incorporeidad como respuesta final a los problemas de la humanidad. Esto es nuevo para nosotros. Hemos estado mucho tiempo fuera de contacto con el resto de la gente, así que tal vez nos hemos encontrado con una línea de pensamiento que lleva ya tiempo difundándose. Desearíamos saber algo más al respecto.

Todos los demás, en torno a la mesa, se inclinaron hacia delante con evidente interés.

-Cuéntennos lo que saben al respecto -dijo el de la barba rígida-. ¿Qué es lo que han oído exactamente?

-Casi nada -dijo David-. Sólo rumores aquí y allá. Ninguna explicación. Ningún detalle de lo que está ocurriendo. Esto nos ha dejado desconcertados. Hemos oído mencionar una extraña designación.... Infinitos. Pero no sabemos qué quiere decir esto.

Un hombre con la cabeza enteramente calva, pero con un enorme bigote negro estilo morsa, dijo:

-Nosotros también hemos oído hablar de ello, probablemente no más de lo que hayan oído ustedes. La gente que ha pasado por aquí nos ha mencionado esa palabra.

Hubo uno que sostenía que la incorporeidad traería finalmente a los seres humanos la inmortalidad que siempre han estado buscando.

El robot trajo dos grandes tazones de sopa y los depositó delante de Corcoran y David. Corcoran tomó una cuchara y probó la sopa. Estaba caliente y era sabrosa. Un poco de carne, ternera al parecer, fideos, zanahorias, patatas y cebollas. Tomó apreciativamente una segunda cucharada.

Un tercer hombre, éste con una barba muy rizada, estaba diciendo:

-No resulta difícil apreciar por qué una noción así tiene tanto atractivo. La muerte siempre ha sido considerada como algo vergonzoso. Los intentos de alcanzar la longevidad han sido una protesta parcial contra el vergonzoso fin de una vida.

-Tal como lo entiendo, la incorporeidad debería, o al menos podría, traer consigo la pérdida de la individualidad -dijo desaprobadoramente un hombre, algo más joven.

-¿Qué tienes tú contra la unificación? -preguntó el de la barba rizada.

-De lo que estamos hablando -dijo Barba Rígida- es de la mente humana. Si fuera posible conseguir la incorporeidad, la mente humana sobreviviría y el cuerpo sería desechado. Si uno piensa detenidamente en la proposición, puede llegar a ver que la mente humana, la inteligencia humana, es todo lo que importa realmente.

-¿Pero qué sería la mente sin un cuerpo? -preguntó el hombre más joven-. Puede que la mente necesite siempre un vehículo.

-No estoy seguro de que la mente necesite un vehículo dijo Barba Rígida-. Puede que la mente sea algo enteramente independiente de los parámetros del universo físico. Me parece que hemos sido capaces de explicarlo todo excepto la mente y el tiempo. Frente a ellos, la humanidad falla.

El robot trajo dos jarras de ale para Corcoran y David. Depositó una tabla de cortar y un cuchillo sobre la mesa y puso una hogaza de pan moreno sobre la tabla.

-Coman -dijo-. Es comida buena y saludable. Hay más sopa, si quieren. También más ale.

Corcoran cortó una gruesa rebanada de pan para David, otra para él. Mojó el pan en la sopa y dio un mordisco. Era excelente. También lo era la ale. Se sintió más animado.

David estaba hablando de nuevo.

-Luego está este asunto de los Infinitos. Hemos oído el término, pero nada acerca de lo que pueden ser.

-Como ustedes, nosotros también hemos oído sólo rumores -respondió el viejo de la barba rígida-. Suena como un culto, pero hay sugerencias de que no es enteramente humano. Corren rumores de misioneros alienígenas.

-Hay pocas pruebas que apoyen una discusión completa de la materia -dijo Barba Rizada-. De tanto en tanto surgen ideas, florecen durante un tiempo, y luego se marchitan. Incorporeidad, dicen ustedes..., ¿pero cómo se consigue?

-Pienso que, si la humanidad desea volverse incorpórea, encontrará el medio -dijo Bigote de Morsa-. Ha ocurrido muchas veces que el hombre ha conseguido cosas que hubiera sido mejor que no hubiera intentado nunca.

-Todo esto nos devuelve -dijo Barba Rígida, hablando con tono sentencioso- a la característica humana sobre la que hemos meditado muchas veces durante largos atardeceres..., el insaciable empuje de la humanidad hacia un estado de felicidad.

Corcoran dejó que la conversación siguiera por aquellos derroteros. Rebañó los últimos restos de su sopa con un trozo de pan, luego vació la jarra. Se enderezó en su silla con el estómago tan lleno como le era posible, a punto de estallar.

Miró la estancia a su alrededor, y vio por primera vez que en realidad era casi un cobertizo. Era pequeña y deprimente, sin ningún adorno, muy poco pensada para la comodidad, la idea que tendría un robot de una morada, simplemente un espacio cerrado contra las inclemencias del tiempo. Estaba bien construida; tenía que serlo si había sido hecha por robots. La mesa y las sillas estaban hechas de sólida y bien trabajada madera. Durarían siglos. Pero aparte un trabajo concienzudo, no había nada más. Los tazones para la sopa y las jarras eran de la loza más sencilla; las velas eran de fabricación casera. Incluso las cucharas para la sopa estaban hechas con madera tallada y pulida.

Y sin embargo los hombres del pueblo se sentaban en aquella tosca mesa dentro de aquel tosco cobertizo y discutían de asuntos que estaban mucho más allá de su capacidad o influencia, murmurando alegremente consideraciones cuando era posible que ni siquiera dispusieran de la información necesaria para construir la base de sus charlas..., aunque, se dijo, él no era tampoco un juez adecuado para eso. Pero no era algo de lo que hubiera que preocuparse mucho, pensó. Todo se hacía según una antigua y honorable tradición que se remontaba hasta los inicios de la historia. En la antigua Atenas, los hombres ociosos se habían reunido en el ágora para enfrascarse en pomposas discusiones; siglos más tarde, hombres ociosos se habían sentado en los porches de las tiendas del campo americano y habían discutido tan pomposamente como los antiguos atenienses de cosas que no comprendían. En los clubs ingleses otros hombres se habían sentado delante de sus bebidas y se habían murmurado lo mismo unos a otros.

La ociosidad conducía a la charla, pensó, y los hombres se sentían sumidos en el trance ante el fulgor de sus propios pensamientos. Estos hombres de aquí eran ociosos, habían sido hechos así por una sociedad dominada por los ordenadores y los robots.

David se estaba levantando de su silla y decía:

-Me temo que ya es hora de que nos vayamos. Nos gustaría quedarnos más si pudiéramos, pero debemos seguir nuestro camino. Gracias por la comida y la bebida y por toda la conversación.

Los hombres alrededor de la mesa no se levantaron. No tendieron sus manos para decir adiós. Alzaron brevemente sus cabezas y asintieron, luego volvieron a su interminable discusión.

Corcoran se puso en pie junto con David y se dirigió hacia la puerta. El robot, ahora delante de ellos, la abrió para él.

-Gracias por la sopa y la ale -dijo David.

-Siempre -respondió el robot-. Serán ustedes bienvenidos siempre.

Luego estuvieron de nuevo en la calle, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas. La calle estaba vacía.

-Hallamos lo que habíamos venido a buscar -dijo David-. Ahora sabemos que los Infinitos están aquí, que se hallan en esta época empezando su misión.

-Siento pena por esos hombres de ahí atrás -dijo Corcoran-. Son unos pobres desgraciados. No hacen más que estar sentados ahí y hablar.

-No tiene por qué apiadarse de ellos -dijo David-. Puede que ellos no se den cuenta, pero han encontrado su felicidad. Son hombres auténticamente felices.

-Quizá sí, pero es una forma horrible de terminar para la humanidad.

-Puede que éste sea el camino que ha seguido la raza durante todo el tiempo. A lo largo de la historia el hombre ha estado buscando siempre algún método que hiciera todo

el trabajo por él. Primero el perro, el buey, el caballo. Luego las máquinas, y después los ordenadores y los robots.

La oscuridad había empezado a arrastrarse al interior del valle cuando alcanzaron el prado donde se hallaba el viajero.

Mientras se acercaban a él, una brumosa dispersión de relucientes motas avanzó a su encuentro. Corcoran, el primero en observarlas, se detuvo en seco. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca en atávico miedo, luego se dio cuenta de pronto de lo que estaba ocurriendo.

-David -dijo en voz baja-, tenemos un visitante.

David contuvo bruscamente el aliento, luego dijo:

-Henry, nos alegra que hayas aparecido. Esperaba que lo hicieras.

Henry flotó sobre la hierba y se acercó a ellos.

Me dejasteis un largo rastro, dijo. Tuve que ir lejos.

-¿Qué hay de los demás? ¿En qué viajero estabas?

No estaba en ningún viajero, dijo Henry. Me quedé en Hopkins Acre. Sabía que os ibais a marchar separadamente y tenía que seguir el rastro de todos.

-Así que planeaste empezar por el principio.

Eso hice. Y fue bueno que lo hiciera. Han surgido complicaciones.

-Bueno, nos encontraste. Eso es un principio. ¿Pero por qué nos rastreaste a nosotros? Deberías saber que somos capaces de cuidar de nosotros mismos. Hubieras debido seguir el rastro de Enid. Ella era la que tenía menos experiencia, la que podía correr mayor riesgo.

Eso es lo que hice, dijo Henry. Ha desaparecido.

-¿Cómo es posible? Hubiera debido esperarte. Hubiera debido saber que ibas a rastrearla.

No esperó. Alcanzó su primer destino, luego se fue. Me temo que huyó del monstruo. En su primer destino está el monstruo, muerto.

-¿Muerto? ¿Quién pudo matar al monstruo?

-Quizá Boone -dijo Corcoran-. Boone estaba con ella. Corría hacia su viajero con el monstruo a sus talones. Intenté acudir en su ayuda, pero usted me agarró y me metió dentro del aparato.

No me dejaréis contarle todo, se quejó Henry. Siempre tenéis que interrumpir con vuestros farfulleos. Hay más.

-Bien, dilo -indicó David, un poco impaciente.

Ella se fue sola. Estoy seguro de ello. Boone se quedó atrás.

-Eso no suena lógico. Ella no lo hubiera abandonado.

Estoy seguro de muy poco, dijo Henry. Sólo tengo mis deducciones. Llegué al primer destino, muy en el pasado de Hopkins Acre. Cincuenta mil años en el pasado, en el sudoeste de Norteamérica. El viajero no estaba, pero había su olor. El viajero se había ido hacía una semana o más.

-¿Olor? -preguntó Corcoran-. ¿Acaso rastrea a los viajeros por el olor?

-No lo sé -dijo David-. Ni él tampoco, supongo, así que no vale la pena preguntárselo. Tiene algo que ni usted ni yo tenemos, y no pienso empezar a hacer suposiciones.

Puedo hacerlo, dijo Henry. No sé cómo; no lo pregunto. ¿Me dejaréis continuar?

-Por favor -dijo David.

Miré a mi alrededor. Había un fuego que era bastante reciente. Dos días, tres, no más de cuatro. Había un montón de rocas a su lado. Con un trozo de papel, sujeto por una piedra colocada encima. No pude alzar la piedra, como tampoco pude meterme dentro lo suficiente como para saber lo que estaba escrito en el papel, si había escrito algo. A poca distancia estaban los restos del monstruo asesino, y unos cuantos pasos más allá el esqueleto de algún animal grande, un buey o algo parecido, por su aspecto. Tenía enormes cuernos.

-¿No había ninguna señal de Boone? -preguntó Corcoran.

Ninguna. Miré, pero no durante mucho tiempo, tengo que confesarlo honestamente. Estaba demasiado preocupado por Enid. El rastro era largo y difícil, pero encontré el segundo destino donde se había posado el viajero.

-Y Enid no estaba allí -dijo David.

Ni ella ni el viajero estaban allí. El viajero no se había ido; había sido retirado. Encontré marcas en el suelo que indicaban que había sido arrastrado; luego encontré huellas de ruedas. Había sido cargado en un vehículo. Intenté seguir el rastro, pero no conseguí llegar hasta el final.

-¿Buscaste también a Enid?

Lo comprobé, trazando círculos cada vez más amplios. Miré en todos los rincones. Atisé en todas las grietas. Ni una vez hallé la menor impresión de ella. Si hubiera estado en la zona, yo lo hubiera sabido.

-Así que está realmente perdida. Y alguien tiene un viajero que no debería tener.

-Hay muchas posibilidades de que no sepa lo que tiene -dijo Corcoran-. Alguien lo encontró, se sintió intrigado por él, y se lo llevó a toda prisa, antes de que pudiera volver el propietario..., imaginando, supongo, que más tarde tendría la posibilidad de descubrir qué era exactamente.

David sacudió la cabeza.

-Mire -dijo Corcoran-, ¿cuántos viajeros hay en el mundo? ¿Cuánta gente antes de su tiempo sabía que el viaje por el tiempo era posible?

Puede que Corcoran tenga razón, dijo Henry. Deberías escucharle, David. Tiene una buena cabeza encima de los hombros. Ve los hechos con los ojos.

-Por el momento -dijo David-, no hay ninguna buena razón para discutir el asunto. Por ahora, Enid está fuera de nuestro alcance. El viajero ha desaparecido, y ella también. No tenemos ni idea de dónde buscar.

Mi sugerencia es que volvamos al emplazamiento prehistórico, dijo Henry. Allá podremos buscar a Boone. Puede que él tenga algún indicio que nos ayude a encontrar a Enid. Tal vez ella le dijera algo que pueda ser significativo.

-¿Puedes llevarnos hasta allí? ¿Tienes las coordenadas?

Hasta muy cerca. Tengo las coordenadas de localización. Las elaboré muy cuidadosamente antes de irme. Y el desplazamiento de las coordenadas de tiempo tiene que ser muy poco.

-Creo que tienes razón -dijo David-. Puede que encontremos algo allí que nos sirva. De otro modo no haremos más que dar palos de ciego a uno y otro lado, sin saber qué hacer.

Corcoran asintió.

-Es lo mejor que podemos hacer -dijo.

David cruzó la puerta del viajero y tendió una mano para sujetar a Corcoran del brazo y tirar de él hacia el interior.

-Cierre esa puerta -dijo- y acomódese. Tan pronto como Henry me dé las coordenadas partiremos.

Corcoran cerró la puerta y se dirigió a la parte delantera, observando como David anotaba las coordenadas en su diario de a bordo a medida que Henry se las daba. Luego adelantó las manos hacia el panel de instrumentos.

-Agárrense -advirtió, y entonces se produjo el shock y la oscuridad, la profunda e imperdonable oscuridad. Y casi instantáneamente, pareció, David estaba diciendo:- Ya hemos llegado.

Corcoran encontró la puerta y trasteó para abrirla, finalmente lo consiguió y saltó fuera. El sol derramaba sus ardientes rayos desde un cielo fundido. Los otros se alzaban contra el diáfano azul. La artemisa resplandecía sobre el rielar de la arena. Afuera en la llanura se veía el blanqueado esqueleto de algún gran animal.

-¿Estás seguro de que éste es el lugar? -preguntó David a Henry.

Es el lugar. Camina directamente en línea recta y hallarás las cenizas del fuego del campamento.

-No hay ningún montón de piedras dijo Corcoran-. Dijiste que había un montón de piedras junto al fuego, y una nota sujeta a él.

Es cierto. El montón ya no está ahí. Pero las piedras que lo formaban están esparcidas por el suelo. Algo las derribó.

Corcoran avanzó hacia allá. Las piedras estaban esparcidas por el suelo, y había un agujero excavado en el centro de ellas. Las cenizas del fuego eran blancas contra la arena.

-Lobos o zorros -dijo Corcoran- Esparcieron las piedras para llegar al suelo de abajo. Debía haber algo enterrado debajo del montón.

-Carne -dijo David-. Boone debió ocultar algo de carne ahí, y apiló piedras encima para protegerla de los lobos.

Corcoran asintió. Sonaba razonable.

-La nota tiene que estar en alguna parte -dijo David-. Todo concuerda. Las cenizas del fuego. El esqueleto del animal. Ese montón de chatarra de ahí debe ser lo que ha quedado del monstruo asesino.

Buscaron la nota, y no la encontraron.

-Es inútil -dijo David-. El viento se la llevó. No hay ninguna posibilidad de encontrarla.

Corcoran miró la llanura. Muy lejos, un remolino de polvo se agitaba como una inquieta serpiente. Justo en el límite de la visión unos puntos oscuros bailaban en el rielar del calor. Bisontes, se dijo Corcoran, aunque sólo era una suposición; no había forma alguna que el ojo humano, sin ninguna ayuda, pudiera definir lo que había allí. El esqueleto, sabía, correspondía a un bisonte prehistórico. El cráneo estaba inclinado, apoyado sobre uno de los cuernos, el otro formando un ángulo en el aire. Ningún otro animal excepto el bisonte, pensó, podía tener una cornamenta como aquella.

¿Había matado Boone al bisonte? Si ése era el caso, tenía que haber dispuesto de un rifle de gran calibre, porque ningún otro tipo de arma hubiera podido derribar un animal tan grande. Y si tenía un rifle, ¿había sido él también quien había derribado al monstruo asesino? Corcoran agitó la cabeza; no había forma de saberlo.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó David.

-Echemos una mirada por los alrededores -sugirió Corcoran-. Puede que encontremos a Boone regresando de donde haya estado. Puede que lo encontremos muerto. Aunque es difícil de creer que algo pueda matarle. Después de todos los riesgos que ha corrido, de todas las dificultades en que se ha visto metido, el maldito estúpido tendría que estar muerto hace años. Pero un encantamiento protege su vida.

-Subiré al otero -dijo David-. Desde arriba tal vez pueda ver algo que nos dé algún indicio.

-Ayudaría el tener unos prismáticos.

-Dudo que tengamos unos. Iré a ver.

David volvió al viajero; Corcoran se encaminó hacia el montón de chatarra que había sido el monstruo asesino. Permaneció a una prudente distancia, trazando un amplio círculo a su alrededor, aunque no había ningún peligro ni amenaza visibles en el destrozado metal. Sin embargo, una cautela que no parecía propia de él le advirtió que se mantuviera a distancia.

David regresó del viajero.

-No hay ningunos prismáticos -dijo-. Horace echó las cosas un poco al azar; no pensó en ellos.

-Subiré yo al otero, si no le importa -dijo Corcoran. -No, lo haré yo. Soy muy bueno escalando.

-Yo daré una vuelta por la base del otero, entonces -dijo Corcoran-. No espero encontrar nada. Todo este asunto tiene un aire muy peculiar. Estoy empezando a pensar si Boone no se iría con Enid.

-Henry no cree que lo hiciera.

Corcoran retuvo una observación no completamente agradable acerca del chispeante Henry. En vez de ello, preguntó:

-¿Dónde está Henry? No ha dicho una palabra desde hace rato, y no lo he visto por ningún lado.

-Ahora que pienso en ello, yo tampoco. Pero eso no significa nada. Volverá. Probablemente esté explorando un poco por los alrededores.

David llevaba una escopeta. Debía haberla cogido cuando fue en busca de los prismáticos. Se la tendió a Corcoran, sujetándola por la culata.

-Tome, puede que usted sepa utilizarla mejor que yo.

Corcoran agitó negativamente la cabeza.

-No tengo intención de meterme en ningún tipo de problema. Voy a ir con mucho cuidado. Y usted asegúrese de que no elige un blanco equivocado. Probablemente haya cosas aquí a las que una bala de esta escopeta no les hará absolutamente nada.

David se echó la escopeta al brazo, al parecer contento de que Corcoran no la hubiera querido.

-Nunca he disparado esta escopeta ni ninguna otra escopeta -dijo-, pero en mis paseos por Hopkins Acre acostumbraba a llevar una. Ésta en particular se ha convertido casi en parte de mí. Me siento mejor, más seguro, con ella bajo el brazo. Nunca ha estado cargada cuando la llevaba.

-Acepte mi consejo y cárguela -dijo Corcoran, un poco disgustado-. Supongo que llevará cartuchos.

David dio unas palmadas a un bolsillo de su chaqueta.

-Aquí. Dos puñados de ellos. Incluso allá en Hopkins Acre, siempre llevaba dos cartuchos. Los sacaba de la escopeta. Timothy insistía que siempre tenían que estar cargadas cuando estaban en el armero.

-No tiene sentido llevar una escopeta si no tiene intención de utilizarla -dijo Corcoran- ¿De qué sirve llevar una si no está cargada? Mi viejo me dijo hace mucho tiempo, cuando me dio mi primera escopeta, que nunca apuntara a nada a menos que tuviera intención de matarlo. Acepté su buen consejo y nunca en mi vida he apuntado a nada con un arma a menos que estuviera preparado para disparar contra ello.

-Yo apuntaba a menudo la escopeta erijo David-, pero nunca maté nada. Apunté a centenares de pájaros que los perros levantaban, pero nunca apreté el gatillo.

-¿Qué está intentando demostrar..., que finalmente es usted civilizado?

-A menudo me lo he preguntado -dijo David.

Corcoran echó a andar a lo largo de la base del otero, y encontró un afloramiento cuya base había sido excavada, formando una pequeña depresión en la que quedaba retenida el agua. Tropezó inesperadamente con un tejón, que le siseó antes de alejarse con rapidez. Se dio cuenta de que le seguía un lobo y no le prestó atención. Continuó siguiéndole, sin acercarse nunca, sin alejarse nunca tampoco.

No ocurrió nada más. No halló nada de interés. Al cabo de un rato, dio media vuelta y siguió la curva del otero para regresar donde estaba el viajero. Antes de darse la vuelta, el lobo había desaparecido.

El sol no estaba muy lejos del horizonte occidental. Utilizó parte de la madera de la pila que había quedado al lado del viejo fuego para encender una fogata. Fue a la pequeña depresión y volvió con un cubo de agua. Cuando David bajó del otero, estaba friendo unos siseantes trozos de tocino en una sartén y tortas de masa en una segunda.

David se dejó caer en el suelo, con la escopeta cruzada sobre sus rodillas.

-No hay nada -dijo-. Unos cuantos grupos de animales que pastan a lo lejos en la llanura, y eso es todo. Es el lugar más solitario que haya visto nunca.

-Sírvese un poco de café -dijo Corcoran-. Ya tengo hechas bastantes tortas para que empiece a comer. Coja usted mismo el tocino. Los platos y tazas están encima de la manta.

A la mitad de su primera ración de tortas, David preguntó:

-¿Alguna señal de Henry?

-Ni un atisbo.

-Es extraño que se haya marchado sin decir nada. O que esté tanto tiempo fuera.

-Quizá tuvo alguna idea, y fue a comprobarla.

-Espero que sí -dijo David-. Hay veces que no estoy seguro de comprender a Henry. Es mi hermano y todo eso, pero por mucho que intento verlo como un ser de carne y hueso, ya no es de carne y hueso..., sigue siendo mi hermano, pero es un ser humano de lo más raro. Se dejó convencer por los Infinitos, por sus arteras palabras. Pero el proceso no se vio culminado. Quizás Henry era demasiado material, demasiado ligado a su personalidad humana para abandonarla por completo.

Corcoran intentó mostrarse animoso.

-No se preocupe por él. No puede ocurrirle nada. Nada puede hincarle el diente.

David no respondió. Unos momentos más tarde preguntó: -¿Qué cree que debemos hacer ahora? ¿Sirve de algo el seguir aquí?

-Es demasiado pronto para decirlo -señaló Corcoran-. Sólo llevamos aquí unas horas. Esperemos al menos hasta mañana. Puede que entonces se nos ocurra algo.

De pronto, una voz sin sonido les habló.

¿Buscáis a un hombre llamado Boone?, dijo.

Tras un momento de sorpresa, Corcoran preguntó a David:

-¿Ha oído eso?

-Sí, lo he oído. No era Henry. Era alguien distinto.

Soy la mente, dijo la voz, de lo que vosotros llamáis un monstruo asesino. Puedo ayudaros con ese Boone.

-¿Puedes decirnos dónde está? -preguntó Corcoran.

Puedo decirnos dónde fue. Pero primero tenemos que hacer un trato.

-¿Qué tipo de trato, monstruo?

Deja de llamarme monstruo. Ya es bastante malo que penséis así de mí, pero decirlo en mi cara es una franca descortesía.

-Si no eres un monstruo, ¿qué eres entonces?

Soy un fiel servidor que no hace más que cumplir con la voluntad de su amo. No me corresponde a mí cuestionarla rectitud o sabiduría de esa voluntad.

-No te molestes en disculparte -dijo David-. Sabemos lo que eres. Yaces en esa maraña de hierros retorcidos que fue antes un monstruo asesino.

Ya vuelves a llamarme monstruo. Y no estoy intentando disculparme.

-Me ha sonado como si lo hicieras -dijo Corcoran-. Sigamos con tu trato.

Es un trato sencillo. Directo y sin complicaciones. Os digo dónde buscar a Boone, pero antes de que lo haga tenéis que sacarme de estos restos de mi antiguo yo y comprometeros con toda sinceridad a llevarme con vosotros, lejos de esta terrible soledad.

-Bien -dijo David-, es un trato sencillo, sí.

-Demasiado sencillo -advirtió Corcoran-. Pregúntese a sí mismo cuánta sinceridad está dispuesto a concederle a esta voz entre la chatarra.

-Parece simple -dijo David-. Sabe dónde está Boone, y se muestra dispuesto a...

-Ése es el punto. No afirma que sepa dónde está Boone.

Señala que nos dirá dónde buscarlo. Son dos cosas completamente distintas.

-Sí, de hecho, lo son. ¿Qué tienes que decir a eso, amigo? ¿Cuán precisa será tu información?

Os ayudaré en todo lo que pueda. La ayuda que os ofrezco no estará limitada a encontrar a Boone.

-¿Qué otros tipos de ayuda? ¿En qué sentido puedes sernos de alguna ayuda?

-Olvídelo -gruñó Corcoran- No le preste atención. Está metido en dificultades, y prometerá cualquier cosa con tal de salirse de ellas.

Pero por caridad humana, suplicó el monstruo, tenéis que apiadaros de mí. No podéis condenarme a los eones interminables sin ningún contacto con los estímulos externos. No puedo ver; a excepción de esta habla telepática, no puedo oír. No siento ni calor ni frío. Incluso el paso del tiempo es algo incierto. No puedo diferenciar entre un segundo y un año.

-Estás en un terrible apuro -dijo Corcoran.

Por supuesto que lo estoy. Por favor, ten compasión de mí.

-No alzaré una mano para ayudarte. Ni siquiera alzaré un dedo.

-Está siendo muy duro con él -dijo David.

-No tan duro como lo fue él en Atenas. No tan duro como lo hubiera sido con nosotros si le hubiéramos dado la oportunidad..., si él no hubiera sido tan torpe.

No fui torpe. Soy un mecanismo eficiente. Tuve mala suerte.

-Claro que la tuviste -dijo Corcoran- Y sigues teniéndola. Ahora cállate. No queremos saber más de ti.

Se calló. No volvieron a oírle.

Al cabo de un tiempo, David dijo:

-Henry no ha vuelto. Estamos los dos solos. La mente del monstruo dice que tiene información. Creo que es razonable creer que la tiene. Estaba aquí cuando Boone estuvo aquí. Puede que haya hablado con él.

Corcoran gruñó.

-Está intentando convencerse usted a sí mismo de que debería mostrar algo de magnanimidad hacia el enemigo caído, que debería actuar noblemente y ser un caballero en eso. Es su cuello el que quiere arriesgar. Yo me lavo las manos en ello. Haga lo que crea más conveniente.

El sol se había puesto, y la oscuridad estaba empezando a apoderarse de todo el paisaje. En algún lugar en medio de aquella soledad aulló un lobo, luego otro le respondió. Corcoran terminó de comer.

-Déme su plato y los cubiertos -dijo a David-. Iré a la fuente y los lavaré.

-¿Quiere que venga con usted para protegerle?

-No. Estaré seguro. Sólo está a un par de pasos de distancia.

Acuclillado al lado de la pequeña depresión llena de agua, Corcoran lavó los platos. La luna empezaba a asomarse por el este. Lejos en la distancia, media docena de lobos se habían unido en sus lamentos acerca de su dura y triste vida.

Cuando volvió junto al fuego, David había sacado las mantas.

-Ha sido un largo día -dijo-, y deberíamos dormir un poco. Yo montaré la primera guardia. Imagino que deberíamos mantener una guardia.

-Creo que deberíamos -admitió Corcoran.

-Estoy preocupado por Henry -dijo David-. Sabe que en una situación como ésta no deberíamos dividir nuestras fuerzas.

-Probablemente sólo se ha retrasado -indicó Corcoran-. Mañana habrá vuelto, y todo volverá a estar bien de nuevo.

Enrolló su chaqueta para usarla como almohada y echó la manta por encima. Unos momentos más tarde estaba dormido.

Cuando despertó, estaba tendido de espaldas. Sobre su cabeza el cielo estaba empezando a clarear con las primeras luces del amanecer, y David no le había llamado para su turno de guardia.

Maldita sea, pensó Corcoran. No tiene que ser tan inconsciente. No tiene por qué demostrar que puede pasarse toda la noche en vela o que es mejor que yo.

-¡David! -gritó-. Maldita sea, ¿qué cree que está haciendo?

Los pájaros cantaban en el otero, saludando las primeras luces al este. Excepto sus cantos, no había ningún otro sonido, y el débil llamear del agonizante fuego era el único movimiento a su alrededor. Fuera en la llanura, los blancos huesos del bisonte relumbraban a la suave luz del amanecer; y un poco más a la derecha podía divisar el montón de chatarra que señalaba la muerte del monstruo asesino.

Corcoran apartó la manta que lo cubría y se puso en pie. Avanzó hacia el fuego, y tomó un trozo de madera para remover y consolidar las esparcidas brasas. Se acuclilló delante del fuego, y fue entonces cuando oyó el babeante sonido que arrojó una oleada de terror sobre su cuerpo. No era un sonido que hubiera oído nunca antes y no tenía la menor idea de lo que era, pero tenía una aterradora cualidad que le hizo ponerse rígido. Se produjo de nuevo, y esta vez consiguió volver la cabeza para mirar hacia el lugar de donde procedía.

Por un momento todo lo que pudo ver fue una masa pálida acurrucada encima de otra mancha más oscura en el suelo. Forzó sus ojos para ver mejor, pero no fue hasta que la mancha pálida alzó la cabeza y miró directamente hacia él que la reconoció por lo que era: un chato rostro gatuno, unas orejas empenachadas, el brillo de unos colmillos de quince centímetros..., un dientes de sable agachado sobre su presa, alimentándose con aquel horrible sonido baboso que señalaba lo apetitoso que era lo que estaba ingiriendo.

Corcoran conocía la presa. ¡Allá, bajo las garras y los colmillos del dientes de sable, estaba David!

Corcoran se levantó, aferrando con fuerza el palo que había tomado del montón de madera. Movié el palo en su mano, buscando un mejor agarre. Era un arma miserable, pero era lo único que tenía. El felino se puso también en pie. Era mucho más grande de lo que había imaginado. Su tamaño era aterrador. Se apartó de la masa oscura que era David y avanzó unos pasos. Se detuvo y gruñó, con sus curvados colmillos brillando a la creciente luz. Las patas delanteras del felino eran más largas que las traseras; su lomo se arqueó, como si se preparara para saltar. Ahora había suficiente luz para que Corcoran pudiera ver su moteada piel, con manchas marrones sobre un tostado más claro.

No se movió. Tras sus pocos pasos, tampoco lo hizo el felino. Luego, lentamente, deliberadamente, como si aún no estuviera decidido, giró sobre sí mismo. Se dirigió de nuevo hacia su presa, bajó la cabeza, hociqueó la masa oscura como arreglándola para asirla firmemente. Luego los dientes del felino se hundieron en la masa y la alzaron; y el dientes de sable se alejó lentamente, tomándose su tiempo, de espaldas al hombre al lado del fuego.

Corcoran contempló su marcha, incapaz de mover un músculo. El felino inició un trote corto y ágil. Mantenía la cabeza alta para que su presa no se arrastrara por el suelo. Pero aun así, una pierna cayó y se arrastró, y el dientes de sable tropezó una o dos veces cuando una de sus patas delanteras se enredó con la colgante pierna. Siguió paralelamente a la base del otero, rodeó un espolón rocoso que se tendía hacia la llanura, y desapareció.

Hasta que se hubo ido Corcoran no se movió. Se agachó delante del fuego y le añadió más madera. La madera prendió rápido y las llamas se alzaron altas. Aún agachado, se dio la vuelta para comprobar que el viajero seguía allá donde se había posado. A unos diez metros de distancia del fuego estaba la escopeta. No la había visto antes. Era demasiado oscuro y, en cualquier caso, había estado tan ocupado mirando al felino que

no había visto nada más. No se movió para recogerla. La parálisis del miedo aún le dominaba.

Lentamente, la enormidad de lo ocurrido le golpeó con toda su fuerza. ¡Muerto por un dientes de sable! Muerto y devorado por un dientes de sable. Muerto, no atacando o defendiéndose, no en una ciega furia asesina, sino muerto simplemente por la carne que había encima de sus huesos.

David estaba muerto. ¿David qué? Impresionado, Corcoran se dio cuenta de que nunca había llegado a saber el apellido de la familia. La gente de Hopkins Acre nunca lo había mencionado, y él nunca había preguntado. Repasó sus miembros: David, Enid, Timothy, Emma y Horace. Aunque eso no era correcto; el apellido de la familia de Horace tenía que ser otro.

David no le había llamado, le había dejado dormir. Si me hubiera llamado, pensó Corcoran, hubiera podido ser yo en vez de él.

Intentó, en su imaginación, reconstruir cómo había ocurrido la muerte. David debió oír algo más allá del fuego en la oscuridad que precede al amanecer, y había ido a investigar. Puede que fuera tomado por sorpresa, o puede que viera al felino. Fuera cual fuese la situación, no había disparado su arma.

Si hubiera sido yo, pensó Corcoran, hubiera disparado. Si me hubiera alejado del fuego y hubiera topado con un dientes de sable, hubiera usado la escopeta. Puede que una escopeta no fuera la mejor arma para enfrentarse a un dientes de sable, pero a corta distancia, aunque tal vez no lo matara, seguramente aplacaría las ansias asesinas de un animal incluso tan grande como él. David no había utilizado la escopeta, quizá porque nunca había disparado una, quizá porque era demasiado civilizado para utilizarla, aunque hubiera tenido la oportunidad. Para él la escopeta no era un arma..., nunca había sido más que un bastón que llevar en sus paseos.

El pobre y maldito estúpido, se dijo Corcoran.

Se alejó del fuego y se dirigió hacia la escopeta. Tenía dos cartuchos en la recámara; no había sido disparada. La apoyó en el hueco de su brazo y caminó unos pasos más. Había una bota tirada en el suelo y, dentro de la bota, un pie. Los huesos estaban astillados, rotos por los triturantes dientes de un animal comiendo. Un poco más allá recogió una desgarrada chaqueta. A su alrededor había otros cartuchos esparcidos, tirados allá donde habían caído. Corcoran los recogió y se los metió en el bolsillo. No parecía que quedara nada más de David. Regresó junto a la bota con el pie metido dentro y se detuvo a su lado, contemplándola. No se inclinó para tocarla. Iba a ensuciarse si la cogía, se dijo. Se apartó.

Regresó junto al fuego y se acucilló a su lado. Sabía que debía comer algo, pero no se sentía con ánimos. Notaba un sabor ácido y amargo en la boca.

¿Qué iba a hacer ahora?

Estaba seguro de ser capaz de manejar el viajero. Sabía dónde guardaba David el diario de a bordo; había observado a David mientras programaba el panel de control para saltar a aquel lugar.

¿Pero dónde ir? ¿De vuelta a su propio siglo XX, lavándose las manos de todo aquel asunto? Pensó en ello. La idea tenía su atractivo, pero se sintió inquieto ante ella. Se sentiría como un desertor. Boone estaba en algún lugar en aquel loco rincón de tiempo, y no debía abandonarle hasta que estuviera seguro de que no podía ser de ninguna ayuda a su amigo.

Pensó en el dientes de sable y en el hecho de hallarse solo en aquel lugar olvidado, y el pensamiento no le gustó. Pero lo sopesó todo contra la necesidad de quedarse allí por si Boone volvía del lugar donde hubiera ido. Y Henry también, quizás, aunque Henry no necesitaba de ningún viajero para moverse a través del tiempo y del espacio. Henry, decidió, no le necesitaba en absoluto.

Consideró de nuevo al dientes de sable, y vio que el felino sólo era un problema incidental, que no debía ser tenido en cuenta en ninguna decisión que tomara. Puede que no regresara. Y aunque lo hiciera, ahora había un arma en manos de alguien que sabía como utilizarla. Con la escopeta en las manos, se dijo, no era tan vulnerable como David. Por la noche podía dormir en el viajero, con la puerta herméticamente cerrada contra acechantes carnívoros. Tenía comida para un tiempo, y agua en la depresión bajo la pequeña fuente. Sabía que podía quedarse tanto tiempo como quisiera.

Ya se había hecho de día, y estiró los músculos. Fue a la fuente en busca de un cubo de agua; fue al viajero en busca de comida. Se acucilló junto al fuego para calentar en la sartén un poco de pan de maíz, hervir café y freír tocino. Infiernos, se dijo, esto es sólo una excursión al campo.

Intentó sentir pena por David, pero pudo extraer muy poca. El horror de la muerte -o mejor, el horror de las circunstancias de la muerte- hicieron que le recorriera un estremecimiento, pero se obligó a no pensar más en ello. Cuanto antes lo borrara de su mente, mejor sería.

Hubo como un cosquilleo en su mente. Venía de algún lugar fuera de él. Je-je-je-je, reía.

La ira llameó en su interior.

-Deja de fastidiar -le dijo al monstruo.

Je-je-je, cosquilleó el monstruo. Tu amigo está muerto y yo sigo vivo.

-Desearás un millón de veces estar muerto antes de que esto termine.

Tú estarás muerto mucho antes que yo, se burló el monstruo. Convertido en polvo.

Corcoran no respondió. El susurro de una sospecha llegó hasta él. ¿Era posible que el monstruo hubiera atraído al felino asesino hacia David?

Parecía estúpido, cuando pensaba en ello. Estaba paranoico imaginando aquello, se dijo. Comió el desayuno, luego lavó y secó los platos y los cacharros, utilizando los faldones de su camisa para secarlos. Tras pensarlo un rato, fue al viajero y encontró una pala. Cavó un agujero, y enterró la bota con el pie dentro. Por razones sanitarias, se explicó a sí mismo; el acto no pretendía ser ceremonial.

Envolvió un trozo de pan de maíz en un pañuelo y se lo metió en el bolsillo. Rebuscó en el viajero entre las revueltas provisiones, buscando una cantimplora o algo parecido, sin encontrar nada. A falta de una cantimplora, llenó el cubo hasta la mitad. Era engorroso de llevar, pero era lo mejor que podía hacer.

Cogió la escopeta y el cubo de agua y echó a andar hacia la llanura. A unos pocos kilómetros de distancia se desvió hacia la izquierda y empezó a seguir una ruta circular, con el otero como centro del círculo. Se mantuvo atento a cualquier signo que le indicara que Boone había pasado por allí.

Dos veces encontró lo que creyó que podía ser un rastro humano. Siguió cada uno de ellos y no pudo estar seguro. Ambos rastros terminaban desapareciendo. Era inútil, se dijo. Desde un principio había sabido que sería inútil, pero tenía que intentarlo. Él y Boone habían pasado por muchas cosas juntos. A veces se habían jugado el cuello el uno por el otro. Boone era lo más cercano a un amigo que jamás hubiera tenido. Nunca había tenido muchos amigos.

A veces se tropezaba con lobos que se apartaban a regañadientes de su camino y se sentaban a lo lejos para observarle una vez había pasado. Un animal parecido a un ciervo apareció dando grandes saltos de entre unos arbustos y huyó a la carrera. Pasó a menos de un kilómetro de una pequeña manada de bisontes. Creyó distinguir en la distancia lo que podían ser mastodontes, aunque estaban demasiado lejos para poder estar seguro. Podía haber mastodontes allí, se dijo; era la época adecuada para ellos.

Cuando el sol estuvo directamente sobre su cabeza se detuvo y se sentó a la sombra de un árbol. Comió el pan de maíz y bebió agua tibia del cubo.

Probablemente debiera volver al otero. Había salido con la intención de describir todo un círculo a su alrededor. Ya había completado la parte occidental del círculo. Hacia el este no se veía nada, sólo la llanura extendiéndose enorme, plana y vacía hasta mezclarse finalmente con el cielo. Si Boone había ido a alguna parte, tenía que haber ido hacia el oeste, donde se alzaban otros oteros; no se habría adentrado en la aridez vacía del este. Corcoran meditó el asunto. Quizá lo que debiera hacer fuera desandar sus propios pasos, cubriendo virtualmente el mismo terreno y observándolo todo con más atención en busca de cualquier indicio que pudiera habersele escapado antes.

Terminó el pan y dio otro sorbo de agua tibia. Estaba preparándose para levantarse cuando captó una presencia. Se inmovilizó y escuchó. No se oía nada, pero la presencia seguía allí.

Habló vacilante, inseguro:

-¿Henry?

Sí, soy yo, dijo Henry.

-¿Sabes lo de David?

Sí, lo sé. Tan pronto como regresé, lo supe. Y tú no estabas. Así que salí a buscarte.

-Siento lo de David.

Yo también lo siento. Era un hermano que no podrá ser reemplazado. Era un hombre noble.

-Sí. Un hombre muy noble.

Un felino lo atrapó, dijo Henry. Lo rastreeé y lo encontré, velando sobre sus restos. Quedaban muy pocos ya. Cuéntame cómo ocurrió.

-Estaba montando guardia. Cuando desperté descubrí lo que había ocurrido. No oí nada. El felino se lo llevó lejos.

Había una tumba. Una tumba muy pequeña.

-Una bota -dijo Corcoran-. Con un pie dentro. Los enterré.

Te agradezco tu acción. Hiciste lo que hubiera hecho la familia.

-Tú sabes donde está el cuerpo. Puedo tomar una pala y asustar al felino...

No tendría sentido. Un gesto vacío. Veo que tienes la escopeta. ¿No la utilizó?

-Debió ser tomado por sorpresa.

En cualquier caso, dijo Henry, no la hubiera utilizado. Era demasiado gentil para este mundo. Esta aventura ya ha ido mal. Para todos nosotros. Primero Enid perdida, luego Boone.

-¿Sabes algo de Boone? ¿Tienes noticias de él?

Encontré donde había ido, pero no estaba allí. Había un rifle, y un paquete con comida que había llevado consigo, pero él no estaba. Creo que había un lobo con él. Lo siento, Corcoran.

-Creo que sé lo que le ocurrió -dijo Corcoran-. Dobló otra esquina. Sólo espero que se quede allí donde fue y no vuelva a este lugar.

¿Qué piensas hacer ahora? No sirve de nada quedarse aquí.

Corcoran agitó la cabeza. Ayer había pensado brevemente en lo que podía o debía hacer. Había pensado en volver a Nueva York. Había rechazado de plano aquella idea; Boone estaba perdido, y debía hallarlo. Ahora Boone seguía perdido, se dio cuenta, con muy pocas posibilidades de ser hallado.

Pensó en el siglo XX y lo rechazó de nuevo. Nunca en toda su vida le había vuelto la espalda a una aventura hasta que la había terminado. Esta aventura, se recordó, estaba muy lejos de haber terminado.

Podía regresar a Hopkins Acre. Estaba seguro poder encontrar las coordenadas en el diario de a bordo de David. Vivir en el Acre sería confortable. Los sirvientes y los colonos aún debían seguir allí. Sería un lugar donde podría estar seguro para pensar con detenimiento en la situación y, quizá, llegar a un plan lógico para futuras acciones. Era posible igualmente que algunos de los otros regresaran también allí.

Pero había ese otro lugar donde las ruinas de una ciudad ascendían hasta la cima de una cresta y un enorme árbol que horadaba el cielo se erguía como una torre encima de las ruinas, con una escalera en espiral rodeándolo. Tenía que existir algún misterio allí, quizá no como lo había visto o recordaba haberlo visto, pero seguramente algo que pedía ser examinado.

Henry estaba aguardando una respuesta. Corcoran podía detectar débilmente su brillar, una nube de destellos resplandeciendo al sol.

En vez de responder a la pregunta de Henry, hizo él una pregunta.

-Tal como lo entiendo, te detuviste poco antes de la incorporeidad. ¿Puedes decirme cómo ocurrió?

Fue un asunto de juicio erróneo por mi parte, dijo Henry. Dejé que los Infinitos me convencieran. Empecé a ir de un lado para otro con ellos. Curioso, supongo, preguntándome qué tipo de cosas eran realmente. Muy extraños, tienes que comprenderlo. Son marginalmente parecidos a los humanos, o los atisbos que tuve de ellos eran parecidos a los humanos. No los ves. Registras su presencia aquí y allá. Flotan entrando y saliendo, como los fantasmas. Pero, los veas o no, los oyes todo el tiempo. Te predicán, razonan, imploran y suplican. Te muestran el sendero a la inmortalidad y te recitan las eternas comodidades y triunfos de la inmortalidad..., una inmortalidad intelectual, dicen, que es la única forma de conseguirla. Todo lo demás es basto, todo lo demás es sucio y vergonzoso. Nadie desea ser vergonzoso.

-¿Te vendieron su mercancía?

Me la vendieron, dijo Henry. Pero me la vendieron en un momento de debilidad. Cuando la debilidad pasó, luché contra ellos. Se sintieron impresionados hasta lo más profundo de que yo tuviera la temeridad de resistirme a ellos, y fue entonces cuando realmente empezaron a trabajarme. Pero cuanto más me atacaban, más testarudo me volvía yo. Rompí con ellos. O mejor dicho, ellos me dejaron por imposible, disgustados. Quizá yo estaba robándoles más tiempo del que creían que valía, de modo que me dejaron ir. Pero cuando me salí el proceso ya había ido demasiado lejos: estaba a mitad de camino de la incorporeidad. Me vi encallado en algún lugar entre ambos estados. Tenía el aspecto con el que me ves ahora.

-No parece que te preocupe mucho.

Tiene ventajas y desventajas, y he adoptado el punto de vista de que me hallo un poco por delante, de que las ventajas superan las desventajas. Al menos, eso es lo que me digo. Hay muchas cosas comunes, humanas, que no puedo hacer, pero poseo habilidades que ningún otro ser humano puede llevar a cabo, y saco el mejor partido de esas habilidades, ignorando lo que he perdido.

-¿Y qué piensas hacer ahora?

Hay todavía una parte de mi familia a la que debo rastrear. Horace y Emma..., y Timothy, que fue arrastrado a bordo del viajero por ese gran toro que es Horace.

-¿Tienes alguna idea de dónde mirar?

Ninguna en absoluto. Tendré que rastrearles desde un principio.

-¿Puedes utilizar el viajero en tu rastreo? Puedo manejarlo por ti.

No, debo hacerlo por mí mismo. Debo regresar a Hopkins Acre y seguir el rastro desde allí. Será débil e inapreciable, pero aún estará. ¿Dices que puedes manejar el viajero?

-Sí. Sé donde está el diario de a bordo, y observé a David introducir las coordenadas cuando estableció el rumbo hasta aquí.

Entonces quizá sea mejor para ti que vuelvas a Hopkins Acre. Creo que el lugar es seguro. Alguno de nosotros puede volver a buscarte. Podemos hacerlo, si sabemos que estás allí. Las coordenadas tienen que estar escritas en el diario de a bordo. ¿Estás seguro de que puedes manejar el viajero?

-Estoy seguro -dijo Corcoran-. Pero no creo que vaya a Hopkins Acre. Más tarde, quizá, pero no inmediatamente. Quiero volver al lugar donde nos encontraste a David y a mí. Hay algo allí que necesita que se le eche una mirada.

Henry no hizo la pregunta que Corcoran estaba seguro que haría. Antes bien, dio la impresión de que se encogía de hombros.

Bien, de acuerdo, dijo Henry. Tú sabes donde vas y yo sé donde voy. Será mejor que nos pongamos en camino.

De pronto, Henry había desaparecido.

Corcoran se puso en pie. Boone ya no estaba en aquel tiempo y lugar, y no había ninguna razón para seguir allí. Sabía dónde iba y, como Henry había dicho, era mejor que se pusiera en camino tan pronto como fuera posible.

Cuando alcanzó el campamento el lugar estaba desierto. No había ningún signo del felino y ni siquiera ningún lobo. Corcoran recogió los pots y sartenes al lado de las cenizas del fuego y los envolvió con la manta; luego alzó la manta y se la echó al hombro.

Una voz le habló. Je-je-je, dijo.

Ante el sonido, Corcoran se volvió en redondo sobre sus talones para enfrentarse al montón de chatarra.

La risita prosiguió.

Corcoran se encaminó al montón de chatarra.

-¡Corta ya esta maldita risa! -gritó.

La risa se cortó, y empezó la súplica.

Por favor, estás a punto de marcharte. Estás recogiendo las cosas para irte. Por favor, llévame contigo. No lo lamentarás. Puedo hacer muchas cosas por ti. Puedo pagarte con creces tu bondad. Seré tu amigo eterno. Llevarme contigo no te impedirá hacer nada de lo que pienses hacer. Peso poco y no ocupo mucho espacio. No necesitas buscarme. Estoy en la parte de atrás de los restos de mi cuerpo. Soy como una caja craneana, una esfera muy pulida. Tengo un aspecto precioso sobre la repisa de una chimenea. También soy un buen conversador. Podrás hallar muchos usos para mí. En los momentos en que te halles solo y deseoso de compañía, podemos mantener instructivas y entretenidas conversaciones. Tengo buena memoria y soy muy versado en lógica. Habrá momentos en que pueda servirte como consejero. Y siempre seré tu amigo, lleno de lealtad y gratitud...

-No, gracias -dijo Corcoran, volviéndose de nuevo sobre sus talones y dirigiéndose al viajero.

Tras él, el monstruo asesino siguió quejándose, suplicando, gimoteando y prometiendo. Luego su lamento se cortó y en su lugar brotó una tormenta de odio.

Miserable hijo de puta. No te olvidaré por esto. Te tendré al final. Bailaré sobre tus huesos.

Corcoran, sin preocuparse en lo más mínimo, siguió hacia el viajero.

9 - Boone

Una fría nariz despertó a Boone, e intentó ponerse en pie. Su pierna le lanzó un chillido, y el chillido de respuesta se atoró en el fondo de su garganta. El lobo, lloriqueando, retrocedió tímidamente. Las estrellas le miraban parpadeando con frialdad en el cielo meridional. Sus ropas estaban empapadas con el helor del rocío escarchado.

Miró desde donde estaba tendido hacia la llanura plateada por la luna que había cruzado, más desierto que llanura, aunque había algo de hierba y otros pastos para las pequeñas manadas de herbívoros. En algún lugar, quizás hacia el este, debía haber herbosas llanuras donde se congregaban las grandes manadas. Pero aquí los grupos de animales eran pequeños y los predadores pocos.

-Estás fuera de lugar aquí -le dijo al lobo-. Podrás encontrar mejor comida en otro lado.

El lobo le miró con ojos intensos y gruñó.

-Ésa no es forma de llevar una conversación -dijo Boone-. Yo no gruño. Nunca te he gruñido. Hemos caminado juntos y hemos comido juntos y los dos somos amigos.

Se había mantenido un poco alzado apoyándose en ambos brazos, pero ahora se relajó y se dejó caer al suelo, volviendo la cabeza para poder observar al lobo..., no porque le temiera, se dijo; era simplemente la inclinación a mantener el contacto con el único compañero que tenía.

Había dormido, y ¿cómo podía haber dormido bajo esas condiciones, con la pierna atrapada en una hendidura de la roca y un lobo que le observaba y aguardaba su muerte para poder alimentarse? Sin embargo, pensó, quizá estuviera juzgando mal al lobo, porque eran amigos.

Le dolía la pierna, ya no un grito sino un dolor sordo, que le hacía rechinar los dientes. Se sentía infernalmente mal: le dolía la pierna, su estómago estaba vacío, le ardía la garganta y su boca era como papel de lija. Necesitaba terriblemente un poco de agua. En algún lugar, no muy lejos, estaba seguro de haber oído el sonido de agua.

El lobo se había sentado, su peluda cola limpiamente enroscada en torno a sus patas, la cabeza inclinada hacia un lado y las orejas enhiestas hacia delante.

Boone cerró los ojos. Dejó que su cabeza se acomodara más firmemente contra el suelo. Intentó arrojar fuera el dolor. Excepto el sonido del agua corriendo por alguna parte, todo estaba en silencio. Intentó cerrar los oídos al sonido del agua.

Vaya maldita forma de terminar, pensó. Al cabo de poco volvió a adormecerse.

Despertó bruscamente.

Estaba de rodillas, sin ningún arma en su mano y ninguna a su alcance. Atacándole salvajemente había el jinete surgido de lo más profundo de su memoria, un hombre gigantesco a horcajadas de un pequeño pero nervudo caballo. El caballo, exhibiendo los dientes, se mostraba tan hosco y decidido como el hombre que lo cabalgaba.

La boca del jinete estaba abierta en un grito de triunfo, sus dientes llameaban a la luz de un fuego que parecía surgido de ninguna parte. Su enorme bigote oscilaba hacia atrás al viento de su empuje, y la pesada y resplandeciente espada, alzada muy encima de su cabeza, estaba bajando.

Luego allí estaba el lobo, alzándose en un salto gigantesco, la boca muy abierta cubierta de espuma, apuntando a la garganta del jinete. Pero era demasiado tarde, muy demasiado tarde. La espada estaba bajando, y nada en el mundo podía detenerla.

Boone aterrizó con un golpe sordo, brazos y piernas abiertos. Sus ojos estaban llenos de gris. La superficie debajo de él era lisa; cuando se arrastró por ella supo que su pierna estaba libre..., su pierna estaba libre y él ya no estaba allá donde había estado antes, atrapado en la empinada ladera de un otero, con un saliente de roca bajo su espalda y el sonido muy cercano de agua corriendo.

El sonido del agua aún estaba con él, y se arrastró en su dirección. La alcanzó, se dejó caer boca abajo y hundió la cabeza para beber, reteniendo el suficiente sentido común para obligarse a beber sólo unos cuantos sorbos, luego apartarse del borde del agua.

Permaneció tendido de espaldas y miró el gris del cielo. Niebla, pensó. Pero supo que no era niebla; era un cielo gris. Todo era gris a su alrededor. Pasó revista a sí mismo. La pierna que había quedado atrapada le dolía, pero no había nada roto. Su ardiente sed había pasado. Su estómago seguía vacío. Aparte esto, todo parecía estar bien.

Había ocurrido de nuevo; había doblado una esquina.

¿Pero qué había sido todo aquel asunto del jinete con el largo bigote y la espada que caía sobre él? No había habido tal jinete, no podía haber habido nada así en ese mundo del distante pasado. Su subconsciente, pensó..., la complejidad, el misterio y los tortuosos caminos del cerebro humano. No había habido ningún peligro presente, instantáneo, que hiciera necesario disparar el gatillo de doblar una esquina. Su subconsciente, para salvar su vida, para hacer posible que pudiera doblar esa esquina, había apelado al guerrero montado, el absurdo bárbaro, para que su cerebro reaccionara automáticamente.

Pensando en ello, no parecía la respuesta lógica y correcta. Sin embargo, se dijo, lógica o no, no importaba. Estaba allí, dondequiera que fuese, y eso era todo lo que contaba. La pregunta ahora era si podía permanecer allí y no, después de un tiempo, verse devuelto al mundo prehistórico. Siempre antes había vuelto al punto de origen, excepto aquella última vez cuando, acompañado por Corcoran, había penetrado en el viajero de Martin y había permanecido allí, sin volver a la habitación del Everest que ya se había derrumbado. Quizá, pensó, se hubiera roto el esquema. Llevaba ya un cierto tiempo allí.

Se arrastró de vuelta al agua y bebió de nuevo. El agua era buena, fría, clara, y fluía alegremente. Se puso con lentitud en pie. La pierna que había quedado atrapada en la grieta le sostenía. Le dolía y escocía, pero básicamente era tan normal como siempre había sido. He tenido suerte, pensó.

Miró a su alrededor. Había bastante sustancialidad en aquel lugar. En otros casos, excepto en el Everest, que había sido un caso especial, el otro lado de la esquina había sido un lugar impreciso, brumoso, con toda su estructura bloqueada y difuminada por la niebla. Aquí no había niebla. La niebla, si alguna vez la había habido, se había disipado. El lugar seguía siendo gris, pero con un grisor con forma y sustancia.

Estaba de pie en una llanura. Indudablemente se extendía hasta un horizonte, pero no había forma de saberlo, porque el grisor del cielo se fundía con el grisor de la llanura y no podían separarse el uno del otro. El curso de agua del que había bebido serpenteaba por la llanura, viniendo de ninguna parte y fluyendo a ninguna parte. En medio de la llanura, también, había una carretera, no formando curvas sino tan recta como podía llegar a ser una carretera. También era gris, pero estaba señalada por los trazos más oscuros que parecían ser marcas de ruedas. Las marcas de ruedas eran nítidas, regulares y más rectas de lo que jamás podían llegar a ser unas auténticas marcas de ruedas.

-¿Qué demonios de lugar es éste? -preguntó Boone, hablando en voz alta, sin esperar una respuesta y sin obtener ninguna.

La carretera se perdía en ambos sentidos y probablemente debiera seguirla, pero ¿en qué dirección?

Toda la situación era errónea, se dijo. No tenía idea de dónde estaba ni adónde ir. No había forma de saber cuánto tiempo llevaba allí. Había agua, pero no comida.

Se apartó del curso de agua y caminó hacia el centro de la carretera. Se arrodilló y palpó lo que había tomado por marcas de ruedas. Aunque sus ojos no podían definir la elevación de las marcas más oscuras, sus dedos le dijeron que se alzaban unos dos o tres centímetros por encima del nivel de la superficie. Por su textura, parecían estar hechas del mismo material que la superficie, pero elevadas con respecto a ella. ¿Podían ser, se preguntó, unos raíles? Quizá si aguardaba el tiempo suficiente aparecería un vehículo de alguna clase por aquellos raíles, y podría subir a él. Pero sabía que no podía contar con ello.

De pie en medio de la carretera, tomó su decisión. La seguiría en la misma dirección que seguía el curso de agua. Avanzaría con el agua. El agua, recordaba que había dicho alguien hacía mucho tiempo, avanza siempre hacia la civilización. Sigue un río, y al final siempre hallarás gente. Eso podía ser cierto, pero tal vez la lógica no se aplicara a este lugar. Era posible que, caminando en cualquier dirección, no llegara a ninguna parte. Quizá no hubiera ninguna parte donde llegar.

Caminó durante un rato, pero no cambió nada. El curso de agua seguía avanzando al lado de la carretera, ahora más cerca de ella, ahora más lejos, mientras serpenteaba por la llanura. Solamente había la carretera y el arroyo.

Oyó un cliqueteo a sus espaldas y se volvió rápidamente. El cliqueteo había sonado como el ruido de unas uñas sobre la calzada, y lo era. Tenía un lobo tras sus talones. ¿El lobo? Lo miró, pero no supo decirlo. Este lobo era gris y el otro lobo había sido gris, pero eso no significaba nada, porque allí todo era gris. Alargó los brazos, y las mangas de su chaqueta eran grises. Su chaqueta, antes de que llegara allí, era de color tostado.

El lobo se había parado y sentado, a no más de dos metros de distancia. Enrolló la cola en torno a sus patas y dobló hacia un lado la cabeza. Sonrió.

-Me alegra que estés aquí -dijo Boone-. Quizá tú puedas decirme dónde nos hallamos.

El lobo no dijo nada. Siguió sentado allí, sonriendo.

-Creo que eres el lobo que conozco -dijo Boone-. Si lo eres, grúñeme un poco.

El lobo alzó el labio superior en un instantáneo gruñido, luego volvió a sonreír. Cuando gruñó, una hilera de blancos dientes brillaron en su boca.

-El mismo viejo lobo -dijo Boone-. Así que será mejor que sigamos andando.

Emprendió de nuevo la marcha a lo largo de la carretera, y el lobo avanzó a su lado, caminando a su mismo paso. Era bueno tener al lobo allí, se dijo Boone. Después de todo, era mejor caminar con un amigo que con un desconocido.

No ocurrió nada. Nada cambió. Boone siguió andando, y el lobo mantuvo su ritmo, y era igual que si hubieran permanecido inmóviles; no importaba lo que andaran, a su alrededor todo era igual.

Se preguntó dónde estaría Enid y por qué no había regresado. ¿Qué podía haberle ocurrido?

-¿Recuerdas a Enid? -le preguntó al lobo. El lobo no respondió.

Muy lejos, apareció un punto en la carretera. El punto se fue haciendo más grande.

-Algo se acerca -dijo Boone al lobo.

Se apartó de la carretera y aguardó. Vio que era un vehículo de algún tipo, avanzando sobre los raíles.

-Va en dirección contraria -le dijo al lobo.

El lobo bostezó. Parecía como si dijera: «¿Y qué importa eso? ¿Cómo sabemos cuál es la dirección correcta?»

-Supongo que no lo sabemos -dijo Boone.

El punto se convirtió en una especie de tranvía, pero un tranvía muy curioso, abierto a la intemperie aunque con un dosel a rayas cubriendo los dos asientos, uno de ellos mirando hacia delante, el otro hacia atrás. No había conductor; se movía por sí mismo.

El tranvía redujo la marcha, pero no se detuvo.

-Sube -dijo Boone al lobo.

El lobo saltó al interior y se acomodó en uno de los asientos. Boone saltó también y se sentó al lado del lobo, ambos mirando hacia delante. El tranvía aumentó su velocidad.

El tranvía era gris, por supuesto. El dosel era a rayas solamente en el sentido de que las franjas alternas eran gris claro y gris oscuro. El vehículo gris avanzó a toda velocidad a través del paisaje, con el lobo gris y el hombre gris sentados en el asiento debajo del aleteante dosel.

Finalmente, a la izquierda de los raíles y muy lejos allá delante apareció un cubo, que fue creciendo a medida que se acercaban a toda velocidad. El tranvía empezó a frenar, y ahora pudo ver que el cubo era un edificio, con tres mesas instaladas fuera y sillas alrededor de las mesas. Había alguien sentado en una de las mesas; cuando el tranvía se detuvo, Boone vio que la persona en la mesa era El Sombrero, que se había sentado al otro lado del fuego en el campamento y le había hablado de la hermandad de lobo y hombre. El gran sombrero cónico de El Sombrero era el mismo, tan enorme que descansaba sobre sus hombros y ocultaba completamente su cabeza.

El lobo saltó del tranvía y trotó hasta la mesa de El Sombrero, se sentó y miró a El Sombrero. Boone bajó más lentamente y caminó hasta la mesa, tomando la silla opuesta a El Sombrero.

Te he estado esperando, dijo El Sombrero. Me dijeron que ibas a venir.

-¿Quién te lo dijo?

Eso no importa. Lo que importa es que has llegado, y que has traído contigo a tu amigo.

-Yo no lo traje -dijo Boone-. Vino por sí mismo. Fue él quien me siguió.

Estáis hechos el uno para el otro, indicó El Sombrero. Te dije que los dos erais amigos.

-Parece que éste es un lugar donde se puede comer -dijo Boone- ¿Cómo debo hacer para conseguir algo de comida?

Tus necesidades son conocidas. Ya está en camino.

-¿Para los dos? -Boone miró al lobo.

Por supuesto. Para los dos.

Un achaparrado robot de servicio rodó saliendo por la puerta del edificio. Llevaba una bandeja entre sus cuadradas manos. Se detuvo junto a la mesa y, alzando los brazos, transfirió la bandeja a la mesa.

-Este plato es para el carnívoro -dijo el robot-. ¿Cómo debo servirlo?

-Ponlo en el suelo -dijo Boone-. Come mejor así.

-No cocí la carne.

-Está bien así. Le gusta cruda y sangrante.

-Y la corté a trozos pequeños para que pudiera manejarla mejor.

-Fue muy considerado por tu parte -dijo Boone-. Tienes el agradecimiento de los dos.

El robot colocó el gran plato de carne cruda en el suelo, y el lobo empezó a engullirla. Estaba hambriento; la tragó rápido y sin la delicadeza de masticarla.

-Tiene hambre -dijo el robot.

-Yo también -señaló Boone.

El robot descargó rápidamente la bandeja sobre la mesa frente a Boone: un enorme y chisporroteante bistec, una patata al horno con un pote de crema agria, una ensalada de queso, un plato de judías verdes, un trozo de pastel de manzana y una jarra de café.

Boone dijo a El Sombrero:

-Ésta es la primera comida civilizada que veo en una semana o más. Pero me sorprende encontrar buena cocina americana del siglo XX en un lugar como éste.

Conocemos a nuestros clientes, dijo El Sombrero. Adaptamos a ellos nuestra cocina. Sabíamos que tú y el lobo ibais a ser nuestros huéspedes.

Boone, ignorando la ensalada empezó con el bistec. Echó una cucharada de crema en la patata al horno. Preguntó, hablando con la boca llena:

-¿Puedes decirme dónde estamos? ¿O estás obligado a guardar silencio por algún estúpido voto de secreto?

En absoluto, dijo El Sombrero. Para tu conocimiento, estás en la Autopista de la Eternidad.

-Nunca he oído hablar de ella.

Por supuesto. No se supone que tengas que saber nada de ella. Ni tú ni ningún otro ser humano.

-Pero estamos aquí. El lobo y yo.

Había razones para creer que eso no ocurriría nunca, dijo tristemente El Sombrero. Los seres inferiores, pensábamos, tenían el acceso prohibido. Sin embargo, había una posibilidad entre muchos millones de que el proceso evolutivo pudiera tropezar con el tipo de fenómeno que eres tú. Hubo un tiempo en que el universo era estable. Uno podía codificar lo que podía ocurrir. Uno podía hacer planes. Pero eso ya no es así. No contigo, al menos. Los procesos biológicos al azar se han burlado de la razón.

Boone siguió comiendo. Estaba demasiado hambriento incluso para ser educado. El lobo había terminado de tragar su plato de carne y ahora se había tendido cómodamente a su lado, a sólo medio metro de distancia, de modo que estuviera cerca por si alguien traía un poco más de comida.

Su hambre había sido aplacada, pero poco más que aplacada, porque el lobo es un animal difícil de hartar hasta el punto que ya no pueda engullir un bocado más.

Boone masticó y tragó. Dijo a El Sombrero:

-¿Has dicho la Autopista a la Eternidad?

No he dicho eso. He dicho la Autopista de la Eternidad.

-Una pequeña diferencia -respondió Boone.

No tan pequeña como puedes pensar.

-Bueno, no importa -dijo Boone-. Si sigo esta carretera, ¿alcanzaré la Eternidad? ¿Y qué es la Eternidad? ¿Qué encontraré en la Eternidad? ¿Quién, te pregunto, desea alcanzar la Eternidad?

En realidad estás ya en la Eternidad, dijo El Sombrero.

¿Dónde has creído que estabas?

-No tenía ni idea -dijo Boone-. ¡Pero la Eternidad!

Es un buen lugar para estar en él, dijo El Sombrero. Es el final de todo. Cuando estás en la Eternidad, ya has llegado. No sirve de nada ir más lejos.

-¿Se supone que simplemente debo ponerme cómodo y quedarme?

Puedes hacerlo. No hay ningún otro lugar donde ir.

Había algo terriblemente equivocado en todo aquello, se dijo Boone. El Sombrero le estaba mintiendo, burlándose de él. La Eternidad no era un lugar; quizá no fuera más que algo que algún antiguo filósofo había ideado, pero no un punto en el espacio y en el tiempo. Y la carretera no terminaba en algún pequeño lugar de comidas; seguía avanzando hacia la gris distancia. Evidentemente llegaba a otros lugares.

El bistec y la patata se habían terminado. Apartó el plato a un lado y colocó la ensalada frente a él, invirtiendo el orden habitual de los platos. No le gustaba la ensalada, pero cuando tenía hambre, como había tenido y parecía tener aún, estaba dispuesto a comerla.

El Sombrero no habló durante un cierto tiempo. Cuando Boone miró al otro lado de la mesa, vio que El Sombrero había caído con su oculto rostro sobre la mesa. Sus brazos, que habían permanecido en el sobre de la mesa, se habían deslizado fuera de ella y ahora colgaban flácidos de sus hombros.

Sorprendido, Boone se puso en pie y contempló la derrumbada figura.

-¿Estás bien? -preguntó-. ¿Qué te ha ocurrido?

El Sombrero no respondió, no se movió.

Boone rodeó rápidamente la mesa, lo sujetó por los hombros y lo alzó. El Sombrero colgó flácido entre sus manos.

Muerto, pensó Boone. El Sombrero estaba muerto..., si alguna vez había estado vivo.

Lo soltó, y El Sombrero se derrumbó de nuevo sobre la mesa. Boone se dirigió al cubo y cruzó la puerta. El robot de servicio estaba de pie de espaldas a él, trasteando en lo que parecía ser una cocina.

-¡Rápido! -dijo Boone-. Le ha ocurrido algo a El Sombrero.

-Se derrumbó -dijo el robot-. Alguien dejó escapar todo su aire.

-Exacto. Creo que está muerto. ¿Cómo lo sabes?

-Ocurre -dijo el robot-. Ocurre constantemente.

-Cuando ocurre, ¿qué es lo que haces? ¿Qué se puede hacer para ayudarlo?

-No hago nada -dijo el robot-. No es ocupación mía. Yo sólo soy un robot de servicio. Todo lo que hago es aguardar la llegada de clientes por uno u otro lado de la carretera. Casi nunca lo hacen. Sigo aguardando a alguien y nunca viene nadie. Todo es lo mismo para mí. Cuando, y si, vienen, estoy aquí para servirles. Eso es todo lo que hago. No puedo hacer nada más.

-¿Y El Sombrero? ¿Qué hay con El Sombrero?

-Aparece de tanto en tanto, pero no necesita servicio. No come. Se sienta en la mesa, siempre esa misma. Nunca me habla. Se sienta en la mesa y se queda mirando la carretera. A veces se derrumba.

-¿No haces nada por él?

-¿Qué puedo hacer? Le dejo ahí, y luego, al cabo de unos minutos, unas horas o unos días, ya no está.

-¿Dónde va?

El robot se encogió de hombros, un elaborado encogerse de hombros, muy exagerado.

Boone se volvió y regresó a la puerta. Lobo había tirado de El Sombrero hasta sacarlo de la silla y estaba arrastrando su flaccidez por toda la zona, como un cachorro arrastraría, jugando, un muñeco de trapo. Arrojó a El sombrero por el aire, lo atrapó por su mitad antes de que alcanzara el suelo, y lo agitó ferozmente.

Un muñeco, pensó Boone; eso era El Sombrero, un tosco muñeco de trapo que recorría extensamente el tiempo y el espacio tal vez para servir de voz para alguien o algo, actuando como el muñeco de un desconocido ventrílocuo.

De pie junto a la mesa, viendo a Lobo jugar con el muñeco de trapo que había sido El Sombrero, sintió un estremecimiento que brotó de lo más profundo de su ser, un estremecimiento psíquico que sabía honestamente que procedía de un miedo mortal.

Cuando había llegado por primera vez a aquella región, se había preguntado a qué extraño lugar había sido lanzado. Ahora la pregunta volvió de nuevo, esta vez destilada y mezclada con un terrible asombro. La región o lugar o condición era desolada y extraña, y se preguntó por qué no se habría dado cuenta de ello antes. Se sentía desnudo y solo contra una amenaza que ni siquiera podía adivinar, aunque no había ninguna amenaza aparente y no estaba solo... Lobo estaba con él.

Lobo dejó de jugar con El Sombrero y miró por encima del caído muñeco, sonriéndole a Boone, feliz de tener un juguete, feliz de no estar solo. Boone se palmeó la cadera y Lobo acudió a la invitación para sentarse a su lado. Boone alargó una mano y acarició la cabeza de su compañero, y Lobo no se apartó.

Boone se sorprendió al descubrir que de alguna forma la frialdad se había fundido, y el paisaje gris volvía a ser de nuevo tan sólo un paisaje gris.

Lobo gimoteó. Se apretó fuertemente contra la pierna de Boone, y Boone pudo sentir el nervioso temblor del cuerpo del animal.

-¿Qué ocurre, muchacho? ¿Qué está pasando?

Lobo gimoteó de nuevo.

Boone bajó la vista hacia él y vio que la cabeza de Lobo estaba tendida hacia arriba, mirando al cielo, que no era en absoluto un cielo sino un bajo grisor que oprimía el grisor del suelo.

-No hay nada ahí arriba -dijo Boone a Lobo-. Absolutamente nada.

Mientras hablaba, sin embargo, se dio cuenta de que estaba equivocado. Había algo ahí arriba en el grisor, algo que estaba tomando lentamente forma. Era una forma oscilante, que parecía una alfombra mal tejida ondulando en el grisor.

Miró mientras la ondulante alfombra descendía más cerca del suelo, y finalmente vio que no era una alfombra, sino una red muy abierta con dos figuras aferradas a ella.

Entonces llegó hasta el suelo, oscilando al posarse, y una mujer saltó de ella y corrió hacia él con los brazos abiertos.

-¡Enid! -exclamó, avanzando también hacia ella.

Se abrazaron, y ella se apretó fuertemente contra él. Enterró el rostro contra su pecho y le dijo algo, pero sus palabras quedaban tan ahogadas que al principio fue incapaz de entenderlas. Finalmente lo consiguió.

-...tanto haberle encontrado. No quería irme y dejarle, pero usted me gritó que me fuera y salvara el viajero. Iba a volver a buscarle. Pensaba volver a buscarle, pero ocurrió algo y no pude.

-Está bien -dijo él-. Ahora está aquí, y esto es todo lo que cuenta.

-Le vi -dijo ella, alzando el rostro y mirándole directamente a los ojos-. Le vi en un lugar de grisor, y usted era gris, y había un lobo gris con usted.

-El lobo sigue aquí -dijo Boone- Es un amigo mío.

Ella retrocedió un paso y le miró fijamente.

-¿Se encuentra bien? -preguntó.

-Nunca me he sentido mejor.

-¿Qué es este lugar?

-Estamos en la Autopista de la Eternidad.

-¿Qué demonios es eso?

-No lo sé. Nunca hasta ahora pensé en ello.

-Es un lugar distinto. No es la Tierra.

-Creo que no -admitió Boone-, pero no sé dónde o qué es.

-¿Dobló usted una esquina?

-Supongo que sí. Dios sabe que lo intenté con todas mis fuerzas.

La segunda figura que había estado a bordo de la red había descendido también y se les acercaba. Tenía dos piernas y dos brazos y parecía, en otros aspectos, humanoide, pero no era humano. Su rostro era el de un caballo macilento, y su expresión era de extrema miseria. Sus orejas brotaban de ambos lados de su alargada cabeza. Tenía dos grupos de saltones ojos esparcidos por su frente. Su cuello era largo y delgado. Sus piernas estaban tan arqueadas que parecían amenazar romperse a cada paso. Sus brazos no tenían codos, sino que parecían tubos de caucho. Un par de branquias bombeaban a cada lado de su cabeza. Su cuerpo era un rechoncho barril.

-Éste es Caradecaballo -dijo Enid a Boone-. No sé cuál es su verdadero nombre, pero así es como yo le llamo, y no parece importarle. Caradecaballo, éste es Boone. El amigo del que te hablé. Al que hemos venido a buscar.

-Me alegra que lo hayamos encontrado -dijo Caradecaballo.

-Me alegro de que los dos estén aquí -respondió Boone.

El robot estaba saliendo del cubo con una bandeja en equilibrio sobre su cabeza.

-¿Tienen hambre? -preguntó Boone-. Veo que llega la comida.

-Estoy famélica -dijo Enid rápidamente.

Mientras se sentaban a la mesa, Boone se volvió hacia Caradecaballo.

-Esto es comida humana. Quizá no sea de su agrado.

-En mis vagabundeos -le aseguró Caradecaballo-, he aprendido a tragar cualquier cosa que sea nutritiva.

-No le he traído nada a usted -le dijo el robot a Boone-. Acaba de engullir una enorme comida. Le he traído al lobo otro plato de carne. Parece que sigue teniendo hambre.

-El robot depositó en el suelo el plato de carne cruda cortada para Lobo. Lobo se lanzó sobre él.

-Es un glotón -dijo Boone-. Lobo es capaz de comerse medio bisonte sin hacer ni una pausa para respirar.

-¿Es uno de los que merodeaban por el campamento?

¿Uno de los que acosaban al pobre viejo bisonte? -preguntó Enid.

-Exacto. Después de que usted se fuera..., no, antes, trabó amistad conmigo. Me desperté la primera noche y ahí estaba, nariz contra nariz frente a mí. No dije nada de ello porque creí que era una alucinación.

-Hábleme de ello. ¿Qué le ocurrió al monstruo asesino y al valiente viejo bisonte?

-Usted tiene también una historia que me gustaría oír.

-No, usted primero. Ahora estoy demasiado hambrienta para hablar.

Lobo había terminado de comer. Se alejó y empezó a jugar de nuevo con El Sombrero.

-¿Qué es esa cosa que tiene Lobo? -preguntó Enid-. Parece como un ridículo muñeco.

-Es El Sombrero. Le hablaré de él. Forma parte de mi historia.

-Adelante, pues -dijo Enid.

-Dentro de un momento. Dijo usted que me vio. En un lugar de grisor, dijo, y el lobo estaba conmigo. ¿Le importaría explicarme exactamente cómo me vio, cómo supo dónde estaba?

-En absoluto -dijo ella-. Encontré un televisor. Ya le explicaré más tarde acerca de él. El televisor te muestra lo que tú quieres ver. Basta con que pienses en ello. Así que pensé en usted, y ahí estaba usted.

-Puede que me mostrara en medio del grisor. Pero no podía haberle dicho dónde encontrarme.

-La red hizo eso -señaló Caradecaballo-. Por frágil que pueda parecer, es un mecanismo maravilloso. No, no es un mecanismo. Nada tan torpe como un mecanismo.

-Caradecaballo la hizo -indicó Enid-. La hizo con su mente y...

-Tú ayudaste -insistió Caradecaballo-. De no ser por ti, ahora no habría red. Tú pusiste el dedo para que yo pudiera hacer ese último y definitivo nudo.

-Esto suena interesante y misterioso -dijo Boone-. Háblenme de ello.

-No ahora -dijo Enid-. Primero acabaremos de comer. Ahora cuéntenos lo que le ocurrió desde que me gritó que me fuera, con el monstruo asesino cargando contra nosotros.

Boone contó todo lo ocurrido, relatando los hechos de una forma tan concisa como le fue posible. Cuando terminó, Caradecaballo apartó su plato y se secó los labios con el dorso de la mano.

Lobo había terminado al fin de jugar con El Sombrero y estaba usándolo, hecho un fardo, como almohada. Parpadeó hacia ellos con unos ojos amarillentos.

-El Sombrero, por lo que usted ha dicho, estaba vivo -dijo Enid.

-Ahora está desconectado -señaló Boone-. No sé como explicarlo mejor. No es más que una marioneta. El muñeco de un ventrílocuo.

-¿Tiene alguna idea de quién puede ser el ventrílocuo?

-Ni un asomo -dijo Boone-. Pero estamos malgastando el tiempo. Cuénteme lo que le ocurrió a usted.

Cuando ella terminó su relato, él agitó la cabeza.

-Buena parte de esto no tiene sentido. Tendría que haber alguna especie de esquema, pero no hay ninguno. Ninguno que yo pueda ver.

-Hay un esquema -dijo Caradecaballo-. Como si fuera una pulgarada de razón. Los tres nos hemos visto reunidos con el cofre que encontré en el planeta rosa y púrpura.

-Lo robaste -le dijo Enid-. No lo encontraste. Lo robaste. Sé muy bien que lo hiciste.

-Bueno, está bien, lo robé -admitió Caradecaballo-. Aunque quizá sólo lo tomé prestado. Es un término más suave y más aceptable.

Saltó de su silla y se dirigió con su renqueante paso hacia la red.

Mientras le observaban trastear con el cofre, Boone preguntó:

-¿Tiene alguna idea de qué puede ser?

-Es algo maravilloso en muchos aspectos -dijo ella-. No tengo la menor idea de lo que puede ser o cuál puede ser su origen. Pero él tiene grandes ideas y quizás un cierto conocimiento, aunque no de tipo humano.

-¿Puede confiarse en él?

-En cuanto a eso, no puedo decirlo. Tendremos que seguir adelante y vigilarle.

-Parece que a Lobo no le disgusta. No estoy seguro de que le guste, pero no muestra desagrado hacia él.

-¿Tiene confianza en Lobo?

-Hubiera podido devorarme, allá arriba en el otero. No había nada que lo detuviera. Nos habíamos quedado sin comida y él tenía hambre. Pero no creo que pensara en hacerlo ni una sola vez.

Caradecaballo regresó junto a la mesa, inclinado bajo el peso del cofre a su espalda. Lo dejó caer al suelo con un ruido sordo.

Ahora veremos -dijo.

-Con eso, ¿cabe entender que no sabes lo que es? -preguntó Enid.

-Oh, sé lo que es. Pero no su tamaño, o su forma, o la manera de utilizarlo.

Se inclinó y soltó los cierres. La tapa del cofre se abrió por sí misma como empujada desde dentro, y una masa blanda brotó de su interior. La masa se hinchó como un globo y luego se hundió, cayendo a todo alrededor del cofre, pero la blandura siguió emergiendo, como si hubiera estado comprimida dentro del cofre y ahora que había sido liberada tuviera prisa por escapar.

La masa siguió fluyendo. Inundó la zona donde se hallaban las mesas y las sillas y empezó a envolver el cubo. El robot apareció a la carga, huyendo de la invasión de la blanda masa. Boone agarró a Enid por el brazo y la arrastró hacia la carretera. Lobo llegó a la carrera para unirse a ellos. No había ninguna señal de Caradecaballo. A un lado, la red se había alzado del suelo y estaba retrocediendo, volando bajo, a unos pocos metros del suelo. Tras retroceder varios cientos de metros volvió a posarse. El frente de la masa estaba cerrándose sobre el tranvía, y el vehículo empezó a retroceder, ganando velocidad y resonando sobre sus raíles.

Ahora, sin embargo, la masa estaba cambiando de carácter. En vez de continuar como una masa sólida, estaba haciéndose porosa y parecida de algún modo a un panal. Sin embargo, seguía expandiéndose. Se arrastraba por encima del suelo y se hinchaba en el aire. Su tamaño se había incrementado enormemente. En ella aparecían puntos destellantes de luz, así como amplias zonas de tiznada negra y algunos remolinos brumosos con destellos resplandecientes. Algunos de los puntos de luz se hicieron más brillantes y otros se alejaron, volviéndose más tenues a medida que lo hacían. A través de toda la masa había una sensación de movimiento, de deriva y cambio.

-¿Sabe qué es esto? -preguntó Enid.

Boone negó con la cabeza.

-¿Ha visto a Caradecaballo? ¿Todavía está ahí?

-Sospecho que sí -dijo Boone-. El maldito estúpido se dejó atrapar.

El cofre ya no era visible. Había quedado enterrado por la masa, que estaba cambiando a una brumosa opacidad y se hacía más amplia, aunque a un ritmo más lento del que había mostrado antes. Ahora era una chispeante, resplandeciente burbuja de jabón.

-Ahí viene -dijo Enid, con voz tensa y baja. Boone miró en la dirección que señalaba su dedo y vio a Caradecaballo, débil y tenue en la burbuja, pero avanzando tenaz y dificultosamente hacia ellos.

Finalmente consiguió liberarse, como se liberaría un hombre de una masa de telarañas, y renqueó hacia ellos.

-Es la galaxia -les dijo-. Un mapa de la galaxia. Había oído hablar de tales mapas, pero nunca de ninguno como éste.

Se detuvo y les miró, sus múltiples ojos saltones más desorbitados que nunca, luego se volvió a medias y empezó a pinchar la burbuja con un dedo parecido al caucho.

-Ved las estrellas -dijo-. Algunas brillan con una feroz luminosidad, otras tan débiles que apenas pueden verse. Observad las nubes de polvo, la bruma de las nebulosas. Y aquí, esa línea blanca recta que conduce directamente al centro de la galaxia, está nuestra Autopista de la Eternidad.

-Es imposible -dijo Enid.

-Lo ves, y afirmas que es imposible. ¿Acaso no puedes ver la gloria y la inmensidad de nuestra galaxia?

-Es una galaxia, de acuerdo -dijo Boone-. Y la línea blanca está ahí, aunque nunca hubiera sospechado que fuese esta autopista donde nos hallamos.

-Lo es, te lo aseguro -insistió Caradecaballo-. En las leyendas de los míos hay una mención a una autopista que corría por entre las estrellas. Aunque las leyendas, cada una de ellas, no mencionan por qué está la autopista ahí o dónde puede conducir. Pero ahora la seguiremos. Ahora iremos y veremos.

Boone echó otra larga mirada a la masa, y no parecía haber ninguna duda de que representaba una galaxia en espiral. Su forma era aproximadamente ovalada, más gruesa en el centro que en los extremos, aunque no tan nítida y disciplinada como en las fotos que había visto de galaxias en espiral. Era claramente, sin embargo, una espiral que extendía sus brumosos brazos hacia el exterior, más delgados y menos densos que la zona central. Uno de los brazos de la espiral se retorció en el lugar donde habían estado las mesas. Aún eran visibles allí muy vagamente.

Caradecaballo se apartó de ellos y se acercó al mapa, se detuvo y lo estudió atentamente, examinándolo.

Lobo permanecía cerca de Boone y, cuando éste bajó la vista, vio los estremecimientos que recorrían todo el cuerpo del animal. No era extraño, se dijo. Aquello era impresionante para cualquiera. Bajó una mano para palmear la cabeza de Lobo.

-Tranquilo, muchacho -dijo-. Está bien. Todo está bien. -Lobo se acercó más a él, y Boone se preguntó si lo que había dicho era correcto. No estaba seguro de que todo estuviera bien.

-Él habló con usted de mapas, ¿no? -preguntó a Enid.

-Habló de un montón de cosas -dijo ella-. Algunas no tenían sentido. Al menos, así me lo pareció. No puedo recordar todo lo que dijo. Habló principalmente de mapas genéticos, de mapas implantados en su mente o en su consciencia.

Caradecaballo regresó pesadamente a su lado.

-¿Vamos a echar una mirada? preguntó.

-¿Quieres decir a esa cosa? -dijo Enid-. ¿Quieres decir meternos directamente dentro de ella?

-Por supuesto -afirmó Caradecaballo, ¿De qué otra manera sabremos? La línea blanca conduce a algún lugar.

Vamos a descubrir cuál es ese lugar. Fue puesto ahí con una finalidad.

-Podemos perdernos ahí dentro -protestó Enid-, podemos vagar durante días y días.

-No si seguimos esa línea blanca. La seguimos hacia dentro, luego la seguimos de nuevo hacia fuera.

-Si vamos a ir ahí dentro -dijo Enid-, primero quiero algo..

Y dicho eso, echó a correr rápidamente hacia la red.

Ir a echar una mirada a aquel maelstrom de brumosidad era lo último que deseaba Boone. En su superficie parecía bastante sencillo, sólo una representación estelar puesta a punto por una tecnología y un arte impensables en su tiempo. Pero había en aquel mapa algo extraño que no conseguía aprehender. ¿Y si un hombre se quedaba enredado ahí dentro sin posibilidad de salir? Si seguimos la línea blanca, había dicho Caradecaballo, todo estará bien..., siempre que la línea blanca permaneciera en su lugar. ¿Y si la línea blanca no era más que un cebo para atraer las presas a una trampa?

Enid regresó, aferrando una pequeña caja negra. La alzó para mostrársela a Boone.

-Éste es el televisor que encontré en el picnic. Pensé que valía la pena llevarlo con nosotros si íbamos a entrar en el mapa.

-Es una tontería -dijo Caradecaballo.

-No, no lo es. Me mostró donde estaba Boone y nos dijo como llegar hasta aquí. Es otro par de ojos y, ahí dentro, vamos a necesitar todos los ojos que tengamos. Te muestra lo que quieres ver.

Su alusión a otro par de ojos pensó Boone, estaba algo fuera de lugar, porque aunque ella y él solamente tenían un par de ojos cada uno, Caradecaballo tenía un doble puñado de ellos..., dos racimos de ojos que probablemente eran mucho más que el equivalente de un par de ojos humanos.

Lobo gimoteó suavemente, y Boone bajó la vista hacia él. Se dio cuenta de que Lobo estaba asustado, y si él tenía un poco de sentido común estaría tan asustado como Lobo.

-Bien, ¿viene? -preguntó Enid.

-¿Qué es lo que hay que ver allí? Caradecaballo dice que la Autopista de la Eternidad conduce a donde queramos ir, y eso es todo lo que necesitamos saber. Simplemente saltamos al tranvía y sigamos la Autopista.

-Eso es ridículo -dijo Enid-. En el tranvía, puede tomarnos media eternidad llegar a alguna parte. Cuando vayamos donde sea, viajaremos en la red, y ni el tiempo ni la distancia significan nada cuando viajas con la red.

-Eso está muy bien -dijo Boone, buscando alguna forma de retrasar el entrar en aquella locura de mapa-, pero para empezar, ¿qué es lo que estamos buscando?

-Oh, los Infinitos -dijo ella-. El planeta natal de los Infinitos. De eso se trata exactamente.

Hasta que ella pronunció la palabra, había olvidado por completo a los Infinitos. Habían pasado mucho tiempo y muchas cosas entre la primera mención de los Infinitos y ahora. Pero ella, por supuesto, no podía olvidarlos, porque había vivido siglos agazapándose contra su amenaza.

-Esto es lo primero que oigo acerca de buscar a los Infinitos -dijo-. Todos ustedes llevan años escondiéndose de ellos, y usted y yo hemos tenido que huir precipitadamente para escapar de su monstruo asesino.

-He pensado mucho al respecto -dijo ella-, y me parece que no podemos seguir ocultándonos de ellos. Así que es mejor salir a su encuentro. Tenemos la red y a Caradecaballo, y podemos encontrar a otros que nos ayuden contra ellos.

-Nunca hubiera sospechado que fuera usted tan belicosa -dijo Boone.

-¿Piensas venir o no? -preguntó Caradecaballo con voz áspera-. Si debemos ir con la red, primero necesitamos tener alguna idea de dónde nos metemos. Al menos el mapa nos dará algún indicio.

-¿Tienes plena confianza en ese mapa tuyo? -preguntó Boone-. ¿Cómo puedes estar seguro de que es exacto?

Había habido un tiempo, en la antigua Tierra, en que los cartógrafos, con mucha ligereza, habían colocado como realidades en sus mapas muchos rasgos que no eran más que mitos o productos de sus propias desbordadas imaginaciones.

-Pongo mi honor en ello -elijo Caradecaballo-. Esta construcción fue hecha por una raza erudita que sabía de lo que hablaba.

-¿Los conociste?

-Sé de ellos. Oí hablar de su existencia en las rodillas de mi abuelo, y tuve otras noticias de ellos de los sabios de mi pueblo.

Boone volvió a mirar a Lobo, y Lobo ya no estaba allí. Miró por encima del hombro y lo vio sentado a alguna distancia en la carretera. Había encontrado otra vez a El Sombrero, que ahora colgaba flácido de sus mandíbulas. Lobo no deseaba ir al mapa, y no había ninguna razón para arrastrarlo a aquel brumoso revoltijo.

-De acuerdo, Lobo -dijo-. Tú espérame aquí.

Los otros dos se estaban dirigiendo al mapa. Caradecaballo iba delante, con Enid a sus talones. Boone se apresuró para alcanzarles.

Parecía como un espacio lleno de telarañas, pero no había ninguna tela de araña. No había absolutamente nada. Cuando Boone penetró en él, dejó de sentir el suelo bajo sus pies. Era como si estuviera caminando sobre la nada o, más exactamente, como si sus pies se hubieran entumecido de pronto y no pudiera sentir nada sobre lo que los apoyaba.

A uno de sus lados ardía un gran globo rojo, y se agachó apartándose de él; al hacerlo, se encontró cara a cara con otra joya que ardía con un incandescente azul. Antes de que pudiera agacharse hacia el otro lado golpeó de frente contra ella. No hubo ninguna sensación de calor, ninguna indicación de que las estrellas estuvieran siquiera allí. Rió nerviosamente. Se había agachado ante una gigante roja y dado de bruces contra una estrella azul mucho más ardiente. ¿Contenía este mapa una representación de todas las estrellas, todos los remolinos de gas, todas las masas de polvo de la galaxia? Parecía

imposible. Creyó recordar haber leído en alguna parte, en algún tiempo olvidado, que había más de cien mil millones de estrellas en la Vía Láctea. No era posible que estuvieran todas ellas representadas en el mapa. Dado tal número, aunque las estrellas más pequeñas no fueran más que del tamaño de motas de polvo, toda aquella zona estaría apretada de una forma tan sólida que no habría manera de caminar por ella. Un tanto para la afirmación de exactitud de Caradecaballo.

-Observad la línea blanca que seguimos -dijo Caradecaballo-. Se halla a la altura de vuestras caderas, muy cerca a vuestra derecha.

Boone bajó la vista y allí estaba, una especie de hilo blanco, una línea de la vida que debía permitirles regresar al mundo gris donde les aguardaba Lobo con el flácido harapo de El Sombrero colgando de sus mandíbulas. Allí estaba el cubo y, en algún lugar cerca, el robot que podía prepararles otra comida si conseguían regresar.

No creo en nada de esto, se dijo. No creo ni una palabra. No admitiré nada de esto. Simplemente no está ocurriendo.

Pero estaba ocurriendo. Estaba caminando por un lugar donde no podía sentir el suelo cuando apoyaba el pie, avanzando a través de un área que no sólo era ilusoria, sino que también era imaginaria, donde había estrellas resplandecientes y remolinos de polvo y gas, todo lo cual uno podía ver, pero no podía tocar ni sentir. Y ahora había algo más..., un sonido, como una canción. Las estrellas le estaban cantando..., la música de las esferas, el silbar del hidrógeno, la cantinela de la radiación, el alegre sonsonete del tiempo, el cántico del espacio, el zumbido del polvo y la cantata del enorme vacío. La parte más horrible de todo ello era que no había nada allí. No existía ninguna realidad; era como máximo la magia de la representación, de una construcción que era enteramente abstracta.

Vio que se había quedado detrás de los otros dos. Apenas podía ver a Enid a través de la bruma; a Caradecaballo no podía verle en absoluto. Debemos llevar horas caminando, pensó, y eso era ridículo, porque aquel mapa dentro del que caminaban no podía tener un diámetro mucho mayor que algunas decenas de metros.

Aceleró el paso en un intento de alcanzarles. Ya no intentaba esquivar las estrellas o las telarañas de gas, porque ahora podía aceptar que no estaban allí. Pero pese a no haber nada allí, parecía existir alguna especie de sustancia que intentaba retenerle. Era como si estuviera quisiendo vadear desesperadamente un torrente tumultuoso.

Ante él se alzaba un torbellino de polvo más denso de lo ordinario. Pese a saber que no había ningún torbellino de polvo, intentó agachar la cabeza y pasar por debajo de él, pero era más profundo de lo que parecía y lo cegó. Las estrellas desaparecieron y se hundió en la oscuridad, como si se hubiera sumergido de cabeza en una pared, y sus piernas siguieron impulsándole hacia adelante, aún con la presión del desconocido torrente empujándole hacia atrás.

Salió de la nube de polvo y de nuevo hubo luz, mucha más luz de la que había habido antes. Su fuente, vio, era una estrella de brumosos bordes, cegadoramente resplandeciente, a su derecha.

A su lado Enid dijo:

-Una nova. Quizás incluso una supernova. Tan oscurecida por la nube de polvo que no puede ser vista desde la Tierra.

En el momento en que ella dijo esto vio la otra estrella que estaba tan cerca que parecía que le hubiera bastado con adelantar un poco la mano para tocarla. No era en absoluto espectacular..., una pequeña y débil estrella amarilla. Lo que llamó su atención hacia ella fue que alguien -¿alguien?- había pintado o trazado una precisa X en ella, como si alguien hubiera tomado un lápiz de afilada punta y la hubiera marcado, distinguiéndola de todas las demás estrellas de la galaxia, señalándola de modo que, cuando fuera vista de nuevo, pudiera ser reconocida como una estrella muy especial.

-Boone, ¿me escucha? -dijo Enid-. ¿Qué le ocurre?

No respondió sino que avanzó unos pasos, trazando un círculo, a fin de ver la estrella desde otro ángulo. Cuando se movió, la X se movió con él. Cambió de posición, y la X cambió también de posición. Vista desde cualquier ángulo, la X se mostraba siempre centrada en la estrella. Eso, pensó, era imposible. Tenía que tratarse de una ilusión...

Enid sujetó su brazo.

-Caradecaballo se nos ha adelantado. Y, Boone, ¿dónde está la línea? Hemos perdido la línea blanca. No se ve por ninguna parte.

Se volvió en respuesta a la presión sobre su brazo y el asomo de temor en su voz. Ella estaba mirando hacia todos lados, buscando la desaparecida blancura de la línea.

-No está aquí -dijo-. En nuestra precipitación ante todas las maravillas de este lugar... ¿Qué vamos a hacer ahora?

Boone se encogió de hombros.

-Volveremos sobre nuestros pasos y la buscaremos. La encontraremos.

Pero tenía poca confianza de que lo consiguieran. Era una línea tan delgada, tan insignificante, que tal vez no pudieran descubrirla.

A corta distancia de ellos colgaba una gran estrella blanca, girando locamente sobre su eje, mientras a su alrededor giraba otra estrella mucho más pequeña, blanca y brillante, pero con su brillo empaldecido por la quebradiza gloria de su compañera mayor. La estrella pequeña giraba tan rápido que su movimiento era como una mancha, dando vueltas en una danza loca en torno a su enorme compañera, mientras entre las dos se extendía un brillante cinturón de llameante energía que brotaba del cuerpo más grande hacia el más pequeño. Una estrella tipo B, pensó Boone, rodeada por una enana blanca.

-No podemos volver atrás -dijo Enid-. Ahora precisamente no podemos volver atrás. Tenemos que seguir y encontrar a Caradecaballo. Él nos ayudará a encontrarla línea.

Se apresuró hacia delante, y Boone la siguió. Ahora parecían estar subiendo una colina, y aquello era una locura, se dijo a sí mismo. En esta galaxia no existían las colinas. Remolinos de polvo se enroscaban en sus tobillos, y parecía como si las estrellas fueran mucho más densas ahora, y muchas de ellas tenían un intenso color rojo.

No había duda de que estaban subiendo una larga y empinada cuesta. Subieron la colina y alcanzaron la cresta. Justo al otro lado hallaron a Caradecaballo. Estaba de pie, demacrado y con los hombros hundidos, mirando directamente al frente.

Se detuvieron y miraron con él hacia la remolineante oscuridad rodeada por llameantes destellos de luz.

-¡Un torbellino! jadeó Enid-. Está girando. Es un torbellino.

-Es el núcleo de la galaxia -dijo Caradecaballo-. Es el centro de todo. Un enorme agujero negro que está devorando la galaxia. El fin de todo.

Soplaba un fuerte viento, aunque no debería haber ningún viento. Tenía la gelidez del vacío, el negro y glacial beso de la muerte. Podía ser, pensó Boone, el negro helor del derrotado Tiempo huyendo de la aniquilación que lo devoraba en su centro.

-Dijiste el fin de todo -objetó Enid-. No puede ser el fin de todo. De esta galaxia quizá. Pero hay otras galaxias. Hay un número interminable de galaxias.

-Puede que haya alguien que lo sepa -dijo Caradecaballo-. Yo no estoy entre ellos. Ni ninguno de los míos.

-¿Qué hay de los que modelaron esta cosa dentro de la que nos hallamos? ¿Los que hicieron este mapa?

-Quizá -erijo Caradecaballo-. Quizá no. Quizá la verdad sea demasiado enorme para el alma. O quizá no haya ninguna respuesta.

-Entonces al infierno con ello -dijo Boone-. Yo me vuelvo.

-No podemos volver -le recordó Enid-. Perdimos la línea. La delgada línea blanca, ¿recuerda? La perdimos.

-¿La línea? -murmuró Caradecaballo, sobresaltado-. ¿Decís que habéis perdido la línea? Me había olvidado por completo de ella.

-Nosotros también -dijo Enid.

-No puede ser un problema tan grande -dijo Boone-. Este mapa dentro del que estamos, por amplio que sea, no puede tener más de unos pocos kilómetros de diámetro, no más de tres o cuatro, quizá. Mi impresión, allá en la Autopista, era que cubría sólo unas cuantas decenas de metros. Si caminamos en línea recta en cualquier dirección, pronto saldremos de él.

-No hay líneas rectas aquí -gruñó Caradecaballo-. Sólo hay retorcidas circunvoluciones, un truco de los sentidos.

-Tu fuiste directamente hasta el centro -dijo Boone-. Caminaste delante de nosotros, directo al centro. Llegaste donde deseabas llegar. No hubo retorcidas circunvoluciones...

-Cierto -dijo Caradecaballo-. Fui al centro. Había oído leyendas. El centro tenía un gran interés, y mi intuición me llevó hasta él. Hacia mucho tiempo que había oído hablar de la negra nada y...

-Eso no es nada nuevo -dijo Boone-. La gente de mi época sabía del centro galáctico. Conocía las grandes turbulencias que se producen en los centros de la mayoría de las galaxias, y había quienes decían que eran agujeros negros y...

-Esto no nos lleva a ninguna parte -dijo Enid-. Nuestro problema es encontrar la línea blanca.

-No necesitamos encontrar la línea -dijo Boone-. Podemos salir sin ella. Todo lo que necesitamos hacer es caminar en línea recta. Si hacemos esto, llegaremos al borde.

-No me has escuchado -murmuró Caradecaballo-. Te dije que esta línea recta de la que hablas no puede existir aquí. Todo está retorcido, entrelazado, un amasijo de gran complejidad.

-¿Estás intentando decirnos que no podremos salir?

-No eso. Si efectuamos los suficientes intentos conseguiremos llegar fuera. Pero no va a ser una tarea fácil.

Todo aquello era estúpido, se dijo Boone. El problema, pese a todo aquello de la gran complejidad, era muy sencillo. Sin embargo, cuando miró a su alrededor pudo ver, en parte, lo que quería decir Caradecaballo. Había demasiados indicadores -ninguna estrella, ningún brumoso resplandor, ninguna retorcida oscuridad que pudiera recordar-, demasiados para orientarse. Y todo parecía como retorcido.

Como si captara lo que él debía estar viendo, Enid dijo:

-Realmente tiene que haber algo que podamos recordar.

-Lo hay -dijo Boone-. Hay una estrella con una X en ella.

-¿Una X?

-Sí, una X. Como si alguien hubiera pintado una X en ella. Se trata de una estrella ordinaria, una estrella muy ordinaria. Una estrella como muchas otras. Amarilla. Probablemente del tipo G, como nuestro Sol.

-Nunca me la mencionó.

-Lo olvidé cuando me dijo que habíamos perdido la línea blanca.

-¿Tú no viste ninguna estrella con una X en ella? -preguntó Caradecaballo a Enid.

-No -dijo ella-. No la vi. ¿Quién iría por ahí pintando una X en una estrella?

-¿Recuerdas alguna otra cosa? -preguntó Caradecaballo a Boone.

-No, en realidad no -dijo Boone.

-Entonces es sencillo -dijo Caradecaballo-. Yo he estado de pie en este lugar, sin moverme, contemplando el agujero negro, desde que llegué. Así que tenemos un punto de referencia. Cuando llegasteis junto a mí, ¿estaba de pie de espaldas a vosotros?

-Correcto -dijo Enid-. De espaldas a nosotros.

-Elemental, entonces -dijo Caradecaballo-. Giraremos ciento ochenta grados, y bajaremos la colina desde el lugar donde estamos ahora.

Boone se encogió de hombros. Parecía demasiado elemental. No tenía en cuenta otros factores. Pero no podía pensar en ninguna otra forma de hacerlo.

-Podemos intentarlo -dijo.

Los tres se dieron la vuelta y echaron a andar colina abajo. El descenso fue más sencillo. No había ninguna corriente en contra que les frenara. Boone seguía sin poder sentir una superficie sólida cuando apoyaba sus pies en el suelo, y las estrellas seguían cantando, pero no prestó ninguna atención a nada de aquello. Descendieron la colina, y siguieron andando. Se apresuraba, ansioso por salir de aquel laberinto de ilusión.

Tras él, Enid lanzó una repentina exclamación.

-La línea -dijo-. ¡Aquí está de nuevo la línea!

Boone se volvió en redondo y vio a los dos completamente inmóviles, como golpeados por un rayo, contemplando la línea. Miró a su izquierda, y allí también estaba la línea. El estaba a un lado y los otros dos al otro, y parecía evidente que la había cruzado sin siquiera darse cuenta.

Retrocedió hasta donde estaban ellos y los tres permanecieron unos instantes allí, contemplando la línea.

-Ahora -dijo Enid- podemos seguirla de regreso y salir allá donde entramos. Es una suerte que la hayamos encontrado.

-Es lógico que la encontráramos -dijo Boone-. Estábamos andando en línea recta.

Caradecaballo bufó.

-Línea recta, dices. Te digo y te repito...

Boone no le escuchó. Mirando colina arriba, vio de nuevo el resplandor de la nova, o quizá de la supernova, que Enid y él habían visto al subir. Aun lado había una pequeña estrella amarilla.

Empezó a subir de nuevo la colina en dirección a la estrella amarilla.

-¿Dónde va? -preguntó Enid.

-Vengan -dijo sin mirar atrás, con los ojos fijos en la pequeña estrella amarilla-. Suban aquí, y les mostraré la estrella con la X en ella.

Se sintió estúpido mientras lo decía, porque quizá no hubiera ninguna estrella con una X marcada. Había montones de estrellas amarillas. Se veían por todas partes.

Pero no había ninguna necesidad de preocuparse. Era la estrella con la X inscrita en ella.

-Ha de tener alguna importancia -dijo Caradecaballo, deteniéndose al lado de él-. De otro modo, ¿por qué estaría señalada?

-Es sólo como un millón de otras estrellas de su clase -dijo Boone-. Es por eso precisamente por lo que parece tan extraño. Por eso estuve seguro de que mis ojos me engañaban. Una de estas estrellas es simplemente igual que todas las demás.

-Quizá no sea la estrella lo importante -sugirió Caradecaballo-. Quizá tenga algún planeta, y sea el planeta el importante. Pero no podemos ver ningún planeta.

-Esperen un momento -dijo Enid-. Puede que haya un modo...

Alzó la caja negra que había llevado consigo y la apuntó a la estrella. Inmediatamente después de alzarla, dejó escapar bruscamente el aliento.

-Eso es erijo-. Hay un planeta.

Boone avanzó unos pasos detrás de ella y miró la placa visora. Mientras lo hacía, el planeta que estaba siendo mostrado se expandió hasta ocupar toda la placa. Siguió expandiéndose hasta que sólo pudieron ver una parte de su superficie..., y lo que había en esa superficie.

-Una ciudad -dijo Caradecaballo-. El planeta tiene una ciudad.

Enormes estructuras se alzaban como lanzas hacia ellos.

-Éste es -dijo Caradecaballo, con voz ronca pero alegre-. Aquí es donde tenemos que ir. Aquí es donde conduce la línea.

-¿Y cuando lleguemos allí? -preguntó Enid.

Caradecaballo respondió con otra pregunta:

-¿Quién sabe?

Y en eso tenía razón, pensó Boone: ¿quién podía saberlo hasta que hubieran ido allí? Enid bajó el televisor, y la placa se apagó.

-Volvamos aprisa -dijo Caradecaballo- siguiendo la línea. Luego subiremos a la red...

-Espera un segundo -avisó Boone- Hay algo de lo que quiero hablar. Creo que deberíamos pensar un poco en ello.

Caradecaballo, sin embargo, no parecía dispuesto a escuchar. Estaba alejándose a toda prisa, siguiendo de cerca la línea.

Boone miró a Enid.

-Tiene usted razón -dijo ella-. Debemos hablar un poco de ello.

-Entonces salgamos de aquí -dijo Boone.

Fueron más lentamente que Caradecaballo, pero aun así, se apresuraron. Los dos se sentían ansiosos por librarse del mapa.

Delante de ellos empezó a dibujarse débilmente el grisor de la tierra que habían dejado atrás. Luego captaron la masa oscura del cubo y las mesas rodeadas por las sillas. Y un poco más allá de las mesas y las sillas la silueta de Lobo, con el robot de cabeza plana de pie a su lado.

Cuando Boone sintió finalmente el impacto de la superficie bajo sus pies, supo que había dejado el mapa atrás. Avanzó unos cuantos pasos y le dijo a Lobo:

-¿Cómo estás, muchacho? ¿Cómo van las cosas? -Lobo estaba sentado sobre sus cuartos traseros. El Sombrero, aún flácido y maltratado, yacía frente a él.

No había ningún signo de Caradecaballo, pero el tranvía, observó Boone, estaba volviendo sobre sus huellas; y había alguien sentado en su asiento delantero.

10 - Timothy

La puerta se desdobló hacia fuera y se convirtió en una rampa. Horace la cruzó, pero se detuvo con sólo un pie fuera.

Tras él, Emma chilló:

-¿Dónde estamos?

-Me gustaría saberlo -dijo Horace-. No hay nadie ahí fuera para preguntar.

Aunque, se dio cuenta, cuándo hubiera sido una mejor pregunta.

Tendría que haber actuado mejor que eso, se reprochó a sí mismo. De acuerdo, se había tratado de una situación de crisis, pero tal vez hubiera habido tiempo de establecer un rumbo. De lo que no había habido tiempo, por supuesto, había sido de pensar en ello, de dar a la acción la consideración que merecía. La excesiva prisa por escapar al voraz monstruo que estaba pisándoles los talones era algo inexcusable.

No era que se hubiera asustado, se aseguró a sí mismo. No había sido más que el sólido buen sentido de sacarlos de allí tan rápidamente como fuera posible. Había muchas cosas, se dijo Horace, que podían decirse de él: pomposo, probablemente, porque a veces podía parecer un hombre pomposo; testarudo, aunque en la mayor parte de los casos la testarudez era una virtud, no un defecto; y quisquilloso, quizá, porque era un hombre muy cuidadoso en todo. Lo único que no podía decirse de él era que fuese un cobarde. Al fin y al cabo, pensó, todo había ido espléndidamente hasta que aquellos dos del siglo XX habían entrado bruscamente en escena. Aunque lo más probable era que la culpa hubiera sido de Martin. Martin tendría que haber sabido lo que estaba pasando. Pero era evidente que no lo había sabido, no había tenido el menor indicio de ello hasta que Corcoran le había comunicado que alguien estaba yendo por Londres preguntando acerca de un lugar llamado Hopkins Acre. ¿Y qué había hecho entonces? Había salido huyendo. Él y Stella. Pensando en esto, Horace se sintió mejor. Había encontrado a alguien sobre quien podía arrojar todas las culpas. Él, ahora, quedaba completamente libre de cualquier responsabilidad.

Dio unos cuantos pasos rampa abajo, pero no salió de ella por si había que efectuar alguna retirada precipitada.

El viajero estaba posado en la ladera de una colina, justo debajo de la cresta. Más abajo había un pequeño valle donde se alzaba un amplio edificio negro, de sólo un piso de altura, pero con muchos ángulos y extensiones, como si después de su construcción se hubieran añadido a la estructura original un cierto número de alas al azar.

Mientras lo contemplaba, impresionado, Horace se dio cuenta de que era uno de los muchos monasterios que habían sido edificados por los Infinitos. De hecho, puede que no fueran monasterios en su sentido estricto, pero la gente los había llamado así debido a que los Infinitos tenían un aspecto muy parecido a pequeños y renqueantes monjes.

Nada se movía en el valle. Era un lugar vacío. Aquí y allá brotaban manchones de hierba y algunos pequeños arbustos; pero no había árboles, aunque había algunos tocones semipodridos allá donde en un tiempo se habían alzado.

El sol había permanecido desde que llegaron oculto tras un denso banco de nubes. Ahora, mientras observaba, las nubes se abrieron por un instante y el sol brilló a través de ellas. A todo lo largo de la cresta de las colinas que rodeaban el valle, alzándose hasta muy arriba en el cielo, había como un destello y un parpadeo, como si alguien hubiera colgado del cielo gran número de brillantes lentejuelas.

Tras él, Timothy dijo en voz baja, como si hiciera una afirmación incuestionable:

-¿Ves?, eso es lo que queda de los millones de nuestra raza. Cada uno de esos pequeños destellos es un humano incorpóreo, puesto en su lugar y aguardando a través de toda la eternidad.

-No puedes estar seguro de eso -dijo Horace, luchando contra el horror y la belleza de aquello-. Nunca has visto un ser incorpóreo.

-He visto a nuestro hermano Henry -dijo Timothy-. Es un racimo de estos destellos, un humano que no llegó a la fase final de su incorporeidad. De haberlo conseguido, hubiera sido sólo un destello y no los muchos que es ahora.

Timothy tenía razón, se dijo Horace. Timothy tenía siempre, irritantemente, razón.

-Si he leído correctamente los diales -dijo Timothy-, hemos ido muy lejos en el futuro, unos cincuenta mil años más allá de la época en que huimos al pasado.

-Así que los Infinitos vencieron -dijo Horace- Así que éste es el fin de todo. Los humanos no los detuvimos.

Emma dijo desde la puerta:

-Los dos, apartaos del camino. Spike va a salir. No hay sitio para todos.

Horace miró rápidamente por encima del hombro. Spike, con un aspecto más parecido que nunca a un puerco espín que diera vueltas sobre sí mismo, estaba rodando ya rampa abajo. Horace saltó rápidamente al suelo por uno de los lados de la rampa, con Timothy a su lado. Spike empezó a bajar rodando la colina.

-Va a ir ahí abajo y nos traerá problemas -dijo Horace-. Siempre nos ha traído problemas. Los Infinitos del monasterio aún no nos han visto.

-No sabemos si lo han hecho o no -dijo Timothy-. Incluso puede que no haya Infinitos. Por las pruebas de ahí arriba ya han hecho su trabajo y se han marchado. Probablemente esto no sea más que una agrupación de incorpóreos. Puede que haya muchas otras diseminadas por todo el mundo.

Emma bajó la rampa para reunirse con ellos.

-Aguardamos demasiado tiempo -dijo-. Hubiéramos debido irnos antes. Entonces hubiéramos podido elegir un tiempo y un lugar y no partir de una forma tan frenética, sin saber dónde íbamos a terminar.

-Yo voy a volver tan pronto como pueda -dijo Timothy-. Cometí un error viniendo con vosotros. Allí están todos mis libros y mis notas y...

-Observé -dijo Horace fríamente- que no te entretuviste demasiado en el momento de la huida. Casi me pasaste por encima en tu carrera. Estabas más asustado que todos los demás juntos.

-No, de veras. Quizá sólo un tanto aprensivo. Un mecanismo automático de defensa, eso fue todo.

-No llegamos a enterrar a Gahan -dijo Emma-. Fue una vergüenza. Simplemente lo dejamos tendido allí, envuelto en aquella lona y con la tumba aún abierta.

Spike había alcanzado el pie de la colina y estaba rodando firmemente por la llanura hacia el monasterio.

Unas cuantas nubes como flecos habían vuelto a cubrir el sol. El brillante destellar del encaje cristalino que coronaba las colinas y flotaba en el cielo era ahora menos intenso.

Timothy lo miró especulativamente.

-Sólo motas de pensamiento -dijo-. Filósofos del tamaño de granos de polvo. Diminutos teóricos generando sueños de grandeza. Ninguna función física que considerar, sólo la finamente sintonizada obra de la mente humana...

-¡Oh, cállate! -gritó Horace.

Algo crujó en la colina encima de ellos, y una piedra suelta cayó rodando y rebotando por la ladera. Los tres se volvieron en dirección al sonido y el movimiento. Un robot descendía por la colina hacia ellos. Su cuerpo metálico brillaba mate a la débil luz del sol, y llevaba un hacha al hombro.

Alzó una mano en un saludo dirigido a ellos.

-Bienvenidos, humanos -dijo con voz profunda-. Ha pasado mucho tiempo desde que vimos a uno de ustedes.

-¿Vimos? -interrogó Horace- Entonces, no estás solo.

El robot acabó de bajar la ladera y se detuvo en una posición en la que estaba ligeramente más abajo que ellos, tras girar un poco para mirarlos de frente.

-Somos muchos -dijo el robot-. Se ha difundido la noticia de su presencia y hay otros viniendo, agradecidos de la oportunidad de verles.

-Entonces, ¿no hay humanos aquí?

-Unos pocos, pero sólo unos pocos -dijo el robot-. Muy dispersos, ocultándose. Un pequeño grupo aquí, otro allí, nunca demasiados. En cambio hay demasiados de nosotros ahora. Muy pocos disponemos de humanos a los que podamos servir.

-Así, ¿cómo pasáis vuestro tiempo? -preguntó Horace.

-Talamos árboles -dijo el robot-. Talamos todos los que podemos. Pero hay demasiados; no podemos talarlos todos.

-No lo entiendo -dijo Timothy-. Una vez los habéis talado, ¿qué hacéis con ellos?

-Los reunimos y les prendemos fuego cuando se han secado lo suficiente como para arder. Los destruimos.

Apareció otro robot bajando la ladera, y se alineó al lado del primero. Se quitó el hacha del hombro y, apoyando su cabeza en el suelo, se reclinó en el mango.

Continuó como si hubiera sido él, y no el primer robot, quien hubiera estado hablando:

-El trabajo es arduo, porque no disponemos de ninguno de los maravillosos mecanismos ahorratrabajo que ustedes los humanos diseñaron. Hubo un tiempo que teníamos robots con conocimientos técnicos, pero todos ellos han desaparecido ahora. Una vez los humanos se retiraron a la sencilla vida de cultivar sus mentes, ya no hubo necesidad de ellos. Todo lo que necesitaban los humanos era robots muy simples: jardineros, cocineros y otros semejantes. Ésos fueron los únicos que quedaron, cuando los humanos empezaron a desaparecer.

Otros robots estaban bajando la ladera, llevando cada uno de ellos una herramienta. Llegaban solos y en grupos de dos y tres, y todos se fueron agrupando detrás de los dos que estaban frente a los humanos.

-Pero dime -indicó Timothy-, ¿por qué esta abnegada devoción a la destrucción de los árboles? No hacéis uso de ellos una vez los habéis cortado. Seguro que no tenéis nada contra los árboles.

-Son el enemigo -dijo el primer robot-. Luchamos contra ellos por nuestros derechos.

-Esto suena a locura -exclamó Horace-. ¿Cómo pueden unos simples y modestos árboles ser vuestros enemigos?

-Seguro que saben ustedes -dijo el segundo robot que, una vez se fueron los hombres, y ahora se han ido ya casi por completo, los árboles les sustituyeron como la raza dominante sobre la Tierra.

-Algo he oído decir al respecto -admitió Timothy a los robots reunidos-. Charlas intrascendentes y especulativas. Nunca les presté mucha atención, aunque nuestra hermana Enid la considera una idea espléndida. Opina que, como raza dominante, los árboles nunca serán agresivos y harán muy poco para interferir con las demás formas de vida.

-Todo esto es charlatanería -exclamó Horace- Enid es famosa por sus extravagantes ideas. Un árbol no tiene sentidos..., ningún sentido en absoluto. No puede hacer nada. Permanece en el lugar donde ha brotado y crece, y eso es todo lo que hace. Al cabo de un tiempo, cae y se pudre, y ése es su final.

-Hay algunos cuentos de hadas -apuntó Emma, con su voz más tímida, lo cual quería decir muy tímida.

-Los cuentos de hadas no son más que tonterías -exclamó Horace-. Todo esto es una tontería. Nadie excepto un estúpido robot puede creerlo.

-Nosotros no somos estúpidos, señor -dijo el segundo robot.

-Supongo -señaló Timothy- que vuestra animosidad hacia los árboles es causada por la creencia de que debéis ser vosotros quienes sucedáis a los humanos.

-Oh, sí, por supuesto -dijo el primer robot-. Eso es exactamente lo que pensamos. Es razonable que seamos nosotros quienes ocupemos el lugar de los humanos. Somos una extensión de la raza. Fuimos hechos a imagen de la raza. Pensamos igual que los humanos, y nuestro comportamiento está programado de acuerdo con el comportamiento humano. Somos los herederos de los humanos, y hemos sido despojados de nuestra herencia.

-Spike vuelve -dijo Emma-. Y hay algo con él.

-No lo veo -observó Horace.

-Vienen desde el extremo más alejado del monasterio. La cosa que va con Spike es mayor que él. Va a su lado. Sedirigen hacia aquí.

Horace entrecerró los ojos y finalmente pudo verlos a los dos. Reconoció inmediatamente a Spike por sus movimientos saltarines y erráticos, pero durante un tiempo no pudo discernir qué era lo otro. Luego algo destelló a los débiles rayos del sol, y ya no hubo ninguna duda. Incluso desde aquella distancia pudo ver la telaraña y el único y brillante ojo.

-Es un monstruo asesino -dijo Emma-. Spike está jugando con un monstruo asesino. Juega con cualquier cosa.

-No está jugando con él -dijo Horace, atragantándose con la repentina ira-. Está guiándolo. Lo está conduciendo hacia nosotros.

Ladera abajo, observó, había ahora menos robots de los que había habido antes. Cuando los miró vio que se iban marchando, alejándose aisladamente y en grupos de dos y tres, sin parecer apresurarse, sino simplemente marchándose colina arriba.

-¿Qué clase de armas pusiste en el viajero? -preguntó a Timothy.

-No puse armas -respondió Timothy-. Tú te ocupaste de ese detalle. Tú entraste a saco en mi colección de armas sin decirme ni una palabra. Simplemente cogiste las que quisiste, como si te pertenecieran.

-Todos los robots se están marchando -dijo Emma con voz aguda-. Se van corriendo. No nos ayudarán.

Horace bufó.

-Nunca pensé que lo hicieran. Son una tribu de cobardes. Nunca conté con ellos.

Empezó a subir decididamente la rampa.

-Creo que había un treinta cero seis -dijo-. No es el calibre que me hubiera gustado, pero si los cartuchos son de gran potencia podrá detener casi cualquier cosa.

-Lo mejor que podemos hacer -gimió Emma- es meternos en el viajero e irnos.

-No podemos irnos sin Spike -dijo secamente Timothy-. Es uno de nosotros.

-Es el que está causando todos los problemas -señaló Emma ásperamente-. Siempre está causando problemas.

Todos los robots se habían ido. La ladera debajo del viajero estaba vacía; no había quedado ninguno. No importaba, se dijo Horace tras echar una rápida mirada a su alrededor. Aunque se hubieran quedado, no hubieran sido de ninguna ayuda. Eran una gente débil.

El monstruo, conducido por Spike, estaba ahora más cerca. Los dos habían recorrido la mitad de la distancia entre el monasterio y el pie de la colina.

Horace dio media vuelta y acabó de subir la rampa hasta el interior del viajero. Las escopetas estaban allí, como había pensado que estarían, con los cañones asomando debajo del montón de mantas..., una escopeta y un rifle del 30.06.

Tomó el 30.06 y lo abrió. Había un cartucho en la recámara, y el cargador estaba lleno.

Durante un corto tiempo hubo una débil conmoción en alguna parte fuera, el blando sonido de pies corriendo y el repiquetear de las piedras rebotando colina abajo. Horace fue consciente de ello mientras inspeccionaba el rifle, pero ahora, de pronto, la conmoción se hizo más intensa. Una piedra bastante mayor que las anteriores golpeó con un fuerte sonido metálico contra el viajero. Fuera, Emma estaba gritando algo, aunque no pudo entender las palabras.

Se dio rápidamente la vuelta y se dirigió a la salida. De fuera le llegó no sólo los gritos de Emma, sino también el resonar de muchos pies y el sonido sordo de objetos pesados arrojados contra el suelo.

No podía tratarse del monstruo asesino que era conducido colina arriba por aquel innombrablemente perverso Spike, porque cuando Horace se había metido en el viajero ambos estaban aún a mucha distancia en la llanura.

Cuando puso el pie en la rampa vio una escena de desatino, con lo que parecían ser centenares de robots, muchos de ellos cargados con herramientas o troncos. Aquéllos con troncos los llevaban diligentemente hacia distintos lugares, donde dejaban caer su carga al suelo antes de volverse rápidamente y marchar de nuevo colina arriba.

Otros robots con palas, picos, mazos o hachas estaban haciendo volar la tierra en todas direcciones mientras trabajaban.

Largos troncos eran metidos en profundos hoyos abiertos en el suelo, inclinados en ángulo agudo respecto al desnivel de la ladera. Otros troncos eran transformados por rápidas y brillantes hachas en tablones cuadrados. Los taladros mordían la madera, practicando agujeros donde eran metidas recias clavijas también de madera, mientras otros grupos de robots alzaban los troncos a sus lugares, formando lo que a primera vista parecía una insensata estructura.

Timothy dijo suavemente:

-¿Te das cuenta de que estamos presenciando la creación de una línea romana de defensa? Cortas fortificaciones flanqueándose unas a otras, con zanjas cavadas delante de cada una de ellas, situadas de modo que se apoyen las unas en las otras. Esas otras estructuras son catapultas, diseñadas para desbaratar un ataque enemigo en masa. Es probable que la defensa conjunta esté basada en un modelo romano clásico. De todos modos, parece que se están pasando.

A todo alrededor de la línea de colinas que cerraba el valle circular donde se alzaba el monasterio, otros grupos de robots se dedicaban a sus tareas. Aquí y allá empezaban a brotar columnas de humo de las fogatas que los robots habían prendido. Si todos aquellos signos querían decir algo, aquella legión de robots se estaba preparando para quedarse.

-No puedo creer que estos robots sean estudiosos de la historia romana -dijo Timothy-. La historia del imperio romano no es más que una pulgarada de historia entre un montón de polvo en esta época. Pero el mismo modo de pensar y los mismos principios de ingeniería son tan básicos hoy como lo fueron en los tiempos antiguos.

-¿Pero por qué? -exclamó Emma-. ¿Por qué nos hacen esto a nosotros?

-No a nosotros, tonta -gritó Horace-. Lo están haciendo por nosotros. Nos están protegiendo. Innesariamente. -Agitó el rifle en un apretado puño alzado por encima de su cabeza-. Podemos protegernos sin recurrir a su interferencia.

Allá en la llanura más allá de la ladera zigzagueaba un pequeño torbellino de polvo, yendo de aquí para allá.

-Son Spike y el monstruo -explicó Timothy-. El monstruo, al darse cuenta de lo que ocurre, está intentando retroceder, probablemente de vuelta a la seguridad del monasterio. Spike está decidido en cambio a llevarlo colina arriba.

-Todo esto es absurdo -rugió Horace- ¿Por qué querría Spike llevar el monstruo hasta nosotros? Sabe qué tipo de cosa es.

-Spike siempre ha estado loco -dijo Emma-. David acostumbraba a ir con él de tanto en tanto, y Henry siempre tenía alguna buena palabra hacia él. Pero para mí siempre ha sido una completa nulidad.

Uno de los robots subía la colina hacia ellos.

El robot se detuvo bruscamente al pie de la rampa donde se hallaba Horace. Juntó los talones con un recio cliqueteo y alzó su brazo derecho en un brusco saludo. Mirando directamente a Horace en la rampa, dijo:

-La situación está controlada, señor. La tenemos bien por la mano.

-¿A qué situación te refieres? -preguntó Horace.

-Oh, los Infinitos -dijo el robot-. ¡Los sucios Infinitos!

-Ni siquiera estamos seguros de que haya Infinitos aquí -dijo Timothy-. Todo lo que vimos fue al monstruo asesino.

-Ahí está el monasterio, señor -dijo rígidamente el robot, como si se sintiera mortificado por el hecho de que alguien dudara de su palabra-. Donde hay un monasterio siempre hay Infinitos. Llevamos años vigilando este lugar. Lo hemos tenido bajo observación.

-¿Cuántos Infinitos habéis visto? -preguntó Horace.

-Ni uno solo, señor. Hasta ahora no hemos visto ninguno.

-¿Durante cuánto tiempo habéis estado vigilándolo?

-No todo el tiempo, por supuesto. Pero periódicamente, desde hace doscientos años o así.

-¿En dos siglos no habéis visto ningún Infinito?

-Sí, eso es cierto, señor. Pero si hubiéramos estado vigilando todo el tiempo...

-Oh, ya basta -dijo Emma-. Deja todos estos estúpidos juegos.

El robot se envaró violentamente.

-Mi nombre es Conrad -dijo-, y soy el comandante de este ejercicio. No estamos haciendo más que cumplir con nuestra función primaria, la protección y el cuidado de la raza humana, llevando a cabo nuestro deber, me atrevería a decir, con exacta competencia y diligencia.

-Muy bien, Conrad -dijo Horace- Por favor, sigue con ello.

EL monstruo y Spike habían cesado en su polvoriento valsear allá abajo y estaban el uno junto al otro, sin que ninguno de los dos se moviera. Los robots, tantos ahora que las colinas que rodeaban el valle parecían cubiertas por ellos, seguían construyendo

enérgicamente una sólida defensa, formando un anillo en torno al valle central donde se erguía el monasterio.

-Bien, supongo que no hay nada que podamos hacer -dijo Emma-. Quizá será mejor que vaya a preparar algo de cenar. ¿Alguno de vosotros tiene hambre?

-Yo -dijo Horace. Siempre tenía hambre.

Emma subió rápidamente la rampa, y Horace acabó de bajarla para reunirse con Timothy.

-¿Qué piensas de todo esto? -preguntó.

-Me dan lástima -dijo Timothy-. Llevan aquí siglos sin ningún humano al que cuidar.

-Y, de pronto, nos presentamos nosotros -dijo Horace-, caídos del cielo sobre su regazo.

-Eso es. Ningún humano en absoluto y luego, de pronto, tres humanos que para ellos parecen absolutamente indefensos enfrentándose casi en seguida a una amenaza. En parte una amenaza imaginaria, puesto que parece casi definitivo que no hay Infinitos. Pero el monstruo asesino es bastante real, y extremadamente peligroso.

-Así que se han vuelto locos.

-Es natural. Tienen que estarlo, después de años y años sin ningún trabajo.

-No han estado ociosos. Cortan todo árbol que encuentran, hacen montones con ellos y atienden las hogueras mientras queman los troncos.

-Buscan un trabajo -dijo Timothy- Para realizarlo, para poder dedicarse a él, tienen que convencerse a sí mismos de que los árboles pretenden sustituir a los humanos como la fuerza viva dominante del planeta.

-No crees en ese asunto de los árboles, ¿verdad?

Bien, si quieres que te diga la verdad, no sé qué pensar al respecto. El que los árboles asuman una posición de dominio tiene un cierto atractivo para mí. Probablemente se desenvuelvan mejor que los humanos, los dinosaurios o los trilobites, todos los cuales terminaron bastante mal.

-Toda ésta idea es una locura -protestó Horace-. Seguirán como están ahora, sin llegar a ninguna parte.

-Olvidas que tendrán miles de millones de años por delante -dijo Timothy-. Pueden permitirse el sentarse y dejar que la evolución tenga su oportunidad. Ése fue el problema con la raza humana. No pudimos esperar, así que cortocircuitamos la evolución. Pero es un error acusar a la evolución de ser demasiado lenta. Mira lo que hizo en menos de mil millones de años, desde la primera chispa de vida hasta el animal más inteligente. Uno que demostró ser demasiado inteligente para su propia seguridad...

-Ya estás de nuevo echando tierra sobre tu raza -gruñó Horace.

Timothy se encogió de hombros. Quizá, se dijo a sí mismo, Horace tuviera razón. Estaba echando tierra sobre la raza humana. Pero el hecho era que se había destruido a sí misma. Los hombres habían sido una chapucera pandilla de primates. En el transcurso de la historia humana había habido gloria y grandes logros, pero también había habido demasiados errores fatales. El hombre había cometido todos los errores posibles.

El sol estaba ocultándose detrás de las colinas occidentales. Timothy caminó lentamente ladera abajo, dejando a Horace detrás. Cuando se acercó a la primera fortificación, los robots que trabajaban allí soltaron sus herramientas y se pusieron rápidamente en posición de firmes.

-Está bien -dijo Timothy- No me prestéis atención. Seguid con vuestro trabajo. Hay que felicitarlos. Lo estáis haciendo muy bien.

Los robots reanudaron su trabajo. Conrad, al ver a Timothy, se apresuró a ir a su encuentro colina arriba.

-Señor -dijo-, ya los tenemos rodeados por todos lados. Los tenemos dominados. Si hacen un solo movimiento, caeremos sobre ellos.

-Buen trabajo, capitán -dijo Timothy.

-Señor, no soy capitán -dijo Conrad-. Soy coronel. Ése es mi grado, señor.

-Ha sido un error por mi parte -dijo Timothy-. Pido disculpas. No pretendía ofender.

-No ha ofendido, señor -dijo el coronel.

Desde la puerta del viajero, Emma señaló que la cena estaba lista.

Timothy se dio la vuelta y volvió a subir apresuradamente la colina. Tenía hambre; había pasado mucho tiempo desde la última vez que había comido algo.

Emma había colocado sobre la mesa, una bandeja de queso, otra de jamón, una gran jarra de mermelada y pan.

-Apañaos como podáis -dijo a los otros dos-. Está todo frío. O bien la cocina no funciona, o no sé hacerla funcionar. Se ha resistido a todos mis esfuerzos.

-Nos las apañaremos -dijo Horace.

-Tendréis que beber agua -se quejó Emma-. Hay té y café, pero sin la cocina...

-Está bien -la tranquilizó Timothy- No pienses más en ello.

-He buscado por si había cerveza. Pero no he encontrado.

-El agua servirá -dijo Horace.

Se sentaron y empezaron a comer. No estaba tan mal. El queso era curado y se desmigaba, pero se fundía en la lengua, y el jamón era sabroso. La mermelada era de zarzamora y, pese a sus muchas semillas, era excelente; el pan denso y de corteza crujiente.

Emma mordisqueó una loncha de queso y comió una rebanada de pan untada con mermelada. Entre dos mordiscos preguntó:

-¿Qué haremos ahora?

-Por el momento -dijo Horace- nos quedaremos aquí. Este viajero es lujoso según todos los estándares. Nos servirá como refugio y base de operaciones.

-¿Durante cuánto tiempo? -protestó Emma-. No me gusta este lugar.

-Hasta que sepamos qué ocurre. Esta situación de ahí fuera me parece caótica, pero dentro de pocos días puede resolverse por sí misma, y entonces sabremos lo que debemos hacer.

-Por mi parte -dijo Timothy-, pienso regresar tan pronto como sea posible.

-¿Regresar dónde? -preguntó Emma.

-A Hopkins Acre. Nunca quise irme. Si hubiera tenido tiempo de pensarlo, jamás me hubiera ido.

-¡Pero el monstruo! exclamó Emma, horrorizada.

-Cuando vuelva, el monstruo ya se habrá ido.

-¿Por qué quieres volver? -preguntó Emma-. No puedo entenderlo. Puede ser peligroso allí.

-Mis libros están allí -dijo Timothy-. Y las notas que acumulé a lo largo de los años. Todavía tengo trabajo que hacer.

-Tu trabajo ha terminado -dijo secamente Horace.

-No, no ha terminado. Todavía queda mucho por hacer.

-Estabas trabajando para un futuro hipotético. Creías que podías hallar una forma en que los humanos pudieran invertir su curso, aprovecharse de los antiguos errores para empezar de nuevo. ¿No comprendes que has fracasado? Éste es tu futuro, y en él la humanidad, o la mayor parte de ella, se ha visto convertida en esos puntitos brillantes de luz que ves arriba en el cielo. Los Infinitos han hecho su trabajo y se han ido.

-Pero todavía queda alguna gente. Podemos volver a empezar.

-No hay suficiente -dijo Horace- Unos pocos aquí, otros pocos allá, todos ellos ocultándose. Algunos en el pasado, algunos en el presente. La base genética es demasiado pequeña para volver a empezar.

-No sirve de nada discutir con él -dijo Emma-. Es testarudo. Una vez se le mete una idea en la cabeza, nunca la soltará. Por mucho que argumentes con él no le convencerás de otra cosa.

-Hablaremos de nuevo mañana -dijo Horace-. Después de una buena noche de sueño. Timothy se puso en pie.

-¿Puedo coger algunas mantas? Pasaré la noche fuera.

El tiempo es benigno, no hace mucho frío. Dormiré bajo las estrellas.

Emma le dio unas mantas.

-No vayas muy lejos -le advirtió.

-Nunca me alejo demasiado -respondió él.

Había llegado la noche. La oscuridad del monasterio había sido tragada por la oscuridad que le rodeaba. Los fuegos de los robots brillaban en todas las colinas, y sobre todo ello flotaba el parpadear del cielo. Timothy alzó la vista y pudo ver algunas estrellas, pero sólo unas cuantas de las más brillantes, porque el resplandor de los puntos de luz servía para apagar las más débiles.

Encontró una pequeña terraza en la colina parecida a un amplio banco. Estaba bastante nivelada y serviría como cama. Dobló una de las mantas sobre el suelo como protección y se echó la otra por encima.

Se tendió de espaldas, boca arriba, contemplando los brillantes puntos en el cielo. Se sintió satisfecho de mirar. Allí arriba veía la fase final de la raza humana. Como segmentos de pensamiento puro, la humanidad podía sobrevivir a la extinción tanto del tiempo como del espacio al final del universo. La inteligencia del hombre permanecería intocada en el vacío y persistiría eternamente. ¿Pero persistiría para qué? Intentó conjurar lo que podía ocurrir, si realmente ocurriría algo, después de que tiempo y espacio hubieran desaparecido. No pudo pensar en nada.

Había dicho a Horace que los hombres se habían sentido impacientes con la evolución, que no se habían contentado con esperar. ¿Se había equivocado diciendo aquello? ¿Habían sido las obras que los hombres habían creado y los sueños que habían mantenido tan realmente evolutivos como el lento proceso por el que la pequeña pulsación de la vida había llegado hasta el propio hombre? ¿Acaso la intervención de los Infinitos no había hecho más que ayudar al hombre a lo largo del sendero evolutivo que se suponía iba a seguir? ¿Había estado aquella primera y ligera agitación de la vida en algún somero mar dirigida irrevocablemente a las resplandecientes chispas esparcidas ahora sobre su cabeza? ¿Podía el universo, en toda su gloria y maravilla, haber sido sólo un invernadero en el que incubar la inteligencia?

Si aquello era cierto, entonces la raza humana había sido el Pueblo Elegido. Sin embargo, podía ser que no hubiera un solo Pueblo Elegido, sino muchos Pueblos Elegidos. Antes qué confiar en una sola raza, era posible que se hubiera producido un intento de desarrollar muchas inteligencias distintas, porque no se podía confiar en una sola para que sobreviviera. A través de estúpidos, quizá inevitables errores, muchas de ellas podían haber muerto por el camino. Otras podían haber tomado desvíos tan desfavorables que la eliminación deliberada fuera la única respuesta. Como muchos animales de la Tierra, que ponían miles de huevos para asegurar que algunos pocos individuos de su progenie sobrevivieran hasta la edad adulta, así debía haber desarrollado la evolución un enorme número de razas inteligentes para asegurarse de que, al final, unas pocas pudieran alcanzar el pleno desarrollo.

No era posible, se dijo a sí mismo Timothy. Aquello era una estupidez, un pensamiento loco que no merecía ser considerado ni por un momento.

¿Pero por qué había dado la humanidad un paso así en un momento en que las estrellas estaban firmemente a su alcance y cuando la humanidad parecía a punto de recoger los beneficios del viaje a lo largo de la autopista de la tecnología? ¿Por qué había flaqueado el hombre? ¿Había sido un cansancio racial, un retirarse de una responsabilidad implicada que, a la luz de pasados logros, debería sentirse completamente capaz y ansioso de asumir? De pie frente al ilimitado espacio y las

oportunidades que se extendían ante él, ¿había retrocedido el hombre por temor al fracaso? ¿O por temor a alguna otra cosa?

Timothy intentó detener aquellos pensamientos y dejar su mente en blanco, porque se dio cuenta de que todo lo que estaba haciendo era edificar una turbadora confusión dentro de sí mismo, y que no había conclusiones que alcanzar. Cerró los ojos y luchó por eliminar las tensiones de su cuerpo. Finalmente los pensamientos que se habían estado formando en su cerebro se apaciguaron. Se quedó dormido, pero fue un sueño inquieto. Una y otra vez se despertó a medias, desconcertado ante dónde se hallaba, escuchando los susurros y murmullos de la legión que seguía trabajando en los fuertes, inquieto ante las pulsantes ondulaciones en el cielo..., para luego, recordando dónde estaba, volver a dormirse.

Luego alguien le estaba sacudiendo por los hombros y hablándole con irritada voz.

-¡Timothy, despierta! ¡Despierta, Timothy! Spike ha desaparecido.

Se sentó, echando a un lado la manta que lo cubría e interrogándose acerca de la urgencia de la voz, sabiendo que era Emma quien lo había despertado para decirle que Spike había desaparecido. Se sintió considerablemente desconcertado. Spike siempre estaba desapareciendo. Allá en Hopkins Acre, Spike estaba fuera buena parte del tiempo. No le veían durante varios días consecutivos, y nunca nadie se había preocupado por él. En cualquier momento, a su propio aire, aparecía de nuevo, como siempre, sin haber sufrido jamás ningún daño durante su ausencia.

El paisaje tenía un color plateado a la primera luz del amanecer. El suelo del valle seguía aún medio sumido en la oscuridad. El humo ascendía en tenues volutas de los fuegos encendidos entre los fuertes. ¿Por qué, se preguntó Timothy, se preocupaban tanto los robots en encender fuegos? Ciertamente no para cocinar, porque nunca comían. Probablemente aquel encender fuegos era sólo otra evidencia de la omnipresente urgencia de los robots en imitar al hombre mono, su creador.

Horace estaba de pie a unos treinta metros o así, hablando con Conrad y un grupo de otros robots. Horace estaba gritando hoscamente, pero eso no significaba nada. Horace gritaba siempre, y su voz siempre era hosca, una estudiada afectación para demostrar lo duro que era.

Emma gimió a Timothy:

-Spike está ocasionando problemas de nuevo. Siempre ocasiona problemas. No sé por qué lo hemos soportado durante todos esos años.

Timothy se puso tambaleante en pie. Alzó los puños para frotarse los soñolientos ojos, luego se dirigió lentamente hacia Horace y los robots.

Al oírle acercarse, Horace se volvió hacia él.

-Es Spike de nuevo -gritó-. Está jugando, como siempre. Se halla oculto en alguna parte. Cree que vamos a ir a buscarle. Jugando al escondite.

Conrad habló en voz más baja que Horace, pero sus palabras fueron claras.

-El único lugar donde puede estar es en el monasterio. Tanto él como el monstruo han desaparecido. Están en el monasterio.

-Bien -chilló Horace-, entonces, ¿por qué nos molestáis? ¿Por qué no vais y lo buscáis en el monasterio?

-No yo -dijo el robot al mando-. El monasterio no es asunto nuestro. Es asunto de los humanos. Si ustedes van, nosotros iremos con ustedes, pero no iremos solos.

Timothy se unió al grupo.

-¿Estás seguro -preguntó a Conrad- que no se ha escurrido entre vuestras líneas?

-Hubiera sido imposible. Estuvimos de guardia toda la noche. Los tuvimos vigilados a los dos todo el tiempo; luego, de pronto, desaparecieron.

-¿Qué estuvieron haciendo durante todo el tiempo que los estuvisteis vigilando?

-Parecía como si jugaran. Estaban persiguiéndose, primero el uno, luego el otro. Lo iban haciendo por turnos.

-Spike es un diablo en el juego del escondite -dijo Horace- No hay nada que le guste más. No voy a perder mi tiempo con él. Dentro de poco se cansará y volverá arrastrándose.

-Nos ha engañado durante años -dijo Emma, uniéndose a ellos-. Volverá a engañarnos otra vez si lo buscamos.

-Esta situación es ligeramente distinta -dijo Timothy-. Creo que deberíamos ir a echar un vistazo. Esta vez puede que esté en dificultades.

-¡No! -aulló Horace- ¡En absoluto! No pienso dar ni un maldito paso.

-Quizá Timothy tenga razón -dijo débilmente Emma, no muy convencida de que debiera decir aquello-. Después de todo, es de la familia. Le dejamos quedarse con nosotros.

-Si tú no quieres ir -le dijo Timothy a Horace-, entonces iré yo solo. Vosotros dos podéis quedaros aquí. Dame el rifle.

Horace dio un largo paso hacia atrás.

-No pienso dártelo. No sabes cómo manejarlo. Terminarías volándote un pie.

-Es mi rifle, Horace.

-Sí, te pertenece. Lo cual no quiere decir que sepas cómo usarlo.

-Entonces iré sin él.

-¡No, no lo harás! -chilló Horace- No te dejaré ir solo. No hay forma de decir en qué lío puedes meterte si no tienes a nadie a tu lado que te saque de él.

-Si vas con él -le dijo Emma a Horace-, entonces yo vengo con vosotros. No voy a quedarme sola en este aullante sitio.

-Tengo que darte las gracias -dijo Timothy, dirigiéndose a Horace- Me encantará que vengas conmigo.

-Organizaré la compañía -dijo Conrad- para proporcionarles apoyo.

-No hay ninguna necesidad -dijo rígidamente Horace.

-Insisto -dijo Conrad-. Nosotros somos los encargados de proporcionar protección aquí. Seguiremos proporcionándola.

Conrad se volvió y empezó a dar secas órdenes. Los robots se dispusieron en línea, rígidamente firmes, cada uno con la herramienta que llevaba al hombro: una pala aquí, una palanca allí, picos, un pesado mazo, una taladradora neumática...

-Puesto que estás decidido a que todos quedemos como unos estúpidos -gruñó Horace a Timothy-, vayamos a por ello.

Timothy echó a andar ladera abajo, con Horace, con el rifle cargado cruzado sobre su pecho, a un lado y Emma caminando a trompicones detrás. En retaguardia iba la resonante legión de robots, con los sargentos o sus equivalentes marcando el paso.

Timothy descendió la ladera, luchando contra los tramos más empinados, clavando los talones para mantener el equilibrio. Pequeñas piedras y guijarros soltados por la marcha de los legionarios pasaban rodando por su lado, saltando y rebotando y levantando pequeñas nubecillas de polvo.

¿Dónde estaba Henry?, se preguntó. Si Henry estuviera allí, podría infiltrarse en el monasterio y espiar el lugar.

Luego, si era necesario que los demás entraran, al menos no lo harían a ciegas.

Alcanzaron el fondo de la colina, y la compañía de robots se escindió en dos filas para avanzar a ambos lados de ellos hacia el monasterio.

Conrad, que avanzaba a largas zancadas a la cabeza, restalló una orden, y las dos filas de robots se detuvieron.

-Esperen aquí -dijo-. Enviaré exploradores.

Gritó otra orden, y cuatro robots avanzaron corriendo a la cabeza.

-Tiene que haber una puerta, quizá más de una puerta -dijo Conrad-. Tiene que haber alguna forma de entrar.

-Esto es una estupidez -protestó Horace- No hay ningún peligro.

-No uno que podamos ver -admitió Conrad-, pero siempre hay una posibilidad de peligro en toda situación nueva. Puede tratarse incluso de un intento planeado y estudiado para hacer parecer que no hay ningún peligro. En cualquier caso, no hace daño un poco de precaución.

Timothy se volvió para mirar por encima del hombro. Había otros robots de camino para unirse a ellos. Estaban cruzando las líneas de defensa que habían construido en la colina, corriendo alocadamente hacia ellos. Otros avanzaban por la llanura, apresurándose a reunirse con la escuadra de Conrad.

-Los demás están uniéndose a nosotros -dijo a Horace-. Todos.

Horace se volvió para mirar. Gruñó su disgusto hacia los robots.

Aguardaron. Una silenciosa espera se adueñó de todos ellos. No se oía ni el sonido del viento ni el chirriar de insectos. Finalmente uno de los exploradores volvió corriendo desde una de las irregulares esquinas del edificio. Se detuvo frente a Conrad y dijo:

-Señor, hemos encontrado una entrada. Una puerta abierta. Había otras puertas y estaban cerradas; no intentamos forzarlas. Pensamos que sería más prudente no hacerlo. Luego encontramos la puerta abierta.

-¿Entrasteis?

-De nuevo pensamos que era mejor no hacerlo. Los otros están aguardando a que llegue toda la compañía.

-Bien, gracias, Toby -dijo Conrad-. Has actuado prudentemente. -Se volvió hacia Horace-. ¿Están preparados para continuar?

-Hemos estado preparados todo el tiempo -gruñó Horace-. No fue decisión nuestra detenernos aquí y aguardar.

La columna se puso en movimiento, y los tres humanos avanzaron dentro de sus líneas, con el explorador que había traído el informe al frente. Llegaron al monasterio y siguieron su perímetro exterior. Visto de cerca, era un edificio casi ruinoso. Las paredes exteriores parecían estar hechas de algún metal que estaba empezando a oxidarse. Las paredes no tenían ventanas, pero a intervalos había puertas, y todas ellas estaban cerradas.

Finalmente llegaron a la puerta que habían hallado los exploradores. Se abría al edificio central..

-Aguardaremos aquí dijo Conrad-. Enviaré un pelotón a echar un vistazo, y luego podremos entrar.

Aguardaron de nuevo, y finalmente uno de los miembros del pelotón apareció en la puerta e hizo señas de adelante.

-Entraremos, pero por favor, sin apresurarse innecesariamente -dijo Conrad.

Entraron, sin apresurarse innecesariamente. La compañía de robots se abrió, explorando al frente.

El interior estaba iluminado por un resplandor verdoso. Cuando Timothy buscó su fuente, fue incapaz de hallarla. La luz, decidió, emanaba de las paredes y del techo en forma de domo.

A primera vista, no había mucho que ver. La enorme habitación en la que entraron parecía vacía. Puertas abiertas aquí y allá conducían a varios anexos que habían sido añadidos a la estructura original. Los robots se metían por todas las puertas y regresaban casi inmediatamente, como indicando que no habían encontrado absolutamente nada.

A medida que sus ojos se acostumbraban a la débil luminosidad verdosa, Timothy distinguió una sección del suelo que parecía como picada de viruela. Las marcas eran círculos asimétricos o depresiones en forma de cuchara. Pero no había muebles de ningún tipo..., ni mesas, ni sillas, ni armarios, ni archivos, ni máquinas.

¡Ni máquinas, por supuesto! Estaba pensando en términos de humanos y aquél era un edificio alienígena, construido con fines alienígenas. Uno no podía esperar encontrar

mesas, sillas o archivos. Pero debería haber algunos otros artículos, artículos alienígenas, y tampoco había ninguno de ellos.

Emma le dio un codazo en las costillas.

-Mira arriba -dijo. Alzó la vista hacia donde señalaba ella, y vio los extraños objetos que colgaban del techo. Había centenares de ellos, todos suspendidos por cables o cuerdas. Oscilaban ligeramente a la leve circulación del aire que atravesaba el edificio.

-Parecen como Infinitos -dijo Emma.

-Si lo son -dijo Conrad, que estaba a poca distancia-, no hay vida en ellos. No puedo detectar vida. Si hubiera vida, aunque fuese un poco, mis sentidos me lo dirían. Si son Infinitos, están muertos y colgados para que se sequen.

Desde que habían entrado en el edificio y recorrido aquella corta distancia en su interior, apenas habían avanzado. Ahora, desde más adentro les llegó un zumbido de excitación.

-Los chicos han encontrado algo -dijo Conrad-. Vayamos a ver.

Se apresuraron los cuatro hacia delante, encontrando a un grupo de robots que habían formado un círculo y estaban mirando algo con exclamaciones de asombro.

-Dejad paso -dijo Conrad secamente-. ¿Qué ocurre? Dejados pasar.

Los robots se apartaron, y allí, en el centro del círculo, Spike y el monstruo estaban bailando un rigodón. Pero no había forma de determinar si era una danza o un círculo combativo, con cada oponente aguardando una abertura para atacar al otro. Hacían fintas y amagos, moviéndose muy aprisa, haciendo avances tentativos el uno al otro y luego apartándose rápidamente.

-Echaos atrás, todos -exclamó Horace-. ¡Yo acabaré con esto!

Tenía el rifle a medio camino de su hombro cuando el edificio se estremeció tan violentamente que los humanos y muchos de los robots perdieron el equilibrio. Mientras caía y resbalaba por el suelo que se inclinaba, Timothy oyó el ruido de una puerta al cerrarse.

Cayó en algo. Cuando intentó salir, se dio cuenta de que la textura del lugar donde había caído era tan resbaladiza que no podía hallar ningún punto de apoyo para izarse fuera.

Tan repentinamente como había empezado la agitación del edificio cesó, y Timothy se dio cuenta de que había caído dentro de uno de los agujeros en forma de cuchara del suelo. Su cuerpo encajaba perfectamente en la depresión, y pensó que si un hombre se acurrucaba en ella, la depresión podía ser un lugar tranquilo para dormir. Quizá fuera eso precisamente; concebiblemente, todas aquellas depresiones eran lechos para Infinitos. Siendo un poco más pequeños que los humanos, sus cuerpos debían encajar perfectamente en las depresiones.

-¿Ha quedado usted encajado aquí dentro? -preguntó Conrad, inclinándose sobre él.

-No, no encajado. Pero resulta difícil salir. Dame una mano, por favor.

Conrad extendió una mano, tiró de él y le ayudó a ponerse en pie.

-Creo -dijo el robot- que tal vez estemos en dificultades. Sospecho que hemos sido movidos.

-¿Movidos?

-El edificio ha sido movido.

-Me hizo caer.

-Creo que hizo más que eso.

Alguien había abierto la puerta por la que habían entrado, y los robots estaban saliendo por ella, huyendo del edificio. Horace, que al parecer había salido también fuera, volvió a entrar por la puerta, abriéndose camino con dificultad contra el flujo de robots que huían. Avanzó hacia Timothy, agitó el rifle en el aire y gritó:

-El edificio era una trampa. Nos ha absorbido y luego nos ha arrojado a algún otro lugar. ¿Tienes alguna idea de dónde estamos? -preguntó a Conrad.

El robot negó con la cabeza.

-Ni la más mínima -dijo.

Timothy estaba confuso, sin saber lo que estaba ocurriendo, a lo que se refería Horace.

-¿Algún otro lugar? -preguntó-. Eso no tiene que representar ningún problema. Asunto de unos cuantos kilómetros, quizá.

-Eres un estúpido -dijo roncamente Horace- No es eso lo que quiero decir. No kilómetros. Más probablemente años luz. Éste no es nuestro planeta. No estamos en la Tierra. Echa una mirada fuera.

Horace le sujetó por el brazo y tiró bruscamente de él, llevándole hacia la puerta.

-¡Sal y mira!

Timothy avanzó tambaleante hacia la puerta, empujado por la ancha mano de Horace entre sus omoplatos.

Estaba anocheciendo o amaneciendo. El aire era ligero y fresco, y el cielo tenía un aspecto extraño. El suelo formaba pliegues; las ondulantes colinas conducían a otras colinas aún más ondulantes, que se desvanecían hacia una lejana línea del horizonte. Sobre el horizonte colgaba una hinchada luna amarilla.

Quizás hubiera algo en todo aquello que había hecho pensar a Horace en un planeta distinto. A Timothy le pareció un lugar tranquilo, sin peculiaridades. El aire era respirable y la gravedad como la de la Tierra.

-¿Está todo el mundo fuera? -preguntó uno de los robots-. ¿Ha sido despejado el monasterio?

-Todo el mundo fuera -respondió la voz de otro robot.

-¿Controles? -estaba chillando Horace- ¿Alguien ha visto controles?

-¿Controles?

-Sí, controles, algo que sirva para manejar el monasterio. Controlarlo y guiarlo.

-Nadie vio nada de eso, estoy seguro -respondió Conrad-. No es un vehículo. No puede haber controles.

-Se ha movido de un lado a otro -exclamó Horace-. Se ha movido. De otro modo, ¿cómo hemos llegado aquí?

-Está empezando a desmoronarse -dijo otro robot-. Está crujiendo por todas sus uniones. Escuchen.

Escucharon, y los gruñidos y chirridos de la estructura podían oírse claramente..., el ceder de metal demasiado viejo.

-Apenas se ha sostenido para traernos hasta aquí -dijo Conrad-. Éste es su fin. Unos pocos años más, y ni siquiera se hubiese movido.

-¡Maldita sea! -aulló Horace-. ¡Maldita sea, maldita sea! ¡Maldita sea!

-Estoy de acuerdo con usted -dijo Conrad en voz baja-. Hay ocasiones en las que nada parece ir bien.

Timothy se dio la vuelta y se apartó del grupo reunido delante del monasterio a punto de derrumbarse. No importaba, pensó. Si el monasterio había demostrado ser de hecho un viajero operativo, entonces no había forma de decir qué tipo de atolondrada maquinación estaría bullendo en la cabeza de Horace. Al menos estaban momentáneamente seguros y en un entorno que hasta ahora resultaba amistoso. Podían respirar y moverse, la temperatura no era opresiva, y probablemente hubiera comida de algún tipo por los alrededores que sus estómagos pudieran digerir.

Estaba de pie en la ladera de una colina y había césped bajo sus pies, pero... ¿qué tipo de césped? Todavía era demasiado oscuro para verlo con claridad, aunque a su derecha el cielo estaba empezando a iluminarse. Horace había dicho que estaban en otro planeta, pero todavía no había nada que apoyara esta afirmación. Las colinas se parecían a las colinas de la Tierra. Todavía era demasiado oscuro para ver mucho más.

Alguien subió la colina hacia él, y vio que se trataba de Emma. Bajó un poco para reunirse con ella.

-¿Estás bien? -preguntó.

-Estoy bien -dijo Emma-, pero asustada. Horace dice que ya no estamos en la Tierra. Dice que hay dos lunas y que la Tierra no tiene dos lunas, y yo no comprendo en absoluto qué puede haber pasado.

-¿Dos lunas? Aquí sólo hay una luna. Cuelga allá, al oeste. O lo que supongo que debe ser el oeste...

-Hay otra directamente encima de nuestras cabezas -dijo Emma-. Una luna más pequeña.

Timothy alzó la cabeza para mirar, y allí estaba la luna, directamente encima de su cabeza. Como Emma había dicho, era una luna pequeña, menos de la mitad del tamaño de la Luna terrestre. Así que Horace había tenido razón.

El monasterio seguía gimiendo. El cielo oriental era más brillante que antes. Dentro de poco empezaría a salir el sol.

-¿Has visto a Spike? -preguntó Emina.

-Ni rastro de él.

-Está ahí fuera jugando a un juego estúpido con ese estúpido monstruo.

-No estoy seguro de que estén jugando -dijo Timothy.

-¿Qué pueden hacer sino jugar? Spike siempre está jugando a juegos estúpidos.

-Sí, es probable que tengas razón -dijo él.

El grupo de robots que se había congregado ladera abajo, junto al monasterio, estaba dispersándose, descendiendo hasta el lugar donde la pendiente se nivelaba para formar el suelo del valle. Sonó una seca orden, y los robots se alinearon rápidamente en formación militar.

La luz del amanecer se hizo más intensa y fue posible ver un poco mejor. Las ondulantes colinas perdieron parte de su ominosidad nocturna, sus perfiles se hicieron más suaves. Cuando las había mirado por primera vez en la oscuridad las había imaginado como colinas verdes, pero ahora vio que no había ningún asomo de verdor en ellas. Eran de color tostado, un color león o puma, bajo un cielo violeta. ¿Por qué tenía que ser violeta el cielo..., no una pequeña parte de él, sino toda su extensión?

Horace avanzó pesadamente hacia ellos. Se detuvo un poco más abajo en la ladera, con el rifle apoyado en el hueco de su brazo.

-Nos han atrapado -dijo, furioso-. Hemos sido secuestrados y arrojados a este lugar, sea el que sea.

-Pero no estamos solos -dijo Emma-. Tenemos con nosotros a los robots.

-Una tribu de estúpidos -dijo Horace- Un hatajo de sonados.

-Pueden ser de alguna ayuda -dijo Timothy-. Conrad me parece competente..., puede conseguir que se hagan las cosas.

-Hemos perdido todo lo que teníamos -exclamó Emma-. Todo lo que había en el viajero. ¡Las mantas! ¡Y todo lo demás! ¡Los potes y las cazuelas!

Horace pasó un brazo por su hombro.

-Trajeron las mantas y algunas otras cosas -dijo-. Nos las arreglaremos de alguna manera.

Ella se apretó contra él, sollozando; Horace la abrazó torpemente, dándole unas palmadas en la espalda. Timothy miró incomódo. Era la primera vez en su vida que veía a Horace exhibir el menor afecto hacia su hermana.

El este se estaba iluminando con rapidez, y ahora podía verse que el valle estaba cruzado por un río que avanzaba por entre las colinas y que había pequeños bosquecillos a lo largo del río y en la parte baja de las laderas de algunas de las colinas. Sin embargo, los árboles eran curiosos; tenían la apariencia de helechos gigantes o de juncos excesivamente desarrollados. Sobre las colinas que coronaban el valle, la alfombra de color tostado que podía ser hierba se agitaba al viento. Buenos pastos, pensó Timothy,

pero por todo lo que podía ver no había manadas de herbívoros ni, de hecho, ningún animal pastando.

Una placa de metal se soltó del desmoronante monasterio y rebotó varias veces colina abajo. La estructura, por aquel entonces, se había hundido completamente sobre sí misma hasta convertirse sólo en un montón de aplastado metal.

Abajo en el valle, la formación militar de los robots se había roto. Todo lo que quedaba era una falange, la formación en cuadro, pensó Timothy, que había sido clásica a lo largo de los siglos desde los macedonios de Alejandro a la última defensa de Napoleón en Waterloo. El resto de los robots se había dispersado como huidizos insectos huyendo del centro. Al parecer estaban actuando como exploradores por todo el terreno.

Tres de ellos avanzaban decididamente colina arriba hacia los humanos. Llegaron junto a ellos, y se colocaron de modo que les rodeaban parcialmente. Uno de ellos dijo:

-Señores y señora, Conrad nos ha enviado para que les escoltemos hasta la seguridad del campamento.

-¿Llamáis a esa formación en cuadro un campamento? -gruñó Horace.

-Están buscando combustible para encender un fuego. Otros traerán agua y todo lo demás que se necesite.

-Bien, de acuerdo -admitió Horace, a regañadientes-.

No sé vosotros dos, pero yo tengo hambre.

Echó a andar colina abajo, con Emma trotando a su lado y Timothy siguiéndole.

El sol se había asomado ya por el horizonte. Timothy miró por encima del hombro y notó su similitud con el sol de la Tierra..., quizá un poco más grande y un poco más brillante, aunque eso era difícil de juzgar. En muchos aspectos, aquel planeta era muy parecido a la Tierra. Bajo sus pies crecía una hierba de suave textura entremezclada con un manto vegetal con la apariencia de finas lianas.

De la formación en cuadro allá abajo se elevó una columnita de humo.

-Encontraron combustible -dijo Hora ce-. Algo que arda. Después de todo, podremos tomar un desayuno caliente.

Dentro del cuadro protector, Conrad les habló del combustible.

-Madera -dijo-, de los helechos. No es una madera tan buena como a uno le gustaría, pero arde, proporcionando calor y luz. Un centro hueco rodeado por una médula, pero una médula bastante densa. También encontramos carbón.

Adelantó las manos para mostrar el carbón, pequeñas y rotas plaquitas de un color negro reluciente.

-Lo excavamos de una formación rocosa a la orilla del río. No es de gran calidad, se parece más bien al lignito, pero es carbón. Seguiremos buscando mientras prosigamos el viaje, y puede que encontremos otro carbón mejor. Gracias a la pobre madera y al pobre carbón, sin embargo, tenemos fuego. Allá en la Tierra la mayor parte del carbón fue sido extraído y quemado hace mucho tiempo.

-¿Viaje? -se estremeció Emma-. ¿Dónde vamos a viajar?

-Tenemos que viajar a algún sitio -dijo Conrad-. No podemos quedarnos aquí. Debemos hallar un lugar que nos ofrezca refugio y comida.

-¿Comida?

-Sí, por supuesto, señora, comida. La poca que tienen ustedes no durará mucho.

-¡Pero puede ser venenosa!

-La comprobaremos -dijo Horace.

-No tenemos ninguna forma de comprobarla.

-Estoy de acuerdo -admitió Horace-. No disponemos de laboratorio, ni de productos químicos, ni tampoco poseemos los conocimientos de química necesarios aunque dispusiéramos de los productos. Pero hay una forma. Nosotros mismos seremos los conejillos de indias.

-Esto es una cosa que deberán hacer por su cuenta y riesgo -dijo Conrad-. Los robots no podemos ayudarles en ello.

-Daremos un mordisco pequeño -dijo Horace-. Comprobaremos el sabor. Si sabe mal, arde en la lengua o hace que se nos frunza el paladar, lo escupiremos. Si su sabor es bueno, engulliremos un trocito pequeño, luego esperaremos y veremos.

Uno de los robots lanzó una exclamación de advertencia, haciendo gestos hacia la parte alta de la colina. Un vehículo -un aparato volador- de resplandeciente metal descendía por la colina hacia ellos. Volaba a sólo unos metros por encima del suelo. Pasó trazando un arco sobre sus cabezas, luego viró bruscamente para encaminarse a las colinas más allá del río. Giró en redondo y siguió la ladera de las colinas opuestas para volver a cruzar el río en un punto un poco más arriba de donde estaban ellos, luego planeó siguiendo la corriente, a no más de tres metros sobre el suelo, pasando casi directamente encima de la formación en cuadro de robots. Prosiguió río abajo durante una corta distancia, luego trepó perezosamente por encima de la hilera de colinas, volando muy por encima de ellas hasta que finalmente desapareció.

-Estamos siendo vigilados -dijo Conrad-. Han venido a observarnos.

-¿Qué podemos hacer al respecto? -preguntó Horace-. ¿Qué debemos hacer para protegernos?

-Mantendremos una atenta guardia -dijo Conrad-. Detectaremos su presencia apenas aparezcan.

A última hora de la tarde regresaron los exploradores enviados río abajo para informar que el curso de agua terminaba finalmente en un extenso pantano. Por la noche volvieron los exploradores enviados río arriba. Las colinas, dijeron, cedían el paso algunos kilómetros más allá a una alta meseta, con montañas que se elevaban en la distancia.

-Eso es lo que necesitábamos saber -dijo Conrad-. Iremos río arriba.

Emprendieron la marcha al día siguiente por la mañana. A medida que las colinas se cerraban sobre la corriente, el avance se hizo más difícil. Gruesas vetas de carbón se asomaban en la cara de las rocas a lo largo del río. Los árboles empezaron a cambiar. Aquellos que parecían gigantescos helechos y juncos se hicieron más escasos, siendo sustituidos por más honestos árboles de tipo terrestre. Las colinas persistían. Se alineaban en cadenas, separadas por estrechos valles, y cada cadena era un poco más elevada. Conrad no apresuró la marcha. Él y Horace discutían de tanto en tanto, pero nunca iban más allá de la discusión.

Encontraron comida que resultó apta para el consumo humano: un par de variedades de tubérculos, una fruta amarilla que era muy abundante, una especie de habas que crecían en unas rechonchas vainas en una especie de lianas que se arrastraban por el suelo. Algunas posibilidades fueron rechazadas desde un principio: olían mal o tenían un sabor desagradable. Horace sufrió un asomo de gastritis a causa de unas bayas que probó; fue el único episodio desagradable. Los robots trajeron pequeños mamíferos; todos menos uno demostraron ser buenos para comer. Los peces que cogieron del río olían tan horriblemente mal que ni siquiera los probaron.

Los robots fabricaron armas de caza, pero los arcos eran burdos y a menudo las flechas no volaban en línea recta. Probaron la talla de la piedra, pero la falta de una piedra adecuada y de una técnica también adecuada hizo que la mayor parte de las puntas de los proyectiles estuvieran torcidas. Sin embargo, los robots consiguieron traer algo de caza.

El buen tiempo persistió. No se veían nubes en el cielo violeta. Los días eran cálidos, las noches sólo ligeramente más frescas.

Finalmente terminaron las colinas, y desembocaron en una enorme, llana y seca meseta salpicada de oteros, con el blanco azulado de las distantes montañas asomándose en el horizonte. Transportando el agua en barriletes laboriosamente

fabricados a partir de la madera nativa, el grupo emprendió la marcha a través de la plana llanura. Los ánimos empezaban a crispase.

No había vuelto a verse el aparato aéreo que había zumbado sobre sus cabezas apenas llegar, aunque Timothy tenía la extraña sensación de que estaban siendo observados.

Varias veces tuvieron un atisbo momentáneo de Spike y el monstruo asesino silueteados contra el cielo. Aunque no podía estar seguro, Timothy tenía la impresión de que Spike había conseguido alguna especie de ascendencia, dominando al monstruo, conduciéndolo.

La llanura parecía interminable. Siguieron cruzándola día tras día, y poca cosa cambiaba a su alrededor. Las montañas mantenían su distancia, sin parecer acercarse en lo más mínimo. No había nada excepto distancias interminables. Al pie de uno de los oteros encontraron un pequeño y reluciente manantial, del que recogieron agua suficiente para llenar los vacíos barriletes. El diminuto arroyuelo que brotaba de él recorría menos de medio kilómetro antes de desaparecer en el sediento suelo. Horace refunfuñaba constantemente; Emma se retorció las manos. Conrad les prestaba poca atención, seguía manteniendo la marcha, penetrando más y más profundamente en la región desértica.

A última hora de una bochornosa tarde, la monotonía de la llanura se rompió en forma de un profundo cañón. Desde el borde de la hendidura vieron, al fondo del cañón, la cinta de un río, flanqueado por estrechas franjas de vegetación a ambos lados. A su izquierda se alzaba un masivo otero, cuya ladera occidental había sido cortada en pasadas épocas por el antiguo río que había excavado el cañón. Entre el borde de la ladera y las empinadas paredes del cañón había como una plataforma con las desmoronadas ruinas de lo que en su tiempo debió haber sido una pequeña ciudad.

Malgastaron poco tiempo con las ruinas. Los inquisitivos robots hallaron un estrecho sendero que conducía hasta el fondo del cañón, y el grupo emprendió cautelosamente la marcha a lo largo de él, que seguía los accidentes de la pared casi vertical de roca roja rosada. Al fondo del sendero, la pared se replegaba sobre sí misma, formando un extenso refugio de roca. En la abertura del refugio soplaba un aire más fresco, que proporcionaba un cierto alivio tras los feroces rayos del sol.

Conrad, seguido por los tres humanos, salió del sendero para adentrarse en el refugio.

-Aquí nos detendremos por un tiempo -dijo Conrad-. No es en absoluto lo que esperaba encontrar, pero al menos tendremos una cierta protección mientras planeamos nuestros futuros movimientos. El agua del río está a muy poca distancia. A lo largo de sus orillas encontraremos comida consumible por los humanos.

Emma se sentó en el suelo de piedra.

-Aquí se está bien -dijo-. Estamos protegidos del sol hasta que se ponga. Y no tenemos que racionar el agua. Quizá incluso pueda darme un baño.

-Es mejor que nada -reconoció Horace con un gruñido-. Es mejor que la llanura.

Al día siguiente un robot explorador encontró el depósito de chatarra. Estaba apoyado contra la base de la pared del cañón. Su base era amplia, y se extendía hasta media altura de la pared. Corrió de vuelta al grupo, gritando la noticia. Todo el mundo se apresuró a explorar el descubrimiento.

La mayor parte de lo que había allí era metal. Indudablemente, en un principio, había habido también otros materiales, pero con el paso del tiempo desde que habían sido arrojados allí los materiales menos duraderos se habían ido deteriorando hasta desaparecer. Sólo el metal, algunas piedras de extrañas formas y unas pocas piezas grandes de madera habían subsistido. Lo más extraño de todo aquello era que la mayor parte del metal no se había deteriorado. Permanecía limpio y brillante; no había el menor signo de óxido.

-Una aleación desconocida en la Tierra -dijo Conrad-. La mayor parte, todo quizá, es tan bueno ahora como cuando fue arrojado aquí.

El metal tenía todas las formas y tamaños: simples piezas sueltas, partes de máquinas aisladas, instrumentos y herramientas rotos, planchas de retorcidas formas y enormes bloques metálicos. Algunas cosas eran reconocibles en un sentido muy general; otras en cambio no parecían tener ningún sentido. Los robots extendieron las partes más accesibles en el suelo y revisaron la exposición, enormemente desconcertados ante lo que veían.

-Una tecnología alienígena -dijo Conrad-. Puede llevarnos toda una eternidad imaginar qué puede ser algo de esto.

Era evidente que la chatarra había sido arrojada desde arriba, probablemente por los habitantes de la abandonada ciudad de la que ahora no quedaban más que unas ruinas.

-Parece una gran cantidad de material para ser los desechos de una ciudad tan pequeña -dijo Horace.

-Puede que se trate de un basurero público utilizado por toda una zona más amplia -apuntó Timothy-. Tal vez hubo un tiempo en que toda esa llanura que hemos cruzado albergó más ciudades. Quizá se tratara de una zona agrícola y muy poblada; luego dejaron de llegar las lluvias, y la base económica de la región desapareció...

-Podemos utilizar el metal -dijo Conrad-. Podemos construir las máquinas que necesitamos.

-Quieres decir que permanezcamos aquí mientras vosotros elaboráis las máquinas. ¿Qué tipo de máquinas?

-Herramientas, para empezar.

-Tenéis herramientas. Tenéis picos y palas, hachas y sierras, palancas y perforadoras...

-Armas -dijo Conrad-. Mejores que las que tenemos. Mejores arcos. Flechas que vuelen recto. Este metal es fuerte pero flexible. Quizá ballestas. Lanzas. Catapultas.

-¡Un entretenimiento! -gruñó Horace-. Habéis encontrado un entretenimiento, y...

-También -prosiguió imperturbable Conrad- podemos construir una carretilla cisterna para transportar agua para vosotros, y otra para la comida que podamos reunir. Tenemos robots que pueden tirar de ellas. Podemos incluso llegar a construir una máquina de vapor...

-¡Estás completamente loco! -gritó Horace.

-Pensaremos en ello -dijo Conrad-. Pondremos nuestros cerebros a trabajar...

Durante los siguientes días pusieron sus cerebros a trabajar. Permanecían acucillados en grupos. Trazaban diseños en la arena. Abrieron una mina de carbón a un kilómetro o así, instalaron una fragua, y se pusieron manos a la obra. Horace echaba humo y chispas. Emma, recordando los días que habían empleado en atravesar la meseta, se mostraba satisfecha de permanecer en un sitio donde había agua y protección contra el sol. Timothy exploraba.

Volvió a subir por el sendero y pasó largas horas rebuscando entre las ruinas de la ciudad. Removiendo arena y polvo, descubrió ocasionalmente algunos artefactos: armas primitivas; varillas de hasta un metro de largo hechas de un metal ligeramente manchado por la herrumbre; y objetos de cerámica de extrañas formas que podían haber sido ídolos. Contempló y contempló todo lo que había encontrado, y los artefactos no tenían el menor sentido. Sin embargo, las ruinas significaban para él una extraña fascinación, y volvía a ellas una y otra vez.

Allá, sólo Dios sabía cuántos siglos atrás, había vivido una inteligencia que había desarrollado un esquema social y económico. Las ruinas no daban ningún indicio de qué tipo de inteligencia. Las puertas que daban acceso a los edificios eran circulares, y tan pequeñas que representaba un auténtico trabajo para él deslizarse por ellas. Las habitaciones eran de techo tan bajo que tenía que ir a cuatro patas para explorarlas. No había escaleras a los pisos superiores, sino columnas de metal demasiado resbaladizas para poder trepar por ellas.

Finalmente subió al enorme otero, llano en su parte superior. Sus laderas estaban cubiertas de grandes rocas en inestable equilibrio, que no aguardaban más que un ligero empujón para caer rodando. Entre las rocas había traicioneros guijarros que tenía que pisar con cuidado, pendiente de las rocas.

Tenía sentido, se decía a sí mismo, que la gente de la ciudad hubiera mantenido una guardia apostada en la cima del otero para observar la llegada de extraños, o para localizar la caza, o quizá con otros fines que no se le ocurrían.

Pero cuando llegó arriba no halló ningún puesto de guardia. La parte superior del otero era una extensión plana de roca, arena y arcilla. En la arena y en la arcilla no crecían plantas, en la roca no crecían líquenes. El viento soplaba incesantemente, y el lugar era lo más desolado que jamás hubiera visto.

A sus pies el paisaje se extendía en una maravillosa disposición..., el marrón y amarillo de la plana llanura que habían recorrido en la marcha de los robots, con otros oteros, más oscuros en apariencia que la llanura, alzándose aquí y allá. Al oeste se divisaba el corte del cañón rojo rosado, y más allá de ese corte, el fondo azul de recortadas montañas.

Caminó hacia el borde de la extensión occidental del otero y miró al cañón, con la esperanza de ver algún signo de la actividad de la legión de robots; pero no pudo ver nada. El azul del río se agitaba en el fondo del cañón, bordeado a ambos lados por una franja de verdor. Más allá del río, la rojez de la pared del cañón se alzaba hacia la amarilla llanura de la meseta que continuaba al otro lado.

Y ahora tenía que bajar de aquel otero..., y debía hacerlo con mayor cuidado aún, porque el descenso podía ser más peligroso que la subida.

Oyó el sonido de una piedra a sus espaldas y se volvió en redondo. El corazón pareció saltarle a la garganta, ahogándole. Cargando contra él estaba el monstruo asesino, y detrás del monstruo estaba Spike, rodando rápidamente en un esquema errático.

Timothy saltó con rapidez a un lado para apartarse del camino del monstruo. Éste, viendo al parecer por primera vez el abismo que se abría ante él, giró también, encaminándose de nuevo hacia el humano. Spike se movió rápidamente para cortar su trayectoria y el monstruo giró de nuevo en dirección opuesta. Timothy tropezó y cayó al suelo de costado. Con el rabllo del ojo vio al monstruo luchar desesperadamente para detener su impulso, y rebasar impotente el abrupto borde del otero. Por un momento pareció flotar en mitad del aire, luego cayó y desapareció de la vista.

Timothy se puso trabajosamente en pie y corrió hacia el borde del precipicio, a tiempo de ver al monstruo golpear contra unas rocas de la ladera del otero. Golpeó y rebotó, agitándose momentáneamente en el aire, y empezó a despedazarse. Estallaron fragmentos en todas direcciones, y cayeron como una lluvia por la cara de la ladera. Los dispersos fragmentos rodaron por la inclinada parte inferior hasta llegar al fondo del cañón, partiéndose una y otra vez en fragmentos más y más pequeños.

Henry se volvió para mirar a Spike, que estaba a sólo unos pasos de distancia, danzando su victoria final, girando y girando sobre sí mismo, saltando muy arriba en el aire y deslizándose por el suelo.

-¡Tú y tus malditos juegos! -aulló Timothy, aunque sabía, incluso mientras lo decía, que si alguna vez había sido un juego, se había tratado de un juego mortal-. Así que finalmente lo has conseguido. Nunca dejaste de perseguirlo. Aquel primer día intentaste que corriera colina arriba hacia nosotros, sabiendo que Horace emplearía su rifle contra él; y cuando eso falló, seguiste persiguiéndolo.

Spike había dejado de dar saltos y vueltas y ahora permanecía inmóvil, como si escuchara, balanceándose ligeramente hacia delante, y hacia atrás.

-Spike, te subestimamos -dijo Timothy-. Durante todos estos años te tomamos solamente por un payaso. Vamos. Bajemos y unámonos a los demás. Les alegrará verte.

Pero cuando avanzó, Spike rodó para interceptarle. Avanzó de nuevo, y Spike volvió a detenerle.

-Maldita sea, Spike -gritó-. Ahora quieres manejarme a mí. No voy a permitirte.

Oyó un débil zumbido, y se volvió para averiguar qué podía ser. Un brillante aparato aéreo avanzaba hacia ellos, muy parecido al que había zumbado sobre sus cabezas el primer día en el planeta. Descendió suavemente al suelo y se posó allí. Su parte superior se alzó lentamente, como una cubierta. En la sección delantera se sentaba una monstruosidad. Una cabeza proporcionalmente pequeña brotaba de unos amplios hombros. El rasgo más sobresaliente era una nariz respingona hendida en dos retorcidas antenas gemelas. El cráneo estaba hundido hacia atrás hasta un punto donde emergía un penacho de plumas de un rojo furioso, con el aspecto de una cresta mal colocada. Un solo ojo compuesto emergía entre la nariz y la especie de reborde con que terminaba el cráneo. La cabeza se volvió hacia Timothy, y de ella brotó como un gorjeo.

Timothy dio un cuidadoso y tentativo paso hacia el aparato aéreo y la monstruosidad de su piloto. La curiosidad le consumía. Allí había de nuevo inteligencia, aunque muy probablemente de un orden superior a la representada por la ciudad en ruinas. Spike avanzó junto a él como queriendo empujarle hacia un lado, luego cambió rápidamente de rumbo y giró hacia el otro lado.

-Puedes dejar de dirigirme -dijo Timothy. Spike no cejó; siguió con sus dobles giros. Timothy dio otro paso adelante, y luego otro. No estaba siendo dirigido, se dijo; estaba moviéndose por su propia voluntad. Deseaba echarle una mirada más de cerca al aparato alienígena.

Spike siguió empujándole hacia delante.

-Oh, de acuerdo -dijo Timothy. Fue hasta la parte de atrás del aparato volador y apoyó las manos en él. El metal era suave y cálido. Pasó las manos por encima. Dentro había lo que parecía ser un compartimiento para pasajeros.

No había asientos, pero el suelo y los costados estaban acolchados, y a lo largo de la parte interior del compartimiento había una serie de barras que podían ser para que los pasajeros se sujetaran.

Pero aquello ya era suficiente; no iba a meterse dentro de aquel vehículo. Se dio la vuelta para enfrentarse al gigante Spike y, cuando lo hizo, Spike se lanzó bruscamente contra él. La parte de atrás de sus rodillas golpeó contra el borde del aparato y perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás en el compartimiento para pasajeros. Spike saltó también dentro como una centella, la cubierta del compartimiento se cerró con un bang, y el aparato despegó.

Secuestrado, se dijo Timothy. Abducido por Spike y el horrible piloto y conducido a un lugar que él no había elegido. Sintió un poco de miedo, pero no mucho. Lo que sí se sentía era ultrajado.

Se puso de rodillas y, sujetándose a una de las barras miró fuera a través de la cubierta. A sus pies se alejaba el borde oriental de la pared del cañón, y la roca rojo rosada brillaba a la luz del sol.

La familia se había visto dispersada, pensó, y ahora aún se hallaba más dispersada. Se preguntó vagamente si alguna vez iban a volver a reunirse. Las posibilidades, se dijo, indicaban más bien que no. Estaban siendo llevados de un lado para otro como piezas en un tablero de juego. Alguien o algo los estaba usando como peones.

Recordó Hopkins Acre y cómo había amado aquel lugar..., la antigua casa señorial, su estudio con las paredes llenas de libros y el escritorio abrumado con su trabajo, el amplio césped, los bosquecillos, el arroyo. Había sido una buena vida, y allí él había hecho su trabajo; pero ahora que pensaba en él, se preguntó para qué le había servido. En su tiempo le había parecido importante, pero ¿lo había sido realmente? Sumándolo todo, ¿qué había conseguido con él?

El cañón había desaparecido mucho más allá del horizonte oriental, y ahora estaban volando a baja altura sobre el interminable desierto de la meseta. Mientras Timothy observaba, sin embargo, algo de la amarronada sequedad desapareció, y vio de nuevo el

ondulante amarillo de la hierba de la pradera, interrumpido a intervalos por cursos de agua y bosquesillos. La aridez del desierto había sido dejada atrás.

Allá delante se alzaban las montañas, mucho más altas de lo que habían parecido antes, con sus picos apuñalando el cielo y sus desnudas caras rocosas contemplando el paisaje. Por un momento pareció que el aparato volador iba a estrellarse directamente contra la montaña, luego apareció un espacio allá delante, con impresionantes paredes de roca encerrándolo a ambos lados. Por unos momentos en los que contuvo el aliento el aparato pareció colgar entre las paredes de roca; de pronto hubo una abertura allá delante, y el aparato bajó el morro sobre un amplio valle verde que se abría en el corazón de las montañas. Durante una corta distancia un alto risco corría paralelo al suelo del valle, y en la parte media de su ladera se alzaba un muro de suave y perlino blanco que lo recorría sin solución de continuidad. Arriba en el risco había un amontonamiento de edificios blancos de varios pisos de altura, y entre los árboles que los rodeaban lo que tomó por residencias. Algunas de ellas parecían ser toscos barracones, otras eran agrupaciones de cabañas, otras no parecían más que chozas, y había algunas que no pudo discernir.

El aparato planeó a lo largo del risco, siguiendo su ladera hasta alcanzar la cima. Entonces descendió hacia un amplio césped verde, en uno de cuyos lados se alzaba una casa. Se posó en el césped y la cubierta se alzó. El piloto les gorjeó algo, y Spike rodó fuera. Algo confundido, Timothy le siguió y se detuvo de pie junto al aparato. Miró a la casa, conteniendo sorprendido la respiración. Con algunas pequeñas diferencias, era la casa de Hopkins Acre.

Una criatura larguirucha con un cuerpo esbelto, piernas arqueadas y brazos colgantes descendía por la ligera inclinación del césped hacia ellos. Se encaminó directamente a Timothy y se detuvo ante él. Dijo en inglés:

-Soy su intérprete y compañero y, espero, su amigo. Puede llamarme Hugo, que no es mi nombre, por supuesto, pero entiendo que es un nombre que a su lengua no le resultará difícil de pronunciar.

Timothy tragó saliva. Cuando consiguió hablar, preguntó:

-¿Puede decirme qué es lo que ocurre?

-Todo a su debido tiempo -dijo Hugo-. Pero primero, acompáñeme a su domicilio. Allí le aguarda un poco de comida.

Echó a andar césped arriba, con Timothy arrastrando los pies tras él y Spike girando y dando bandazos a su lado. Tras ellos, el aparato volador volvió a despegar.

Había algunas variaciones, pero para todas las finalidades prácticas el lugar parecía ser otro Hopkins Acre. El césped estaba bien cuidado, los árboles situados estratégicamente, los alrededores eran muy similares. Había una incongruencia: hacia cualquier lado que uno mirara, las montañas se alzaban sobre la línea del horizonte, mientras que en Hopkins Acre la montaña más cercana había estado a centenares de kilómetros de distancia.

Alcanzaron la casa y subieron las amplias escaleras de piedra hasta la masiva doble puerta. Spike les había abandonado y estaba recorriendo alegremente el césped.

Hugo empujó la hoja y entraron. Dentro podía haber algunas diferencias, pero le tomó algún tiempo descubrirlas. Ante ellos se hallaba el oscuro salón con sus oscuros muebles, y más allá estaba el comedor, con la mesa preparada.

-Hay una pierna de cordero -dijo Hugo-. Tenemos entendido que es uno de sus platos favoritos. Es pequeña, pero sólo somos dos a comerla.

-¡Pero cordero..., aquí!

-Cuando hacemos aquí las cosas -dijo Hugo- las hacemos como corresponde, o tan exactamente como nos es posible. Sentimos un respeto inmenso hacia las distintas culturas que residen en nuestra comunidad.

Timothy avanzó titubeante por el salón hacia el comedor. La mesa estaba puesta para dos, y se oía ruido de platos en la cocina.

-Por supuesto -dijo Hugo-, no encontrará usted las armas de Horace en la armería, aunque hay una armería. También está su estudio, si bien completamente vacío, me temo. No podemos duplicar sus libros y notas, cosa que lamentamos, pero hay ciertas limitaciones que no pueden ser superadas. Estoy seguro de que podemos proporcionarle algún material que reemplace los libros.

-Pero espere un momento -protestó Timothy-. ¿Cómo sabe usted lo de Horace y sus armas, lo de mi estudio y mis libros, y lo del cordero? ¿Cómo puede conocer todo esto?

-Piense un momento, si quiere -dijo Hugo-, y luego haga una suposición.

-¡Spike! ¿Acaso durante todos estos años hemos dado cobijo entre nosotros a una víbora?

-No una víbora. Un observador muy diligente. De no ser por él, usted no estaría ahora aquí.

-¿Y los demás? ¿Horace y Emma? Me ha traído a mí aquí. ¿Qué hay de los otros? ¿Pueden ustedes volver allá y traerlos?

-Podríamos, supongo. Pero no lo haremos. Es a usted a quien queremos.

-¿Por qué yo? ¿Por qué me quieren a mí?

-Lo sabrá a su debido tiempo. Le prometo que no será nada malo.

-Los otros dos también son humanos. Si lo que quieren ustedes son humanos...

-No sólo humanos. Un cierto tipo de humanos. Piense en ello y dígame sinceramente: ¿le gusta a usted Horace? ¿Admira la forma en que piensa?

-Bueno, no. Pero Emma...

-Ella no sería feliz sin Horace. Ha sido educada para ser muy parecida a Horace.

Aquello era cierto, admitió Timothy. Emma amaba a Horace, y había terminado pensando igual que él. Pero aun así, no era justo que ellos dos fueran abandonados en aquel árido desierto mientras él, supuso, vivía allí.

-Por favor, ocupe su lugar en la mesa -dijo Hugo-. Su lugar es el de la cabecera, porque es usted el señor de la casa y debe comportarse como tal. Yo me sentaré a su derecha, porque soy su primer ayudante. Quizá se habrá dado cuenta ya que soy humanoide. Mi sistema corporal es muy parecido al suyo e ingiero mi comida del mismo modo que ustedes, aunque debo admitir que tengo algunos problemas en adaptar mi paladar al tipo de comida que ustedes toman. Pero ahora voy a disfrutar. El cordero es también mi plato preferido.

-Comemos muchas otras cosas -dijo Timothy, rígidamente.

-Oh, lo sé muy bien. Tengo que decirle que Spike olvidó muy pocos detalles. Pero ahora sentémonos y avisemos a la cocina que estamos aquí y hambrientos.

Timothy se sentó a la cabecera de la mesa. Observó que el mantel estaba limpio y era blanco como la nieve, las servilletas correctamente dobladas. De algún modo, aquello le hizo sentirse más cómodo. Hugo agitó la campanilla llamando a la cocina y se sentó a la derecha de Timothy.

-Aquí tenemos un excelente oporto -dijo, cogiendo una botella-. ¿Quiere un poco?

Timothy asintió. Otros tres humanoide, casi copias exactas de Hugo, salieron de la cocina. Uno de ellos llevaba una bandeja con el cordero. Vio que parte de la carne había sido ya cortada, y aquello era algo, pensó con indelicada alegría, en lo que Spike había fallado. Nadie corta un asado o un ave en la cocina; el cortar la carne queda reservado como un rito importante en la mesa. Otro llevaba una sopera, y la sirvió en los tazones que cada uno tenía delante. El tercero depositó una amplia bandeja de verduras al lado del asado.

La sopa era excelente, un rico caldo con verduras, trozos de jamón y fideos. Con la primera cucharada el hambre acudió a él como un torrente y, olvidando los buenos modales, terminó el tazón en unos segundos.

-Está buena, ¿verdad? -preguntó Hugo-. Ese Becky está demostrando ser un excelente cocinero, aunque ha requerido mucho entrenamiento.

Tomó una cucharada de su sopa y siguió hablando.

-Su servidumbre no posee el dominio del idioma que tengo yo. Pueden entender las palabras sencillas y hablar un poco, pero están muy por debajo de una auténtica conversación. Es una lástima que no sean ustedes telépatas, pero entonces yo no tendría el placer de estar a su servicio.

-¿Acaso la mayor parte de la gente de esta comunidad es telépata? -preguntó Timothy.

-No, pero un buen porcentaje sí lo es, y además disponemos del Básico. Pero usted no conoce el Básico, y le llevará un cierto tiempo aprenderlo.

-¿El Básico?

-Un lenguaje común. Un lenguaje construido combinando palabras de sencilla pronunciación de muchos idiomas. Carece de gramática, por supuesto, y no es elegante, pero alguien que hable Básico puede hacerse comprender por los demás. Hay, muchas especies aquí que no se comunican a través del sonido ni, de hecho, telepáticamente. Sin embargo, se han elaborado formas para conseguir que todos puedan ser entendidos.

Terminaron su comida, y se levantaron de la mesa.

-Ahora -dijo Timothy-, ¿le importaría decirme exactamente dónde estamos? ¿Qué tipo de lugar es éste?

-Eso puede necesitar alguna explicación más extensa -dijo Hugo-. Por ahora, permítame decirle que somos un centro galáctico compuesto por muchas culturas de planetas muy dispersos. Somos pensadores e investigadores. Intentamos extraer algún sentido del universo. Aquí en este centro nos reunimos y conversamos como iguales en todos los sentidos. Unimos nuestros pensamientos y teorías y descubrimientos. Son hechas y definidas preguntas, y se buscan formas de contestarlas.

-Entonces se han equivocado conmigo; tocaron una nota falsa. No soy un gran pensador, y soy lento. Digiero mucho los pensamientos antes de ponerlos sobre el papel o decirlos. Las matemáticas son un completo misterio para mí, y no sé nada de ciencias. Lo poco que he logrado aprender lo he aprendido por mí mismo. Nunca he tenido una educación. No poseo grados académicos. Mi fascinación es por la historia y la filosofía. Durante muchos años intenté llegar a comprender cómo mi raza tomó el rumbo que tomó, y llegué a descubrir muy poco. No puedo entender cómo Spike...

-Vio en usted más de lo que ve usted en sí mismo.

-Encuentro esto difícil de creer. Spike siempre ha parecido una criatura más bien tonta. Jugaba a juegos estúpidos. Tenía un juego en el que saltaba de cuadro en cuadro en un tablero, excepto que no había ningún tablero. Todos los cuadros eran imaginarios.

-Mucho de lo que vemos en el universo empieza como algo imaginario -dijo Horace- A menudo tiene usted que imaginar algo antes de poder llegar a alcanzarlo.

-Estamos yendo en círculos -dijo Timothy-. No llegamos a ninguna parte. Acepto este lugar y lo que usted dice que es, y me doy cuenta de que no encajo en él. Así que dígame por qué estoy aquí.

-Está para proporcionarnos pruebas.

-¿Qué tipo de pruebas? ¿Qué es lo que se espera de mí?

-No puedo decirle más -murmuró Hugo-. He recibido instrucciones de no decirle más de momento sobre el asunto. Mañana le llevaré donde se supone que tiene que ir usted. Pero se hace tarde, creo que deberíamos retirarnos.

Timothy permaneció tendido durante horas en la cama antes de conseguir dormirse, sintiendo que sus pensamientos daban vueltas y vueltas en su cabeza mientras repasaba, una y otra vez, lo poco que Hugo le había dicho.

Era algo racional, por supuesto, que hubiera un centro galáctico donde la inteligencia de la galaxia pudiera reunir su conocimiento y trabajar conjuntamente hacia el bien común. ¿Pero cuáles podían ser los problemas, cuáles las preguntas formuladas?

Pensando en lo que podía ser, llegaba a reunir muchos en su mente, pero una vez los examinaba más atentamente descubría que algunos parecían carecer de la necesaria profundidad y otros sonaban lisa y llanamente ridículos. Su punto de vista humano era demasiado angosto; la cultura humana había sido modelada por una visión en túnel. Aunque, pensó, esto tenía que haber sido necesariamente cierto, en su origen, para todas las culturas que estaban representadas allí.

Finalmente consiguió dormirse. Luego alguien estaba sacudiéndole suavemente para despertarle.

-Lo siento, señor -dijo Hugo, inclinado sobre él-. Dormía usted tan profundamente que parecía una pena despertarle. Pero el desayuno está preparado y tenemos que irnos. Tengo a punto un vehículo de superficie, y el viaje es muy agradable.

Con un gruñido de desagrado, Timothy se levantó y se sentó en el borde de la cama, tendiendo la mano hacia las ropas que había dejado sobre una silla.

-Bajaré ahora mismo -dijo.

El desayuno era huevos con tocino, ambas cosas muy hechas, como le gustaban. El café era aceptable.

-¿Cultivan café aquí? -preguntó.

-No -dijo Hugo-. Tenemos que ir a buscarlo a uno de los planetas colonizados por su raza hace milenios.

-¿Entonces tuvieron éxito esas colonias? ¿Aún existen?

-Están prosperando. Tras un período inicial muy duro, por supuesto.

-¿Y obtienen ustedes toda la comida de esas colonias?

-Durante un tiempo sí -dijo Hugo-. También obtuvimos ganado, cerdos, gallinas, y las semillas para plantar maíz, trigo y una larga lista de verduras. Tenemos recursos y grandes archivos de información. Se nos dijo que no ahorráramos ningún esfuerzo. No ahorramos ninguno.

-¿Sólo para alimentar a un hombre? ¿O hay otros humanos aquí?

-Usted es el único -dijo Hugo.

El vehículo de superficie aguardaba fuera, y subieron a él, con Hugo a los controles. Vieron otras residencias a lo largo del camino, la mayor parte enmascaradas tras una pantalla vegetal. En el césped de una que parecía ser casi enteramente subterránea, media docena de criaturas lanudas rodaban y daban alegres volteretas con una alegría infantil.

-Conocerá a todo tipo de gente aquí -dijo Hugo-. Le sorprenderá lo rápido que se acostumbrará a todos ellos.

-Suenan como si fuera a convertirme en un residente permanente de este lugar. Había tenido la impresión de que iban a arrojarme fuera, una vez me hubieran utilizado.

-Nunca. Una vez terminada la entrevista, le proporcionaremos material informativo para que pueda usted seguir trabajando. Su trabajo implicará probablemente pensar en problemas y resolverlos o sugerir enfoques desde donde atacarlos.

Timothy gruñó.

-¿No le gusta? -preguntó Hugo.

-Ustedes me han reclutado a la fuerza..., ustedes y ese condenado Spike que debe haber estado espiándonos durante años.

-Usted no es el único. Buscamos información y talentos en muchos planetas. La información puede ser obtenida de muchos mundos, pero los talentos son raros.

-¿Creen ustedes que yo soy un talento?

-Podría serlo.

-Pero los talentos que encuentren ustedes puede que a menudo no les proporcionen lo que esperaban de ellos. ¿Qué hacen entonces?

-Los mantenemos con nosotros. Les debemos algo. Siempre pagamos nuestras deudas.

Pasaron un castillo rosa en miniatura situado en la cima de una pequeña colina, lleno de torres y almenas, con orgullosos gallardetes ondeando.

-Un castillo de hadas -dijo Hugo-. Creo que ésta es la palabra adecuada. Ahí en este castillo hay una gente consumada que ve el universo como una compleja estructura matemática y está trabajando en ella. Hay esperanzas de que en algún momento puedan proporcionar la clave necesaria.

La carretera se unía ahora a otra más importante, con varios carriles, donde había otros vehículos..., no demasiados; la circulación era fluida. En la distancia se alzaba un agrupamiento de edificios altos, lisos y funcionales, sin ningún adorno superfluo en ellos.

-¿Es ahí donde vamos?

Hugo asintió.

-En su idioma, podríamos llamarlo un centro administrativo. Ahí es donde se efectúa gran parte del trabajo, aunque mucha de nuestra gente trabaja en sus casas o en refugios entre las colinas. Ahí hay laboratorios, observatorios, bibliotecas, talleres y salas de conferencias. Y algunas otras facilidades que no puedo expresar con palabras en su idioma.

Llegaron al centro, y circularon por amplios bulevares. Había coches aparcados en las calles. Los edificios estaban separados por grandes parques. Se veían unas pocas monstruosidades por las aceras, algunas vestidas con ropas coloristas y chillonas, otras con atuendos más discretos. Algunas saltaban, otras se arrastraban, otras caminaban o rodaban. Algunas llevaban bolsas y cajas, y una de las saltadoras arrastraba un carretón lleno de extraña parafernalia.

-Este lugar se parece casi a la Tierra -dijo Timothy-. Las calles, los parques, los edificios...

-El problema de partición de las áreas de trabajo es sencillo -dijo Hugo-. Toma usted tantos metros cúbicos de espacio, y los encierra. Aquí los edificios fueron erigidos con un solo pensamiento: hacerlos tan sencillos y funcionales como fuera posible. Hacer algo menos simple hubiera podido ofender a algunas de las culturas que están representadas aquí. No se trataba de complacer a todo el mundo, así que hicimos todo lo posible por no complacer a nadie, utilizando la arquitectura, más sencilla posible con líneas simples y rectas.

Se detuvo frente a la entrada de un edificio.

-Aquí es donde vamos. Le conduciré hasta el lugar de su cita, pero no podré quedarme con usted. Entrará solo. Se encontrará en una pequeña habitación con una silla. Siéntese y espere. No se ponga nervioso. Al cabo de unos momentos, todo irá bien.

La habitación estaba cerca de la entrada. El edificio parecía casi vacío. Se detuvieron delante de una puerta, y Hugo regresó hacia la entrada. Timothy empujó la puerta, que se abrió fácilmente.

Una pequeña habitación, había dicho Hugo; y era una pequeña habitación, pero atractiva. El suelo estaba cubierto por una moqueta, y había decoraciones en las paredes. La silla estaba frente a una pared completamente cubierta por una de esas decoraciones. Timothy cruzó la habitación y se sentó en la silla, estudiando la decoración. Era un conjunto de suaves colores. Tenía muchos dibujos, pero todos ellos eran pequeños y enlazados los unos con los otros. No podía decir dónde terminaba uno y empezaba el siguiente.

Una voz, que parecía surgir de la pared, dijo:

-Bienvenido al Centro. Su nombre es Timothy. ¿Tiene algún otro?

-Tengo un apellido familiar, pero mi familia nunca lo ha usado en los últimos años. Los nombres de pila eran suficiente. El apellido familiar es Evans.

-Muy bien, señor Evans -dijo la voz-, ésta es una encuesta sobre una situación acerca de la que posee usted algunos conocimientos. Hemos oído a muchos testigos, pero

ninguno de esos testimonios puede tener más peso que el suyo. Por favor, responda franca y concisamente.

-Lo haré como mejor pueda, según mis conocimientos y habilidad.

-Estupendo. Entonces procedamos. Para fines de identificación, usted es Timothy Evans, humano de un planeta que usted llama Tierra. Ha vivido usted allí toda su vida, hasta hace poco.

-Correcto. ¿Por qué no se deja ver usted? No me gusta hablarle a una pared.

-El que no me muestre directamente a usted es un asunto de cortesía, señor Evans. Lleva usted aquí poco tiempo, y solamente ha conocido a Hugo. Dentro de unos días, cuando haya conocido a otros, quizá comprenderá. Aunque le aseguro que soy una criatura amistosa y compasiva, a usted le parecería un monstruo. Hay otros. Somos todo un panel los que le estamos escuchando, aunque yo sea el único que le hable. La mayor parte del panel también serían monstruos a sus ojos. Una hilera de monstruos mirándole. ¿Puede apreciar ahora nuestra actitud?

-Puedo apreciarla -dijo Timothy- Es muy considerado por su parte.

-Así pues, sigamos con las preguntas. Está usted familiarizado con unos ciertos misioneros que su gente llamaba los Infinitos. ¿Qué era lo que predicaban o abogaban esos misioneros?

-Trataban de convencer a la gente de que sería ventajoso cambiar sus cuerpos corpóreos por un estado incorpóreo.

-En los casos en que convencían a la gente, ¿poseían los medios de efectuar esa transformación?

-Sí.

-Dice usted eso como si estuviera seguro.

-Lo estoy. Recientemente fui a un lugar donde muchos de esos seres incorpóreos estaban fijados, o parecían estar fijados, a una especie de entramado en el cielo. Además, un hermano mío inició el proceso de transformación, pero no llegó...

-¿Quiere decir que los Infinitos fracasaron en el caso de su hermano?

-O eso, o él se salió del proceso antes de que terminara.

Nunca llegué a saberlo con exactitud. Unas veces decía una cosa, luego la otra.

-¿Qué efecto tuvo eso en su hermano?

-Se convirtió en una persona sombra, compuesta por multitud de puntitos brillantes. Según tengo entendido, si hubiera proseguido con su transformación, hubiera quedado condensado a un solo destello.

-Los seres incorpóreos que vio usted en ese entramado al que se ha referido, ¿eran destellos individualizados?

-Eran multitud de destellos individualizados. Estaban situados encima de una antigua morada de los Infinitos que llamábamos monasterio.

-Por favor, explique eso.

-Los monasterios son casas ocupadas por órdenes clericales cuyos miembros reciben el nombre de monjes. Los monjes llevan hábitos que los distinguen, y los Infinitos parecían pequeños monjes, así que llamamos a sus lugares de residencia monasterios.

-Quizá será mejor que volvamos de nuevo a algunos detalles -dijo la voz-. Pero me gustaría llegar ahora al núcleo de la cuestión. Parece ser, por lo que hemos averiguado, que la mayor parte de la población humana de la Tierra se ha convertido de hecho en incorpórea. Su familia no lo hizo. ¿Cómo ocurrió eso?

-Huimos de los Infinitos. Huimos al pasado. Mi familia no fueron los únicos fugitivos. Hay muchos otros. No tengo idea de cuántos.

-Huyeron ustedes por el tiempo. Eso significa que disponían de máquinas del tiempo.

-Robamos el proceso de construir esas máquinas a los Infinitos. No tomamos parte en el desarrollo del viaje por el tiempo. Simplemente seguimos a ciegas su esquema. No sabíamos casi nada de la tecnología implicada.

-¿Por qué huyeron ustedes? La enorme mayoría de la población de la Tierra no huyó.

-Nosotros éramos un tipo de gente distinta, diferentes de los demás. Éramos los desarraigados..., los montañeses, si conocen ustedes la expresión.

-Creo que sí. La gente que se hallaba en inferioridad de condiciones respecto al resto de sus congéneres, debido a factores ambientales de su entorno o a sus ideas culturales. Muchas veces debido a sus ideas culturales.

-Tiene razón -dijo Timothy-. Seguíamos aferrándonos a unos viejos valores que el resto de la población había abandonado.

-Así pues, ¿no podían aceptar la filosofía de los Infinitos?

-Su filosofía nos producía náuseas. Iba contra nuestras ideas más arraigadas.

-Sin embargo, hay que recalcarlo de nuevo, la mayor parte de la gente de la Tierra la aceptó.

-El resto de la gente abandonó por completo los antiguos valores. Rechazaron la tecnología que, en muchos sentidos, les había servido fielmente, y hubiera podido servirles aún mejor si se hubieran molestado en desarrollar un código ético más fuerte. Se apartaron del progreso. Sinceramente, debo decir que el progreso, en muchos aspectos, era perjudicial. Sin embargo nos alzó por encima de los animales hasta una sociedad en el fondo razonable y decente. Eliminamos los nacionalismos, conquistamos casi todas las enfermedades, y habíamos llegado a una política económica equitativa.

-Sin embargo, toda esa otra gente se apartó de lo que usted describe como los antiguos valores en el punto mismo en que hubieran podido hacer surgir de ellos una sociedad casi perfecta. ¿Qué ocurrió? ¿Acaso la raza se volvió vieja y cansada?

-Eso es algo que me he preguntado a menudo. Sospecho que no había datos suficientes sobre tos que basar una conclusión. Lo más extraño acerca de todo eso es que no parecía haber nadie que estuviera predicando esto; no había abogados del cambio de actitudes, nadie que empujara hacia un nuevo estilo de vida. La idea pareció ir rezumando poco a poco hasta que, al cabo de algunos años, todo el mundo parecía no estar haciendo nada excepto sentarse y hablar. Tenían la idea de que estaban enfrascados en grandes discusiones filosóficas, pero en realidad todo lo que estaban haciendo era hablar. A lo largo de toda la historia de la humanidad siempre ha habido cultos. Brotan aquí y allá y florecen brevemente, pero al final todos se desvanecen. Pero el abandono del progreso no fue un culto. Cada hombre pareció decidir de pronto por sí mismo que el progreso carecía de significado y que la tecnología no valía lo que costaba. Fue casi como si hubieran sido golpeados por una enfermedad infecciosa.

-¿Pudo haber sido una enfermedad?

-Nadie apuntó nunca que lo fuera. De hecho, casi no hubo discusión al respecto. La actitud fue aceptada, y eso fue el fin de todo.

-Y así la sociedad estuvo madura para los Infinitos.

-Aparentemente. Al principio no se les prestó mucha atención. Luego su filosofía empezó a arraigar lentamente. Nunca produjo demasiada conmoción. Fue algo que empezó lentamente, pero que fue ganando fuerza con el paso de los años. Podría decirse que fue una catástrofe tranquila. La raza humana, a lo largo de su historia, se había enfrentado a un cierto número de catástrofes posibles. Hubo una época en la que casi envenenamos nuestro mundo con el uso de productos químicos, pero recuperamos nuestro buen sentido justo a tiempo para evitar aquel destino. Hubieramos podido vernos borrados de la faz del planeta por causa de la guerra, pero hallamos el camino a la paz en el último momento posible. Pero en la catástrofe de los Infinitos aceptamos voluntariamente nuestra condena.

-Hubo gente, sin embargo, que no se sometió voluntariamente.

-No demasiada. Unos cuantos. Unos pocos miles salieron al espacio en busca de otros planetas. Algunos de nosotros huimos por el tiempo. Cuando nosotros huimos, los Infinitos habían empezado a apretar fuerte. Supongo que vieron la posibilidad de convertir

toda una raza. Cuando yo nací las cosas estaban empezando a ponerse difíciles para los disidentes como nosotros. Todo lo que les he contado de los acontecimientos de antes de eso es la historia que me contaron a mí.

-Una historia que podía estar coloreada por los prejuicios.

-Hasta cierta medida, supongo que sí. En mis primeros días habíamos empezado ya a mostrarnos defensivos.

-¿Qué argumentos utilizaron los Infinitos para persuadir a los miembros de su raza a aceptar la transformación?

-Ofrecieron un cierto tipo de inmortalidad. Un ser incorpóreo no podía morir. Sobreviviría a la muerte del universo. Sería inmune a todas las enfermedades físicas. Libre del cuerpo, la mente flotaría. Ésa, decían los Infinitos, era la auténtica meta de todo ser intelectual. La inteligencia era la única cualidad que contaba. ¿Por qué luchar, preguntaban, con el mundo físico..., con todos sus peligros y desengaños? Libérate de él, decían, y sé realmente libre.

-Eso debió constituir una lógica compulsiva para muchos.

-Para la mayoría -dijo Timothy.

-¿Pero no para usted y sus compañeros? ¿Ustedes siguieron pensando que estaba equivocada?

-Me resulta difícil expresar exactamente cuáles debieron ser nuestros sentimientos. Sólo puedo resumirlo diciendo que sentíamos una gran revulsión hacia lo que estaban haciendo los Infinitos.

-¿Les temían y les odiaban? ¿Los consideraban enemigos?

-Sí.

-¿Cómo se sienten acerca de ello ahora que aparentemente ha terminado todo, que los Infinitos han conseguido lo que vinieron a hacer?

-No todo ha terminado -dijo Timothy-. La raza humana aún vive. Hay colonias humanas en otros planetas que me han dicho que se desenvuelven bien, y hay algunos disidentes ocultos en el pasado.

-¿Qué siente usted hacia los humanos que siguieron la ruta señalada por los Infinitos?

Timothy vaciló durante un largo momento. Finalmente dijo:

-Quizás han tenido lo que se merecían. Supongo que ellos mismos lo pidieron. Se volvieron de espaldas a todo lo que la raza había hecho.

La voz no dijo nada. Timothy aguardó, luego preguntó:

-¿Es de todo eso de lo que querían hablar conmigo? ¿Puedo preguntar cuál es exactamente su interés?

La voz dijo:

-Ésta es una encuesta sobre las finalidades y los motivos de los Infinitos. Hemos interrogado a muchos otros.

-¿Otras razas que fueron víctimas de los Infinitos?

-Algunas de ellas sí lo fueron.

-¿Pero hay Infinitos prosiguiendo todavía sus esfuerzos misioneros?

-No por algún tiempo. Los hemos segregado en su planeta. Están siendo mantenidos en cuarentena mientras procedemos a esta investigación. Tiene que reconocer usted que aunque aquí en el Centro respetamos el libre albedrío de todos los pueblos, debemos tomar alguna nota de dónde puede conducir algún libre albedrío excesivamente agresivo.

-Las criaturas que nosotros denominamos monstruos asesinos. ¿Qué son?

-Mercenarios -dijo la voz-. Unidades de apoyo que contrataron los Infinitos, en su arrogancia, para hacer cumplir sus deseos. Los asesinos no han sido segregados, pero están siendo destruidos. Un elemento así no puede ser tolerado. Todavía quedan unos pocos libres, pero los estamos persiguiendo. Su amigo, Spike, destruyó uno de los últimos.

-Le vi hacerlo -dijo Timothy.

-Fue la arrogancia de los Infinitos lo que llamó nuestra atención hacia ellos. En esta galaxia no existe lugar para la arrogancia. Casi todo puede ser tolerado, pero no la arrogancia.

De nuevo el silencio.

-¿Esto es todo? -preguntó Timothy.

-Por el momento -dijo la habitación-. Más tarde volveremos a hablar. Ahora es usted uno de nosotros. Ya es tiempo de que tengamos a un humano aquí. Vuelva a su casa, y allí hallará material informativo que le dirá con algún detalle quiénes somos y cómo funcionamos. De tanto en tanto, le llamaremos para considerar con nosotros algunos asuntos.

Al cabo de un tiempo Timothy se puso en pie y se dirigió lentamente hacia la puerta. Fuera en la calle, Hugo le aguardaba reclinado contra el vehículo.

Timothy Evans, humano, el más reciente miembro del Centro Galáctico, bajó los escalones hacia el coche que le esperaba.

11 - Henry

El rastro había sido largo y difícil de desentrañar, pero allí estaba su final, y todo el mundo se había ido. El viajero, vacío, se hallaba en el borde de un valle que formaba como una copa. Sobre aquel cuenco labrado en la tierra colgaba una especie de domo de destellos. Henry supo instintivamente que cada uno de los destellos era un ser humano incorpóreo.

La situación era desconcertante. Aquellos a los que había rastreado habían estado allí hasta hacía muy poco, pero habían desaparecido sin dejar el menor rastro. Del mismo modo que Enid no había dejado ningún rastro tampoco. El viajero estaba vacío de las provisiones que Horace había metido en él. Así pues, se dijo Henry, su marcha no había sido precipitada. Había sido planeada; habían tenido tiempo de recoger sus cosas y llevárselas allá donde hubieran ido.

Toda la ladera de la depresión en forma de cuenco estaba extrañamente llena de zanjas y excavaciones, con un cierto número de burdos dispositivos plantados en la ladera. Parecía una línea de defensa construida apresuradamente, pero, ¿contra qué había que defenderse?

Encontró e identificó el rastro de Enid, Horace y Timothy, y también el olor de Spike. Igualmente halló las abundantes huellas de muchos otros seres. Huellas parecidas a unos pies humanos marcaban todo el suelo; al examinarlas más detenidamente, se convenció de que no eran huellas humanas.

Abajo en el fondo del cuenco llegó a una impresión rectangular donde debía haber descansado hasta no hacía mucho un edificio. Asociado con él estaba un débil olor que había conocido hacía mucho tiempo..., el olor de los Infinitos.

La familia no estaba. Enid había desaparecido. David estaba muerto, y ahora los otros tres se habían esfumado. Había sido dejado solo en aquel lugar de un lejano futuro.

Si pudiera retroceder a lo largo de la línea del tiempo hasta el momento en que los tres habían llegado a aquel lugar..., si pudiera hacer eso, entonces todo sería sencillo. Pero sabía que era imposible. Podía viajar a través del tiempo con bastante libertad, pero el tiempo no podía ser utilizado en zonas donde era posible la interferencia con una secuencia de acontecimientos. Podía, razonablemente, reconocer la necesidad de una tal restricción; pero cuando intentaba captar la maquinaria de aquella operación, no podía hallar ningún principio aplicable. ¿Era posible, se preguntó, que los principios del universo estuvieran basados, después de todo, en la simple ética?

Flotó, dejando que su mente se llenara de todo aquello. Estaba sin familia ni amigos, varado en un mundo que no conocía ni le gustaba. Podía regresar a Hopkins Acre, pero ahora sería un lugar solitario, atormentado por visiones del pasado, una propiedad en la

que se sentiría perdido. Podía rastrear a Corcoran, la única persona a la que había dejado atrás, pero Corcoran no era de la familia. No era más que un desconocido que había aparecido de pronto en Hopkins Acre.

Quizá él también debiera estar allí arriba, pensó, con todos aquellos otros puntos destellantes de luz; para lo mejor o para lo peor, quizá debiera ser uno de ellos. Hacía mucho tiempo, a causa de su obstinación y su orgullo, había perdido también aquello; ahora no pertenecía a aquel mundo. Aunque quizá él fuera mejor que todos ellos. Durante un tiempo lo había creído, y quizá tuviera razón.

Se dedicó de nuevo a la tarea de buscar en todas direcciones, como un perro de caza, con la débil esperanza de poder hallar de nuevo el rastro. Era una tarea inútil. El rastro terminaba en el valle en forma de cuenca.

12 - Corcoran

Corcoran siguió el sendero ascendente desde el prado donde se había posado el viajero y llegó al desmoronado muro que en su tiempo había rodeado una ciudad olvidada desde hacía mucho. Puede que estuviera metido en una loca persecución, se dijo. Cuando había salido del viajero se había parado a su lado y había mirado largamente a las ruinas en la cima de la colina, y allí no había ningún árbol. Sin embargo, estaba seguro de que no lo había imaginado.

Probablemente tenía que situarse correctamente para poder verlo. Había sido capaz de ver el viajero fuera de la pared del Everest sólo cuando lo había mirado desde un cierto ángulo. Podía ser lo mismo con el árbol. Debía situarse en un cierto lugar y buscarlo desde aquel angosto ángulo para poder verlo.

Trasladó la escopeta de una a otra mano y reanudó su ascensión. Alcanzó la puerta, medio esperando encontrar allí al viejo, pero no vio a nadie.. Quizá el viejo espacionauta estaba en algún otro lugar de las colinas, hablando con sus árboles y con sus rocas.

Corcoran pasó por entre los cascotes y penetró en la ciudad, y halló el sendero que él y David habían seguido. Todavía no se veía ningún árbol.

Siguió adelante por entre las enmarañadas ruinas, ascendiendo el último tramo de la ladera.

En la cima, captó como un estremecimiento en el cielo, y cuando dio otro paso vio el árbol..., aquel increíble, enorme árbol que se alzaba hasta desaparecer en el cielo. Cuando dio otro paso, el árbol se hizo más claro y vio la escalera enrollada a su alrededor.

Jadeando por el esfuerzo, terminó de coronar la colina hacia él. Quédate aquí, le suplicó, quédate aquí, no te vayas.

Siguió allí, adquiriendo mayor realidad a medida que se acercaba a él. Finalmente se dejó caer a su pie sin aliento por el esfuerzo físico de subir toda la colina. Adelantó una mano y apoyó la palma contra la corteza, que era áspera y sólida, tan real como la de cualquier árbol, no distinta de la de cualquier otro árbol excepto por su altura y dimensiones.

La escalera, vio, estaba construida de sólido metal, y tenía también una barandilla por la parte exterior.

Se alzó del suelo y avanzó hacia la escalera, luego se detuvo y se sentó de nuevo. No, se dijo, hasta que haya recuperado el aliento, no hasta que esté preparado. Depositó la escopeta en el suelo y soltó la mochila de su hombro. La abrió y revisó su contenido: comida, una cantimplora de agua, una chaqueta gruesa, una manta para calor extra, y un trozo largo de cuerda que podía utilizar para atarse a la escalera si tenía que pasar la noche en ella.

Volvió a cerrar la mochila y se reclinó contra el árbol. No hasta que esté preparado, se insistió. Un poco más abajo estaban las ruinas, y más abajo aún el valle donde él y David habían seguido un camino hasta alcanzar un pequeño pueblo.

Quince minutos más tarde se levantó, volvió a echarse la mochila al hombro, tomó la escopeta y empezó a subir la escalera. La ascensión no era difícil. Los escalones tenían la altura y estaban a los intervalos adecuados, y la barandilla era gruesa y recia, ayudándole a subir y dándole una sensación de seguridad.

No miró abajo o hacia atrás hasta que se vio obligado a descansar. Entonces atisbó por entre los barrotes de la barandilla, y se sorprendió de la distancia que había subido. Tuvo que alargar la cabeza por entre los barrotes para ver las ruinas que se extendían al pie del árbol. Desde aquella altura, no parecían más que un montón de piedras grises. El roto muro que las circundaba parecía una delgada línea quebrada. Más allá de las ruinas se extendía un verde amasijo de escarpadas colinas y riscos, sin más interrupción que el ocasional destello de los ríos que se deslizaban por los valles entre las colinas. Alzó la vista a lo largo del tronco del árbol y no pudo ver su final. Se prolongaba hacia arriba hasta que desaparecía en el azul del cielo.

Siguió subiendo. Cuando se detuvo por segunda vez para descansar, descubrió con cierta sorpresa que no podía distinguir las ruinas que había en la base del árbol. Las escarpadas colinas que se extendían en todas direcciones ya no mostraban ninguna distinción de altura. El tronco del árbol había disminuido algo su diámetro, aunque seguía siendo mucho más ancho que los árboles más grandes que conocía.

Al menos debo estar a cinco kilómetros de altura, estimó. Aquello era imposible; ningún hombre podía subir tanto con sólo dos paradas para descansar. Y no había detectado ningún descenso en la temperatura ni cambio apreciable en la densidad del aire. Más cosas que el tamaño del árbol parecían estar más allá de todas las reglas que conocía.

Había estado debatiendo si seguir subiendo o no, preguntándose qué estaba intentando probar y qué esperaba encontrar. Pero aquellos misteriosos efectos que rodeaban el árbol le decidieron. Tenía que continuar. En algún lugar ahí arriba, se dijo, ha de haber una respuesta al enigma del árbol. Había llegado hasta tan lejos que ahora no podía detenerse. Siempre se preguntaría qué se había perdido si no llegaba hasta la copa.

El sol estaba a sólo una hora del horizonte cuando reanudó de nuevo la subida, y bajo él la tierra estaba sumida en la oscuridad excepto una alta cordillera a lo lejos. Algún tiempo más tarde, se dio cuenta de que había olvidado la escopeta, que había dejado un poco abajo en uno de los escalones, cuando se había parado a descansar. Pero no la necesitaba, y no sintió la urgencia de volver a buscarla. Siguió subiendo, y notó que la marcha era más fácil ahora, sin su peso. Mientras subía, el sol se ocultó y vino el anochecer..., no el anochecer azul oscuro al que estaba acostumbrado, sino un anochecer gris. Pronto, supo, iba a tener que detenerse, atarse firmemente a un escalón con el trozo de cuerda que había traído, comer algo e intentar dormir. Era casi seguro, sin embargo, que iba a poder dormir muy poco.

Mientras subía, seguía dando vueltas en su cabeza al enigma del árbol, la escalera, y las fuerzas misteriosas que de alguna forma parecían impedir el cansancio normal en aquella parte y retenían constante la presión atmosférica a su alrededor. La razón le decía que no podían existir ni un árbol como aquél ni una escalera que ascendiera en caracol durante kilómetros y kilómetros por el aire, dando vueltas y más vueltas hacia ningún sitio.

Pero ahí estaba el árbol, aunque parecía que él era el único que podía verlo, utilizando la extraña visión que había desarrollado después del accidente que hubiera debido matarle. David no había visto el árbol, y el viejo, que parecía muy preocupado por los árboles, no lo había mencionado. Seguro que, si alguien más lo hubiera visto, el hecho de su existencia sería del dominio público, una maravilla que comunicar a todo el mundo y de la que se hablaría mucho.

Pensando en todo aquello, perdió parte de su concentración y no prestó la atención suficiente a la subida. Su pie se enganchó con el borde de un escalón y tropezó. Mientras caía, tendió una desesperada mano para sujetarse a la barandilla...

Algo pareció punzar repetidamente su consciencia, como el destello de un rayo golpeando. Todo se hizo negro. Luego desapareció...

No había barandilla. Manoteó alocadamente para sujetarse a los escalones a fin de no caer rebotando. No había ninguna escalera; estaba tendido sobre una superficie plana.

Desconcertado y asustado, alzó la parte superior de su cuerpo. Todo lo que vio fue una interminable superficie plana y gris. El árbol y la escalera que lo rodeaba no se veían por ninguna parte.

Se puso de rodillas y miró a su alrededor, y siguió sin ver nada más que la gris extensión llana..., niebla gris remolineando sobre gris, suelo plano. Excepto que no había ningún remolino; no parecía haber niebla. Pudo ver de qué se trataba; no había nada que retuviera su vista, porque no había nada que ver.

Se puso cautelosamente en pie. Frente a él, a corta distancia, había lo que parecía una línea atravesando el grisor. Caminó hacia ella. Cuando la alcanzó, vio que se trataba de una carretera que tenía sólo un tono de gris ligeramente distinto al del suelo sobre el que apoyaba sus pies. Avanzaba en ambas direcciones desde el punto donde se hallaba, en una línea absolutamente recta. En su centro había dos líneas paralelas más oscuras que tenían la apariencia de las vías de un tranvía, algo que recordaba de su primera infancia. Para confirmar la naturaleza de las líneas, una especie de tranvía de un diseño muy primitivo surgió del distante grisor y avanzó hacia él. Llevaba en la parte superior una especie de lona a rayas y, pese a su traqueteante apariencia, no producía el menor sonido. Cuando se aproximó, se apartó de su camino, y el tranvía pasó a toda velocidad por su lado; pero tras recorrer sólo una corta distancia, se detuvo e invirtió su marcha. Cuando llegó a su altura se detuvo de nuevo. Sin siquiera considerar si debía hacerlo o no, subió y se acomodó en su asiento.

No dudaba de que el tranvía iba a llevarle a un destino desconocido, pero era mejor, pensó, ir a un lugar desconocido que permanecer allá donde no podía verse nada excepto un interminable grisor. Incluso desde el tranvía, el grisor persistía. No había nada que ver, pero al cabo de un rato pudo divisar, a una cierta distancia, un cubículo de algún tipo y gente moviéndose a su alrededor. Había mesas y sillas en el espacio entre el cubículo y los raíles, aunque algunas de las mesas y sillas estaban parcialmente oscurecidas por una tenue nebulosidad que destellaba débilmente con muchos puntos de luz.

El tranvía avanzaba a un ritmo firme y tranquilo por sus raíles, y cuando estuvo más cerca vio que dos de las personas habían visto su aproximación y estaban mirando hacia él. Una de ellas le parecía familiar, y un momento más tarde el reconocimiento le golpeó bruscamente. Sin esperar a que el tranvía acabara de detenerse, Corcoran saltó fuera de él y corrió carretera adelante.

-¡Tom! -gritó-. Gracias a Dios, hombre, eres tú. ¿Qué estás haciendo aquí?

Llegó hasta Boone y lo aferró por los hombros.

-Estuve buscándote -dijo-. Finalmente oí de ti y...

-Tranquilízate -dijo Boone- Todo está bien. Recuerdas a Enid, ¿no?

Corcoran miró a la mujer de pie al lado de Boone.

-Claro, por supuesto que sí.

Enid le tendió la mano.

-Es estupendo verle de nuevo, señor Corcoran. Ha sido un largo camino desde Hopkins Acre, ¿no?

-Ya lo creo que sí -admitió Corcoran.

-Y éste es Lobo -dijo Boone-. Supongo que no conoces a Lobo.

Corcoran miró hacia donde señalaba Boone y vio al lobo gris que le sonreía.

-No a Lobo, quizá -dijo-. Pero vi a algunos de los suyos en el lugar donde mataste al monstruo.

-Yo no maté al monstruo -dijo Boone-. Fue el bisonte quien lo mató; luego yo maté al bisonte.

Corcoran agitó la cabeza.

-Creo que no sé qué está ocurriendo.

-Nosotros tampoco -dijo Enid-. Todavía estamos intentando descifrarlo.

-Sentémonos en esta mesa -dijo Boone- Por todo el ruido que llega del cubo, parece que el robot que cuida de este lugar está preparando algo de comer.

En el momento en que los tres se encaminaban hacia la mesa, Caradecaballo salió trastabillando de la bruma del mapa galáctico y se dirigió hacia ellos.

-El mapa -le dijo a Boone- está iniciando su regreso al cofre sin ninguna ayuda por mi parte. Lo cual no deja de ser una suerte, porque estoy seguro de que, si yo hubiera intentado hacerlo, lo habría hecho mal. ¿Y puedo preguntar quién es este personaje que se ha unido a nuestro grupo?

-Te presento a nuestro amigo Caradecaballo -dijo Boone a Corcoran.

-Encantado de conocerte, amigo -retumbó Caradecaballo.

-Me llamo Jay Corcoran -dijo Corcoran-.. Soy amigo desde hace mucho tiempo de Boone.

-Bien -dijo Caradecaballo-, estamos todos juntos y de vuelta a salvo en la base. No me importa decir que me alegra que nuestras fuerzas se hayan visto aumentadas con este amigo de Boone. Y aquí está Lobo. Y El Sombrero.

El Sombrero estaba sentado a la mesa, erguido en su silla, ya no derrumbado sobre sí mismo. Seguía llevando el sombrero echado sobre su rostro, si es que tenía rostro.

Mirándole desde más cerca, Boone observó que estaba como algo arrugado, al parecer a causa de los juegos de Lobo. Aquí y allá se veían huellas de dientes.

El robot se acercó a la mesa con una bandeja en equilibrio sobre su cabeza.

-No tengo nada que ofrecerles -dijo- excepto codillos de cerdo y chucrut. Espero que puedan arreglárselas con ello. Para el carnívoro tengo un plato de codillos sin chucrut. No creo que le guste la chucrut.

-Comerá cualquier cosa que sea de origen animal -dijo Boone-. Pero estoy seguro que tienes razón con la chucrut.

Enid, sentada al lado de Boone, apoyó una mano en su brazo.

-¿Le gusta a usted la chucrut? -preguntó.

-Bastante -respondió Boone-. Además, he aprendido a comer casi de todo.

-Horace es a quien le gustaban realmente los codillos con chucrut -dijo Enid-. Siempre se ponía como un cerdo comiéndolos cuando los hacíamos. Se llenaba de grasa hasta los codos.

Corcoran cambió de tema.

-¿Puede alguien explicarme dónde estamos? ¿Qué es este lugar?

-El Sombrero dijo que es la Autopista de la Eternidad -dijo Boone.

-Debía estar bromeando.

-No lo creo. Parece saberlo. Si dice que es la Autopista de la Eternidad, yo estoy de acuerdo con él.

-¿Doblaste una de tus esquinas para llegar hasta aquí?

-Exacto..., cuando mi subconsciente elaboró un sueño lo bastante terrible como para aterrarme. Lobo vino conmigo. ¿Y qué hay contigo? Tú no doblaste ninguna esquina.

-No. Me subí a un árbol..., un árbol grande con una escalera enrollada a su alrededor. No estoy completamente seguro de lo que ocurrió luego.

-Eso es ridículo -dijo Boone.

-No más ridículo que tú doblando una esquina.

Comieron en silencio durante un rato, y finalmente apartaron sus platos. Lobo había terminado antes que ellos y estaba cómodamente enrollado a los pies de Boone.

Enid preguntó a Corcoran:

-¿Vendrá pronto David? Estaba con usted en el viajero, ¿verdad?

Corcoran se agitó incómodo.

-Tengo malas noticias, señorita Enid. David está muerto. Lo siento, yo... Lo siento mucho.

Por un momento ella permaneció sentada inmóvil, sin decir nada. Sollozó quedamente, luego luchó por recuperar el control.

-Cuénteme qué ocurrió.

-Henry vino hasta nosotros. Encontró donde se posaron usted y Boone, pero los dos se habían ido. Rastreó su viajero al futuro y descubrió que usted había estado allí, pero se había ido también. Así que volvimos los tres al período prehistórico, esperando que...

-¿Pero cómo...?

-Un dientes de sable -dijo Corcoran-. David tenía su escopeta, y lo mató cuando nos atacó. Pero el felino le alcanzó antes de morir.

-¿David mató al dientes de sable?

Corcoran asintió torpemente.

-David nunca dispararía un arma -dijo ella-. Salía de caza, pero siempre con una escopeta vacía. Le quitaba los cartuchos.

-Allá atrás -dijo Corcoran-, insistí en que la mantuviera cargada. Cuando el felino se lanzó sobre nosotros, actuó para protegernos a los dos. Si no lo hubiera hecho, el dientes de sable nos habría matado a ambos.

-¿Estaba usted con él cuando murió?

-Apenas un momento. Estaba ya casi muerto cuando llegué a su lado.

-¿Dijo algo?

Corcoran agitó la cabeza.

-No tuvo tiempo. Lo enterré lo mejor que pude. Una tumba con muchas piedras encima. Dije algunas palabras sobre ella. No estoy seguro de que fueran las correctas. No soy bueno en eso.

-¿Y Henry?

-Henry se había ido antes de que ocurriera. Fue a rastrear el tercer viajero.

Enid se levantó de la silla. Dijo a Boone:

-¿Quiere pasear un poco conmigo?

-Por supuesto -dijo Boone-. Lo que usted quiera.

Se alejaron, Enid aferrada al brazo de Boone. Lobo les siguió a corta distancia.

En la mesa, cuando estuvieron lo bastante lejos como para que no pudieran oírle, Caradecaballo dijo a Corcoran:

-Tengo la sensación de que lo que nos has contado no es toda la verdad. La has bordado un poco.

-Por supuesto que la he bordado un poco. ¿Qué hubieras hecho tú, amigo? Yo estaba dormido cuando el felino lo mató. Se lo llevó consigo para devorarlo. ¿Le hubieras dicho esto a su hermana?

-No. Tienes un alma compasiva.

-Soy un estúpido cobarde -murmuró Corcoran.

Allá en la carretera, Enid dijo a Boone:

-No quiero llorar. A David no le hubiera gustado que me disolviera en lágrimas.

-Adelante, llore -dijo Boone-. Llorar ayuda a veces. Me gustaba David. Durante el poco tiempo que estuve con él, llegué a apreciarle mucho.

-En la familia -dijo ella-, era mi preferido. Podíamos hablar, y teníamos nuestras bromas particulares. David parecía un irresponsable, pero nunca fue un estúpido. Era un experto con el viajero, y hacía encargos para todos los demás en otras épocas. Traía libros y

armas para Timothy, alcohol para Horace, otras cosas para Emma. Yo nunca le pedí que me trajera nada, pero siempre volvía con regalos para mí: joyas, libros de poesía, perfumes.

»Y ahora está muerto. Enterrado en el pasado prehistórico. Y disparó una escopeta. Nunca creí que pudiera hacerlo. Era demasiado civilizado, demasiado caballero. Pero cuando se trató de un asunto de vida o muerte, lo hizo.

»Ahora voy a llorar. No quiero hacerlo, no debería..., pero voy a llorar. Por favor, abrázame, Tom, mientras lloro.

El llanto duró un cierto tiempo, pero finalmente cesó. Cuando se hubo recuperado, alzó su rostro surcado por las lágrimas, y Boone la besó delicadamente.

-Volvamos -dijo ella.

Cuando llegaron de nuevo a la mesa, Caradecaballo y Corcoran seguían sentados donde antes, hablando entre sí.

-Hemos estado discutiendo futuros movimientos -dijo Corcoran-. ¿Qué debemos hacer a continuación? Ninguno de nosotros tiene ninguna idea aceptable.

-Irnos de aquí no es ningún problema -dijo Caradecaballo-. La red nos llevará donde queramos.

-Podemos volver a Hopkins Acre -sugirió Boone. Miró a Enid-. ¿Le gustaría eso?

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

-Ya no hay nada allí.

-Está esa estrella que encontramos -dijo Boone-. La marcada con una X. Tiene un planeta habitado. La televisión de Enid lo mostró.

Caradecaballo gruñó dubitativo.

-Tú piensas que es importante porque tiene la X. Yo también lo creí al principio, pero ahora no estoy tan seguro. La X tal vez sea una advertencia de que nos mantengamos alejados.

-No había pensado en eso -admitió Boone-. Podría ser. Como las cruces marcadas en las puertas de la gente afectada por la peste en la Edad Media.

-A mí me gustaría mucho visitar el centro de la galaxia -sugirió Caradecaballo-. Podríamos ir en la red...

Boone se había puesto bruscamente en pie. Detrás de Caradecaballo y Corcoran, un débil parpadear agitó el aire, y hubo un golpe sordo. Un viajero se posó justo al lado de la mesa.

Todos los demás, excepto El Sombrero, saltaron en pie. El Sombrero siguió sentado, sin decir nada.

-¡Es mi viajero! -exclamó Enid-. Es el que perdí, el que dejé atrás.

-El que le fue robado -dijo Corcoran-. Henry me dijo que descubrió que el viajero había sido retirado del lugar donde estaba.

-Pero si fue robado -murmuró Enid-, ¿quién va dentro?

La puerta se abrió y salió un hombre, mirando a su alrededor y luego fijando la vista en ellos. Corcoran avanzó hacia él.

-Martin -dijo-. Es curioso encontrarle aquí. ¿Está Stella con usted?

-No, ahora tiene otros intereses -respondió Martin. Parecía inseguro, como confuso por lo que veía.

-¿Es éste el Martin que mantenía el puesto de avanzada de Nueva York para nosotros? -preguntó suavemente Enid.

-En carne y hueso -respondió Corcoran-. Escapó a toda prisa cuando le dije que alguien estaba haciendo averiguaciones sobre un lugar llamado Hopkins Acre.

-¿Y cómo ha robado mi aparato?

-Usted es Enid, ¿no? -preguntó Martin- Sí, tiene que serlo. No robé su aparato. Se lo compré al hombre que lo robó. Un hombre ignorante. Y también asustado. Todavía tenía las llaves puestas, pero temía conectarlas. No tenía ni idea de lo que podía pasar, y se

alegró de vender el viajero por una miseria. Puesto que yo tenía entonces dos aparatos, tomé éste, y Stella se quedó con el otro.

-Encontró el aparato de Enid y ahora ha venido hasta nosotros -dijo Boone-. Cuéntenos cómo lo hizo.

Martin miró de nuevo a su alrededor, luego se encogió de hombros.

-Hay formas -dijo vagamente.

-Apuesto a que las hay -murmuró Corcoran- Y usted es quien las sabe. ¿Para quién está trabajando ahora?

-Para nadie. Para mí mismo. Trabajo de forma independiente -respondió Martin.

-Y sacándole provecho, supongo.

-No puedo quejarme. Corcoran, no puedo comprender su hostilidad. Siempre le pagué bien, le di un montón de trabajo.

-Me engañó -dijo Corcoran-. Engañó a todo el mundo.

Un rostro se asomó por la puerta del viajero.

-¡Un Infinito! -exclamó Enid-. ¡Tiene a un Infinito ahí dentro!

Martin se volvió hacia el Infinito que miraba.

-¡Está bien! Les dije que no se dejaran ver hasta que les llamara. Pero no podían esperar, tenían que mirar. Ahora será mejor que salgan.

Tres Infinitos salieron del viajero y se alinearon torpemente junto a la puerta. Eran criaturas de aspecto extraño, de no más de metro veinte de altura, envueltos en lo que parecían ser túnicas y cogullas negras. Unos rostros estrechos miraron desde debajo de las cogullas.

-Así que ahora trabaja para ellos -dijo Boone.

-Por el momento. Son refugiados. Los Infinitos se hallan sometidos a una especie de cuarentena por un grupo llamado el Centro Galáctico, que ha decidido, sin ninguna autoridad, mantenerlos prisioneros en su planeta. Estos tres consiguieron escapar. Me contaron sus apuros, y acepté ayudarles.

Uno de los Infinitos avanzó un paso y dijo con una voz líquida:

-Rogamos que nos comprendan. Son ustedes miembros de una raza a la que prestamos nuestros servicios. Hicimos a la mayor parte de su raza inmortal, libre de toda amenaza. Somos gente altamente moral, hacemos el bien a los demás y no pedimos nada a cambio. Ahora somos víctimas de la injusticia, y buscamos amigos que nos apoyen y hablen en nuestro favor contra la cruel e injusta cuarentena...

-¿Creen que han sido tratados mal? -preguntó Enid, con demasiada gentileza.

-Sí, eso creemos, señorita.

-¿Y desean que nosotros les ayudemos?

-Ese es nuestro más ferviente deseo.

-Ustedes nos arrojaron al exilio -dijo Enid-, y cuando huimos, enviaron a monstruos asesinos para que nos persiguieran...

-Nosotros tres, la mayoría de nosotros, no tenemos nada que ver con los monstruos asesinos. Hubo una cierta facción entre nosotros, henchida de arrogancia...

-¿Esos henchidos de arrogancia siguen estando entre ustedes?

-Suponemos que sí. Pero nosotros no tenemos nada que ver con ellos. Son un problema separado. Nosotros tres somos embajadores refugiados que buscan comprensión y ayuda.

-¿Cuánto tiene que ver usted con esto? -preguntó Boone a Martin.

-Casi nada -dijo Martin-. Yo sólo hago de intermediario.

Ya basta de eso, dijo una voz en sus mentes.

-¿Qué ha sido esto? -preguntó Martin, sobresaltado.

-Es El Sombrero -dijo Boone-. Habla así, directamente a usted, sin preocuparse de pronunciar las palabras.

-Esperen un momento -dijo Enid-. Antes de que vayamos más lejos, quiero que este Martin me devuelva las llaves del viajero.

-Creo que es una petición razonable -dijo Corcoran Miró a Martin, que dudó, inseguro, luego rebuscó en sus bolsillos, sacó unas llaves y se las tendió a Corcoran. Corcoran se las dio a Enid.

-No pensaba marcharme -dijo Martin, intentando recuperar su dignidad herida.

-Por supuesto que no lo hubiera hecho -dijo Boone. Se volvió a El Sombrero-. Siento la interrupción. ¿Qué ibas a decir?

Iba a decir, continuó El Sombrero, que sólo hay un destino lógico para nosotros. No el centro de la galaxia, no ninguna estrella con una X en ella, sea lo que sea. ¿Quién ha oído hablar nunca de una estrella con una X pintada en ella?

-Estaba en el mapa -dijo Caradecaballo-. Había una estrella marcada con una X.

-Entonces, ¿qué lugar sugieres? -preguntó Boone.

-Si van a ir a alguna parte -anunció el robot, saliendo de su cubículo-, yo quiero ir también. He pasado demasiado tiempo aquí sin que apareciera nadie excepto El Sombrero, que nunca hasta ahora había pasado tanto tiempo conmigo. Tomaré mi cocina y el mecanismo que me proporciona la comida. Me necesitarán con ustedes, o van a morir de hambre. Vayan a saber dónde les llevará ese loco de El Sombrero. Él nunca come, y no sabe nada de comodidades o necesidades. Es...

-Ya es suficiente -dijo Boone-. Nos has convencido. -Se volvió a Caradecaballo y preguntó:- ¿Nos admitirá la red a todos?

-Por supuesto -dijo Caradecaballo-. La red nos llevará.

-¿Qué haremos con el viajero? -preguntó Enid.

-Estará seguro aquí -dijo Caradecaballo-. La red es mucho mejor.

-¿Pero dónde vamos a ir? -preguntó Corcoran-. Ese Centro Galáctico sonaba atractivo, si alguien sabe cómo llegar a él.

Iremos al planeta de la Gente Arco Iris, dijo El Sombrero. Los Infinitos piden justicia, y allí la encontraréis.

-No me importa nada lo que deseen los Infinitos -dijo Boone-. Necesitamos algún lugar donde podamos conseguir algunas respuestas. Ya ha habido demasiados lugares extraños y sucesos alocados. Esta carretera, el árbol de Jay...

¿Estáis confusos?, preguntó El Sombrero.

-Considerablemente.

Entonces vayamos con la Gente Arco Iris, dijo El Sombrero. Ellos podrán daros respuestas.

-Muy bien -gruñó Caradecaballo-. Iremos con la Gente Arco Iris. Así que carguemos en la red todo lo que necesitemos y subamos a bordo.

Algo golpeó a Boone en la pierna. Bajó la vista y vio a Lobo.

-Tú también -dijo-. Te llevaremos con nosotros, pero mantente cerca de mí. Este viaje puede ser espeluznante.

13 - Horace

El robot dio un golpe con el hacha, cortando la cuerda que retenía en su lugar el cuenco de la catapulta. El gran brazo respondió a la tensión liberada, se alzó rápidamente, y envió la roca depositada en el cuenco contra el muro. Contra el muro, no volando por encima de él. Ante el impacto de la roca, el muro resonó como una poderosa campana. La roca cayó rebotando por la ladera en la que estaba clavado el muro. Los robots se dispersaron, apartándose del camino de la roca que regresaba, que falló por poco la catapulta antes de detenerse.

Dos primitivas máquinas de vapor, usadas poco antes para situar la catapulta en su lugar, permanecían a una cierta distancia, jadeando bajo sus nubes de vapor.

Conrad se dirigió lentamente hacia donde estaba Horace.

-Es inútil -dijo el robot-. No conseguiremos hacer pasar la piedra por encima de ese muro. Es su configuración lo que nos derrota. Se proyecta hacia arriba y hacia fuera en la parte superior, y nos vemos obligados a situar el aparato demasiado atrás para que nos dé el arco que necesitamos. Y además, si quiere que le diga la verdad, cosa que ya le he dicho muchas veces antes, no consigo captar el meollo del asunto.

-El meollo del asunto -dijo Horace- es que tenemos que atraer de alguna forma la atención de quienquiera que sea que viva en la ciudad. No pueden seguir sentados ahí ignorándonos, como han hecho todo este tiempo. Tenemos que conseguir que reconozcan que estamos aquí y salgan a hablar con nosotros.

-No estoy completamente seguro de por qué quiere esto -dijo Conrad-, Si yo fuera usted, me sentiría más inclinado a que siguieran no prestándonos atención. No sabemos quiénes o qué son. Una vez consigamos atraer su atención, si lo conseguimos, tal vez lo lamentemos.

Horace alzó furioso la vista hacia el muro. Era una estructura monstruosa, que se alzaba muy arriba hacia el cielo, una lechosa barrera blanca que se extendía kilómetros y kilómetros en torno a la cima del risco, encerrando dentro de ella la ciudad.

-¿Por qué no lo dejamos, Horace? -dijo Emma, un poco lastimosamente-. Te has obsesionado con esto. Te pasas todo el tiempo haciendo planes respecto a cómo llegar hasta esa gente.

-Ellos saben que estamos aquí -hirvió Horace-. Envían aparatos aéreos de tanto en tanto para observarnos, luego se retiran. Estamos llamando a su puerta sin conseguir ninguna respuesta. Esto no es correcto, te lo digo. Simplemente no es correcto. Ésta es la primera vez en mi vida que he sido ignorado, y no estoy dispuesto a aceptarlo.

-No veo qué otra cosa podemos hacer -dijo Conrad-. Hemos modificado el lanzapiedras, y seguimos sin poder arrojar nada por encima del muro.

-Si lo conseguimos -dijo Horace-, tendrán que prestarnos un poco de atención. Arrojemos unas cuantas piedras por encima de este muro, y nos prestarán atención.

-¿Por qué no vienes un rato a la tienda? -sugirió Emma-. Siéntate un poco. Come algo, quizá. Llevas horas sin probar bocado. Debes tener hambre.

Horace no le prestó atención. Seguía contemplando el blanco y desafiante muro.

-Lo hemos intentado todo -dijo-. Lo hemos rodeado por completo, buscando puertas o aberturas. Hemos encendido fogatas y enviado señales de humo. Alguien tiene que haberlas visto. Han ignorado las señales. Hemos intentado trepar al muro, y no puede treparse a él. Es demasiado liso. No hay ningún lugar donde uno pueda agarrarse. No es de piedra, y tampoco es de metal. Parece más bien como cerámica. ¿Pero quién puede fabricar una cerámica que pueda resistir las piedras que le estamos arrojando?

-Quienquiera que esté ahí dentro puede -dijo Conrad-. No me pregunte cómo lo hace.

-Hablamos de construir una torre que llegara hasta la parte superior del muro -dijo Horace, con un interrogante en su voz.

-No funcionaría -dijo Conrad-. Tendría que ser muy alta. Disponemos de árboles cuyos troncos podemos utilizar, pero no son el tipo de troncos con los que puede construirse la torre que tiene usted en mente. Además, está el problema de anclar su base de forma segura.

-También hablamos de una rampa. Supongo que queda igualmente descartada.

-No hay ninguna forma en que podamos mover la tierra suficiente para construir ese tipo de rampa.

-No, supongo que no -dijo Horace- Si al menos tuviéramos un avión.

-Mire dijo Conrad-, mis robots y yo hemos hecho todo lo que hemos podido. Hemos construido máquinas de vapor, y funcionan bien. Podemos construir casi cualquier cosa que vaya sobre el suelo, pero el viaje aéreo está por encima de nuestras capacidades. No conocemos la teoría; no podemos construir las partes necesarias. ¿Y la energía? No se

puede alimentar un aparato volador con madera y carbón. -Vaciló un momento-. No sé tampoco durante cuánto tiempo podremos seguir utilizando la catapulta. Se nos está acabando la cuerda. Cada vez que la utilizamos gastamos tres metros de ella.

-Podéis volver a atar los trozos.

-Eso es lo que hacemos -dijo Conrad-. Pero cada vez que los atamos perdemos algunos palmos.

-Podemos hacer más cuerda.

-Podemos intentarlo. Pero el material que hemos probado hasta ahora no ha funcionado muy bien.

-¿Lo ves? -dijo Emma-. No sirve de nada. El muro nos ha detenido.

-¡No, no lo ha hecho! exclamó Horace, furioso-. Encontraré una forma de vencerlo. Obligaré a la gente de esa ciudad a que me preste un poco de atención.

Un robot que estaba cerca de allí dijo:

-Viene algo.

Cuando se volvieron para mirar, vieron que un aparato volador procedente de la ciudad se disponía a aterrizar.

Horace dio un salto en el aire, agitando triunfalmente las manos.

-¡Por fin! exclamó-. Por fin viene alguien a hablar con nosotros. Eso es todo lo que queremos. Sólo alguien que salga y hable con nosotros.

El aparato aterrizó y el pasajero salió de él..., un humano, no alguna especie de miserable alienígena. Había un alienígena con él, pero permaneció dentro. Lo más probable, se dijo Horace, era que el alienígena fuera el piloto.

Emma avanzó unos inseguros pasos, luego se detuvo y miró, como si no creyera lo que estaba viendo. Después avanzó de nuevo, corriendo hacia el hombre que había salido del aparato aéreo.

-Es Timothy -murmuró Horace, hablando para sí¿Acaso no sabías que sería Timothy?

Luego echó a correr también, con Conrad avanzando apresuradamente a sus talones.

-Así que eres tú -dijo Horace hoscamente, al llegar a la altura de Timothy-. ¿Qué estás haciendo ahí dentro? Creímos que no volveríamos a verte.

-¿No es maravilloso? -radió Emma-. Vuelve a estar con nosotros.

Timothy adelantó una mano y estrechó, breve y relucientemente, la de Horace.

-Veo que sigues igual, Horace -dijo-. Tan grosero como siempre.

-Supongo -dijo Horace- que no estás aquí para ofrecernos una invitación.

-Estoy aquí para decirte que dejes de hacer tonterías. Nos gustaría que dejaras de dar golpes contra ese muro.

-¿Nos?

-Los demás de la ciudad. Y yo, por supuesto. Has estado poniéndome en situaciones difíciles toda tu vida, y sigues haciéndolo.

-Entonces, ¿hay gente en la ciudad? -preguntó Emma, conteniendo el aliento-. ¿Gente como nosotros?

-No gente como nosotros. En apariencia, algunos son más bien horribles. Pero son gente, y el hecho de que les estés arrojando piedras les preocupa un poco.

-Así que no les gusta, ¿eh? -dijo Horace.

-Algunos se sienten más bien irritados.

-¿Quiénes son esos monstruos de ahí dentro? ¿Qué es exactamente este lugar?

-Esto -dijo Timothy- es el Centro Galáctico.

-¿Y qué estás haciendo tú ahí?

-Soy uno de ellos. Soy el único miembro humano del Centro.

-¿Quieres decir que pretendes representar a la raza humana?

-No represento a nadie. Todo lo que puedo hacer es presentar el punto de vista humano. Eso es todo lo que piden.

-Bien, entonces, puesto que eres uno de ellos, ¿por qué no nos invitas a entrar? Eso es todo lo que pedimos, que se nos preste un poco de atención. Todo lo que habéis hecho hasta ahora ha sido ignorarnos. Hemos estado llamando a la puerta..., eso es lo único que hemos estado haciendo.

-Martilleando, querrás decir. Tú nunca llamas, Horace. Lo que siempre has hecho ha sido martillear.

-¿Quieres decir que no vas a hacer nada por nosotros?

-He tomado la iniciativa particular de invitar conmigo a Emma. Estará más cómoda dentro de la ciudad que aquí fuera.

Emma negó con la cabeza.

-Me quedaré con Horace. Te lo agradezco, Timothy, pero prefiero quedarme con él.

-Entonces supongo que no puedo hacer más.

-¿Quieres decir que eso es todo? -preguntó Horace-. ¿Sales aquí fuera y nos amenazas, y eso es todo?

-No pretendo amenazaros. Sólo te pido que dejes de hacer tonterías.

-¿Y si no hacemos caso?

-La próxima vez, no voy a ser yo quien salga. Serán otros. Y puede que no sean tan corteses como he intentado serlo yo.

-En realidad, no es que hayas sido el alma de la cortesía.

-Quizá no -dijo Timothy-. A veces, resulta difícil ser cortés contigo.

-¡Ya basta! -chilló Emma-. ¡Acabad con esto, los dos! Estáis actuando como habéis actuado siempre. Arrojándoos el uno a la garganta del otro.

Se volvió hacia Horace.

-¡Tú! Dices que sólo has estado llamando a la puerta. Es más que eso. Has estado arrojando piedras a las ventanas. Eso es lo que has estado haciendo. Arrojando piedras a las ventanas.

-Uno de esos días -dijo Horace-, romperé una ventana. Cuando haga eso, la ciudad tendrá que prestarme atención.

-Te diré lo que estoy dispuesto a hacer -dijo Timothy-. Estoy dispuesto a volver otra vez al consejo. Intentaré plantearles tu caso. Hay una ligera probabilidad de que pueda conseguir que os dejen entrar a ti y a Emma, pero no a los robots.

-Por nosotros está bien -dijo Conrad-. Nosotros no queremos entrar. Lo estamos haciendo por Horace. Nos sentiremos igual de satisfechos si somos dejados fuera. Tenemos todo un planeta que recorrer. Una posibilidad de construir una sociedad robot. Una posibilidad de hacer algo por nosotros mismos. Hay mucha buena tierra de labor ahí. Podemos cultivar comida para la ciudad. Hay muchas otras cosas que hacer.

-¿Qué te parece esto? -preguntó Timothy a Horace.

-Bien -dijo Horace, reluciente-, si eso es lo que ellos quieren.

-Allá en la Tierra -dijo Conrad- teníamos nuestra guerra con los árboles. Si aún siguiéramos allí, seguiríamos luchando contra los árboles. Pero no tiene ningún sentido luchar contra cualquier otra cosa. Si somos abandonados a nuestros propios recursos, nos las arreglaremos. Empezaremos a construirnos una nueva vida. Las posibilidades de lo que podemos conseguir son ilimitadas.

Timothy miró a Horace, que agitó los pies en el suelo, sin decir nada. Parecía un hombre al que le hubieran cortado el aliento de un puñetazo.

-De acuerdo, volveré y veré qué puedo hacer -dijo Timothy-. Pero si os dejan entrar, vas a tener que comportarte, vas a tener que mantener la boca cerrada. No más problemas. Tengo una casa muy parecida a la de Hopkins Acre. Eres bienvenido a ella. Es un lugar agradable donde vivir. Si te pones pesado, te verás restringido a ella. ¿Es satisfactorio todo esto para ti?

Fue Emma quien respondió:

-Es satisfactorio para él. Yo me encargaré de que lo sea. Estoy cansada de ésta desolación. Así que vuelve, Timothy. Haz todo lo que puedas por nosotros.

14 - La Gente Arco Iris

Allá donde se posó la red se alzaban enormes floraciones cristalinas color blanco hielo, apiladas formando una aserrada línea del horizonte sobre la llanura, constituida también por blancos bloques de cristal, colocados como si fueran un pavimento de piedra. El cielo era de un azul tan oscuro que casi era negro. El horizonte parecía demasiado próximo y estaba señalado por una línea púrpura. El espacio desnudo estaba muy próximo a la superficie del planeta, con sólo una delgada capa atmosférica apresada entre la superficie y el vacío. Sin embargo, no resultaba difícil respirar. Hacía frío, pero no demasiado.

Nadie había dicho todavía ninguna palabra. Boone se volvió lentamente, mirando a su alrededor. No había nada que ver excepto los bloques de cristal que rodeaban la pequeña llanura donde habían aterrizado. No parecía haber ningún sol, aunque había luz y calor.

Un color parpadeó brevemente sobre la línea del horizonte, luego desapareció.

-¿Qué fue eso? -preguntó Enid.

Nadie respondió.

-¡Ahí está de nuevo! exclamó Enid.

Esta vez el parpadeo persistió y trepó en un curvo arco por encima del dentado horizonte, inclinándose en el cielo y alcanzando el otro lado. Resplandeció y se afirmó, formando un arco de color pastel tendido muy por encima de la superficie.

-¡Un arco iris! -dijo Corcoran- Éste es el lugar. -No es un simple arco iris -tronó Caradecaballo-. Quizá sea la Gente Arco Iris.

Mientras miraban, se formaron más arcos iris. Parpadearon de la nada, luego treparon al cielo, se curvaron y formaron sus arcos. Se arracimaron, entrecruzándose, hasta que toda la llanura recogió sus colores, brillando con la suave luz que resplandecía en el cielo.

Aunque los arcos iris parecían bastante estables, había en ellos la noción de que no eran duraderos. Había la sensación de una cierta delicadeza, una brumosa cualidad etérea, como si se tratara de un fenómeno que no fuera a permanecer mucho tiempo.

El robot había sacado su equipo de la red y estaba trabajando en su cocina, sin prestar atención a los arcos iris. Enid y Corcoran permanecían de pie no muy lejos, mirando al cielo. El Sombrero estaba como acucillado sobre la superficie. Caradecaballo parecía muy alto a su lado.

-Uno de nosotros no está aquí -dijo Boone, sorprendido ante el hecho de haber perdido a uno-. Martín no está. ¿Qué le ha ocurrido?

-Cayó a través de la red -dijo Caradecaballo-. La red lo soltó.

-¿Y no dijiste nada de ello? ¿Ni siquiera lo mencionaste?

-No se suponía que tuviera que estar con nosotros. La red lo sabía.

-Los Infinitos aún siguen aquí -dijo Corcoran.

Los tres Infinitos, formando un compacto grupo, estaban de pie, algo separados de los demás.

-Creo que es horrible -murmuró Enid-. Dices que Martín cayó. ¿Estás seguro de que tú no le empujaste?

-Estaba lejos de él. No podía alcanzarle aunque hubiera querido empujarle.

-Si he de decir la verdad -murmuró Corcoran-, yo no voy a derramar ninguna lágrima por él.

-¿Tienes alguna idea de dónde puede haber ido a parar? -preguntó Boone.

Caradecaballo se encogió elaboradamente de hombros.

No hablo por mí mismo, dijo entonces El Sombrero. Soy la lengua de la Gente Arco Iris. Os hablan a través de mí.

-¿Pero dónde está la Gente Arco Iris? -preguntó Boone.

Son los que llamáis arcos iris, dijo El Sombrero. Os dan la bienvenida. Más tarde hablarán con vosotros.

-¿Quieres decir que los arcos iris, las cosas que llamamos los arcos iris, son la gente de la que nos hablaste? -exclamó Enid.

-A mí no me parecen gente -dijo Corcoran.

Lobo se arrimó a la pierna de Boone, y Boone le dijo suavemente:

-Tranquilo, todo está bien. Manténte cerca de mí. No te apartes de mi lado.

-¿Eso es todo lo que la Gente Arco Iris tiene que decirnos? -preguntó Enid-. ¿Que somos bienvenidos, y que hablarán más tarde?

Eso es todo, le informó El Sombrero. ¿Qué otra cosa deseáis?

El robot dijo:

-Hamburguesas es todo lo que puedo hacer en estos momentos, con las prisas. ¿Se conforman con ellas?

-Si son comida -indicó Caradecaballo-, me sentiré satisfecho.

Sobre el horizonte, los arcos iris perdieron su intensidad, su color se hizo más pálido. Luego desaparecieron. La desaparición de los arcos iris, pensó Boone, pareció llevarse consigo algo del calor. Se estremeció ante aquel pensamiento, aunque sabía que no había ninguna razón para ello. La temperatura del lugar seguía como siempre.

Es El Sombrero, se dijo, quien nos ha metido en esto. El Sombrero no había tomado en consideración las sugerencias que habían hecho los demás. El Sombrero podía ser incluso un agente de los Arco Iris..., sabía quiénes eran, dónde se les podía encontrar, y era el que hablaba por ellos.

-Voto -dijo- para que subamos de nuevo a la red y nos marchemos. ¿Qué demonios estamos haciendo aquí?

-Así que tú también sientes lo mismo -dijo Corcoran.

Vinimos aquí, dijo El Sombrero, para juzgar a los Infinitos. Al único tribunal que podrá oírles imparcialmente, la única judicatura con el conocimiento necesario para hacer justicia con ellos.

-Entonces dejemos que la reciban -dijo Corcoran-. Dejemos que sean juzgados y marchémonos. Mejor aún, dejemos simplemente a los Infinitos aquí para que reciban su justicia. En lo que a mí respecta, no me importa en absoluto cuál sea el veredicto.

-Pero a mí sí me importa -dijo Enid secamente-. Ellos fueron quienes casi aniquilaron la raza humana. Y quiero saber qué va a ocurrirles.

El juicio no lo es todo, les dijo El Sombrero. Puede que haya algo interesante también para todos vosotros.

-No puedo imaginar qué -dijo Corcoran.

Los Arco Iris son una raza antigua, dijo El Sombrero. Uno de los primeros, si no el primero, de los pueblos del universo. Han tenido tiempo de evolucionar más allá de todo lo que podáis llegar a imaginar. Sus conocimientos y su sabiduría abarcan mucho más de lo que podáis concebir. Ahora que estáis aquí, vale la pena que los escuchéis. No os pido más que un poco de vuestro tiempo.

-El pueblo más antiguo del universo -dijo Boone, luego no dijo nada más. Porque si eran el pueblo más antiguo, entonces habían tenido tiempo de evolucionar hasta lo que probablemente fuera la condición definitiva.

Su mente se tambaleó ante aquel pensamiento. Parecía fantástico..., y sin embargo, quizá no más fantástico que lo que los humanos habían conseguido en unos pocos millones de años, elevándose de astutos pero amenazados animales hasta una posición desde la que sus agudas y vivaces mentes, unidas a unas diestras manos, les habían permitido hacerse cargo de su planeta, ideando medios con los que sobrevivir a las animosidades de un entorno que podía volverse hostil sin ningún preaviso.

Pero los Infinitos, pensó... Buen Dios, si lo que los Infinitos afirmaban era cierto, entonces la incorporeidad que ofrecían era a prueba contra cualquier condición física, mientras que la Gente Arco Iris, si no habían avanzado más allá de la forma energética que habían adoptado allí, todavía podían morir de entropía. El día que el universo se aplastara a un estado donde no hubiera diferencias, cuando espacio y tiempo y energía se inmovilizaran, la fuerza por la que sobrevivía la Gente Arco Iris desaparecería, y morirían con el universo.

¡Y El Sombrero había afirmado que aquella Gente Arco Iris eran quienes debían y podían enjuiciar a los Infinitos!

¿Era posible, se preguntó Boone, que los Infinitos, siendo capaces de ofrecer a los demás un perfecto sistema de supervivencia, fueran incapaces, por alguna razón, de usarlo sobre ellos mismos? Los Infinitos, allí en la Autopista de la Eternidad, se habían arrastrado, suplicando ayuda y piedad.

Y allí se estaban arrastrando también, los tres. Habían formado un círculo, mirándose entre sí, de tal modo que sus túnicas parecían formar parte de un solo organismo.

Habían iniciado un doloroso canto que contenía el sonido de la pérdida y de la soledad. No era un canto de muerte, porque un canto de muerte, aun en sus peores formas, contiene una nota de desafío. El canto de los Infinitos no contenía desafío ni esperanza..., era una endecha al fin de todo.

En medio de aquel silencio que flotaba sobre todos ellos y encerraba el canto, una voz sin sonido ni inflexión dijo:

Vuestro pecado es que habéis errado. Vosotros, Infinitos, habéis pecado de orgullo. No se discute el que vuestra técnica es de la más alta calidad, pero la habéis utilizado demasiado pronto. Habéis condenado a los miembros de una raza a un estado inferior de intelectualidad del que era su destino. La gente del planeta llamado Tierra no se hallaba en los estadios finales de su desarrollo, como parecéis pensar; simplemente estaban descansando. Si se les hubiera dado tiempo, cosa que vosotros no hicisteis, hubieran desarrollado una nueva intelectualidad. Actuando demasiado pronto, los habéis convertido en unos ciudadanos menores del universo. Por ello sois condenados y malditos. Regresad a vuestra gente e informadla de este juicio. Su castigo, y el vuestro, es que sabréis y os acusaréis a vosotros mismos durante todo el resto de vuestra vida racial de la injusticia que habéis cometido.

La voz cesó. Los Infinitos ya no seguían acurrucados formando una pequeña tienda negra; habían desaparecido.

Corcoran dejó escapar el aliento, como si lo hubiera estado reteniendo durante mucho tiempo.

-Que me maldiga -murmuró.

-Bien, ya hemos terminado con ellos -dijo Caradecaballo-. Ha sido dictada sentencia. Abandonemos este lugar. -Y, dicho esto, empezó a trepar por la red.

Ahora eran siete, se dijo Boone, pasando revista a cada uno de ellos: Enid, Corcoran, Lobo, Caradecaballo, el robot, El Sombrero y, finalmente, él mismo. Habían sido once, pero Martín había caído de la red, y los tres Infinitos condenados habían desaparecido.

-Cada vez somos menos -dijo, hablando para sí mismo-. ¿Quién será el próximo en irse?

No podéis iros, dijo El Sombrero. Todavía ha de venir algo más.

-Sombrero, ya hemos tenido demasiado de esto -dijo Corcoran-. Demasiado de ti y de tu Gente Arco Iris, demasiado de juicios y retrasos. Hemos jugado a tu pequeño juego más tiempo del que era prudente.

Lobo avanzó, silencioso. Boone se agachó y pasó un brazo en torno al animal. Enid se les acercó y se inclinó sobre ellos. Empezó a decir algo. Luego desapareció.

Boone ya no estaba en la blancura angular del mundo de cristal. En vez de ello estaba agachado, con Lobo aún dentro del círculo de su brazo, a la entrada de una profunda y

salvaje cañada flanqueada por enormes colinas que se alzaban empinadas hacia un cielo azul pálido. Las colinas estaban cubiertas por antiguos y retorcidos árboles y salpicadas de peñascos que emergían como grises cráneos mundos del inclinado terreno. Un furioso viento soplaba de la cañada. A lo lejos en la distancia, en el fondo de la salvaje hendidura, Boone pudo ver el brillo del sol sobre el agua.

Se puso en pie, mirando a su alrededor. El mundo de cristal había desaparecido; no quedaba el menor rastro. Él y Lobo estaban completamente solos en aquel lugar distinto. Los demás no estaban allí.

Había doblado otra esquina, pensó, aunque no había ninguna razón para haberlo hecho. No se había producido ningún peligro ni amenaza; no había sido consciente de ninguno. No había hecho nada, estaba seguro de ello, para verse arrastrado junto con Lobo a aquel otro lugar.

-¿Qué piensas de esto? -le dijo a Lobo-. ¿Qué tienes que decir?

Lobo no respondió.

-¡Boone! -llamó una voz-. Boone, ¿está usted ahí? ¿Dónde está?

-¡Enid! -exclamó Boone.

Allí estaba, un poco más arriba de él, corriendo ladera abajo, una ladera demasiado empinada para correr por ella con seguridad.

Boone subió hacia la mujer. Ella fue a caer y él intentó sujetarla. Pero cuando iba a hacerlo el disgregado terreno cedió bajo sus pies y cayó él también.

Rodaron juntos hasta donde aguardaba Lobo. Se sentaron en el suelo, a unos pocos pasos de distancia el uno del otro, y estallaron en risas, que eran casi una disculpa por la estupidez que habían cometido. Enid intentó apartar un mechón de cabello que había caído sobre su rostro. Su mano sucia de la tierra que había arrastrado en su caída dejó una mancha en su nariz.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó-. ¿Qué nos ha traído aquí? ¿Ha doblado usted otra esquina?

Boone negó con la cabeza.

-No he doblado ninguna esquina. No había ninguna amenaza, nada que pudiera disparar el proceso.

-¿Entonces qué?

-No lo sé -dijo. Se acercó a ella y le tendió la mano-. Tiene la nariz sucia. Déjeme limpiársela.

-¿Y los demás?

-Supongo que estarán donde los dejamos.

-Boone, estoy asustada. ¿Puede decirme dónde estamos?

-No lo sé -dijo él-. Y yo estoy tan asustado como usted.

Se sentaron el uno al lado del otro, contemplando la salvaje cañada azotada por el viento. Lobo permanecía también firmemente sentado sobre sus patas traseras, frente a ellos.

La voz sin sonido de la Gente Arco Iris les habló, procedente de ningún sitio, desde ninguna dirección, con las palabras resonando en sus mentes. No había amenaza en la voz, ni tampoco certidumbre. Era una voz llana, muerta.

Escuchadme atentamente, dijo la voz. Hablemos del universo.

-Sería presuntuoso por mi parte hablar del universo -dijo Boone-. No tengo ningún conocimiento sobre él.

Uno de vosotros, dijo la voz, ha pensado en él.

-Yo no he pensado en él -dijo Enid-. Pero a veces me he hecho preguntas al respecto. Me he preguntado qué es y cuál es su finalidad.

Entonces presta atención, dijo la voz. Escucha muy cuidadosamente.

Y entonces les llegó una avalancha de pensamiento que les golpeó salvajemente. Fue una fuerza abrumadora, un soplo de palabras apenas oídas y pensamientos sin palabras llenos de información.

Boone sintió que le flaqueaban las piernas, como si estuviera de pie frente a un intenso y mortal viento que golpeaba a la vez su cuerpo y su mente.

-¡Oh, Dios mío! -murmuró, y se derrumbó sobre la ladera de la colina. Vio, como a través de un velo, a Enid sentado a tan sólo unos pasos de distancia, e intentó arrastrarse hacia ella, como si buscara algo del calor y la individualidad que le faltaban en aquella tormenta de información que golpeaba machaconamente contra él.

Luego la tormenta pasó y ya no hubo nada, y permaneció tendido en el suelo. Lobo estaba agazapado cerca de él en la ladera, gimiendo suavemente.

Boone se arrastró hasta Enid y consiguió sentarse. Permaneció allí, sentado, inmóvil, como si no supiera que él estaba allí, como si no supiera que ella estaba en algún lugar. Tendió una mano hacia Enid y la alzó y la abrazó. Ella se apretó contra él, y aumentó la fuerza de su abrazo.

-¿Sabe lo que ha ocurrido? -preguntó Boone- ¿Recuerda algo de lo que han dicho?

-No -susurró ella-. Siento como si hubiera quedado impreso en mi interior, pero no recuerdo nada de ello. Mi mente está llena de estallidos...

Otra voz les gritó algo, una voz ronca y fuerte, una voz que podía ser oída y estaba hecha de honestas palabras.

Boone saltó en pie. Algo se agitaba en el aire encima de ellos, y vio que era la red. Caradecaballo estaba en ella, cabalgando sobre sus agitados travesaños como un marinero borracho de pie en un bote azotado por la tormenta.

-Rápido -rugió Caradecaballo- Subid a la red. Nos iremos de este lugar tan pronto hayáis subido.

La red estaba descendiendo y Boone, alzando a Enid en sus brazos, la arrojó a ella. Lobo estaba ya en el aire, saltando hacia la estructura. Caradecaballo se acercó al borde y tendió una mano.

-Arriba -dijo, aferrando el brazo tendido de Boone y dando un tirón que lo alzó hasta su lado.

Corcoran estaba en el otro lado de la red, acuclillado y aferrándose ferozmente a ella. El robot estaba gimiendo.

-¡Todo mi equipo desaparecido! -aulló-. Todo ha quedado atrás. Sin él, ¿cómo voy a alimentarles?

-Tuvimos que marcharnos aprisa -gruñó Caradecaballo-. Aquellos malditos cristales estaban disolviéndose bajo nuestros pies.

-¿Cómo supiste dónde encontrarnos? -preguntó Enid.

-Ese visor que robaste en el mundo rosa y púrpura -dijo Caradecaballo- Estaba tirado boca arriba en la red. Lo miré, preguntándome al mismo tiempo dónde podíais haber ido, y os vi aquí en la pantalla. Cuando os vi, la red supo donde estabais y nos trajo para recogeros.

-¿Dónde vamos a ir ahora? -gritó Corcoran.

-Donde hubiéramos debido ir en primer lugar -dijo Caradecaballo-, si no hubiéramos escuchado a El Sombrero. A esa estrella que mostraba el mapa, la que tenía la X marcada en ella.

-¿Y El Sombrero? -preguntó Boone-. No está con nosotros.

-Fue una lástima -dijo untuosamente Caradecaballo-. No consiguió alcanzar la red a tiempo.

La hinchada rojez del sol colgaba sobre el mundo..., un mundo casi vacío, un mundo sin hierba ni ninguna otra vegetación excepto el solitario y viejo árbol que se alzaba más abajo de la cresta, cerca de Henry. Flotaba, con sus destellos apoltonados como si se estremeciera ante aquel mundo prohibido, aunque no se estaba estremeciendo. En sus años de vagar había visto demasiadas cosas para estremecerse.

El cielo era oscuro, el tipo de oscuridad que se produce cuando se aproxima una tormenta, aunque no había ninguna tormenta ni el menor asomo de una.

¿El fin del mundo, se preguntó, el principio del fin, con un agonizante y ahora inestable sol en los primeros estadios de una secuencia de gigante roja?

El árbol debajo de la cresta no arrojaba ninguna sombra. Y por primera vez en su vida Henry experimentó un silencio absoluto. Ningún pájaro chillaba en el cielo, ningún insecto chirriaba en el suelo, y ni siquiera se oía el soplar del viento. Todo permanecía quieto.

Entonces una voz habló dentro de él: ¿Eres forastero aquí?

Si aún hubiera poseído un cuerpo, su sorpresa le hubiera hecho tragar saliva. Pero ahora no podía hacerlo. Respondió, de una forma tranquila y clara:

Sí, soy forastero. Acabo de llegar. ¿Quién es el que me habla?

Soy el árbol, dijo la voz interior. ¿Por qué no vienes a mi lado y descansas a mi sombra?

Pero no tienes sombra, dijo Henry. Este hinchado sol no arroja ninguna sombra.

Hablo siguiendo antiguos hábitos, dijo el árbol, recordando los tiempos en que tenía una sombra que ofrecer. Ha pasado tanto tiempo desde que hablé con alguien que casi lo he olvidado. A veces me siento inclinado a permanecer aquí en mi soledad y lanzar altisonantes e insensatos discursos. Simplemente hablo conmigo mismo, puesto que no hay nadie más con quien hablar.

No necesito tu sombra, dijo Henry, lo cual está bien, puesto que tú no tienes sombra. Pero necesito tu compañía y tu información, si quieres dárme las.

Dicho lo cual, flotó hasta una posición cerca del solitario árbol.

¿Qué información deseas?, preguntó el árbol. Mis conocimientos pueden que no sean tan amplios como esperas, pero te ofrezco lo poco que tengo.

Tú eres un árbol simiente, dijo Henry, y sostienes una creencia que tenían algunos antiguos humanos. Mi hace mucho perdida hermana, recuerdo, creía firmemente -y los demás la considerábamos no realista- que los árboles sucederían al hombre. Ahora, al encontrarte, se me ocurre que quizás ella tuviera razón. Era una persona muy perceptiva.

¿Así, tú eres humano?, preguntó el árbol.

Parcialmente humano, dijo Henry. Un humano fragmentado. Un humano agotado, en el mejor de los casos. Lo cual me conduce a otra pregunta. ¿Qué les ocurrió a los destellos arracimados que en un tiempo permanecían estacionados en el cielo? Había muchos de ellos.

Los recuerdo débilmente, dijo el árbol. Buscando muy atrás en mi memoria puedo traerlos a mi consciencia. Había muchas luces en el cielo. Algunas de ellas eran estrellas y algunas eran lo que tú llamas destellos. Todavía hay estrellas, y dentro de poco las veremos. Cuando el sol se oculta detrás del horizonte en el oeste, empiezan a aparecer por el este. Los destellos no puedo verlos; desaparecieron hace mucho tiempo. Se fueron poco a poco. Cada vez quedaban menos. Estoy seguro de que no murieron; sólo se marcharon, como si se fueran a otro lugar. ¿Puedes decirme qué eran los humanos? ¿Eran como tú?

En absoluto como yo, dijo Henry. Yo soy, ¿comprendes?, una especie de fenómeno. Empecé a ser un destello, pero no llegué al final del proceso. Es una larga historia. Si tenemos tiempo, te la contaré.

Tenemos todo el tiempo que queramos.

¿Pero y el sol?

Estaré seco y muerto, y todo rastro de mí desaparecerá, antes de que el sol empiece a ser un peligro. A su debido tiempo matará el planeta, que está ya cerca de su muerte de todos modos. Pero no de inmediato.

Es bueno saberlo, dijo Henry. Me preguntaste qué era un humano. Deduzco de ello que ya no hay humanos aquí.

Hubo un tiempo, hace mucho, que había criaturas que estaban hechas de metal. Algunas decían que no eran humanos, sino copias de humanos.

Robots, dijo Henry.

No eran conocidas por ese nombre. No puedo estar seguro de que existieran. Se contaban muchas historias. Una de ellas era que las criaturas de metal intentaron eliminar los árboles cortándolos y derribándolos. No hay ninguna explicación de por qué lo hacían, ni ninguna prueba de que lo hicieran.

¿Los robots ya no están?

Ni siquiera el metal, dijo el árbol, vive eternamente. Pero tú y yo estamos aquí, y estamos hablando. Quizá podamos ser amigos.

Si quieres, dijo Henry. No he tenido ningún amigo desde hace mucho tiempo.

Entonces seamos amigos, dijo el árbol. Hablemos. Has dicho que algunos árboles sucederían al hombre. ¿Significa eso tomar el lugar del hombre?

Eso es lo que he querido decir. Incluso entonces, hace un tiempo incalculable, había la bien fundada percepción de que la raza humana se extinguiría y de que alguna otra cosa ocuparía su lugar.

¿Por qué debería alguna otra cosa ocupar su lugar?

No puedo explicártelo. No hay una racionalización sólida para ello, pero parecía existir la creencia de que siempre tenía que haber una raza dominante sobre este planeta. Antes del hombre fueron los dinosaurios, y antes de los dinosaurios fueron los trilobites.

Nunca he oído hablar ni de los dinosaurios ni de los trilobites.

No dejaron muchas huellas, dijo Henry. Los dinosaurios eran grandes, y quizá tampoco hubiera demasiados. Los trilobites eran pequeños, y había muchos. Lo importante es que todos los trilobites y los dinosaurios murieron.

¿Y el hombre ocupó el lugar de los dinosaurios?

No inmediatamente. No en seguida. Tomó un cierto tiempo.

¿Y ahora yo, un árbol? ¿Soy dominante?

Creo que quizá sí.

Lo más extraño, dijo el árbol, es que nunca he pensado en mí como dominante. Quizá en este tiempo terminal la dominancia sea poco importante. ¿Fue distinto con los trilobites, los dinosaurios y los hombres?

No lo sé respecto a los trilobites, dijo Henry. Eran un conglomerado estúpido. Los dinosaurios eran una tribu estúpida también, pero había apetito en ellos. Devoraban todo lo que veían. Los humanos también tenían un apetito; lo controlaban todo.

Nosotros no tenemos apetito, dijo el árbol. Obtenemos nuestra vida del suelo y del aire. No interferimos con nadie, no tenemos enemigos, y no somos enemigos de nadie. Debes estar equivocado; si se necesita un gran apetito para ser dominante, nosotros nunca hemos sido dominantes.

Sin embargo, puedes pensar y hablar.

Oh, sí, siempre lo hemos hecho. Hubo un tiempo, cuando éramos muchos, que no parábamos de charlar a lo largo y ancho de todo el mundo. Éramos las cosas más listas de todo el planeta, pero no usamos nuestra sabiduría. No teníamos ninguna forma de usar nuestra sabiduría.

¿Puedes transmitirme quizá, pidió Henry, algo de esa sabiduría?

Has llegado demasiado tarde, dijo tristemente el árbol. Me he vuelto viejo y senil. Estoy inundado de olvido. Quizá se requiera una comunidad de esfuerzos y de pensamientos y

de charlas para mantener intacta la sabiduría. Ahora no existe ninguna comunidad. Has llegado demasiado tarde, mi recién hallado amigo; no hay nada que pueda darte.

Lo siento, dijo Henry.

Otro fracaso, se dijo. Los trilobites, los dinosaurios, y el hombre, al menos sobre aquel mundo, habían fracasado. Y los árboles también. Aunque los árboles hubieran persistido y se hubieran desarrollado, hubieran seguido siendo un fracaso. La sabiduría en sí misma era inútil. Si no había forma de ponerla en práctica, carecía de todo valor.

Estás turbado, dijo el árbol.

Sí, turbado, admitió Henry, aunque no sé por qué; hubiera debido saber el final.

16 - La familia

Timothy se reclinó en su silla y cruzó sus largas piernas delante de él.

-Finalmente, después de muchos meses -dijo-, estoy empezando a captar lo que está ocurriendo aquí. Estoy aprendiendo el lenguaje galático base. Hugo ha sido una gran ayuda para mí desde el principio, por supuesto. Me ha guiado, aconsejado, y hecho que conociera a otros seres que me han sido de gran ayuda.

-No os dejéis impresionar por todo esto -dijo Emma a Enid-. Sigue aún sus viejos hábitos. Se encierra en su estudio durante varios días consecutivos, sin salir siquiera para comer. La gente de Hugo tiene que traerle su comida, y ahora se la trae ese estúpido robot que vino con vosotros y...

-El robot ha sido una gran ayuda desde que llegó -dijo Hugo-. Mi gente tenía que trabajar mucho para ocuparse de la cocina y hacer todas las demás tareas del lugar, pero el robot se ocupó inmediatamente de ella. Es un mago cocinando, parece tener un don especial.

Horace gruñó desde el rincón más alejado de la habitación.

-Sigue sin saber cómo asar una buena pierna de cordero.

-¿Tienes que estar quejándote todo el tiempo? -preguntó Emma ásperamente-. Si no es la comida, entonces es alguna otra cosa. Recuerda lo que te dijo Timothy cuando aceptó traernos aquí. No causes ningún problema, te pidió. Eso fue todo lo que te pidió.

-También me dijo que mantuviera la boca cerrada -gritó Horace- Todo lo que te pido, me dijo, es que mantengas cerrada esa boca tuya.

-Debo reconocer -murmuró Timothy- que no has sabido hacerlo muy bien.

-Excepto que se queja todo el tiempo -dijo Emma-, tampoco lo ha hecho tan mal. No ha puesto el pie fuera de la propiedad, y no se ha peleado con ninguno de tus ridículos vecinos. No veo por qué te metes con él.

-Por lo que a mí respecta -dijo Enid-, no puedo ver la necesidad de salir de la propiedad. Este lugar es simplemente perfecto. Excepto las montañas, no veo mucha diferencia entre él y Hopkins Acre.

-Tiene razón -dijo Corcoran-. Es el lugar más agradable que haya visto nunca. Me recuerda mucho a Hopkins Acre. Por supuesto, Boone y yo estuvimos muy poco tiempo allí, pero...

-No puedo imaginar cómo supiste que la estrella con una X marcada en ella te conduciría hasta aquí -dijo Boone a Caradecaballo.

-Te lo dije -retumbó Caradecaballo-. La X me hizo pensar en un lugar especial, así que me encaminé a él.

-Pero fuiste el único que sugirió que la X podía significar también una advertencia -observó Corcoran.

-Hubiera podido serlo -reconoció Caradecaballo-. Pero a veces me gusta correr riesgos.

-Por mi parte -dijo Timothy-, me alegro de que corrierais el riesgo. Me sentía solo aquí, entre tantos alienígenas, por muy considerados que fueran todos conmigo. Ahora la familia, lo que queda de ella, está unida de nuevo.

-¿Has tenido alguna noticia de Henry? -preguntó Enid.

-Ninguna -respondió Horace- Aunque con Henry nunca se sabe. Pese a lo que podáis decir todos, siempre fue raro. Siempre entrando y saliendo.

-Ahí está de nuevo el bocazas -dijo Emma-. Nunca te gustó Henry. Siempre decías cosas terribles de él. Pensé que ahora serías distinto. Tal vez Henry esté muerto.

-¡Henry muerto! -rugió Horace-. Nunca morirá. Nunca ha habido nada que pudiera atraparlo.

-La última vez que le vi -dijo Corcoran-, me dijo que iba a buscar a los que estaban en el viajero de Martin.

-Bueno -dijo Horace lúgubrementemente-, pues nunca nos encontró. Probablemente halló algo que le interesó más.

Estaban sentados en el salón, hablando reposadamente después de una espléndida comida. Desde el comedor llegaba el apagado ruido del personal de la casa retirando la mesa.

Timothy hizo un gesto hacia el bar.

-Si alguien quiere otra copa, puede servirse él mismo.

Horace se puso en pie y se dirigió al bar en busca de más coñac. Fue el único.

-Parece contento aquí -dijo Corcoran a Timothy.

-Estoy muy contento -respondió Timothy-. Hay una vieja familiaridad en la casa y en el terreno que la rodea. Y de nuevo tengo trabajo. ¿Por qué no se queda aquí con nosotros? Estoy seguro de que el Centro le encontrará un lugar sin mucha dificultad.

Corcoran negó con la cabeza.

-Mi hogar está en el siglo XX. Tengo asuntos allí, y me siento ansioso de volver a ellos.

-Entonces, te has decidido -dijo Boone.

-Caradecaballo ha aceptado llevarme. ¿No vas a venir con nosotros?

-No. Creo que me quedaré aquí.

-¿Y tú, Caradecaballo? ¿Vas a volver con nosotros?

-Quizá de visita, si estáis dispuestos a recibirme. Pero hay muchas cosas que ver, años luz que viajar, y lugares lejanos donde asomar la nariz.

-Antes de que te vayas, hay algo que querría que me dijeras.

-Pregunta.

-¿Qué le ocurrió realmente a Martin? Dijiste que cayó de la red. Creo que tú le empujaste.

-Nunca le puse la mano encima -protestó Caradecaballo-. Sólo se lo dije a la red.

-¿Le dijiste a la red que lo echara fuera?

-Haces que suene como algo despiadado, ¿no?

-Bueno, fue más bien despiadado, ¿no? Lo arrojaste al espacio.

-No hice nada de eso -protestó Caradecaballo- Le dije a la red que lo dejara caer en otro tiempo y lugar. En la Tierra, en el siglo XXIII.

-¿Por qué ahí?

-No quería que el hombre sufriera ningún daño. Sólo deseaba librarme de él, ponerle en algún lugar del que no pudiera salir y causara más problemas. No tendrá ningún viajero, así que, una vez allí, deberá quedarse.

-Hay una cosa que aún me desconcierta -dijo Corcoran-. ¿Quién demonios era Martín? Tuve la impresión de que alguna forma estaba conectado con Hopkins Acre y los demás de su grupo..., el pleistoceno y Atenas. Alguna especie de puesto de avanzada. Pero cuando supo que alguien estaba haciendo preguntas acerca de un lugar entonces no existente, Hopkins Acre, desapareció. Lo siguiente que supe de él fue que estaba trabajando para los Infinitos, llevándoles de un lado para otro en un viajero robado.

-No robado -objetó Caradecaballo-. Afirmó que había pagado por él.

-Seguía siendo robado -dijo Boone-. Le había sido robado a Enid. Probablemente no por Martín, sino por alguien distinto.

-Creo recordar -dijo Horace acerbamente- que fue usted, Corcoran, quien le dijo que alguien estaba haciendo preguntas sobre Hopkins Acre.

-Él me había contratado -señaló Corcoran- Estaba trabajando para él, eso es todo. Me pagaba muy bien por lo que hacía. Nunca he dejado de preguntarme de dónde sacaba el dinero. No de ustedes, seguro. Mi impresión es que ustedes no han estado nunca cerca de esa clase de dinero.

-¿Está seguro de que era auténtico dinero? -preguntó Horace.

-Pudo ser muy sencillo -dijo Enid-. Tenía dos viajeros..., el grande y el que tomó Stella. Cuando puedes viajar por el tiempo, no es difícil localizar tesoros, ganar a la lotería, o utilizar muchos otros medios para ganar dinero. Así es como consiguió David las pequeñas cantidades que necesitaba para comprar lo que nos traía de sus viajes.

Timothy asintió.

-Dudo que lleguemos a saber alguna vez quién era Martin. Indudablemente, un hombre muy retorcido. Debo decirles que teníamos una confianza total en él, aunque nunca nos gustó. David lo conoció en Nueva York y le desagradó desde un principio. No era una persona agradable. Muy lejos de eso.

-Era un traidor -afirmó Horace-. Cuando oyó que podíamos tener problemas, desertó de nosotros.

-Como he dicho -murmuró Timothy-, probablemente no lo sepamos nunca. ¿Estás completamente seguro -preguntó a Caradecaballo- de que te libraste de él? ¿No volverá a salir para incordiarnos?

-Está atrapado -dijo Caradecaballo- Sin un viajero, no puede ir a ninguna parte.

-Todos nos sentiremos mejor ahora que nos has dicho qué hiciste con él -indicó Enid-. Gracias por comunicárnoslo. Hay otra cosa aún que puedes hacer por nosotros. -Sólo tienes que nombrarla, amiga Enid -dijo Caradecaballo-. Mi deuda contigo nunca estará completamente pagada.

-¿Puedes recoger el viajero que dejamos en la Autopista de la Eternidad y traerlo de vuelta con nosotros? Un viajero puede ser una cosa muy útil de tener al lado.

-Además -dijo Timothy-, al Centro le gustará echarle una ojeada.

Lobo emergió del rincón donde había estado durmiendo después de un buen plato de ternera, cruzó lentamente la habitación y se dejó caer al lado de la silla de Boone.

-Quiere salir -dijo Enid.

-Todavía no lo está pidiendo -dijo Boone-. Sólo se lo está pensando. Considerando los pros y los contras. Cuando lo decida, lo pedirá.

Horace volvió a ponerse en pie y fue a servirse otra copa de coñac.

-Una cosa que olvidé decirles -señaló Timothy-. Algo que me encontré mientras revisaba algunas cintas y papeles. Una copia de un documento fechado el siglo XXIV o XXV. Es la primera referencia a la Tierra que he encontrado desde que estoy aquí. La Tierra no es mencionada por su nombre, por supuesto, pero algunas evidencias internas señalan que se trata de la Tierra. El documento habla del desarrollo de una religión que se centró en torno a un misterioso artefacto. El relato no es muy claro respecto a su naturaleza real, pero parece que sirvió de apoyo a una especie de mesías que atacaba la tecnología y predicaba una actitud filosófica de buscar dentro de uno mismo para alcanzar el auténtico yo y rechazar el progreso materialista. ¿No os suena familiar?

-Por supuesto que sí -dijo Enid-. Ésa fue la actitud que socavó la raza humana y nos preparó para los Infinitos.

-El lapso de tiempo es demasiado grande objetó Boone-. Las ideas no sobreviven un millón de años. Pierden su validez y se vuelven obsoletas.

-No estoy tan seguro -dijo Timothy-. Si el culto se difundió ampliamente al principio, pudo sobrevivir entre algunos..., en particular si el artefacto duró mucho tiempo. Y cuando se produjeron algunas tensiones sociales, como tiende a ocurrir repetidamente, el núcleo del culto que había sobrevivido pudo desarrollarse de nuevo. Mirad la creencia en la magia, que fue aparentemente abolida por el racionalismo y volvió a salir con varios disfraces hasta casi nuestra época.

-Supongo que pudo ocurrir -admitió Corcoran-. Realmente, los cultos relacionados con la creencia en la magia se estaban multiplicando en mi época.

-Nosotros nunca supimos de ella -dijo Emma-. Si hubiera estado allí, hubiéramos oído algo.

-Pero las actitudes que enseñaba estaban allí -dijo Timothy-. Quizá a su debido tiempo murió..., porque su propósito se había alcanzado. La gente había aceptado ya sus enseñanzas. Pudo convertirse gradualmente en una parte de la conciencia pública. Puede que la gente olvidara su origen y creyera que la filosofía desarrollada a partir de ella era el resultado de su propia e ineludible lógica, su propia inteligencia finamente sintonizada.

-No creo ni una palabra de ello -dijo Emma-. Sólo es un antiguo mito.

-Es posible -admitió Timothy-. Pero es muy interesante.

-Parece que ha caído usted en un nicho hecho especialmente para usted -dijo Corcoran a Timothy.

-Al principio tuve miedo -murmuró Timothy- de que todo el trabajo del Centro fuera tan extraño que no pudiera hallar un lugar donde encajar en él. Pero incluso mis sumarios conocimientos de la historia de la Tierra parecen valiosos para el estudio que se está haciendo acerca de cómo crecen y fracasan las culturas. El Centro está profundamente preocupado por lo que permitió a los Infinitos tener éxito en sus esfuerzos. El viaje por el tiempo es otro asunto por el que está también preocupado. Hay rumores de que los Infinitos lo poseían, por supuesto, pero nunca revelaron su naturaleza. Y ahora que la Gente Arco Iris los ha desterrado, todo contacto con ellos se ha visto interrumpido. Pero si podemos asegurarnos de que el viajero que quedó en la Autopista de la Eternidad...

-Os aseguro -prometió Caradecaballo- que lo pondré en vuestras manos.

-Aún sería mejor -sugirió Timothy- si pudiéramos tener tu red sólo por un poco de tiempo. Sólo para echarle una ojeada.

Caradecaballo agitó pesaroso la cabeza.

-Lo siento, pero no puedo, ni siquiera por un momento.

Es una herencia de mi pueblo. Los sabios de mi más profundo pasado se alzaron en mi mente para ayudarme a conseguirla, y no puedo pedirles que ofrezcan esa misma ayuda a otros.

-Entiendo -dijo Timothy-. En tu lugar yo haría lo mismo.

-¿Es difícil -preguntó Enid- trabajar con los alienígenas en el Centro?

-Al principio sí -dijo Timothy-, pero no ahora. Me he acostumbrado a ellos y ellos se han acostumbrado a mí. En mi primer contacto directo con ellos, no se me permitió verles porque temían que los considerara unos monstruos. -Se encogió de hombros-. Muchos de ellos siguen siendo monstruos; pero cara a cara, ya no retrocedo ante su presencia, ni ellos retroceden ante mí. Trabajo con ellos con toda comodidad.

Lobo se puso en pie, se acercó a Boone, apoyó el hocico en sus rodillas.

-Ahora lo está pidiendo dijo Enid.

-Creo que sí. Le abriré la puerta.

-No -dijo Enid-. Yo lo llevaré fuera. La atmósfera está empezando a cargarse aquí. Necesito respirar un poco de aire.

Se levantó y le dijo algo a Lobo. El animal la siguió apreciativamente.

-Volveré en seguida -dijo ella-. Sólo necesito dar un par de bocanadas.

-Sé un animal decente -le dijo Boone a Lobo-. No persigas nada. Compórtate bien. No armes jaleo.

El animal y la mujer salieron.

Horace se levantó y se dirigió de nuevo a la botella de coñac.

-¿No crees que ya has bebido suficiente? -sugirió Timothy-. Todavía es temprano.

Emma le miró con ojos llameantes.

-¿Por qué siempre has de estar humillándole? -preguntó-. Lo humillaste cuando nos trajiste aquí. Y has seguido haciéndolo desde entonces. Hablas con él exactamente igual a como Boone acaba de hablarle a Lobo. Compórtate bien, le ha dicho.

-Eso es exactamente lo que le he dicho yo también -observó Timothy-. Forma parte del trato que hicimos. Yo no podía dejarte a ti ahí fuera en aquella aullante aridez y tú no ibas a venir sin él. Así que hablé con el consejo del Centro...

-Él estaba preocupado por Conrad y los robots -dijo Emma-. Había empezado a tomarles afecto.

-No hubiera podido convencer al Centro -dijo Timothy- de dejar entrar a aquella pandilla de robots. En cualquier caso, ellos tampoco hubieran venido. Se hubieran sentido miserables aquí. Allá fuera se las están arreglando muy bien. Están acondicionando una gran extensión de pradera virgen que encontraron, y van a cultivar para el Centro.

Horace, sin prestar atención alguna a la discusión, estaba volviendo a llenarse la copa. Emma fue hasta él y lo sujetó por el codo.

-Vámonos -dijo-. No necesitamos quedarnos aquí para ser insultados. Vámonos arriba. Quizá puedas echar una siesta.

Sin protestar, Horace la siguió escaleras arriba. Se llevó la botella consigo.

Cuando hubieron desaparecido, Timothy se agitó incómodo.

-Debo disculparme -dijo a los demás- por esta estúpida disputa familiar. Ocurre constantemente, en múltiples versiones. Lo que le he dicho a Emma es cierto. No podía dejarla fuera del muro. Me costó mucho persuadir al consejo de que permitieran dejar entrar a Horace. Lleva meses convirtiéndose en un problema.

-No se preocupe por lo que a nosotros respecta -dijo Corcoran-. Allá en Hopkins Acre, Boone y yo tuvimos ocasión de ver a Horace en su elemento. Podemos comprenderlo.

-El Centro se siente feliz con los robots -dijo Timothy-. Van a resolver algunos engorrosos problemas con la comida. Tienen un par de máquinas de vapor y han construido algunos arados de reja múltiple. Están labrando y sembrando la pradera..., varios miles de hectáreas, si recuerdo bien. El año que viene por esta época estarán cosechando toneladas de productos.

Corcoran cambió de tema.

-Nos ha contado usted lo que ocurrió después que abandonaran Hopkins Acre y aterrizaran en el borde del cráter, con el monasterio en su fondo. Lo que no comprendo es quién trasladó el monasterio hasta aquí mientras ustedes estaban dentro.

-Debieron ser los Infinitos -dijo Timothy-. Lo dejaron como una trampa, preparada para cualquiera que entrara en él. Nosotros fuimos quienes la disparamos.

-Resulta extraño que los enviaran aquí -objetó Corcoran-. ¿Se le ha ocurrido pensar que la trampa pudo haber sido instalada por los del Centro Galáctico?

-Se lo pregunté, y me dijeron que no tenían ningún conocimiento de ella. Supongo que nunca sabremos exactamente quién lo hizo -dijo Timothy. Se encogió de hombros y cambió de tema-. Cuando Caradecaballo nos traiga el viajero de Enid, tal vez podamos recoger los otros dos aparatos que conocemos. Pero, aunque Horace, leyó los indicadores cuando nos posamos en el cráter, no puede recordarlos. ¿Qué hay del aparato que dejó usted cerca de la ciudad en ruinas?

Corcoran negó con la cabeza.

-No puedo ayudarle tampoco. Tenía el diario de a bordo de David, pero lo dejé en el viajero.

-Bien, seguiremos trabajando en el asunto -dijo Timothy-. Puede que descubramos alguna forma de localizar al menos uno de ellos.

-¿Qué hay de la Gente Arco Iris? -preguntó Corcoran-. Dijo usted que el Centro no había oído hablar nunca de ella hasta que nosotros la mencionamos.

-No sabíamos absolutamente nada -admitió Timothy-. Creo que ahora podrán hacerse algunos esfuerzos por contactar con ellos, aunque tal vez resulte demasiado difícil.

-Pensé que lo sería -dijo Corcoran-. El Sombrero dijo que eran la inteligencia más antigua del universo.

Boone se levantó de su silla.

-Si me disculpan -dijo-, creo que debería salir y ver si Lobo está causando algún problema. Aún necesita que lo vigilen un poco.

Aguardó un instante, pero nadie de los otros parecía muy ansioso de acompañarle. Se conformaban con permanecer exactamente allá donde estaban.

Una vez fuera, vio que Enid estaba sentada en una de las varias sillas de jardín que estaban en mitad del césped, a medio camino de la ligera pendiente del parque que se extendía delante de la casa.

Cuando llegó junto a la silla, se inclinó y la besó. Ella alzó los brazos y lo retuvo allí. La besó de nuevo..., un beso mucho más largo.

-Te estaba esperando -susurró ella-. ¿Por qué tardaste tanto?

-Estábamos hablando.

-Cuando estás con Timothy, siempre estáis hablando.

-Me gusta ese hombre -dijo Boone-. Es fácil congeniar con él.

-Trae una silla y siéntate a mi lado -dijo ella-. Nosotros también tenemos que hablar mucho.

Al fondo del césped, justo encima de la carretera que pasaba por la parte inferior de la propiedad, Lobo estaba hociqueando algo, investigando en unos matorrales.

-Tom -preguntó Enid-, ¿cuánto recuerdas de lo que la Gente Arco Iris nos metió en la cabeza?

-Un poco -dijo Boone-. Es algo que vuelve a mí en fragmentos. Nos atiborraron con una masa indigerible, pero ahora está empezando a salir a la superficie.

-Nos entregaron todo un cuerpo de conocimiento -dijo ella- cuya absorción hubiera necesitado muchos días. No hemos hablado de ello, pero quizá sea tiempo de que lo hagamos.

Boone asintió.

-Quizá. Todavía sigo sin saber por qué nos eligieron a nosotros.

-Debieron ser conscientes de que yo había estado preguntándome durante años acerca del significado del universo. Tú, supongo, debiste ser reconocido como un entrenado recopilador de información. ¿Qué es lo que recuerdas?

-No demasiado todavía. Lo que creo recordar más claramente es que son necesarias algunas condiciones muy especiales para que un universo produzca vida. La mayor parte de la física y química de ello aún se me escapa, pero era algo acerca de las formas en que son posibles las estrellas inestables. Junto a las estables, tales estrellas necesitan convertirse en supernovas para irradiar los elementos más pesados que hacen posible la vida.

Enid frunció el ceño.

-Yo recuerdo algo de eso. Pero sólo pensar en ello hace que me duela la cabeza. Parecían estar diciéndonos que el universo fue formado como una especie de fábrica de crear vida, a partir de la cual, al menos de alguna de esta vida, brotaría la inteligencia. Parecían considerar el universo como una máquina de producir vida y consciencia. Sin consciencia e inteligencia, el universo carecería de significado. -También hablaron del origen del universo..., no como una teoría, sino como si lo supieran a ciencia cierta. Pero esto se me escapa, aunque, incluso en mi época, los astrofísicos estaban rastreando hacia atrás las cosas hasta una fracción de milisegundo después del inicio del universo. En tu época, Enid, ¿llegó a alcanzarse esa última fracción?

-No lo sé. Recuerda, Tom, que nosotros éramos los montañeses de nuestra cultura. La Gente Arco Iris habló de un orden superior de inteligencia, una inteligencia instintiva que no se basaba en la razón. Hablaron como si ellos hubieran alcanzado ese nivel superior. Quizá nunca podamos llegar a comprender nada de lo que dijeron.

-Quizá. Pero creo que cada vez más cosas se nos irán haciendo evidentes y comprensibles a medida que pase el tiempo. Tenemos que esperar.

Y quizá, pensó, nunca pudieran llegar a comprenderlas por completo. Quizá ni siquiera la Gente Arco Iris podía alcanzar una comprensión completa de la vida y del universo. Pero sabía que aún seguían buscando. Allá en el Centro Galáctico, otros estaban buscando también respuestas por diferentes caminos. El final aún seguía oculto. Sin embargo, existía el impulso de saber. Mientras siguiera existiendo ese impulso de aprender, había esperanzas de que el rompecabezas de la finalidad universal terminara siendo resuelto.

Permanecieron sentados el uno al lado del otro, con las manos unidas. El calor del sol caía de lleno sobre ellos, y podían oler el perfume de las flores que se abrían en los dispersos macizos. Había como una satisfacción en la extensión de césped.

-Corcoran y Caradecaballo se marcharán pronto -dijo Enid-. No me gusta verles partir. Timothy me dijo que el Centro podría utilizarles, y ellos también los echarán en falta. Pensé que tú también te irías, aunque dijiste que pensabas quedarte. Pero hoy le prometiste al Centro que te quedarías para estudiar aquí.

-Ésa fue mi excusa para quedarme. Tenía que decirles algo. No podía explicarles la auténtica razón..., que me quedo porque hay una mujer a la que encontré en el tiempo y porque he sabido lo que es el amor.

-Nunca me lo habías dicho -sonrió ella-. Yo supe que te amaba desde que me abrazaste mientras lloraba por David. Necesitaba fuerza, y tú me diste fuerza y comprensión.

-No podía decírtelo antes -murmuró Boone- Soy bueno con las palabras simples, las que describen hechos.

Pero hay otras palabras que no me salen tan fácilmente. Allá al fondo del césped se produjo una conmoción.

Boone saltó en pie.

-¡Lobo! -chilló.

-Ha visto algo elijo Enid-. Está persiguiendo alguna cosa.

Lobo emergió de entre unos matorrales. Arrojó algo al aire y lo atrapó con los dientes, luego subió trotando hacia ellos. Era El Sombrero, colgando flácido en su boca.

Lobo dejó caer a El Sombrero delante de él. Cabrioleaba de alegría.

-Ha encontrado su viejo juguete -exclamó Enid-. Ha encontrado su muñeco.

El Sombrero cobró vida y se sentó.

Ustedes no entienden, dijo El Sombrero. Luego se derrumbó de nuevo.

Lobo recogió el flácido muñeco y echó a andar serenamente césped arriba.

17 - Martín

Martín llevó el destartado y claqueteante vehículo fuera de la carretera y lo dejó deslizar hacia abajo por una suave pendiente hasta el fondo de una cañada. La batería volvía a estar baja, y necesitaría algunas horas para recargarse con los paneles solares antes de que pudiera conseguir de él siquiera una eficiencia marginal. Cuando frenó el vehículo en el llano suelo de la cañada, observó con cierta satisfacción que quedaba bastante escondido de la carretera. Había muy poco tráfico en aquella miserable región. Pero aun así, sería mejor ocultarlo; por destartado que fuera, aún poseía componentes de los que poder ser despojado, si su dueño era incapaz de defender su propiedad.

Un mundo absolutamente miserable, se dijo; sin dinero, sin crédito, con muy pocas oportunidades, si es que había alguna, y sólo un ligero sentido de lo que era la ley; cada hombre era su propia ley, si tenía los músculos suficientes para defenderla.

Había una depresión económica a nivel mundial, si el juicio de Martín era correcto. No podía estar seguro, puesto que no tenía datos, y nadie parecía saber lo que estaba ocurriendo. Aún existía la radio, le habían dicho, aunque en el miserable pueblo quemado por el sol cerca del que había sido depositado nadie tenía ningún aparato, y mucho menos una televisión, si aún existía la televisión. Cuando había preguntado por periódicos, los residentes de la población le habían mirado inexpresivamente. Nunca habían oído hablar de periódicos.

Cuando, hacía unas semanas, había llegado agotado por el sendero que conducía al pueblo, la gente se había apartado de él, reuniéndose en grupos para mirarle como si fuera algún animal salvaje que hubiera salido de su cubil entre los distantes otros. Al cabo de un tiempo, un hombre viejo y tambaleante que parecía ejercer alguna especie de liderazgo había acudido a él y le había hablado en un idioma que pudo comprender, aunque lleno de entonaciones y palabras poco familiares. Oyó lo que Martín tenía que decir, no creyó ni una sola palabra, y se llevó un dedo a la sien, moviéndolo en círculos para indicar claramente cuál era su opinión al respecto.

Por pura bondad de corazón le dieron un poco de comida y un lugar donde dormir. En los días que siguieron, supo tras hablar con algunos de ellos que estaba en la Tierra del siglo XXIII, aunque no sabían el año exacto. Al oír aquello maldijo interiormente la monstruosidad de Caradecaballo, puesto que estaba seguro que había sido Caradecaballo quien lo había arrojado fuera de la red.

Consiguió arreglárselas durante algunas semanas, aunque no estaba seguro de cuántas. En aquel pueblo era ridículamente fácil perder la cuenta de casi todo. Ayudó a cosechar el maíz, una tarea muy poco de su agrado, y a llevar agua al maizal desde un pequeño y reluctantante riachuelo que gorgoteaba su lento y difícil camino a casi un kilómetro del pueblo. Aprendió a preparar trampas para conejos e intentó conseguir una cierta habilidad con el arco, aunque con muy poco éxito.

De sus charlas con los pueblerinos supo de una carretera, apenas algo mejor que el sendero que había seguido hasta la aldea, que había a una cierta distancia al norte, y que finalmente conducía a otra carretera más amplia que avanzaba recta de este a oeste del país; siguiendo esta última, uno llegaba finalmente a las ciudades. Martín sospechó que no debían ser más que pueblos un poco más grandes, pero con más gente en ellos y donde probablemente se podría vivir un poco mejor. De la mención de menos y menos empleo, el relajamiento de las actividades comerciales y la desaparición del dinero, dedujo que estaba en un país y en un siglo profundamente hundidos en un colapso económico de alcance mundial.

Fue por accidente que encontró el destartado vehículo movido por energía solar, resguardado en un cobertizo construido contra una de las casas, casi cabañas, que formaban el pueblo. Lo examinó, y se convenció de que aún podía hacerlo funcionar, con un poco de suerte. Cuando rastreó a su dueño, resultó evidente que el hombre ya no tenía ningún uso para él; no deseaba ir a ninguna parte, y no tenía ni idea de cómo funcionaba. Tras mucho regatear, le costó a Martín su reloj de pulsera, del que el hombre no tenía más necesidad que del vehículo; la hora del día no interesaba para nada a la gente del pueblo.

Y aquí estaba finalmente ahora, sentado en una cañada, aguardando a que el ruinoso vehículo recargara sus baterías. Ayer había alcanzado la carretera más amplia de la que le habían hablado, reconociéndola como lo que quedaba de una de las grandes autopistas transcontinentales que cruzaban toda la nación de costa a costa. Se había encaminado hacia el oeste, porque creía que había ido a parar a algún lugar del suroeste del continente norteamericano. No debía estar muy lejos de la zona del Pacífico, donde

quizás encontrara algunas de las ciudades más grandes, lastimosas en el mejor de los casos, pero mejores que el depauperado pueblo que había abandonado.

Durante el día que había permanecido en la autopista sólo había sido adelantado por tres coches. Uno de ellos estaba accionado por energía solar, pero era un modelo posterior y mucho mejor diseñado que aquél. Los otros dos coches estaban propulsados por motores de combustión interna. El olor dulzón de sus gases de escape le hizo suponer que quemaban alcohol como combustible.

Fuera ahora de la carretera, aparcado en el fondo plano de la cañada, salió cansadamente del único asiento del coche. Incluso sobre la lisa superficie de la antigua autopista, su vehículo le estaba proporcionando un viaje lleno de traqueteos y sacudidas. Tenía la impresión de que cada uno de sus músculos le dolía de todos los saltos que había dado.

Se apartó unos pocos pasos del coche y se estiró. La cañada estaba silenciosa. No había viento, ni siquiera el rumor de los insectos. El alto cielo sobre su cabeza era de un color azul pálido. En él se veía una sola ave planeando alta, quizás un águila, más probablemente un milano. A cada lado de la cañada las paredes estaban carcomidas por la erosión y se desmoronaban en sus bordes requemados por el ardiente sol. Aquí y allá asomaban pequeñas rocas y delgados estratos de piedra más dura. Al pie de las paredes, donde se unían al ahora seco curso del arroyo, había montones dispersos de piedras caídas.

Justo detrás de donde estaba él ahora la cañada trazaba una curva, girando bruscamente para tomar otra dirección. La siguió y se detuvo, mirando hacia la pared de su izquierda. Emergiendo de la pared había la blanca muerte de un viejo hueso y el resplandor como barnizado de un antiguo cuerno. Un cráneo enterrado bajo la superficie había sido puesto al descubierto por la erosión de la pared.

Era un cráneo bovino, pero el cráneo era demasiado grande y el cuerno que se proyectaba hacia fuera demasiado grueso y largo para haber pertenecido a algún ejemplar de la raza bovina normal.

Tenía que ser de un bisonte, pero no de un bisonte del Viejo Oeste. Lo que contemplaba, se dijo, era un bisonte prehistórico, uno de los monstruosos brutos que habían sido cazados por los primeros hombres que habían vivido en Norteamérica. Miró al fondo del lecho seco del arroyo debajo del cráneo, y vio la fracturada blancura de otros trozos de hueso. ¿Cuánto tiempo hacía, se preguntó, desde que aquel animal ahora enterrado había pastado la hierba de las praderas? Una pradera entonces, pero un desierto ahora. Veinte mil años, se dijo, probablemente más que eso. Debía haber habido un tiempo en el que un descubrimiento así podía haber sido la promesa de algún beneficio. Pero si el mundo del presente se hallaba realmente en la forma que había deducido, no habría ningún beneficio ahora.

Una pequeña protuberancia en la pared, una sección que por el momento había resistido a la fuerza de la persistente agua, se asomaba unos pocos metros más adelante. Al pasar por su lado, un destello de luz solar reflejada hirió sus ojos. Se detuvo, desconcertado. El destello había procedido de algo embutido en la pared. El destello había desaparecido ahora, pero, fuera lo que fuese lo que había allí, aún brillaba.

Avanzó lentamente y se detuvo frente al resplandeciente objeto. Era una esfera, muy pulida, parecida en todos los aspectos a esas esferas de cristal que utilizan los adivinos embaucadores. Era del tamaño de una pelota de baloncesto, y su superficie era tan lisa y reflexiva que vio su propia imagen reflejada en ella con el mismo tipo de reflejo que proyectaría un espejo curvo.

Adelantó las manos para arrancarla de la pared, y la esfera le habló.

Amable señor, dijo, tómame entre tus manos y consérvame. Dame el calor de otra vida y tu amabilidad. ¡He estado solo tanto tiempo!

Martin se inmovilizó, con las manos aún extendidas, pero sin acabar de coger la esfera para extirparla de la pared de tierra. Sus dientes castañetearon con un repentino terror. Algo le había hablado, muy en lo profundo de su mente, porque estaba seguro de que no había habido ningún sonido de palabras..., el mismo tipo de habla que usaba aquel simplón con aspecto de muñeco de trapo, El Sombrero.

Libérame, suplicó la voz. Arráncame de aquí y consérvame contigo. Seré tu amigo, tu fiel sirviente. No te pido más que me conserves contigo. No podría soportar la agonía de tu rechazo, si te marcharas de mí.

Martin intentó hablar. Las palabras se atoraron en su garganta.

No me tengas miedo, dijo la voz. Tal como soy ahora, no puedo hacerte ningún daño, y aunque pudiera no desearía hacértelo. He aguardado tanto tiempo, durante toda una eternidad. Por favor, amable señor, ten piedad de mí. Tú eres la última y única esperanza que tengo. No habrá ninguna otra oportunidad para mí. No puedo seguir enfrentándome solo a la eternidad.

Las palabras llegaron finalmente a la boca de Martin; palabras apresuradas, que casi se atropellaron por salir, como si temieran no poder llegar al final de su viaje.

-¿Quién eres? -preguntó-. ¿Me estás hablando realmente?

Te estoy hablando realmente, dijo la esfera. Te oigo en mi mente y le hablo a tu mente. Tus palabras habladas no significan nada para mí. No puedo oír ningún sonido. Hubo un tiempo en que poseía un sentido auditivo, pero desapareció hace mucho.

-¿Pero quién eres?

Mi historia es larga. Baste decir ahora que soy un antiguo artefacto de una misteriosa raza de la que ahora no hay ningún registro.

Esta maldita cosa está mintiendo, se dijo Martin.

No estoy mintiendo, protestó la esfera. ¿Por qué debería mentirte a ti, mi rescatador?

-No dije que estuvieras mintiendo. No te dije ni una palabra.

El pensamiento estaba en tu mente. Pensé que me habías hablado.

-Dios mío -dijo Martin-, puedes leer mi mente. ¿Puedes leer las mentes de todo el mundo?

Ésa es mi forma de conversar, dijo la esfera. Y sí, puedo leer la mente de cualquier criatura que esté lo bastante cerca.

-De acuerdo -dijo Martin- De acuerdo.

Avanzó un paso y arrancó la esfera de la pared. Dejó tras ella la huella de su forma. Pesaba bastante y daba una sensación de solidez, aunque no era muy pesada. La sostuvo por unos momentos entre sus manos, luego la colocó suavemente sobre el liso suelo del lecho del arroyo y se acuclilló delante de ella.

Querido señor, preguntó la esfera, ¿significa esto que vas a conservarme?

-Sí, creo que te conservaré.

Nunca lo lamentarás, dijo la esfera. Seré el mejor amigo que hayas tenido nunca. Seré tu...

-No hablemos ahora -dijo Martin, Hablaremos de ello más tarde.

Recogió la esfera y echó a andar por la cañada, en dirección al coche.

¿Adónde vamos, señor?

-Voy a llevarte a mi coche -dijo Martin-. Te colocaré en él. Luego tengo que hacer algunas cosas. Te dejaré allí, luego volveré para reunirme contigo.

¿Regresarás? Amable amigo, ¿regresarás?

-Tienes mi promesa -dijo Martin.

Colocó la esfera en el coche y se alejó, siguiendo de nuevo el lecho del arroyo, mucho más allá del punto donde había encontrado la esfera. Aquello debía ser ya bastante lejos, se dijo. No podrá leer mi mente a esta distancia. O al menos esperaba que no lo hiciera. Había agarrado una idea por la cola, y necesitaba un poco de tiempo para pensar en ella.

Aquello era algo nuevo, se dijo. Tenía que reportarle algún beneficio. Bien usado, podía ser la llave a una vida mejor en aquel mundo olvidado de la mano de Dios. Su mente corrió alocada mientras pensaba en ello. Tomó la idea y le dio vueltas y más vueltas. La esfera tenía posibilidades, un montón de posibilidades, y tenía que pensar en ellas largo y tendido.

En aquel mundo sumido en la ignorancia, tenía que haber algo que uno pudiera ofrecer y que tuviera un cierto atractivo. El mundo estaba lleno de desesperanza, y quizá ésa fuera la clave. A la gente no se le podían prometer riquezas, porque no había riquezas que entregar. La esperanza de riquezas sería una esperanza vacía, y todo el mundo debía saberlo. Pero la esperanza en sí -la pura y desnuda esperanza-, eso podía ser algo completamente distinto. Si hubiera alguna forma de darles esperanza, la comprarían. Acudirían a miles en busca de un hálito de esperanza. Pero tenía que ser algo más que una insípida esperanza. Debía ser algo que despertara un aullante fanatismo.

Pensó en el fanatismo y lo difícil que era conseguirlo. Caminó arriba y abajo, pensando en esperanza y fanatismo y en lo que podía ganar despertando el fanatismo hacia la esperanza. Una vida un poco mejor, quizá, pero no mucho dinero. Lo que tal vez pudiera ganar fuera posición y poder. Teniendo posición y poder, un hombre astuto podía tenerlo todo.

Pensó en la idea del señuelo del misterio de un antiguo artefacto, aunque seguía sin creer enteramente que la esfera fuese realmente un antiguo artefacto.

Una pincelada de religión conseguiría el truco. ¡Eso era..., religión! Un nuevo mesías y un antiguo artefacto realizando su actuación en una sagrada atmósfera de misterio.

Se sentó en el suelo y pensó en ello. Tenía que ir con cuidado al empezar, se dijo. Nada de gran espectáculo, nada de montar un circo a su alrededor. Empezar de una forma pequeña y humilde, y dejar que la cruzada fuera creciendo de boca en boca.

Para conseguir que funcionara, tenía que decirle a la gente lo que deseaba oír. Tenía que descubrir paso a paso lo que querían, luego alimentarles con sus propios anhelos.

Todavía quedaba una pregunta: ¿Qué era la esfera? No un antiguo artefacto de una raza largo tiempo perdida, como le había dicho. Aunque, fuera cierto o no, era un buen enfoque para lo que tenía en mente. Intentó pensar en todas las cosas que podía ser y las fue rechazando una a una. Estaba perdiendo el tiempo, se dijo a sí mismo. En estos momentos no necesitaba saber lo que era realmente la esfera. Podía utilizarla sin saberlo.

Volvió al plan y lo repasó, punto por punto, buscando grietas que pudieran desenmascararlo. No encontró ninguna que no pudiera eludir. Después de todo, una gente sin esperanza, ante el ofrecimiento de una esperanza, no se haría muchas preguntas. Todos se lanzarían ansiosamente hacia ella, saltarían a la prometida salvación y gritarían pidiendo más. Bien llevado, se dijo a sí mismo, el plan era a prueba de estúpidos. Tendría que pensar y planear mucho más a fondo el asunto, pero eso no importaba. Lo tendría estudiado hasta el último detalle antes de empezar con él. Era un plan sólido y que podía funcionar, y él era quien podía hacer que funcionase.

Se levantó y se encaminó de vuelta al coche. Había permanecido en la cañada más tiempo del que había creído. El sol estaba a punto de ponerse.

Has vuelto, exclamó alegremente la esfera. Pensé que tal vez no lo hicieras. Me angustió pensar que tal vez no lo hicieras.

-No necesitas angustiarte -dijo Martin-. Estoy aquí.

Comprobó la batería y estaba cargada, tanto como era capaz de cargarse. Trasladó la esfera a la bolsa que había al lado de su asiento y subió para poner en marcha el coche.

-Una pregunta -le dijo a la esfera-. ¿Qué me dices de tu ética? ¿Posees ética?

¿Qué es ética?, preguntó la esfera. Por favor, explícamelo.

-No importa -dijo Martin-. Me servirás. Tú y yo haremos equipo.

Hizo dar la vuelta al coche y se encaminó a la carretera.

Caradecaballo estaba sentado tranquilamente a la mesa frente al cubículo del café, ahora vacío del robot y su equipo. Cerca de él flotaba la red con el cofre donde se hallaba encerrado el mapa galáctico. El visor que Enid había creído haber robado estaba sobre la mesa, al alcance de su mano. El tranvía seguía aún sobre sus raíles, aguardando al próximo pasajero, que tal vez no llegara nunca. Y en torno a todo ello dominaba el brumoso grisor de la Autopista de la Eternidad.

Como había hecho muchas veces antes, Caradecaballo meditó sobre la Autopista. Hasta entonces, todas sus meditaciones no habían llevado a ningún lado, y suponía que siempre sería así. Se preguntó quién o qué habría construido aquel interminable trozo de carretera, situada de través con respecto al tiempo y al espacio normales. Había oído hablar por primera vez de ella hacía muchos años y muy lejos, de boca de una increíble criatura que parecía una burla a todas las necesidades y cualidades de la vida. Había sido aquella incredibilidad quien la había llamado la Autopista de la Eternidad, pero no le había respondido cuando le preguntó las razones del nombre.

-No la busques -le había advertido la incredibilidad-. No puede hallarse buscándola. Hay que tropezar con ella.

Caradecaballo había tropezado con ella hacía milenios y, curiosamente, había descubierto entonces que su representación se hallaba en el antiguo mapa galáctico. Pero estaba seguro de que su raza no la había construido nunca, aunque habían sabido de su existencia.

Habiendo tropezado con la Autopista, había decidido que podía hacer de ella un lugar donde sentarse y meditar sus varias elecciones de acción. Había instalado el cubículo con las mesas y las sillas, y había colocado el robot a su cargo. Puesto que los raíles ya estaban allí, había instalado en ellos el tranvía y había colocado alarmas de modo que le fuera notificado si alguien o algo aparecía a lo largo de aquella sección de la Autopista.

Durante varios siglos no ocurrió nada. Luego, hacía sólo unos años, las alarmas habían sido activadas por Boone cuando dobló por primera vez una esquina. Aquel extraño suceso había parecido proporcionar una posible clave para lo que había estado buscando Caradecaballo para resolver el problema presentado por los humanos en Hopkins Acre.

Había mantenido esperanzas, pero no se había sentido completamente convencido, hasta la segunda aparición de Boone. Entonces había reconocido que estaba siendo testigo de un talento completamente nuevo en una raza de la que no había sospechado tales talentos. El talento en sí era menos importante que el hecho que dentro de la raza existiera una capacidad de desarrollar nuevas capacidades enmascaradas de un modo evolutivo. Bajo esta realización, Boone se había convertido en una parte central de su proyecto.

Ahora ese proyecto, se dijo Caradecaballo, estaba finalmente en marcha, funcionando mucho mejor de lo que había esperado. Lo que quedaba ahora eran años de monitorización y atento examen para asegurarse de que no se produjeran tropiezos, pero tenía ayuda en eso. Spike y El Sombrero serían aceptados por la familia, como lo había sido Spike hacía años.

Caradecaballo rió suavemente ante aquel pensamiento. El Centro Galáctico había considerado a Spike su agente secreto, y lo había insertado en la familia en el momento en que estaban a punto de huir al pasado para escapar de los Infinitos. Los informes de Spike a Caradecaballo habían reforzado su convencimiento de que aquel grupo de humanos merecía su detenida atención.

Por supuesto, no había garantías de que no fracasara con aquel nuevo proyecto, como había fracasado con otros en el pasado. Parecía como si la inteligencia tuviera unas posibilidades miserables de desarrollarse hasta su plena capacidad. Había habido otras razas a las que había intentado ayudar a lo largo de muchos siglos de esfuerzos, y cada

una de ellas había sido un fracaso. Había habido otras razas a las que no había ayudado y que también habían sido un fracaso. La Gente Arco Iris había fracasado al final debido a que habían perdido todos los auténticos valores reprimiendo sus emociones hasta que tales emociones habían desaparecido. Los Infinitos se habían perdido en su fanática cruzada. Incluso el propio pueblo de Caradecaballo había fracasado cuando el absoluto éxito de su búsqueda de la inmortalidad había ocasionado el sacrificio de la fertilidad racial que le había dejado finalmente a él como el último miembro superviviente de la raza.

Un suave plop extrajo su atención de sus reminiscencias. El Sombrero estaba de pie frente a él, sacudiéndose como un perro se sacudiría el agua. Con las sacudidas, sus desarregladas ropas se ajustaron a sus lugares correspondientes. El Sombrero se sentó con escrupulosidad.

No estoy desertando de mi puesto, dijo El Sombrero a Caradecaballo. Debo regresar y seguir con mi deber. Vine para escapar del lobo. Me tira de un lado para otro y me sacude. Se aleja, haciéndome creer que me ha abandonado; luego vuelve y se lanza sobre mí. Sus dientes se me han clavado y me han desgarrado y...

-Tienes que soportarlo -dijo Caradecaballo-. Es un papel que debes representar. Mientras sólo parezcas un muñeco de trapo, no sospecharán que los espías. Considera el papel que debo representar yo. Debo actuar como un payaso, hablar como ellos esperarían de un alienígena no mundano, decirles cosas que no son ciertas, y hacer con ellos miserables trucos malabares.

Como el truco que había hecho con la pequeña Enid, haciéndole creer que debía apoyar su dedo sobre un punto mientras él ataba un nudo. Se había ganado su confianza haciéndola sentir que ayudaba a crear la red, la cual, por supuesto, había estado todo el tiempo allí, aguardando sólo su pensamiento para hacerse visible.

Y para convencerla de su importancia con la red, le había hecho creer que robaba el visor que él mismo había colocado en el mundo rosa y púrpura donde había dejado el cofre con el plano. La compulsión de ir hasta allí había sido puesta en su mente mientras ella creía que estaban pensando el uno en el otro. Luego le había dejado creer que le estaba salvando del monstruo púrpura que sólo estaba intentando subirse a la red con ellos.

No hubieras necesitado hacer nada de eso, dijo El Sombrero, si te hubieras ocupado de tus propios asuntos. Pero debes interferir en las vidas de los demás. Nadie busca tu consejo o tu ayuda. Eres simplemente un objetable entrometido.

-Quizá lo sea -admitió Caradecaballo-. Pero no puedo hacer otra cosa, cuando un pequeño empuje puede situar alguna raza en el camino hacia el completo desarrollo de todos los poderes intelectuales posibles.

Y yo te he ayudado, dijo El Sombrero. Incluso he actuado por mí mismo muchas veces. Así es como me metí en problemas con el lobo. Allá estaba tu precioso Boone, dormitando estúpidamente junto a su fuego, con el lobo preparado para saltar sobre él. El lobo hubiera desgarrado su garganta en otro segundo si yo no me hubiera hecho cargo de su pequeña mente y la hubiera anegado con un sentimiento de hermandad hacia Boone y una devoción perruna hacia él.

-Sí -dijo Caradecaballo-. Lo hiciste bien, como te dije antes. Hiciste bien programando los viajeros cada vez que la familia huía en ellos. Incluso cuando programaste el de Martin para traerlo a él y a los Infinitos aquí lo hiciste bien..., aunque no lo creí así cuando aparecieron.

Y salvé a Corcoran cuando tú estabas en el mapa, añadió El Sombrero. Lo vigilé y, cuando vi que estaba a punto de caer en la escalera, lo sumí en la inconsciencia y lo traje a la Autopista. Y ahora me he convertido en un juguete para el lobo a fin de poder espiar a tus elegidos Enid y Boone. Ésta no es una recompensa para...

Caradecaballo interrumpió:

-Dime, ¿ves algún indicio de que vayan a aparearse?

Ya lo han hecho, respondió El Sombrero. Creo que Enid se siente culpable de haberlo hecho antes del rito que ellos llaman matrimonio. No comprendo ese asunto del matrimonio.

-Ni lo intentes -dijo Caradecaballo-. La ética sexual de todas las razas tiene muy poco sentido. Y el síndrome que los humanos llaman amor está más allá de toda comprensión.

Pero El Sombrero ya no estaba escuchando. El Sombrero se había colapsado en su fase de muñeco de trapo y yacía flácido sobre la mesa.

Pobre pequeño, pensó Caradecaballo con una repentina simpatía hacia él. Quizás había sido usado demasiado rudamente y merecía un descanso.

Caradecaballo recordó el día que había encontrado a la criatura, metida en una vitrina de un antiguo museo de su propio pueblo, quizá dejada como una reliquia para el día en que la raza hubiera desaparecido. Había echado una ojeada a El Sombrero y había seguido su camino, no deseoso de cargarse con reliquias del pasado. Más tarde, sin embargo, había vuelto para coger el muñeco. Nunca dejaba de bendecirse el impulso que le había movido a hacer aquello, porque El Sombrero tenía extrañas habilidades más allá de todo lo que él podía comprender, como era el poder trasladarse a través del espacio y del tiempo sin necesidad de ayudas como la red.

Así que Enid y Boone se habían apareado, y los dados estaban lanzados. Caradecaballo sabía que era una simple apuesta genética, pero mejor que otras apuestas que había hecho. Caradecaballo sabía mucho de genética.

Había una esperanza de que de su unión surgiera una nueva raza..., una rama de la humanidad que combinara la tendencia evolutiva mostrada por Boone y la resistencia de aquel pequeño grupo de humanos que se habían atrevido testarudamente a resistir la amenaza de los infinitos.

Había admirado aquella testarudez y había ayudado a los rebeldes, reconociendo en ellos la promesa. Les había proporcionado una de las máquinas del tiempo más simples desarrolladas por su raza como un antiguo antepasado de la red. Los Infinitos poseían el viaje por el tiempo, por supuesto, pero los suyos eran unos dispositivos tan complicados que los rebeldes nunca los hubieran comprendido. Mintiendo de nuevo, Caradecaballo había dejado que los rebeldes creyeran que los estaban robando a los Infinitos.

Aquello había sido antes de que descubriera a Boone en un golpe de buena suerte. Pero una vez descubierto, había habido el problema de ponerle en contacto con la familia de Hopkins Acre. Había necesitado recurrir a más maniobras..., un rumor a Martin que lo enviara a Corcoran y otro rumor a Corcoran para asustar a Martin y hacer que se marchara sin su viajero grande.

Caradecaballo había sabido antes de la extraña visión de Corcoran y de su amistad con Boone. Un ligero empuje a Corcoran había enviado al hombre al Everest para registrar la suite de Martin y ver así el viajero.

Corcoran, se admitió Caradecaballo, hubiera podido convertirse en un error. Él había esperado que Boone doblara su esquina al viajero solo, dejando a Corcoran detrás. Había subestimado el talento de Boone. Pero, afortunadamente, Corcoran no había causado ningún problema. El descubrimiento del extraño árbol había sido un punto peligroso, pero todo había ido bien al final.

Algun día, se dijo Caradecaballo, debía tomarse el tiempo de descubrir qué era realmente el árbol de Corcoran, aunque probablemente nunca llegarla a saber qué raza o pueblo era responsable de él, ni por qué había sido situado en aquel período sobre la Tierra.

Al final, decidió, todo había ido mucho mejor de lo que podía haber esperado. Todavía había mucho trabajo que hacer, por supuesto. Iba a tener que encontrar parejas para los hijos aún no nacidos de Boone y Enid. Quizá pudiera hallar los adecuados en alguno de los planetas colonizados por los humanos. Pero el trabajo principal ya estaba hecho.

Ociosamente, acercó el visor para comprobar a Martin. Parecía sentir una extraña compulsión hacia seguirle el rastro a Martin, aunque el hombre había sido echado de lado a un sitio donde no tenía ninguna escapatoria. De todos modos, Martin era un personaje elusivo.

En la placa visora vio el interior de un templo lleno de fieles de iluminados ojos. Martin, vestido de púrpura y oro, estaba de pie ante un adornado altar. La caja craneana del monstruo asesino descansaba en un pedestal sobre el altar, brillando a la oscilante luz de muchas velas. Era evidente que Martin se hallaba en medio de una inspirada arenga. De pronto alzó los brazos y la multitud saltó en pie, con las bocas abiertas en lo que debía ser una respuesta alocadamente feliz.

Martin lo había conseguido. Tenía el poder que siempre había deseado y nadie que se lo disputara. Estaba a buen recaudo en su propia autoglorificación. Y sin embargo, sabía Caradecaballo con un cierto disgusto, iba a tener que seguir vigilando de cerca a Martin.

Todavía quedaba otra cosa por hacer. No era necesaria quizá, pero por decencia tenía que hacerla. El visor mostró ahora el lejano futuro, donde un cúmulo de pequeños destellos descansaba a la débil sombra de un viejo árbol mientras el mundo giraba lentamente en su órbita en torno a un hinchado sol agonizante, color rojo sangre.

Mientras Caradecaballo subía a su red, El Sombrero despertó de nuevo y se sentó, como medio adormilado.

¿Qué estás haciendo ahora?, preguntó.

-Voy a llevar a Henry de vuelta a la familia -dijo Caradecaballo-. No sé lo que Henry pensará de ello, pero el resto de la familia se alegrará de verle. ¿Quieres venir?

El Sombrero negó con la cabeza.

Ahí estás de nuevo, le dijo a Caradecaballo. Interfiriendo. Siempre un entrometido.

La red se desvaneció, y El Sombrero se derrumbó de nuevo sobre la mesa, un flácido, deforme y muy maltratado juguete.

FIN